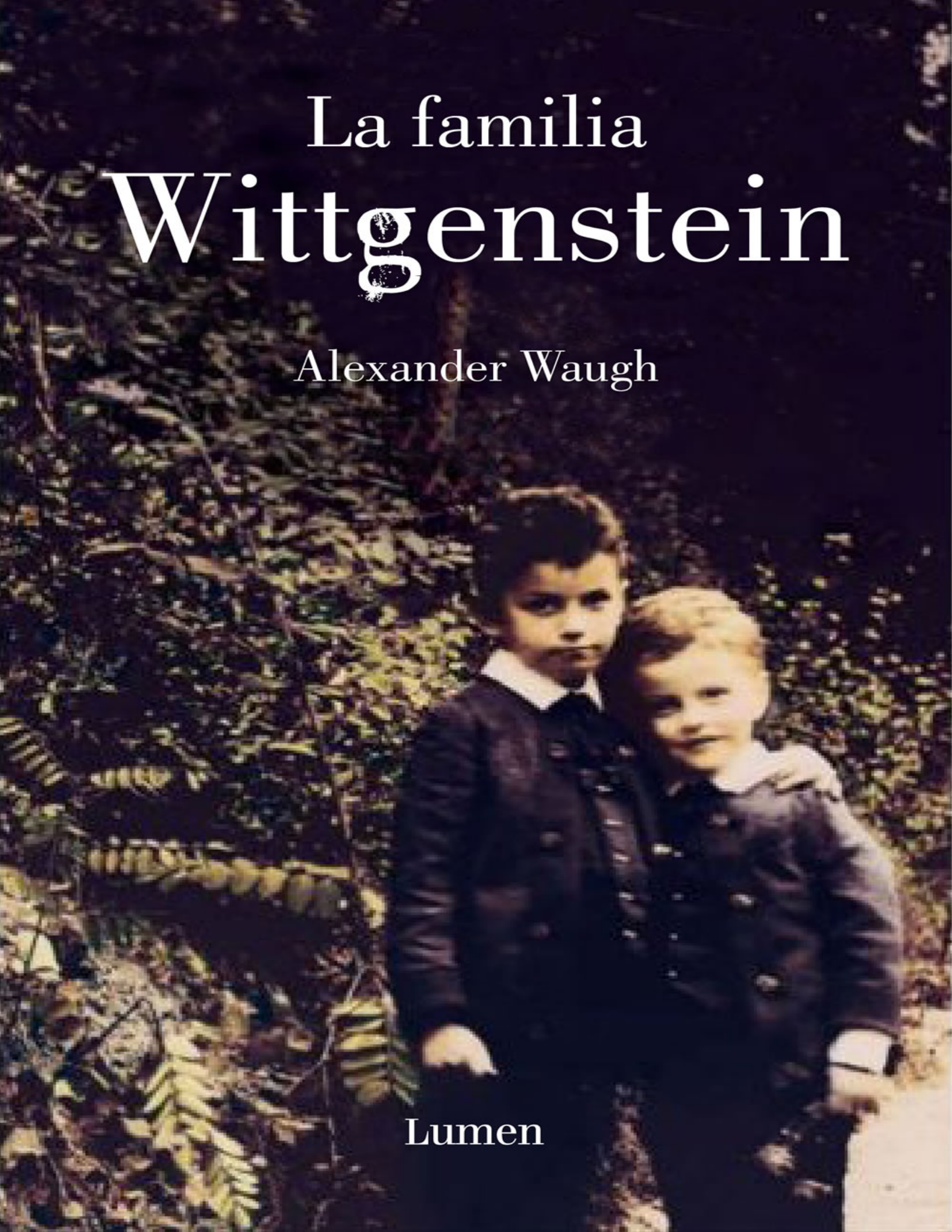
La familia Wittgenstein

Alexander Waugh



Lumen

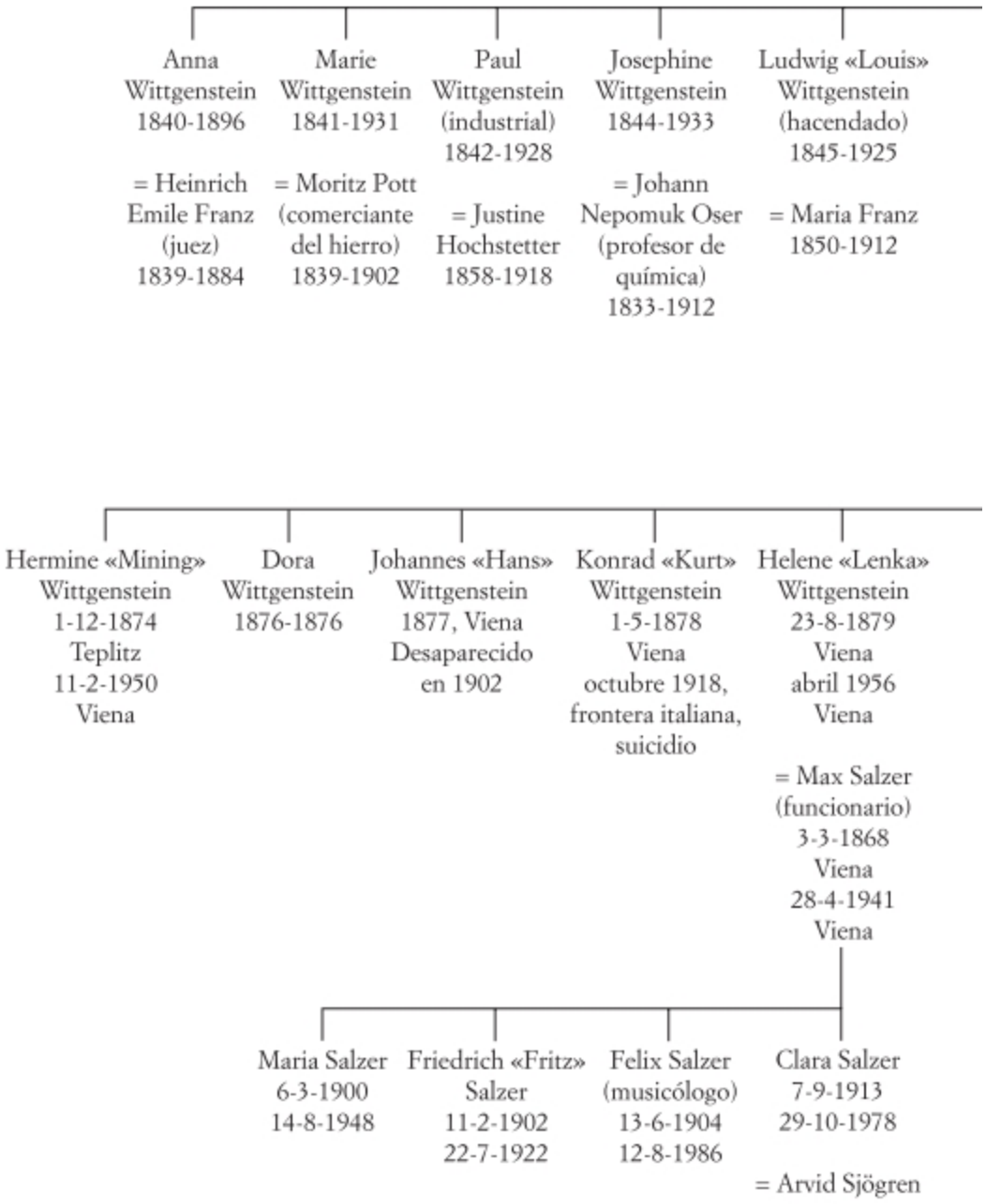
La familia Wittgenstein

Alexander Waugh

Traducción de
Gerardo Páez Irrací

Lumen
memorias y biografías

Para Sally


Anna Wittgenstein 1840-1896
= Heinrich Emile Franz (juez) 1839-1884
Marie Wittgenstein 1841-1931
= Moritz Pott (comerciante del hierro) 1839-1902
Paul Wittgenstein (industrial) 1842-1928
= Justine Hochstetter 1858-1918
Josephine Wittgenstein 1844-1933
= Johann Nepomuk Oser (profesor de química) 1833-1912
Ludwig «Louis» Wittgenstein (hacendado) 1845-1925
= Maria Franz 1850-1912
Hermine «Mining» Wittgenstein 1-12-1874 Teplitz 11-2-1950 Viena
Dora Wittgenstein 1876-1876
Johannes «Hans» Wittgenstein 1877, Viena Desaparecido en 1902
Konrad «Kurt» Wittgenstein 1-5-1878 Viena octubre 1918, frontera italiana, suicidio
Helene «Lenka» Wittgenstein 23-8-1879 Viena abril 1956 Viena
= Max Salzer (funcionario) 3-3-1868 Viena 28-4-1941 Viena
Maria Salzer 6-3-1900 14-8-1948
Friedrich «Fritz» Salzer 11-2-1902 22-7-1922
Felix Salzer (musicólogo) 13-6-1904 12-8-1986
Clara Salzer 7-9-1913 29-10-1978
= Arvid Sjögren

(administrador de fincas)
1802-1878

= Franziska «Fanny» Figdor
1814-1890

- Karl Wittgenstein (industrial) 8-4-1847 Gohlis 20-1-1913 Viena
  = Leopoldine «Poldy» Kalmus 14-3-1850 Viena 3-6-1926 Viena
  - Rudolf «Rudi» Wittgenstein 27-6-1881 Viena 2-5-1904 Berlín suicidio
  - Margaret «Gretl» Wittgenstein 19-9-1882 Viena 27-9-1958 Viena
    = Jerome Steinberger / Stonborough 1873 Nueva York 15-6-1938 Viena
    - Thomas Stonborough 9-1-1906 Berlín 14-2-1986 Viena
    - John Jerome «Ji» Stonborough 11-6-1912 Viena 29-4-2002 Dorset
  - Paul Wittgenstein (pianista) 5-11-1887 Viena 3-3-1961 Nueva York
    = Hilde Schania 26-12-1915 Rannersdorf 31-3-2001 Pensilvania
    - Elizabeth Wittgenstein 24-5-1935 Viena feb. 1974 Nueva York
    - Johanna Wittgenstein 10-3-1937 Viena
    - Paul «Louis» Wittgenstein 30-11-1941 Nueva York
  - Ludwig «Lucki» Wittgenstein (filósofo) 26-4-1889 Viena 29-4-1951 Cambridge
- Bertha Wittgenstein 1848-1908
  = Karl Kupelwieser (abogado y director de empresa) 1841-1925
- Clara Wittgenstein 1850-1935
- Lydia Wittgenstein 1851-1920 suicidio
  = General Josef von Siebert 1843-1917
- Emile «Millie» Wittgenstein 1853-1939
  = Theodore von Brücke (juez) 1853-1918
- Clothilde Wittgenstein 1854-1937

Es gibt eine Unzahl allgemeiner Erfahrungssätze, die uns als gewiß gelten. Daß Einem, dem man den Arm abgehackt, er nicht wieder wächst, ist ein solcher.

Hay un número incalculable de proposiciones empíricas que, para nosotros, son ciertas. Que aquel a quien se le ha amputado un brazo nunca le volverá a crecer es una de estas proposiciones.

Ludwig Wittgenstein, *Sobre la certeza*, §§ 273-274

I

Un trabajo sucio

El debut vienés

Viena suele describirse —de forma exagerada— como una ciudad de paradojas, pero quienes no lo saben o nunca han estado en ella podrían imaginarla como un capricho extraído de los insulsos eslóganes de la Oficina de Turismo Austríaca, un lugar caracterizado por sus deliciosos pasteles de crema, las jarras y las camisetas con la imagen de Mozart, los valses de Año Nuevo, los monumentales edificios adornados de estatuas, las anchas avenidas, las ancianas con abrigo de pieles, los tranvías eléctricos y los caballos lipizanos. La Viena de principios del siglo XX no se publicitaba así. En aquella época no se publicitaba de ningún modo. La otrora indispensable guía de Maria Hornor Lansdale, de 1902, ofrece un retrato de la capital de los Habsburgo que es, al mismo tiempo, más mugriento y dinámico de lo que puedan hacer pensar nuestras actuales guías turísticas. Su libro describe algunas zonas de la Innere Stadt, o centro de la ciudad, como «oscuras, sucias y lúgubres», y la autora escribió lo siguiente del barrio judío: «El interior de las casas es de una sordidez incalificable. Cuando se asciende por la escalera, la desvencijada barandilla se pega a los dedos y las paredes de ambos lados rezuman humedad. Al entrar en una pequeña habitación oscura, el techo se ve cubierto de hollín y los muebles abarrotan la sala».[1]

Un alemán que subiera a un tranvía vienés podría descubrir que era incapaz de intercambiar una sola palabra con los demás pasajeros, pues en

aquella época la ciudad albergaba a una población cada vez mayor de magiares, rumanos, italianos, polacos, serbios, checos, eslovenos, eslovacos, croatas, rutenos, dálmatas, istrios y bosnios, todos los cuales convivían en apariencia felizmente. En 1898 un diplomático estadounidense que describió la ciudad anotó lo siguiente:

> Es posible que alguien que lleve poco tiempo en Viena sea un alemán de pura cepa, pero su esposa será de Galitzia o polaca; su cocinero, bohemio; la niñera, dálmata; su ayudante, serbio; su cochero, eslavo; su barbero, magiar y el tutor de su hijo, francés. La mayoría de los empleados de la administración son checos, y los húngaros tienen mucha influencia en los asuntos de gobierno. No, ¡Viena no es una ciudad alemana![2]

En el extranjero se consideraba a los vieneses gentes bondadosas, cordiales y muy cultas. Durante el día la clase media se reunía en los cafés, donde pasaban horas conversando con una única taza de café y un vaso de agua, y donde podían leer periódicos y revistas en todos los idiomas. Por las noches se vestían para ir a bailes, a la ópera, al teatro o a las salas de conciertos. Eran entusiastas de estos espectáculos y no perdonaban que un mal actor se olvidara de su parlamento o un cantante cantara en un tono demasiado alto, al tiempo que idolatraban o endiosaban a sus artistas predilectos. El escritor vienés Stefan Zweig recordaba aquella pasión al evocar su juventud: «Mientras en política, en la administración y en la moral todo iba como una seda y la gente se mostraba indiferente y bonachona ante un “desliz” e indulgente ante una falta, no había perdón para las cosas del arte; estaba en juego el honor de la ciudad».[3]

El 1 de diciembre de 1913 el sol no calentaba mucho en la mayor parte de Austria. Al atardecer se cernió una niebla desde las laderas septentrionales de los Cárpatos hasta las ondulantes colinas y las verdes tierras bajas de la región subalpina. En Viena no corría una gota de aire, las calles y las aceras

estaban tranquilas y la temperatura era desacostumbradamente fría. Para el joven Paul Wittgenstein, de veintiséis años, era un día de gran nerviosismo y de una tensión espantosa.

Tener los dedos sudados y las manos frías constituye la peor pesadilla de cualquier pianista; el más leve brillo provocado por las glándulas sudoríparas en la yema de los dedos puede hacer que estos resbalen y golpeen al mismo tiempo dos teclas contiguas. El pianista que suele tener los dedos sudorosos es un esclavo de la prudencia. Si tiene las manos demasiado frías, los músculos de los dedos se agarrotarán. El frío en los huesos no impide la transpiración de la piel y, en los peores casos, los dedos pueden quedar paralizados por el frío aun estando resbaladizos por el sudor. Antes de ofrecer un recital en invierno, muchos concertistas pasan un par de horas nerviosos con las manos sumergidas en agua caliente.

El debut en concierto de Paul debía comenzar a las siete y media de la tarde en el Grosser Musikvereinsaal, un lugar reverenciado, de una acústica casi perfecta, donde Brahms, Bruckner y Mahler vieron interpretar muchas de sus obras por primera vez. Desde allí, en concreto desde la Sala de Oro, se retransmite anualmente para todo el mundo la orgía de valses y polcas de Año Nuevo. Paul no esperaba que en su debut se agotaran las entradas. El auditorio tenía un aforo de 1.654 localidades de asiento más otras trescientas de pie. Era lunes, Paul era un desconocido y el programa que había decidido interpretar era un tanto novedoso para el público vienés. Sin embargo, estaba familiarizado con la técnica de llenar un local regalando entradas. Cuando era niño, su madre le había enviado a comprar doscientas entradas para un concierto en el que un amigo de la familia iba a tocar el violín. El responsable de la taquilla creyó que era un revendedor y le gritó a la cara: «¡Si lo que quieres son entradas para la reventa, vete a otra parte!».

Paul regresó con su madre y le suplicó que encargara a otro la tarea. Por primera vez en su vida se sintió avergonzado de ser rico.

Si la sala iba a estar medio vacía, al menos en las butacas ocupadas debía haber el mayor número posible de aliados. Quería crear una atmósfera que diera la impresión de que contaba con el sólido apoyo del público. La familia Wittgenstein era numerosa y estaba bien relacionada. Se esperaba que asistieran todos los hermanos, primos y tíos, y que aplaudieran ruidosamente al final de cada pieza, con independencia de lo que les pareciera la interpretación. Repartieron entradas entre los inquilinos de sus casas, los criados y los parientes lejanos de los criados, muchos de los cuales jamás habían asistido a un concierto de música seria, y se les emplazó a acudir. Paul podía haber alquilado una sala más modesta, pero le advirtieron de que en ese caso tal vez no acudieran los críticos. Necesitaba que estuvieran presentes Max Kalbeck, del *Neues Wiener Tagblatt*, y Julius Korngold, del *Neue Freie Presse*. Eran los dos críticos musicales más influyentes de Viena.

Se sopesaron con sumo cuidado todos los detalles. Un concierto con la Orquesta Filarmónica de Viena le habría costado casi el doble que con la no tan prestigiosa Orquesta Tonkünstler, pero el dinero no era impedimento. «Al margen del precio —escribió años después—, no quería contratar a la Filarmónica de Viena. Seguramente no iban a tocar como yo quería que lo hicieran y parecía un caballo imposible de montar; además, si el concierto era un éxito, la gente podría decir que era mérito de la orquesta.»[4] Optó por la Tonkünstler.

El director, Oskar Nedbal, era doce años mayor que Paul, ex alumno de Dvorák, compositor y violista de primer orden. Había ingresado en la Orquesta Tonkünstler en 1906, después de ser director de la Orquesta Filarmónica Checa durante diez años. El día de Nochebuena de 1930 se

arrojó por la ventana de un cuarto piso de un hotel de Zagreb y no se volvió a oír hablar de él.

El programa escogido por Paul era insólito, terco y provocador. Quería presentar cuatro obras para piano y orquesta de forma consecutiva: cuatro conciertos para un virtuoso en una sola tarde. Con independencia del éxito o fracaso que obtuviera, el debut de este joven se recordaría durante mucho tiempo como un audaz espectáculo atlético.

Las obras del ebrio compositor irlandés John Field, que había muerto de cáncer de recto en Moscú en 1837, hacía mucho tiempo que habían pasado de moda en Viena. En la actualidad, por lo que más se recuerda a John el Borrachín es por haber sido el creador del nocturno, una breve composición lírica para piano que más tarde popularizaría Chopin. A buen seguro, el ayuda de cámara y el cocinero de Paul no eran los únicos miembros del público aquella tarde que jamás habían oído hablar de él. Incluso entre los entendidos en música de 1913 pocos habrían considerado a Field un compositor digno de la Sala de Oro, pues Viena contaba con un legado musical propio, el más ilustre de todas las ciudades del mundo, y a quienes se habían criado oyendo a Mozart, Haydn, Beethoven, Schubert, Brahms, Bruckner y Mahler (todos los cuales habían vivido en algún momento entre las murallas de la ciudad) la música de Field les habría parecido, en el mejor de los casos, una curiosidad insípida y, en el peor, una broma de mal gusto.

La historia no cuenta cómo se sintió Paul en las horas previas al concierto, ni cuál era su estado de ánimo mientras se ponía el frac, ejercitaba las manos en la sala de calentamiento, ascendía por los empinados escalones hacia la tarima y recibía el aplauso de un público compuesto por amigos, desconocidos, críticos, mentores, profesores y criados. En todo caso, nunca conseguía controlar los nervios. Años después,

en ocasiones similares, se le vería golpear las paredes con los puños, romper las partituras o lanzar los muebles al otro extremo de la habitación minutos antes de salir al escenario.

El Concierto de Field se compone de tres movimientos que duran en total treinta y cinco minutos. Si Paul no reparó en ello en su momento, más tarde debió de enterarse de que Julius Korngold, el principal crítico del *Neue Freie Presse*, había abandonado el auditorio durante los aplausos y no había regresado para escuchar su interpretación de la *Serenata y allegro giocoso* de Mendelssohn, de las *Variaciones y fuga sobre un tema de Czerny*, de Josef Labor, ni el exagerado virtuosismo del *Concierto en mi bemol* de Liszt. Cuando al día siguiente él y su familia buscaron las reseñas en los periódicos, la curiosa conducta de este crítico debió de haber pesado mucho en su ánimo.

Ludwig, el hermano menor de Paul, no se encontraba en Viena para oírle tocar. Tres meses antes se había trasladado de Inglaterra (donde había estudiado filosofía en Cambridge) a Noruega, donde vivía en dos habitaciones de la casa de un jefe de Correos, en un pueblecito enclavado en un fiordo, al norte de Bergen. Según los diarios de su amigo más íntimo, su decisión de exiliarse fue «insensata y repentina». En septiembre había afirmado que quería apartarse de un mundo en el que «se descubre sintiendo continuamente desdén hacia los demás e irritando al prójimo a causa de su temperamento nervioso».[5] En aquella época también sufría (como solía sucederle) delirios sobre su propia muerte. «Crece en mí día a día el sentimiento de que moriré antes de poder publicar [mis ideas]», escribió a su tutor y mentor de Cambridge.[6] Quince días después, un sobresalto le animó a tomar la decisión de marcharse: recibió una carta en la que se anunciaba que su hermana Gretl y el esposo de esta, Jerome, irían a vivir a Londres. «No aguanta a ninguno de los dos y no quiere vivir en

Inglaterra, expuesto siempre a recibir sus visitas», anotó su amigo.[7] «Me marcho inmediatamente —exclamó Ludwig— porque mi cuñado ha venido a vivir a Londres y no soporto estar tan cerca de él.»

Toda la familia quería que Ludwig viajara a Viena para asistir al concierto de Paul y pasar la Navidad, pero él se mostraba reacio y la obligación de plegarse a sus deseos le abrumaba. Su familia le deprimía, la Navidad anterior había sido terrible, estaba desanimado y su obra filosófica avanzaba a paso de tortuga. «Para Navidad, INFORTUNADAMENTE, debo ir a Viena —escribió a un amigo—. El hecho es que mi madre desea mucho que vaya, tanto que se ofendería dolorosamente si yo no lo hiciese; y tiene tan malos recuerdos de esta misma época del año pasado que no tengo valor para quedarme.»[8]

Esa misma época del año anterior

La Navidad en el palacio de invierno de los Wittgenstein, situado en la Alleegasse, en el barrio vienés de Wieden, era tradicionalmente una ocasión espléndida y ceremoniosa a la que la familia concedía la mayor relevancia. Sin embargo, la Navidad de 1912 (el año anterior al debut de Paul) fue diferente, ya que la energía y el entusiasmo del clan estaban apagados debido a la terrible certeza de que el cabeza de familia (Karl Wittgenstein, el padre de Paul y Ludwig), de torso robusto y tez curtida, agonizaba en su habitación del piso de arriba. Padecía cáncer de lengua y un mes antes se había sometido al bisturí del barón Anton von Eiselsberg, un distinguido cirujano vienés. Para acceder a la lesión, el doctor Von Eiselsberg había

tenido que extraer primero una buena parte de la mandíbula inferior. Solo entonces pudo proceder a extirpar las glándulas cervicales, el suelo de la boca y lo que quedaba de la lengua después de anteriores incursiones quirúrgicas. Un equipo de ayudantes logró detener la hemorragia mediante la moderna técnica de cauterización eléctrica.

Karl había fumado grandes puros cubanos durante toda su vida adulta, y siguió haciéndolo incluso después de que, siete años antes, le diagnosticaran los primeros síntomas de su enfermedad. Los médicos le aconsejaron que no se desplazara con el fin de recibir tratamiento. Al final, había pasado por siete operaciones, pero el cáncer logró sortear todas las estratagemas que el doctor Von Eiselsberg concibió contra él y se extendió desde el tiroides hasta el oído y la garganta para, finalmente, llegar a la lengua. La última intervención quirúrgica tuvo lugar el día 8 de noviembre de 1912. Eiselsberg le había advertido del riesgo de que muriera en el quirófano y, la noche anterior, mientras los médicos afilaban su instrumental, Karl y su esposa Leopoldine se retiraron a la opulenta penumbra de la *Musiksaal*. Él tomó el violín, ella se sentó al piano, y juntos interpretaron algunas de sus piezas favoritas de Bach, Beethoven y Brahms en una larga y tácita despedida.

A la mañana siguiente, en el centro de su quirófano, una sala sencilla, bien iluminada y de azulejos relucientes, el doctor Von Eiselsberg extirpó el tumor de la boca de Karl. Tal vez en aquella ocasión consiguiera por fin extirpar los últimos restos del cáncer, pero para Karl, que se hallaba deprimido, y mudo, y que sufría el azote de una sobreinfección, ya era demasiado tarde. Abandonó la clínica para morir en casa. Y así fue como el día de Navidad de 1912, mientras yacía en la cama, débil y con fiebre, su familia se reunió en un ambiente de sombría espera.

La gran sublevación de Karl

Hermine (pronunciado Hermiina), a quien llamaban Mining, era la primogénita de los nueve vástagos de Karl y su hija predilecta. Bautizada así en honor de su abuelo, Hermann Wittgenstein, su nacimiento coincidió con un cambio decisivo en la prosperidad de los negocios de Karl, quien, en consecuencia, siempre la trató como si fuera su amuleto de la suerte. Cuando murió su padre, tenía treinta y nueve años, estaba soltera, vivía todavía en la casa paterna y siempre había estado a la entera disposición de Karl. Era una persona reprimida, de carácter introvertido, movimientos rígidos, porte erguido y modales (para quienes no la conocían bien) que daban la impresión de arrogancia o altivez. En realidad, tenía una autoestima muy baja y se sentía fatal entre desconocidos. Cuando en cierta ocasión Brahms acudió a cenar a su casa y se le permitió sentarse con él a la cabecera de la mesa, la tensión nerviosa la obligó a abandonar la sala y pasó la mayor parte de la velada vomitando en uno de los cuartos de baño del *palais*. En sus fotografías de juventud Hermine aparece como una mujer despierta, femenina, tal vez incluso guapa, pero su instintiva necesidad de privacidad hacía que se pusiera en guardia siempre que un hombre la abordaba. Dicen que cuando estaba en la flor de la vida tuvo un par de pretendientes, pero ninguno tan apasionado como para liberarla de su virginidad.

Con el paso de los años se alejó de todos menos de su círculo más estrecho de amigos y familiares, su sonrisa menguó, se convirtió en una persona tímida, cortés y vigilante, y adquirió cierto aire de institutriz. En los días más calurosos se ponía los vestidos más gruesos y oscuros, y se cepillaba el pelo para alisárselo y recogérselo en la nuca en un rodete

apretado. Tenía las orejas anchas y grandes y la nariz demasiado prominente, rasgos ambos heredados de su padre. En los últimos años de su vida parecía un apuesto oficial del ejército que disfrutaba de un retiro prematuro, un poco como el capitán Von Trapp en la versión cinematográfica de *Sonrisas y lágrimas*.

Pese a sus inhibiciones, Hermine era una pianista excepcional y una buena cantante, pero sus principales pasiones eran la pintura y el dibujo. Desde principios de la década de 1890, cuando su padre adquirió el *palais* (lo compró por doscientos cincuenta mil florines a un constructor arruinado que lo había edificado para sí veinte años antes), Hermine le ayudaba y animaba a amasar su colección de arte. Al principio Karl le dejaba decidir qué obras debían adquirir y dónde y cómo exponerlas (en aquella época, la llamaba en broma «mi directora de arte»), pero pronto se impuso su despotismo innato y el papel de Hermine disminuyó hasta desvanecerse a la sombra del autoritario entusiasmo de su padre. No obstante, siguió siendo su fiel compañera. Lo acompañaba en los rigurosos viajes que efectuaba para inspeccionar las fábricas y los talleres de laminación por todo el imperio de los Habsburgo, y supervisaba las remesas que llegaban. Propuso infinidad de mejoras para su finca de caza en las montañas y, en las semanas anteriores a la última operación quirúrgica de Karl, permaneció pacientemente sentada junto a su lecho anotando los datos autobiográficos que él le dictaba a pesar de su respiración trabajosa y entrecortada.

1864. Me aconsejaron abandonar la escuela. Debería haber seguido estudiando a título particular hasta graduarme.

Me fugué de casa en enero de 1865.

Dos meses en una habitación alquilada en Krugerstrasse.

Me llevé un violín y 200 florines que eran de mi hermana Anna.

Vi en un anuncio de un periódico que un estudiante solicitaba ayuda y le di algún dinero a cambio de su pasaporte.

En la frontera de Bodenbach los funcionarios pidieron el pasaporte a todos.
Me obligaron a esperar en una sala grande.
Dos guardias de fronteras me llamaron aparte para registrarme.
El pasaporte falso resultó estar bien.[9]

El tal «consejo de abandonar la escuela» adoptó la forma de lo que alemanes y austríacos llaman *Consilium abeundi*: en realidad, Karl fue expulsado. Aunque Hermann Christian Wittgenstein se enfurecía a menudo por la informalidad y despreocupación de su hijo, en aquella ocasión trató de limitar sus reproches. Karl siempre había dado motivos de preocupación; era un chico terco, inquebrantable y rebelde, y en muchas ocasiones había surgido la necesidad de reprenderlo; por ejemplo, la vez que empeñó su violín para comprar un cortavidrio; la vez que manipuló el reloj de campana para que sonara cada quince minutos y despertara a toda la casa a intervalos regulares durante toda la noche; la vez que tomó «prestado» uno de los carruajes de su padre, llevó a su hermana y a un amigo de esta a dar una vuelta, corrió demasiado, chocó contra un puente y el amigo de su hermana se rompió la nariz. ¿Y aquella otra vez en que se escapó de la escuela para ir a la ciudad vecina de Klosterneuburg? Solo tenía once años, se había desprendido de su carísimo abrigo para hacerse pasar por un golfillo callejero y alguien lo reconoció cuando mendigaba en la entrada de un café junto al ayuntamiento. Lo retuvieron toda la noche y a la mañana siguiente lo devolvieron a sus enfurecidos padres.

Hermann adoraba, mimaba y consentía a su hijo mayor, Paul, a quien a escondidas entregaba regalos y preparaba como heredero de su fortuna; en cambio con Karl, su tercer hijo, no se llevaba bien. Desde el principio la relación entre ambos era glacial, de desconfianza y antagonismo, y así seguiría hasta el día de la muerte de Hermann, en mayo de 1878. Hermine aludía a las diferencias de personalidad entre su padre y su abuelo. Eran

demasiado distintos; como dicen los ingleses, «como la tiza y el queso», o, como habría dicho ella, *Tag und Nacht* (como la noche y el día). Karl era divertido, impredecible y desinhibido; su padre, aburrido, parsimonioso y severo. En otros aspectos eran parecidos; ambos eran autoritarios e inflexibles, y fue a causa de estos defectos compartidos (quizá más que debido a sus diferencias) por lo que nació su gran enemistad.

Cuando Karl se escapó por segunda vez, lo hizo de forma repentina, sin avisar ni dejar ninguna nota explicativa. Corría el mes de enero de 1865. Tenía diecisiete años. Al principio supusieron que había sufrido un accidente. Hacía mal tiempo: ventisca y temperaturas bajo cero. El hielo cubría las calles de Viena y todas las carreteras que salían de la ciudad estaban cortadas por enormes montones de nieve. Se repartieron fotografías de Karl entre los policías, que auguraban confiados su inminente regreso, pero, cuando los días dieron paso a las semanas y las semanas se convirtieron en meses y Karl seguía sin aparecer, la tensión en la vivienda de los Wittgenstein había llegado a tal extremo que pronto se tornó imposible mencionar el nombre del chico delante de sus padres.

Desde el puesto fronterizo de Bodenbach, Karl se había dirigido al puerto de Hamburgo, donde embarcó en un buque con rumbo a Nueva York. Allí llegó a principios de la primavera, sin un penique ni más ropa que la puesta, y con un violín muy caro debajo del brazo. Aceptó un empleo de camarero en un restaurante de Broadway, pero lo dejó al cabo de quince días para unirse a una compañía de variedades. Tras el asesinato del presidente Lincoln el 14 de abril en el teatro Ford, las representaciones teatrales y musicales quedaron prohibidas en todo el territorio de la Unión, de modo que la compañía de Karl se vio obligada a disolverse. Enseguida se encontró pilotando una barcaza de heno prensado desde Nueva York a

Washington, donde durante seis meses sirvió whiskies en un «bar para negros» abarrotado.

> La tarea principal consistía en distinguir a un negro de otro para saber quién había pagado y quién no. Ni siquiera el propietario era capaz de distinguirlos.
>
> Allí cobré mi primer sueldo decente.
>
> Con ropa y pertrechos nuevos, regresé a Nueva York en noviembre y escribí a casa por primera vez.[10]

Los recuerdos del moribundo no eran del todo precisos. En realidad había enviado su primera carta —cuatro lacónicas líneas— tres meses antes, en septiembre de 1865, dirigida a un criado de los Wittgenstein con el que se llevaba bien. El efecto fue instantáneo: una avalancha de cartas remitidas por sus hermanos y su madre desde Viena, pero ninguna de su padre, quien seguía alimentando un profundo resquemor hacia él. Al principio se sintió demasiado avergonzado para responder a las misivas, y su silencio llevó a su hermana a mandarle una carta de súplica en la que le urgía a ponerse en contacto con sus padres. Karl escribió no a ellos sino a su hermana: «No puedo escribir a mis padres. Del mismo modo que no tendría valor para presentarme ante ellos ahora y pedirles perdón, menos aún podría hacerlo por escrito, sobre el papel, que es paciente y no se pone colorado de vergüenza. Solo podré hacerlo cuando las circunstancias me permitan mostrarles mis progresos».[11]

La situación de estancamiento se prolongó varios meses, mientras su madre, impaciente por tener noticias de su hijo díscolo, siguió asediándolo con cartas y remesas de dinero. Aun así, él se negaba a responderla directamente. El 30 de octubre escribió a su hermano Ludwig (a quien llamaban Louis):

> La carta de madre me hizo inmensamente feliz; mientras la leía, el corazón me latía con tanta fuerza que no pude continuar […] De momento sirvo comidas y bebidas. No es un trabajo difícil, pero no acabo hasta las 4 de la madrugada […] Solo tengo un deseo (seguro que te lo imaginas): llevarme mejor con padre. Le escribiré tan pronto como haya abierto un negocio, pero aquí las cosas están muy mal, de modo que no debe extrañarte que todavía no haya encontrado otro empleo.[12]

La lasitud de Karl era física y mental. Estaba deprimido y durante seis meses había padecido una atroz diarrea (posiblemente, disentería) que lo había dejado consumido y con el ánimo abatido. Solo con un esfuerzo titánico consiguió hacer acopio de fuerzas para escribir a su madre:

> Pensará que soy un mal hijo por no haberle dado las gracias hasta ahora, después de haber recibido varias cartas suyas y no haber contestado a ninguna, pero no logro encontrar la paz interior necesaria para escribir a mis padres. Cada vez que pienso en usted y en mis hermanas y hermanos, siento vergüenza y arrepentimiento […] queridísima madre, por favor, interceda por mí ante padre y no dude de la más sincera gratitud de su hijo.[13]

La correspondencia directa con su padre seguía siendo impensable, al menos hasta que hubiera encontrado un empleo mejor que el de camarero. Al regresar de Washington a Nueva York trabajó de profesor de matemáticas y de violín en una escuela cristiana de Manhattan. Incapaz de controlar a sus alumnos, dejó ese empleo y durante una breve temporada fue vigilante nocturno de una residencia para niños indigentes de Westchester. Después impartió clases en una elegante universidad de Rochester, donde la comida era buena y el sueldo, por primera vez desde que llegara a América, razonable. Solo entonces dirigió sus pensamientos hacia Viena y su padre.

Empresario

No hubo alfombras rojas ni bandas de música para dar la bienvenida a Karl cuando regresó de Nueva York en la primavera de 1866, y el aspecto que ofrecía solo sirvió para ahondar la aflicción que su fuga había causado en el seno de la familia. Se encontraba en un estado lamentable —desvariaba, estaba flaco y desaliñado—, y hablaba una confusa mezcla de mal alemán y argot yanqui.

Su madre le había escrito para advertirle de que se esperaba que, a su regreso, se dedicara a alguna labor agrícola. «Si el deseo inmediato de padre es que trabaje en una granja, por supuesto que lo haré», había asegurado Karl a su hermano Louis.[14] Al llegar, sin haber recuperado todavía el favor de la familia, lo enviaron a una de las granjas que tenía arrendadas su padre cerca de la pequeña ciudad comercial de Deutschkreutz, que en aquella época formaba parte de la Hungría occidental alemana. Se esperaba que allí recuperara las fuerzas y desarrollara algún entusiasmo por los negocios de su padre.

Hermann Wittgenstein no era un agricultor cualquiera. Jamás había arado un terreno ni ordeñado una vaca, pues su éxito empresarial residía en la asociación con sus suegros, unos ricos comerciantes vieneses apellidados Figdor. En 1847, cuando nació Karl, Hermann era un comerciante de lana que vivía en Gohlis, cerca de Leipzig, en Sajonia. Cuatro años después se trasladó con su esposa y sus hijos a Austria, donde ejerció de gestor o administrador de propiedades transformando las ruinosas herencias de aristócratas excéntricos en negocios prósperos a cambio de un porcentaje de los beneficios. El dinero obtenido de este modo, y de su colaboración con los Figdor (que comerciaban con el carbón, los cereales, la madera y la lana

que esas fincas producían), se invertía prudentemente en propiedades inmobiliarias vienesas.

Si bien Hermann era frugal en extremo, él y su familia vivían rodeados de lujo. En Austria alquiló el famoso palacio de Bad Vöslau, para tres años después mudarse al descomunal, descollante y cúbico castillo de Vösendorf (hoy día, sede del ayuntamiento y del museo de la bicicleta), unos quince kilómetros al sur de Viena. Más adelante, ocupó una buena parte de un castillo alquilado en Laxenburg, construido originalmente para alojar a Anton von Kaunitz, primer ministro de la emperatriz María Teresa. Su hija menor, Clothilde (que terminó sus días en París, convertida en solitaria adicta a la morfina), fue la única de los once hijos de Hermann que nació en Austria. Karl era el sexto de los hermanos, tercero y menor de los varones.

Hermann Wittgenstein nunca prodigó mucho dinero a sus hijos, pues estaba decidido a que se abrieran camino en el mundo por sí solos. Pensaba que, de sus tres hijos varones, Karl era el más irresponsable, pero su rigurosa frugalidad, unida a la incesante reprobación y el menosprecio de las aptitudes de Karl, no consiguió más que despertar en el endurecido corazón del chico una acerada ambición por demostrar que su padre se equivocaba.

Al final de su vida profesional, a Karl le gustaba verse descrito como un hombre «hecho a sí mismo», pero esa expresión era acertada solo en parte. Sin duda amasó su inmensa fortuna gracias a su energía y aptitud para los negocios, pero, al igual que muchos de quienes se vanagloriaban de «haberse hecho a sí mismos», Karl solía pasar por alto el hecho de que se había casado con una dama de considerable fortuna, sin cuyo munificente fondo fiduciario tal vez jamás habría conseguido dar el primer salto para dejar de ser un empleado y convertirse en propietario capitalista.

La historia del ascenso de Karl Wittgenstein desde la condición de

díscolo camarero en Norteamérica a multimillonario magnate austríaco del acero puede resumirse de forma sucinta. Después del año que pasó dedicado a las labores agrícolas en Deutschkreutz, se matriculó en la Universidad Politécnica de Viena, donde solo adquirió los conocimientos que le pareció que más adelante podrían serle de utilidad y se saltó las clases vespertinas, y con el fin de adquirir experiencia laboral aceptó un empleo mal pagado en la fábrica de Staatsbahn (Compañía Nacional de Ferrocarriles). En 1869 abandonó la universidad sin titulación y durante los tres años siguientes tuvo diversos empleos: ayudante de ingeniero de diseño en un astillero de Trieste; en una empresa de fabricación de turbinas de Viena; en los Ferrocarriles del Nordeste de Hungría en Szatmár y Budapest; en las Acerías Neufeldt-Schoeller de Ternitz, y finalmente en la ciudad balneario de Teplitz (o Teplice), donde comenzó a trabajar a media jornada en la elaboración del proyecto de una nueva planta de laminación. El director lo contrató para hacer un favor a la familia y esperaba muy poco de él, pero muy pronto la energía, la creatividad y la capacidad de Karl para hallar soluciones rápidas a un amplio abanico de problemas empresariales y de ingeniería le reportaron un puesto a tiempo completo en la fábrica.

Sintiéndose seguro al fin, con una renta anual de mil doscientos florines, Karl decidió pedir la mano de su novia. Ella, Leopoldine Kalmus, era la hermana de una mujer que tenía alquilada un ala del castillo de Laxenburg. La madre de Karl celebró con cierta reserva la noticia del compromiso de su hijo, pero no estaba segura de que fuera a ser un buen esposo. A su futura nuera le escribió lo siguiente: «Karl tiene buen corazón, pero abandonó la casa de sus padres demasiado pronto. Por lo que respecta a los últimos detalles para mejorar su educación, formalidad, orden y autocontrol, confío en que los aprenderá en su adorable compañía».[15]

Hermann, que todavía tenía que conocer a la señorita Kalmus, era menos

optimista. El padre de la joven (ya difunto) había sido comerciante de vinos. Ella era medio judía de ascendencia y de religión católica, cosas ambas que atentaban contra la ética protestante y la sensibilidad antisemita de Hermann. A decir verdad, Leopoldine era prima lejana de su esposa, la señora Wittgenstein (ambas afirmaban descender de un rabino del siglo XVII, un tal Isaac Brillin), pero él quizá no lo supiera en aquel momento. En cualquier caso, él había dejado claro a sus hijos hacía mucho tiempo que no quería que se casaran con judíos. De los once, tan solo Karl le desobedeció. Hermann tenía potestad jurídica para prohibir el matrimonio, y a Karl le correspondía obtener de su padre la autorización formal. Karl cumplió con los trámites, pero de un modo tan descuidado y poco respetuoso que acabó enfureciendo a su padre.

Hermann yacía en la cama quejándose de dolor de espalda cuando su hijo llegó de Teplitz muy animado. Karl se ofreció a darle un masaje para aliviar el dolor y, en cuanto su padre se tendió boca abajo y comenzó a gemir con la cabeza hundida en la almohada, dejó caer como si tal cosa la noticia de que se dirigía a Bad Aussee, donde iba a proponer matrimonio a la señorita Kalmus. La historia no refiere si surgió en ese momento la cuestión de la religión de la joven, pero, cuando Karl empezó a ensalzar las bondades y virtudes de su futura prometida, Hermann le interrumpió. «Bueno, todas son así al principio —le dijo—, ¡hasta que mudan la piel!»[16] El anciano solo escribiría a su futura nuera una vez que se hubo hecho público el compromiso:

> Querida señorita:
>
> Mi hijo Karl, a diferencia del resto de sus hermanos, ha optado siempre desde su más tierna infancia, por seguir su propia senda. Al final tal vez esto no haya resultado ser un inconveniente tan grave. Ha pedido incluso mi consentimiento para formalizar su compromiso con usted, aunque tan solo cuando ya iba de camino a pedirle la mano. Como él se deshace en elogios hacia usted, y como sus hermanas coinciden en el aprecio de su persona, no creo que yo tenga derecho a poner

dificultades, de manera que no puedo más que desear que se cumplan sus deseos y esperanzas de un futuro venturoso. Que esta expresión de mi sincera disposición de ánimo baste al menos hasta que haya tenido la oportunidad de conocerla personalmente.

Afectuosamente,

H. WITTGENSTEIN[17]

Karl y Leopoldine se casaron el 14 de febrero, día de San Valentín, de 1874 en una capilla lateral de la iglesia de San Esteban, la majestuosa catedral católica de Viena. Era un día ventoso. Las brillantes tejas de colores de la catedral resplandecían como las escamas de un pez exótico, mientras en lo alto del pórtico, entre figuras talladas que representaban la fealdad y el mal, el rostro de un judío con su *pileum cornutum* lanzaba una mirada maliciosa a Hermann y sus invitados cuando atravesaban la puerta. Concluida la ceremonia, todo el mundo se congregó para felicitar a los novios… pero Karl, en medio de un ataque de ira por la pereza de su cochero, dio un puñetazo en la ventanilla del carruaje mientras gritaba: «¡Váyase al infierno! ¿Va a arrancar alguna vez?».[18] La fuerza del golpe hizo añicos el cristal y le produjo un corte profundo en la mano, cuya sangre manchó el impoluto interior del vehículo.

La pareja se marchó a vivir a Eichwald, cerca de Teplitz, pero el trabajo remunerado que Karl tenía allí no duró tanto como él esperaba. Pronto se vio envuelto en una disputa interna, en cuyo momento culminante renunció a su empleo en señal de protesta por el trato desagradable que el presidente del consejo de administración había dispensado a su amigo, el director general. Estuvo un año sin empleo (fue en esa época cuando nació Hermine) y en el verano de 1875 se incorporó como ingeniero, con funciones poco definidas, en una empresa de Viena. Cuando llevaba un año en la capital, el presidente hostil de Teplitz dimitió y Karl fue readmitido en su antigua empresa, en esta ocasión con un asiento en el consejo de

administración. La fábrica se encontraba en una situación calamitosa, pero consiguió sacarla a flote gracias a un voluminoso pedido de raíles que logró tras una dura competencia con Krupp. Para ello persiguió por media Europa a Samuil Poliakov, financiero ruso, constructor de vías férreas y asesor de confianza del zar Alejandro II, hasta convencerle de que adquiriera unos raíles mucho más ligeros y baratos que los que le ofrecían sus competidores. Los rusos, en guerra contra los turcos, los necesitaban para una campaña militar en la península balcánica. El contrato de Karl establecía que seguiría fabricándolos hasta que Poliakov le telegrafiara indicándole que se detuviera. Cuando por fin llegó el pedido, Karl informó a los rusos de que su empresa tenía almacenados en el patio, listos para enviar, varios millares de raíles; era mentira, claro está, pero de ese modo se aseguró de que el pago final fuera mucho mayor.

En sus negocios Karl era un oportunista, que amasó su fabulosa fortuna gracias al feliz resultado de los riesgos que asumía, a su esforzado trabajo y a su aguda intuición. Hacía promesas sin estar seguro de cómo lograría cumplirlas, aceptaba adquirir empresas y acciones con dinero que no poseía, y ponía a la venta mercancías almacenadas que ya había prometido a otros clientes. En última instancia, siempre confió en su ingenio para escapar de los problemas que él mismo se creaba. «Un industrial debe aprovechar las oportunidades —escribió—. Debe estar dispuesto a apostarlo todo a una sola carta cuando el momento lo exige, aun a riesgo de no recoger los frutos que había confiado en obtener, perder su apuesta inicial y tener que volver a empezar desde cero.»[19]

En 1898, con cincuenta y un años, regresó a Viena después de unas largas vacaciones en el extranjero y anunció que se retiraba de los negocios. Renunció con carácter inmediato a todos los cargos directivos y puestos ejecutivos, y decidió que en los años siguientes observaría con lupa la

industria desde su despacho de la Krugerstrasse, que mantuvo abierto «solo por si el ministro de Comercio se pasa por aquí para pedirme consejo». Cuando presentó todas aquellas dimisiones se encontraba en la cumbre de su vida profesional, durante la cual había sido propietario o accionista principal de la Compañía Minera de Bohemia, la Compañía Siderúrgica de Praga, las Acerías de Teplitz, la Compañía Minera Alpina y un puñado de factorías, plantas de laminación y minas de carbón y metal de menor importancia por todo el imperio. Había ocupado un asiento en el consejo de administración de al menos tres entidades bancarias de primera línea, así como de empresas de municiones, y poseía, desperdigadas por las tres residencias que tenía en Austria, valiosas y espléndidas colecciones de muebles, arte, porcelana y manuscritos musicales autógrafos.

Porque, mientras su salud se lo permitiera, Karl dedicaría parte del retiro a sus placeres privados: la caza, el tiro, la esgrima y la equitación, encargar y coleccionar obras de arte, escribir artículos sobre temas económicos y empresariales, tocar el violín y, en verano, dar largas caminatas por las laderas alpinas. Sería ocioso conjeturar cuánto dinero tenía. Su primo Karl Menger escribió que su fortuna antes de la Primera Guerra Mundial «se estimaba en doscientos millones de coronas; equivalente al menos a esa misma cantidad de dólares después de la Segunda Guerra Mundial».[20] Pero las cifras carecen de sentido. Era fabulosamente rico.

Matrimonio con una rica heredera

Jerome Steinberger era hijo de un importador de guantes arruinado de

Nueva York. Su padre, Herman, se había suicidado el día de Navidad del año 1900. Una de sus tías paternas se había arrojado al río Hudson, y se cree que un tío suyo, Jacob Steinberger, pudo también quitarse la vida en mayo de 1900.[21] Jerome realizó audaces intentos para recuperar la empresa de la familia, pero no lo consiguió, transformó su apellido en Stonborough y realizó un curso de humanidades en una universidad de Chicago. Se rumoreaba que su padre, un inmigrante de Nassau, en Sajonia, había suscrito un seguro de vida por valor de cien mil dólares. Su hermana, Aimée, se casó con William, la oveja negra del poderoso clan de los Guggenheim.[22]

En 1901, haciéndose llamar doctor Stonborough, Jerome viajó por primera vez a Viena y, un año después, regresó a la ciudad para estudiar medicina. No se sabe dónde ni cómo se convirtió del judaísmo al cristianismo, ni siquiera si en efecto lo hizo, pero el 7 de enero de 1905, doce semanas después de la boda judía de su hermana en Nueva York, estaba de vuelta en Viena, en uno de los días más fríos de la historia de Austria, tiritando ante el altar de una iglesia protestante de la adoquinada Dorotheergasse, junto a su nerviosa novia, una espigada vienesa de veintidós años.

Sus amigos la llamaban Gretl, aunque la habían bautizado con el nombre de Margherita, que a su debido tiempo ella anglicanizaría para convertirlo en Margaret. Era la hija menor de Karl y Leopoldine Wittgenstein. Entre sus tíos y tías había jueces, soldados, médicos, científicos, mecenas de las artes y funcionarios del gobierno, todos ellos figuras destacadas. En las paredes de la iglesia, encima del lugar donde ella y Jerome se pronunciaron las promesas matrimoniales, había tres lustrosas inscripciones, cada una costeada por un miembro de la familia: «Venga a nosotros tu reino»,

«Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan» y «Que todo cuanto respira alabe a Yahvé. ¡Aleluya!».

No está claro qué indujo a Jerome y Gretl a sentir un interés romántico por el otro. Procedían de entornos diferentes. El de ella era musical; el de él, no. Mientras que ella aceptaba de buen grado la compañía de los demás, él solía rehuirla. No obstante, compartían un vivo interés por las cuestiones médicas y científicas: siendo adolescente, Gretl había bordado un cojín para su dormitorio en el que se representaba un corazón humano con todas las arterias y venas coronarias. Tras la quiebra de su padre, a Jerome debió de entusiasmarle la perspectiva de compartir la inmensa fortuna de ella; al fin y al cabo, era la hija de uno de los hombres más ricos del imperio de los Habsburgo. Y es igualmente posible que ella, a su vez, se sintiera atraída por los rasgos de Jerome que más le recordaban a su padre: el carácter impaciente y autoritario, la presencia imponente, los impredecibles cambios de humor. Estas suposiciones pueden estar muy lejos de la realidad, pero lo cierto es que Jerome Stonborough y Karl Wittgenstein tenían una personalidad parecida y, aun cuando lo que movió a Jerome a casarse con Gretl no fuera su fortuna, no pudo menos de quedar impresionado por el lujoso palacio repleto de tesoros que el padre de la joven tenía en Viena.

Gretl era nueve años menor que su flamante marido norteamericano y unos cuantos centímetros más alta que él, tenía los ojos oscuros, el pelo moreno y la tez blanca. A juzgar por las instantáneas que han quedado de ella, no se la podría calificar de hermosa, al menos en el sentido clásico del término, pero tal vez el arte de la fotografía fuera injusto con ella, pues muchos de los que la conocían personalmente daban testimonio de su impresionante atractivo. «Poseía una belleza “singular” —afirmó alguien— y una elegancia poco corriente. Los dos arcos que formaba en la frente el nacimiento del cabello le conferían un aspecto único.»[23] Gustav Klimt

trató de plasmar esos esquivos matices en un retrato de cuerpo entero que la señora Wittgenstein le encargó poco antes de la boda de su hija.

A Gretl no le gustó el cuadro una vez acabado por considerar que Klimt había plasmado de forma «inexacta» su boca, que más tarde mandó volver a pintar a un artista de segundo orden. Aun así, el retrato seguía sin gustarle, de modo que, sin llegar a colgarlo ni a exponerlo en público, dejó que se enmoheciera en el desván. Los visitantes de la Neue Pinakothek de Munich, donde actualmente se expone el cuadro, pueden entretenerse tratando de averiguar por qué a la modelo le desagradaba tanto. Tal vez señalen los círculos grises que aparecen bajo los ojos de Gretl y califiquen su expresión de cansada, dubitativa o, tal vez, asustada; quizá observen su aire cohibido y desconcertado con ese llamativo vestido de seda blanco con los hombros al descubierto que no le favorece, o acaso se fijen en la palidez de las manos entrelazadas sobre el estómago, con los dedos torcidos en un gesto nervioso. Sin embargo, al examinar el retrato, por más que se esfuercen, jamás adivinarán los verdaderos motivos de todo esto; motivos que nada tenían que ver con los temores que la joven pudiera sentir ante su inminente boda con Jerome, ni siquiera con la incomodidad de tener que posar ante el depredador sexual de Klimt. En mayo de 1904, cuando Klimt empezó a trabajar en el cuadro, el hermano de Gretl, que solo tenía un año más que ella y había sido su compañero inseparable en la adolescencia, se había envenenado inopinadamente en público de la forma más dramática.

La muerte de Rudolf Wittgenstein

Cuando murió, Rudolf Wittgenstein, conocido en la familia como Rudi, tenía veintidós años y estudiaba química en la Academia de Berlín. A decir de todos, era un hombre inteligente, culto y apuesto, que sentía pasión por la música, la fotografía y el teatro. En el verano de 1903, angustiado por un aspecto de su personalidad que él definía como «mi pervertida orientación», [24] buscó ayuda en el Comité Científico Humanitario, una organización benéfica que defendía la derogación del artículo 175 del Código Penal alemán, una ley draconiana contra *die widernatürliche Unzucht* (los actos sexuales antinaturales). Dicha organización publicaba un informe anual de sus actividades con el florido título de *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen unter besonderer Berücksichtigung der Homosexualität* (Anuario sobre transexualidad, con atención específica a la homosexualidad), y fue en uno de esos volúmenes donde, en un estudio de casos redactado por el distinguido sexólogo Magnus Hirschfeld, se exponían con detalle los problemas de un estudiante homosexual de Berlín, sin citar su nombre. Temiendo que se le identificara como el sujeto en cuestión, Rudi tomó de inmediato su fatídica decisión. Al menos, esa es una de las versiones de la historia. Los hechos que se describen a continuación son menos discutibles.

La noche del 2 de mayo de 1904, a las 9.45, Rudi entró en un bar-restaurante de la Brandenburgstrasse de Berlín, pidió dos vasos de leche y algo para comer, que ingirió en un estado de visible agitación. Cuando hubo terminado, pidió al camarero que llevara una botella de agua mineral al pianista con la indicación de que interpretara el popular tema de Thomas Koschat «Verlassen, verlassen, verlassen bin ich»:

> ¡Abandonado, abandonado, abandonado estoy!
> ¡Como una piedra en el camino, pues ninguna muchacha me quiere!
> ¡Iré a la iglesia, a la puerta de la iglesia,

¡y allí, arrodillado, lloraré desconsolado!

En el bosque se alza una loma con muchas flores,
allí descansa mi pobre muchacha, a la que no hay amor que resucite.
llí mi peregrinación, allí mis deseos,
¡allí sentiré profundamente lo abandonado que estoy.[25]

Mientras la música sonaba en toda la sala, Rudolf sacó del bolsillo un sobrecito de sales blancas y diluyó el contenido en uno de los vasos de leche. Los efectos de la ingestión de cianuro potásico son instantáneos y atroces: opresión en el pecho, una terrible sensación de quemazón en la garganta, cambios en el color de la piel, náuseas, tos y convulsiones. Al cabo de dos minutos Rudolf se desplomaba inconsciente en su asiento. El patrón mandó a unos clientes en busca de un médico. Llegaron tres, pero demasiado tarde para que sus atenciones surtieran efecto.

En el periódico del día siguiente, una noticia informaba de que en el lugar de los hechos se habían encontrado varias notas dejadas por el suicida. En una de ellas, dirigida a sus padres, Rudi explicaba que la pena por la muerte de un amigo le había llevado a quitarse la vida. Dos días más tarde, se trasladaron sus restos mortales desde un depósito de cadáveres de Berlín hasta Viena para que recibieran sepultura sin honores; para su padre, Karl, el dolor y la humillación eran inenarrables. Tan pronto como concluyeron los rotos fúnebres, se apresuró a sacar a su familia del cementerio y prohibió a su esposa que volviera la vista hacia la tumba. En el futuro, no permitiría que ella ni ningún otro miembro de la familia pronunciara el nombre de Rudolf en su presencia.

Ocho meses después del funeral, cuando Gretl y su marido abandonaban la iglesia en la que acababan de casarse, la novia depositó su ramo helado en las manos de un amigo fiel con la indicación de que lo llevara al lugar donde estaba enterrado su hermano y esparciera las flores sobre la tumba.

La tragedia de Hans

La decisión de Karl de prohibir toda mención de Rudolf no vino determinada por la falta de sentimientos, sino por un exceso de ellos, que, una vez desatados, podrían resultar destructivos. También había consideraciones de orden práctico: el deseo de mantener unida a la familia e impedir que sufriera, lo que únicamente podía lograrse soportando tener la boca cerrada. Sin embargo, si su intención era unir a los miembros de su familia con lazos más estrechos, no pudo haber fracasado de forma más rotunda, pues el efecto de su censura creó en la casa un ambiente de tensión insoportable, que produjo una fisura entre hijos y padres que el tiempo no conseguiría cerrar. Los primeros acusaban a Karl (nunca en su presencia) de someterles a una presión excesiva en lo relativo a la profesión, de insistir en que no se dedicaran a ninguna actividad que no incluyera las dos disciplinas que habían labrado su fortuna: la ingeniería y los negocios. También acusaban a la señora Wittgenstein, Leopoldine (o Poldy, como la llamaban en el entorno familiar), de no rebelarse contra su autoritario marido, de ser timorata, indecisa e insegura. Más de cuarenta años después de la muerte de su hermano, Hermine escribía con amargura:

> Cuando a los siete años mi hermano Rudi tuvo que presentarse al examen de ingreso en la escuela pública, estaba tan triste y asustado que el examinador comentó a mi madre: «Es un niño muy nervioso; debería tener cuidado con él». En mi casa he oído a menudo repetir esta frase con ironía, como si fuera absurda. Mi madre no podía pensar que uno de sus hijos pudiera ser demasiado nervioso; para ella, eso era imposible.[26]

Debido a la prohibición de Karl, las conversaciones familiares sobre el suicidio de Rudi se circunscribieron a cónclaves secretos, con la inevitable consecuencia de que los hechos se distorsionaron con el paso del tiempo

como en el juego infantil del teléfono. Por ejemplo, se rumoreaba que se había suicidado porque, al haberse criado entre algodones en Viena, no estaba preparado para los rigores de la vida estudiantil de Berlín; porque su padre se negaba a que se formara como actor, o porque había contraído una enfermedad venérea que le había hecho enloquecer. Se decían todas estas cosas y muchas más, algunas de ellas, sin duda, inexactas y descorazonadoras; sin embargo, no eran nada comparadas con los chismorreos y las tergiversaciones en torno a la desaparición de otro hermano: Johannes (conocido como Hans).

Como habría observado Oscar Wilde, «perder un hijo puede considerarse una desgracia, pero perder dos parece un descuido». Por extraño que pueda parecer, el suicidio de Rudi no fue la primera tragedia de esta naturaleza que sufrió la familia Wittgenstein, pues dos años antes Hans, el mayor de los varones, había desaparecido sin dejar rastro. Él también era un tema de conversación prohibido.

Las fotografías que nos han llegado de Hans en su juventud, con la cabeza ladeada y la mirada estrábica, hacen pensar que tal vez padeciera cierta deficiencia mental, que acaso fuera lo que hoy día se denomina un *idiot savant*, que se define como un niño retrasado que demuestra un talento excepcional en algún ámbito concreto, como grandes dotes memorísticas o la capacidad de realizar cálculos aritméticos con rapidez. No cabe duda de que era tímido, exasperantemente tímido, y que su mundo interior era muy intenso. Corpulento y desgarbado, obstinado y reacio a la disciplina, su hermana mayor lo consideraba «un niño muy peculiar». La primera palabra que pronunció fue «Edipo».

Desde sus primeros años manifestaba un curioso impulso por traducir el mundo que le rodeaba en fórmulas matemáticas. Cuando era pequeño, una tarde en que paseaba con su hermana por un parque de Viena, al atravesar

una caseta adornada Hans le preguntó si podía imaginarla hecha de diamantes.

«Sí —respondió Hermine—, ¿verdad que sería bonita?» «Déjame probar una cosa —pidió él, y sentándose en la hierba se puso a calcular la producción anual de las minas de diamante sudafricanas y la riqueza acumulada de los Rothschild y los multimillonarios americanos, a medir mentalmente cada sección de la caseta, incluidos todos sus adornos y filigranas de hierro forjado, y a construir lenta y metódicamente una imagen hasta que, de repente, se detuvo—. No puedo seguir —exclamó— porque no puedo imaginar una caseta de diamantes más alta que esto —añadió señalando una altura de algo más de un metro—. ¿Tú puedes?» «Claro —contestó Hermine—. ¿Cuál es el problema?» «Pues que no queda dinero para comprar más diamantes.»

Pese a toda su habilidad matemática, lo que siempre interesó a Hans fue la música, para la que poseía un talento prodigioso y fenomenal. Con cuatro años sabía reconocer el efecto Doppler como una disminución de medio semitono en una sirena al pasar; a los cinco, se tiró al suelo llorando y gritando «¡mal!, ¡mal!» cuando dos bandas de metal situadas cada una en un extremo de un gran desfile de carnaval tocaban simultáneamente dos marchas militares en claves musicales distintas. En cierta ocasión en que la familia acudió a escuchar en concierto al famoso Cuarteto Joachim en la Kleiner Musikvereinsaal, Hans se negó a acompañarlos. No le interesaba la interpretación musical; prefirió tumbarse en el suelo de su casa con las partituras que se iban a interpretar en el concierto esparcidas ante sí. Sin haber escuchado jamás la pieza, fue capaz, estudiando simplemente cada una de las hojas impresas, de construir en su cabeza una impresión nítida de cómo sonarían los cuatro instrumentos juntos y, a partir de ahí, interpretar de memoria al piano el conjunto cuando regresaron sus padres.

Aunque era zurdo, Hans tocaba el violín, el órgano y el piano con destreza. Julius Epstein, maestro de Mahler y distinguido profesor de piano del Conservatorio de Viena, lo calificó en una ocasión de «genio», pero, pese a toda su habilidad y a los destellos de sentimiento, desde sus primeros años la violencia y los estallidos de tensión espontáneos, típicos de su carácter, malograban las interpretaciones musicales de Hans. Hermine lo atribuía al ambiente tenso y enrarecido de la casa de los Wittgenstein, y concluía:

> Resultaba trágico que, pese a su enorme rectitud ética y su sentido del deber, nuestros padres no consiguieran crear una especie de armonía entre ellos y sus hijos; ¡resultaba trágico que mi padre tuviera hijos que eran tan distintos de él como si los hubiera encontrado en un orfanato! Debió de ser una amarga decepción para él que ninguno siguiera su camino y continuara la obra de su vida. Una de las mayores diferencias, y de las más trágicas, tenía que ver con la falta de vitalidad y de voluntad de vivir de sus hijos cuando eran jóvenes…[27]

Así pues, ¿qué le sucedió a Hans? Una noticia breve en el *Neues Wiener Tagblatt* del 6 de mayo de 1902 explicaba: «El industrial Karl Wittgenstein ha sufrido una terrible desgracia. Su hijo mayor, Hans (24), que ha pasado unas tres semanas en América con motivo de un viaje de estudios, ha tenido un accidente en una piragua».[28] La fecha de esta breve noticia hace pensar en la posibilidad de que Rudi escogiera el segundo aniversario de la «terrible desgracia» de su hermano Hans como fecha significativa en la que poner fin a su vida en Berlín. Ahora bien, si en efecto Hans se suicidó el 2 de mayo de 1902, los Wittgenstein estaban todavía lejos de reconocerlo públicamente, y la escueta noticia, que no da la menor pista sobre el destino final de Hans, no fue en modo alguno la última palabra sobre el asunto. Desde entonces, los miembros de la familia han ofrecido muchas explicaciones alternativas. Algunos dicen que huyó a Estados Unidos, otros a Sudamérica, una información refiere que se le vio por última vez en La

Habana, Cuba. Su nombre no aparece en ninguna de las listas de pasajeros existentes. Tal vez viajara con pasaporte falso. Se sabe que poco después de que cumpliera veinte años su padre lo envió a trabajar a las plantas de producción de Bohemia, Alemania e Inglaterra, donde se esperaba que asumiera las obligaciones y responsabilidades que tanto le desagradaban y de las que no consiguió recoger ningún beneficio evidente. En lugar de trabajar, prefería interpretar música.

Cada vez que regresaba a casa para pasar una temporada, la relación de Hans con su padre era infernal y tempestuosa. Karl era un hombre aterrador, incluso cuando estaba de buen humor. Como escribió Gretl en su diario, «las frecuentes bromas de mi padre no me parecían graciosas, tan solo peligrosas».[29] Karl, incapaz de comprender la psicología ajena, alimentaba el deseo de que su hijo mayor sobresaliera en los negocios, brillara como empresario e industrial, reprodujera sus magníficos logros… pero, cuanto más se eleva alguien, más pequeño le parece a quien no sabe volar. Aunque a Karl le gustaba la música, detestaba la malsana obsesión que Hans sentía por ella, y al final le prohibió tocar ningún instrumento salvo durante unas horas rigurosamente establecidas. Su sublevación juvenil contra su padre le había conducido a su gran éxito en los negocios, pero era insensato por su parte suponer que Hans estaba hecho de la misma pasta, y demostró su miopía al creer que la incesante presión paterna sobre un hombre tan joven, voluble e inestable llevaría a otra cosa que no fueran las más catastróficas consecuencias.

La opinión más extendida apunta que huyó al extranjero en 1901 para escapar de su padre. Con poco más de veinte años Hans había engordado, estaba obsesionado con la sombría filosofía nihilista de Arthur Schopenhauer y, según algunas fuentes, «se cree que era homosexual».[30] Hay quien afirma que vivió hasta los veintiséis años. En una publicación se

indica que murió en Everglades, Florida; según otra, «en 1903 se informó a la familia de que un año antes había desaparecido de una embarcación en Chesapeake Bay, y que no se le había vuelto a ver desde entonces. La conclusión obvia fue que se había suicidado».[31]

Pero ¿llegan unos padres a la «conclusión obvia» de que su hijo se ha suicidado cuando se les informa de que se le vio por última vez un año antes en una barca de remo? ¿No sería más normal que un progenitor angustiado por unas circunstancias tan inquietantes y extrañas aguardara pacientemente, esperara, hora tras hora, año tras año, que llamaran a la puerta? ¿En qué momento admite un padre, sin cadáver ni testigos, que su hijo no ha huido y se ha escondido, sino que en efecto se ha suicidado?

El único elemento común en la mayoría de las versiones es que Hans salió a navegar en una barca. Algunos dicen que se pegó un tiro o se envenenó en ella; otros, que la hundió con la intención de ahogarse. Uno de sus sobrinos creía que la embarcación debió de volcar durante una tormenta tropical en el lago Okeechobee: «Claro que un hombre puede sacar una pistola en el lago y suicidarse, pero, a menos que esté muy borracho, nadie consideraría ese maldito lago un buen lugar para quitarse la vida».[32] En una carta de una tía de Hans se indica que la familia envió a un empleado al Orinoco, en Venezuela, en su busca. Una barca, una fecha indeterminada, al menos cinco localizaciones… Es poco probable que la verdad aflore alguna vez.

Por supuesto, es posible que Hans viviera toda su vida en el extranjero, a escondidas de su familia de Viena, pero lo más probable es que en verdad se suicidara fuera de Austria, que la familia tuviera ya algún indicio, o advertencias directas, de sus intenciones suicidas y que lo que les indujera a declarar abiertamente que se había quitado la vida fuera la muerte en Viena,

el 4 de octubre de 1903, de un filósofo de veintitrés años llamado Otto Weininger.

La historia de Weininger se cuenta enseguida. Era un joven de gran inteligencia, vehemente y desorientado, menudo y de aspecto simiesco, nacido en una familia de rígidos principios morales. Su padre era orfebre. Su corta vida transcurrió entre los polos del autodesprecio y el culto a sí mismo, sin ningún otro espacio intermedio más sensato en el que descansar. «Creo que tengo tantas dotes —escribió—, que de alguna manera soy capaz de resolver todos los problemas. Dudo que pueda estar equivocado alguna vez durante un período de tiempo considerable. Creo que me merezco el apelativo de Mesías (Redentor) porque esa es mi naturaleza.»[33]

En la primavera de 1903 Weininger publicó su *magnum opus*, un extenso tratado titulado *Geschlecht und Charakter* (Sexo y carácter), que exhibía una línea de pensamiento dura acerca de las mujeres (era misógino) y de los judíos (él lo era). Cuando el libro estaba en la imprenta, le comentó a un amigo: «Se me presentan tres posibilidades: la horca, el suicidio o un futuro tan brillante que ni siquiera me atrevo a pensar en él». Al final, la recepción hostil de la prensa le llevó a decantarse por la segunda opción. La noche del 3 de octubre, alquiló una habitación en una casa de la Schwartzspanierstrasse donde el poeta austríaco Lehnau había manifestado sus anhelos durante varios años, y en la que el 26 de marzo de 1827 había muerto Beethoven. Una vez establecidas las condiciones del alquiler con la casera, Weininger pidió que enviaran dos cartas a su familia y, poco después de las diez de la noche, se retiró a su habitación, cerró la puerta con llave, sacó una pistola cargada, apuntó el cañón hacia la parte izquierda de su pecho y disparó. Cuando a la mañana siguiente su hermano llegó apresuradamente en respuesta a la carta que acababa de recibir, hubo que derribar la puerta del dormitorio, en cuyo interior encontró a Otto tendido

sobre un charco de sangre, completamente vestido; todavía respiraba. Inconsciente, el joven filósofo fue trasladado a toda prisa por una ambulancia del servicio voluntario al Hospital General de Viena, donde falleció a las diez y media de aquella mañana.

El suicidio de Weininger causó un gran revuelo en la sociedad vienesa. Los periódicos publicaron muchas páginas de comentarios sobre él y, en cuestión de días, su reputación se elevó desde la de un críptico polemista a la de una celebridad nacional. Los ejemplares de *Geschlecht und Charakter* empezaron a venderse a espuertas. Se rumorea que algunos miembros de la familia Wittgenstein asistieron a su funeral, que tuvo lugar en el cementerio de Matzleinsdorf y coincidió, como la crucifixión de Cristo, con un eclipse parcial de sol. Todos los Wittgenstein leyeron su libro.

Estudios recientes han observado que los suicidios «mediáticos» pueden desencadenar actos de imitación. En agosto de 1962, por ejemplo, la cifra de suicidios en Estados Unidos se incrementó en trescientos tres casos (un aumento del doce por ciento) después de que Marilyn Monroe ingiriera su letal sobredosis. No es un fenómeno nuevo. La tasa de suicidios también ascendió en Viena tras el suicidio, en 1889, del príncipe heredero Rodolfo de Habsburgo y su amante Marie Vetsera en Mayerling, noticia que causó sensación en la época, y más de cien años antes hubo que prohibir en varias ciudades de Europa esa novela de Goethe titulada *Die Leiden des jungen Werthers* (*Las tribulaciones del joven Werther*), cuando se decidió que el suicidio del héroe de ficción era la causa de una oleada de muertes de imitación entre jóvenes varones de Italia, Leipzig y Copenhague que sufrían mal de amores.

Y así sucedió en Viena tras la muerte de Otto Weininger en octubre de 1903. Si Hans Wittgenstein en verdad se quitó la vida, es muy probable que su suicidio tuviera lugar cuando Weininger todavía vivía, pero la aceptación

de ese hecho, la declaración por parte de su familia en Viena, se produjo después, al rebufo de la muerte de Weininger, cuya callada onda llegó mucho más allá de la Schwartzspanierstrasse, tal vez incluso hasta la misma mesa de aquel pequeño restaurante del *Gaststube* berlinés donde, siete meses después, Rudolf contemplaba con los nervios a flor de piel su último vaso de leche.

En casa con los Wittgenstein

A Jerome Stonborough, el palacio de invierno de la Alleegasse, en el que entró por primera vez entre los dramas de la desaparición de Hans y el suicidio de Rudi, debió de parecerle de una clase de opulencia distinta de la que él hubiera podido conocer como importador de guantes en Broadway. Es probable que lo visitara por primera vez para asistir a uno de los conciertos privados de los Wittgenstein, al que le habrían invitado en calidad de nuevo amigo de Rudolf Maresch, un médico casado con una prima de Gretl.

La fachada principal, que se extendía en la Alleegasse más de cuarenta y cinco metros, era a un tiempo imponente y austera: nueve intercolumnios en el primer piso y siete ventanas en la planta baja, con un gran arco en cada extremo. Jerome usó la entrada de la derecha, con unas robustas puertas de roble, donde había un portero uniformado cuya tarea consistía en levantarse de la banqueta y hacer una reverencia a los invitados que llegaban. En el patio delantero no pudo dejar de reparar en una colosal fuente con una estatua (obra del expresionista croata Ivan Mestrovic), y tampoco, al pasar

al lúgubre vestíbulo de altísimo techo, en el intrincado suelo de mosaico, los revestimientos tallados, los frescos en los que se representaban escenas de *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, y una imponente escultura de Auguste Rodin. En el vestíbulo, dos arcos de piedra, seis escalones flanqueados por balaustradas de mármol ascendían hasta una impresionante puerta doble de cristal, junto a la cual había una estatua de tamaño natural de un teutón quitándose el sombrero en un gesto de bienvenida. Abría dicha puerta un criado con librea, cuyo uniforme, como recordaba un invitado al *palais*, «era similar a la vestimenta de caza de un austríaco de Estiria».[34] Una vez allí, se conducía a los visitantes por un largo tramo de anchas escaleras de mármol, alfombradas en rojo (e iluminadas de día por la luz natural que entraba por el alto techo acristalado) hasta un guardarropa donde los criados esperaban para recoger los abrigos.

Los conciertos privados se celebraban a veces en el salón, pero más a menudo en la *Musiksaal* del primer piso. Este era el más espléndido de los salones de los Wittgenstein. Unos lujosos tapices con escenas de caza colgaban desde el techo hasta el suelo, excepto en una pared, donde se alzaba la trompetería de un órgano de dos teclados y pedales, que estaba profusamente adornada con cuadros de caballeros y juglares de estilo prerrafaelita. En el centro de la sala había dos pianos de cola Bösendorfer Imperial con los teclados colocados frente a frente, y desde un alto pedestal negro la rechoncha figura desnuda de Ludwig van Beethoven, tallada en un único bloque de mármol blanco por Max Klinger como estudio de su famoso Monumento a Beethoven, miraba a los presentes con expresión ceñuda. Repartidas por la estancia había un conjunto de diez lámparas de pie doradas, pero raras veces estaban encendidas, pues por lo general la sala se dejaba a oscuras. Incluso de día los postigos estaban cerrados y la única

luz procedía de dos lamparillas sujetas al atril de cada piano. Si Jerome hubiera necesitado el «escusado», no podría haberse encontrado en un lugar más idóneo, porque una de las obsesiones de Karl Wittgenstein era que junto a las habitaciones principales de la casa hubiera un cuarto de baño, cuya grifería y lavamanos eran dorados y ornamentados.

Las veladas musicales de los Wittgenstein eran, en palabras de Hermine, «siempre ocasiones festivas, casi solemnes, en las que lo esencial era la música».[35] La calidad de las interpretaciones era excepcional, puesto que los músicos que allí tocaban figuraban entre los más distinguidos de la época. El violinista Joseph Joachim, alumno de Mendelssohn y primero en interpretar el *Concierto para violín* de Brahms, era primo carnal de Karl. Tocaba dos o tres veces al año en el *palais*, acordándose siempre de escoger entre sus muchos violines el famoso Guarneri del Gesù de 1742, que Karl le había prestado generosamente, y siempre que su cuarteto estaba en Viena, utilizaba la *Musiksaal* para ensayar. Los invitados (científicos, diplomáticos, artistas, escritores y compositores) eran tan distinguidos como los músicos que amenizaban las veladas. Brahms fue a escuchar allí una interpretación de su *Quinteto con clarinete*; Richard Strauss asistió a varios conciertos en la *Musiksaal*, al igual que los compositores Schoenberg, Zemlinsky y Gustav Mahler, aunque no se volvió a invitar a este último después de que insultara a sus anfitriones al abandonar la sala furioso mascullando: «Ahora que hemos escuchado el *Trío "Archiduque"* de Beethoven, no habría que tocar nada más».[36] Otro visitante habitual era Eduard Hanslick, el azote de Wagner, considerado hasta su muerte, en 1904, el crítico musical más poderoso, influyente y temido de Viena. Poco antes de morir, en respuesta a una carta en que la señora Wittgenstein se interesaba por su salud, Hanslick escribió lo siguiente:

Querida, estimada y elegante señora:

Su carta, tan hermosa, me llegó al corazón con mucha calidez, sentimiento que, agradecido y feliz, conservé durante todo el día. Ante mis ojos pasaron vívidos recuerdos de las espléndidas veladas que tanto tengo que agradecerle. La magnífica música, los brindis ofrecidos por su sabio y elocuente esposo, que todos esperamos con placentera emoción, el hondo placer que usted obtiene escuchando embelesada la música ¡y todo lo demás!

Mi salud, que parece mantener cierto equilibrio, me permite confiar en que en mayo podré darle las gracias en persona por haber tenido la amabilidad de interesarse por mí.

Con el mayor de los respetos, afectuosamente,

ED. HANSLICK[37]

Si Jerome se sentía inseguro en aquel entorno vienés tan selecto, de ningún modo lo habría reconocido en aquel momento (lo haría más adelante). Su incomodidad afloraba en inquietantes arranques de celos ante la evidente facilidad con que Gretl departía con otros hombres durante su noviazgo. Ella consideraba que esos arrebatos eran una manifestación de amor sincero, no (como se demostraría más adelante) una seria advertencia de la psicosis que nublaría, desestabilizaría, socavaría y, finalmente, destruiría su matrimonio. La obstinación de Gretl la había llevado a casarse con alguien muy alejado del círculo de los Wittgenstein, pero Jerome Stonborough no solo era un desconocido para los Wittgenstein, sino también para toda Viena; un desconocido incluso en su país natal, un hombre que no pertenecía a ninguna esfera concreta, del que nadie podía dar cuenta, difícil de complacer y difícil de calibrar. Tal vez Karl experimentara cierta satisfacción al enterarse de que su yerno era un hombre adinerado cuya hermana estaba casada con un Guggenheim, pero tras unas cuantas indagaciones entre sus amigos elegantes de Estados Unidos (entre los que se contaban los multimillonarios del acero Andrew Carnegie y Charles Schwab) se enteraría, sin duda, del cambio de apellido de Jerome, de la quiebra de Steinberger y de la inefable debilidad de William Guggenheim.

Cuando Gretl compró un castillo precioso a orillas del lago Traun, Marguerite Cunliffe-Owen, una columnista de sociedad que escribía en *The Washington Post* con el *nom de plume* de Marquesa de Fontenoy, intentó en vano averiguar algo sobre su misterioso esposo:

> ¿Quién es el doctor Stonborough? Es el comprador de la villa y también del castillo de Toscana, que perteneció al hace tiempo desaparecido archiduque Juan de Austria y a su madre, la difunta gran duquesa María Antonia de Toscana. En el comunicado de la adquisición se describe al doctor Stonborough como «el famoso multimillonario estadounidense». Sin embargo, no consigo encontrar su nombre en ninguna de las obras de referencia habituales, ni siquiera en el Localizador, que contiene los nombres de los miembros de los clubes más destacados y de la llamada buena sociedad de las principales ciudades de Estados Unidos.[38]

Por lo que se refiere a los hermanos de Gretl, detestaban a su nuevo cuñado con una intensidad que aumentó con el paso de los años; en especial los dos menores, Paul y Ludwig, conocidos conjuntamente como *die Buben* (los chicos). Aunque ya eran adolescentes cuando Jerome los conoció, el resto de la familia seguía viéndolos como el fruto de una decisión improvisada de sus padres.

Los chicos

En su tiempo Paul Wittgenstein era mucho más famoso que su hermano menor, pero hoy día es al revés. Ludwig, o Lucki, para la familia, se ha convertido en un icono del siglo XX: el apuesto, tartamudo, atormentado e incomprensible filósofo en torno a cuya formidable personalidad surgió un culto extraordinario en los años posteriores a su muerte, en 1951; un culto,

por cierto, profesado por muchos que jamás han abierto sus libros ni tratado de comprender una sola línea de su pensamiento. De «Schmarren!» (¡Basura!) calificaba Paul sus ideas.[39] Sin embargo, semejante crítica no hacía mella en la amistad entre los hermanos. Cuando se publicó el *Tractatus logico-philosophicus* (un libro en cuyo prefacio el autor afirmaba haber encontrado la solución definitiva a la mayoría de los problemas filosóficos más desconcertantes), Ludwig regaló un ejemplar a Paul con la siguiente dedicatoria: «A mi querido hermano Paul en la Navidad de 1922. Si este libro careciera de valor, que desaparezca pronto sin dejar rastro».[40]

En la época en que Gretl y Jerome eran novios, Paul —atractivo, neurótico, culto, amante de la naturaleza y vehemente— tenía diecisiete años y estaba a punto de presentarse a los exámenes finales en el *Gymnasium* de lenguas clásicas y humanidades de Wiener Neustadt. Ludwig, año y medio menor, se alojaba durante el curso académico con una familia apellidada Strigl en la provinciana ciudad de Linz, donde durante el día asistía a clase en la *Staatsoberrealschule*, una escuela secundaria pública donde se impartían asignaturas de letras y ciencias a trescientos alumnos. Según recuerda uno de sus compañeros, la mayor parte de los profesores

> … tenían algo desquiciado el cerebro, hasta el punto de que varios terminaron realmente en el manicomio […] cuellos postizos incultos […]. Ya por su aspecto exterior rezumaban suciedad […] forman parte de un proletariado desprovisto de toda independencia y de una estupidez específica. Los maestros poseían todo lo necesario para ser el sostén del edificio, afortunadamente derrumbado, de la República de Weimar.[41]

Ese alumno, tan solo seis días mayor que Lucki, era Adolf Hitler.

Es poco probable que en aquel entonces Ludwig y Hitler llegaran a intuir el potencial ascenso del otro. En la escuela ambos eran unos inadaptados;

insistían en dirigirse a sus compañeros con el tratamiento formal alemán de *Sie*, en lugar del informal *du* que utilizaban los demás. A Hitler, que padecía una afección pulmonar hereditaria, sus profesores no lo veían como un futuro Führer de Alemania, sino como un zopenco problemático que ni siquiera obtuvo su diploma en el último curso; a Ludwig, que sufría una dolorosa extrusión de los intestinos (comúnmente denominada «hernia») se le consideraba, en el mejor de los casos, un alumno mediocre, cuyas calificaciones, en la mayoría de las asignaturas, eran a menudo motivo de preocupación.

En Urfahr, un barrio periférico de Linz, la madre de Hitler mimaba a su hijo con una incondicional confianza en todas sus capacidades, mientras en Viena la familia Wittgenstein tardaba en reconocer cualquiera de los talentos de sus dos miembros más jóvenes. Las interpretaciones de Paul al piano, que centraban la mayor parte de sus pensamientos durante el día, se despreciaban por su falta de sutileza y su carácter obsesivo. «No es tan bueno como Hans», decían; pero Paul al menos había triunfado donde su hermano había fracasado: consiguió acceder al *Gymnasium* académico de Wiener Neustadt. Ludwig, que había construido la maqueta de una máquina de coser con varillas de madera y alambre cuando tenía diez años y cuyos intereses juveniles eran de carácter práctico y técnico más que académico, logró aprobar el examen de ingreso en la mucho menos académica *Realschule* solo después de recibir clases particulares durante una temporada.

Al principio Karl había tratado de evitar que Paul y Ludwig fueran a la escuela, insistiendo en que se les enseñaran, como al resto de sus hijos, latín y matemáticas en casa. El resto de conocimientos (geografía, historia, ciencia, lo que fuera) tendrían que adquirirlo por su cuenta leyendo libros, ya que, a su juicio, el tiempo pasado en la escuela era tiempo perdido; en su

opinión era mucho mejor que sus hijos dieran un saludable paseo o hicieran deporte. Solo después de la desaparición de Hans, cuando el ambiente en la casa de los Wittgenstein se tornó insoportable, Karl cedió por fin y permitió que sus dos hijos menores ingresaran en el sistema escolar público. Sin embargo, ya era demasiado tarde… demasiado tarde para que Ludwig aprobara sus exámenes y para que él y su hermano se formaran adecuadamente en el arte de las relaciones humanas. Las clases particulares les habían privado del contacto con otros niños de su edad y, aunque su madre había tratado de animarlos a que jugaran con los hijos de los criados, su estrategia no dejó huella en ninguno de ellos y fue causa de amargura. Los compañeros de juego eran pocos y, en consecuencia, todos los hijos de los Wittgenstein se convirtieron en unos individualistas redomados, que lucharon durante toda su vida por trabar y mantener relaciones valiosas.

En su infancia Paul y Ludwig se peleaban como la mayor parte de los hermanos. En una ocasión, compitieron celosamente por las atenciones de un chico llamado Wolfrum. Paul, anarquista por naturaleza y muy travieso, disfrutaba poniendo en apuros a su hermano menor, pero la diferencia de edad entre ambos era escasa y su amistad, en aquel entonces, estrecha. Es imposible calibrar en qué medida les afectó el suicidio de sus hermanos. Como miembros más jóvenes de la familia, se les debió de proteger hasta cierto punto de las peores secuelas. Además, se llevaban varios años con Hans y Rudolf. Ludwig conservaba algunos buenos recuerdos de Rudolf, pero de Hans (que era doce años mayor y desapareció de casa cuando él solo contaba trece) cabe suponer que recordaría menos. En todo caso, los *Buben* no pudieron quedar al margen de la atmósfera enrarecida de su hogar durante aquellos años y, en diversos momentos de su vida, ambos estuvieron muy cerca de quitarse la vida. En una evocación manuscrita sobre su infancia, Ludwig afirmaba haber albergado pensamientos suicidas

por primera vez a los diez u once años; es decir, en 1900 o 1901, antes de la tragedia de Hans y Rudolf.

La historia de los Wittgenstein está plagada de suicidios —una tía y un primo también pusieron fin a su vida—, pero no debería insinuarse —como en ocasiones se afirma— que los vieneses de principios del siglo XX consideraran aceptable, honorable o incluso normal esa forma de morir. Como ya se ha dicho, Karl se avergonzaba de lo que habían hecho Hans y Rudolf, y el padre de Otto Weininger sentía algo parecido con respecto a su hijo. El propio Weininger escribió lo siguiente poco antes de morir: «El suicidio no es una muestra de valentía, sino de cobardía, aun cuando sea el menor de los actos de cobardía».[42] Ludwig se avergonzaba a veces de no haberse quitado la vida, pero la razón por la que ni él ni Paul lo hicieron era precisamente porque carecían de esa forma de cobardía. «Sé que suicidarse —escribió Ludwig— es siempre un trabajo sucio. Seguramente nadie puede desear destruirse a sí mismo, y cualquiera que haya imaginado lo que comporta en la práctica sabe que el suicidio supone siempre un embate de las defensas de la persona. Y no hay nada peor que verse obligado a pillarse a uno mismo por sorpresa.»[43] Esta actitud ambigua, que Paul compartía, distaba mucho de la vergüenza que su padre sentía por los suicidios de Hans y Rudolf.

Muchos años después de los acontecimientos que se narran en este capítulo, cuando Paul ya se había retirado y vivía en Nueva York, solía dar a diario largos paseos desde Riverside Drive, donde tenía un apartamento en un decimonoveno piso, hasta el puente de George Washington, lo cruzaba y regresaba. En cierta ocasión le llamó la atención una multitud reunida en el puente que intentaba disuadir a un hombre desesperado de que se arrojara al río. Cuando se dio cuenta de lo que hacían, Paul irrumpió entre el gentío agitando su bastón. «Si este hombre desea morir, déjenle. ¿Quiénes son

ustedes para decirle cómo debería acabar su vida?» En el alboroto que siguió, el hombre, viendo que ya no era el centro de atención, abandonó la precaria situación en que se hallaba en el puente y no se le volvió a ver ni se supo más de él.

Al igual que todos los Wittgenstein, Paul y Ludwig tenían aptitudes para la música. Ludwig aprendió a tocar el violín y el piano, y más adelante aprendió por su cuenta a tocar el clarinete; pero siempre se sentía eclipsado por sus hermanos y hermanas mayores. En una ocasión soñó que, estando en el andén de una estación de ferrocarril, oía a Paul decir a Hermine lo mucho que su cuñado Jerome admiraba sus increíbles dotes musicales (las de Ludwig). A la mañana siguiente, escribió:

> Según parecía, yo había cantado maravillosamente en una obra de Mendelssohn, «las Bacantes» (o algo así) […] con extraordinaria expresión y también con gestos particularmente expresivos. Paul y Mining parecían completamente de acuerdo con las alabanzas de Jerome. Jerome había dicho repetidamente «¡Qué talento!». […] Todo estaba teñido de autosuficiencia. Me desperté y me enfadé, o me avergoncé, por mi vanidad.[44]

Desde los primeros años de su juventud Paul pensaba en la posibilidad de convertirse en concertista de piano, desafiando tozudamente los deseos de su padre. No solo su padre, sino toda su familia trató de disuadirle. Le decían que no era bueno. «¿Tiene que aporrear así el piano?», solía preguntar su madre.[45] Le decían que, aun cuando fuera mejor intérprete, sería indecoroso que un chico de su clase social y con su formación se dedicara profesionalmente a la interpretación. Pese a la vehemencia de sus súplicas, Paul se mantuvo firme. En vacaciones recibía clases de Marie Baumayer (amiga de la familia y otrora alumna de Clara Schumann, a quien en su época se consideraba una de las intérpretes más sobresalientes de Schumann y Brahms), pero lo que más ambicionaba era que Theodore Leschetizky, el coloso de la pedagogía del piano, aceptara darle clases.

Tal vez resulte extraño que Karl Wittgenstein, un corneta y violinista consumado, primo de Joachim, un hombre entre cuyos amigos se encontraban Brahms y Strauss, cuya colección de manuscritos musicales originales se contaba entre las mejores del mundo; un hombre que durante los conciertos de música clásica se enjugaba las lágrimas con el índice y mostraba orgulloso el dedo brillante a su esposa; tal vez resulte extraño, pues, que precisamente él se opusiera de forma tan radical a que sus hijos se dedicaran a la música. Al igual que muchos grandes hombres consagrados al comercio, tenía un conocimiento muy superficial de los factores psicológicos que operaban en su familia y solo era capaz de valorar a sus hijos comparando sus logros con los propios. Si demostraban tener menos energía que él, ser menos capaces y menos valientes, o estar menos dispuestos a asumir riesgos, consideraba que habían fracasado. La presión a que sometió a sus hijos varones (Hans, Kurt, Rudi, Paul y Ludwig) para que dejaran su huella en el fabuloso negocio del hierro, el acero, las armas y la banca que él había erigido contribuyó a generar una tensión nerviosa y autodestructiva en los cinco.

La madre

El mayor pecado de la señora Wittgenstein fue que no consiguió, por una parte, proteger a sus hijos de la ira y la impaciencia del padre, y por otra, compensarlos con una dosis semejante de cariño e indulgencia maternos. Era una mujer menuda, de nariz larga y cara redondeada, sumamente introvertida y nerviosa, distante y consciente de sus obligaciones. Durante

la vida adulta padeció ataques periódicos de migraña y flebitis, una complicación de las arterias, los nervios y las venas de las piernas. «Sencillamente no la entendíamos —escribió Hermine en unas memorias concebidas para la difusión entre sus más íntimos— y ella, además, no comprendía a los ocho extraños niños que había traído al mundo; pese a lo mucho que amaba a la humanidad, parecía no comprender en absoluto a las personas.»[46] Según recordaba Gretl, «el fervor de mi madre por el cumplimiento de las obligaciones me resultaba demasiado incómodo, y me parecía que su carácter nervioso sobrepasaba lo tolerable. Padeció siempre un exceso de tensión nerviosa».[47]

La señora Wittgenstein se sacrificó durante toda su vida adulta para satisfacer las exigencias de su marido y de su anciana madre, de modo que los ocho hijos que quedaban con vida tuvieron que luchar como mejor pudieron con el vacío emocional que les dejó. Hermine escribió lo siguiente:

> Desde una fase muy temprana nosotros, los hijos, teníamos la impresión de que había una extraña situación de tensión en el hogar, una falta de relajación que no emanaba exclusivamente de la agitación de mi padre. Mi madre también era muy excitable, aunque nunca perdió su serena afabilidad en la confrontación con su esposo o su madre.[48]

Según Hermine, la neurótica obsesión de su madre por sus obligaciones conyugales desembocó en la definitiva desaparición de todo rastro de lo que en otro tiempo debió de ser su personalidad original: «Creo que nuestra madre, tal como nosotros la conocimos, no era del todo ella misma […] entre otras cosas, no acertábamos a comprender por qué tenía tan poca voluntad y tan poco criterio propio, y no pensábamos que estando cerca de mi padre era imposible tener voluntad y criterio propios».[49]

He aquí un ejemplo que expone Hermine: una noche, la señora

Wittgenstein se retiró a la cama con los pies envueltos en un paño que, por error, estaba empapado de ácido fénico puro, que en aquella época se creía que, en una solución muy diluida, aliviaba las molestias que provocaba el calzado nuevo. Durante la noche, el ácido le abrasó la piel de tal forma que a la mañana siguiente tenía una profunda y fea herida que tardó varias semanas en curarse. Pasó la noche en vela sufriendo, pero no se atrevió a moverse ni a hacer ruido por miedo a perturbar el sueño de su esposo.

Uno por uno, los ocho hermanos Wittgenstein acabaron por darse cuenta de que el mejor modo (tal vez el único) de comunicarse con su madre era a través de la música; porque ese era el nexo de unión que soldaba a los dispares miembros de la familia a ella y entre sí. En su juventud, la señora Wittgenstein había recibido clases de piano del esforzado compositor húngaro Karl Goldmark (mucho antes de que se labrara un nombre con su ópera *La reina de Saba*). Aunque tenía las manos muy pequeñas y sus movimientos físicos eran torpes, Goldmark consiguió enseñarle a interpretar con elegancia, a repentizar casi cualquier cosa, a improvisar piezas largas, a tocar melodías de oído y a trasladarlas sin esfuerzo de una clave a otra. Como era demasiado tímida para tocar en público, disfrutaba interpretando duetos, música de cámara o divertimentos musicales con su familia, y fue en esa muda actividad común donde su desapego materno resultaba menos desconcertante para sus hijos. «Para ella, habría sido imposible comprender rápidamente cualquier frase oral compleja y, sin embargo, le resultaba fácil leer en una partitura una pieza musical compleja o trasladarla a cualquier otra clave.» En la señora Wittgenstein la expresión musical afloraba de forma natural y, cuando tocaba, «su rostro adquiría un nuevo tipo de belleza».[50]

Como a los hermanos Wittgenstein se les había educado para reconocer e idolatrar a los compositores e intérpretes de música clásica, y como la mejor

forma de comunicación con su madre era a través de la música, sin palabras, no es de extrañar que todos ellos se interesaran por la música con un entusiasmo que en ocasiones rozaba lo patológico. Cuando estaban rodeados de música, sentían la máxima libertad y se mostraban más amigables. Al presenciar la euforia y la pasión de Paul, Ludwig, Hermine, Leopoldine, Karl o cualquiera de ellos cantando o tocando juntos, cualquier huésped habría dado por supuesto que aquellas personas volubles y complicadas formaban una de las familias más felices y unidas del imperio de los Habsburgo. Sus interpretaciones eran vehementes, llenas de vida y apasionadas; como un entusiasmado invitado al *palais* recordaba mucho después de que el majestuoso edificio hubiera quedado reducido a escombros y todos los Wittgenstein se hubieran marchado, «se mecían al ritmo de la danza dejando ver a todo el mundo cuánto disfrutaban».[51]

El otro hermano

Tras la desaparición de Hans en 1903, Konrad, o Kurt, como le llamaban en la familia, se convirtió en el mayor de los hijos varones de los Wittgenstein. Al igual que el resto de sus hermanos, tenía dotes para la música, tocaba muy bien el piano y el chelo, y le gustaba hacer dúos con su madre. Pero, a diferencia de los demás, no consideraba la seriedad una de las virtudes más importantes. Medía un metro sesenta y ocho de estatura —varios centímetros menos que Ludwig y Paul—, tenía el pelo rubio, los ojos azules y una llamativa cicatriz en la mejilla izquierda. Era de carácter frívolo y bromista y, en opinión de su familia, superficial y un tanto infantil. Tras

cursar estudios en la Universidad Politécnica de Hannover, de donde salió en 1899 con el título de ingeniero, se alistó en un elegante regimiento de dragones con el compromiso de permanecer en él un año. No sobresalió como soldado (su informe final de la academia militar concluía que no era «apto» para el servicio activo), a pesar de lo cual en 1903 ya había conseguido registrarse como oficial en la reserva. Del ejército pasó al negocio del acero, y en 1906, respaldado por una renta de veinte mil coronas que le daba su padre, fundó con un socio, Sebastian Danner, una planta de laminación en Judenburg, a orillas del río Mur. Fue la primera factoría de su clase que utilizó hornos de arco eléctrico, que generaban un calor más uniforme y controlable que los antiguos hornos de carbón, y que producían un metal fundido que carecía de las impurezas emanadas de la fuente de calor. Más de cien años después de su fundación, la planta de acero de Kurt sigue activa y en su página web de internet presume de que el nombre de Stahl Judenburg (Acero de Judenburg) «es sinónimo de calidad, flexibilidad, fiabilidad y desarrollo sistemático de tecnologías»;[52] epítetos que tal vez no pudieran aplicarse fácilmente a su fundador.

Kurt no se casó nunca. Se dice que tuvo dos noviazgos fallidos. No disfrutaba con la conversación adulta y en ocasiones se mostraba torpe o grosero con desconocidos e invitados. Se sentía feliz tocando el piano y cazando, con los automóviles veloces, y los juguetes, y en compañía de los niños. Su familia lo calificaba de *Kindskopf*, un niño grande. En una carta dirigida a Ludwig, Hermine escribió refiriéndose a él: «Su carácter carece de profundidad, pero, como nadie espera encontrarla, tampoco se la echa de menos».[53] Como acompañante en el lecho de muerte de su padre enfermo, Kurt distaba mucho de ser ideal.

La hermana mediana

En agosto de 1879, quince meses después del nacimiento de Kurt, los Wittgenstein tuvieron una tercera hija, bautizada con el nombre de Helene, y posteriormente apodada Lenka. Era la «tercera» hija porque entre ella y la mayor, Hermine, nació la pequeña Dora, que murió a causa de ciertas complicaciones en su primer mes de vida. Cuando falleció Karl, Helene vivía en un gran apartamento situado en Brahmsplatz, a unas cuantas manzanas del *palais* de los Wittgenstein en la Alleegasse. Sencilla, rubensiana y a menudo sonriente, en 1899 se casó con un pilar de la clase dominante protestante de Austria llamado Max Salzer, ministro de Finanzas del gobierno. Tras su cese en el ministerio los Wittgenstein lo eligieron para que gestionara la fortuna de la familia. Posteriormente se volvió senil y la familia le permitió continuar con su tarea, si bien hacía caso omiso de todos sus consejos. El hermano de Max, Hans Salzer (casado con una prima de los Wittgenstein), era un cirujano pulmonar de renombre internacional. Helene tuvo cuatro hijos. Cantaba muy bien, tocaba el piano de forma excepcional y se reía más de lo habitual para ser una Wittgenstein. Tal vez pareciera la más estable y serena de todos los hermanos, pero también sufrió tensiones de naturaleza patológica y neurótica. Le aterrorizaban las tormentas y siempre padeció anemia. Con sus hijos era extremadamente rigurosa. De los dos varones, el mayor murió a los veinte años a causa de una parálisis producida por la poliomielitis, y el menor, Felix Salzer, que se convirtió en un famoso musicólogo, se distanció de sus padres a una edad muy temprana. La vida en la casa de los Salzer no siempre era alegre.

Los primeros años de formación de Paul

En las últimas décadas del imperio de los Habsburgo, la mentalidad austríaca tenía una extraña peculiaridad que se manifestaba en la reticencia de la sociedad a confiar en la capacidad de los jóvenes. El escritor Stefan Zweig, un vienés contemporáneo de los hermanos Wittgenstein, se quejaba de la «falacia interna» que suponía negarse a reconocer la madurez de un joven hasta que «hubiera conseguido crearse una “posición social”, es decir, difícilmente antes de los veinticinco o veintiséis años».[54] Un padre podía negarse a permitir que su hija se casara con un hombre de veintitantos años, y los empresarios consideraban que los jóvenes no eran adecuados para un puesto de responsabilidad. «Todo lo que hoy nos parece un don envidiable —escribía Zweig—, el frescor, el amor propio, la temeridad, la curiosidad y la alegría de vivir típica de la juventud, se consideraba sospechoso en aquella época, cuyo único afán e interés se centraba en lo “sólido”.»[55]

Las consecuencias visibles de esta actitud eran curiosas. Mientras que en la mayor parte de las sociedades los ancianos se esfuerzan por parecer más jóvenes, en Viena los jóvenes llegaban a extremos increíbles para aparentar más edad. Una barba tupida, un abrigo largo y oscuro, unos andares lentos, una pequeña barriga y un bastón; esos eran los elementos de atrezo que los jóvenes de Viena necesitaban para ganarse el respeto de sus mayores. Las tiendas les vendían gafas con montura dorada (que no necesitaban para ver) y frascos de ungüentos de curandero que prometían un «crecimiento rápido del vello facial». Hasta los colegiales se negaban a llevar cartera para que no los identificaran como tales.

Por esta razón los vieneses que asistían a los conciertos se mostraban reacios a comprar entradas para escuchar a músicos menores de cuarenta

años, aun cuando dos de los compositores más importantes de la ciudad, Mozart y Schubert, no hubieran alcanzado esa edad. Consideraban que la gran música debía estar interpretada por artistas maduros; una actitud que explica en cierto modo por qué el debut en concierto de Paul tuvo lugar a la tardía edad de veintiséis años. Con todo, un obstáculo aún mayor que los prejuicios de la época fue su propia familia. El debut de Paul jamás se habría producido en diciembre de 1913 si su padre hubiera seguido con vida.

En la larga discusión que se desató en el domicilio de los Wittgenstein acerca de si a Paul le convenía o no, podía o no, debía o no convertirse en concertista de piano, hubo una persona, quizá más que cualquier otra, que contribuyó a volver las tornas en favor de Paul. Se llamaba Theodore Leschetizky, un polaco octogenario erotómano, y a quien se consideraba el profesor de piano más inteligente de su época. Entre sus alumnos se encontraban Arthur Schnabel, Ignaz Paderewski (que años después sería primer ministro de Polonia) y el brillante, aunque inestable, Ignacy Friedman. En su juventud Leschetizky había recibido clases de Karl Czerny, alumno de Ludwig van Beethoven. Su método de enseñanza —si es que lo tenía— consistía en insistir en la producción de tonalidades hermosas, una virtud que fomentaba en sus alumnos haciéndoles sufrir los caprichos de su camaleónico temperamento. Durante las clases podía mostrarse despótico, irascible, sarcástico y voluble o, sin previo aviso, efusivo, dulce o bochornosamente tierno y generoso.

Le gustaba penetrar en la mente de sus alumnos, explorar su vida privada y espiritual y compartir sus secretos más íntimos. Sus alumnas más guapas tenían que soportar espantosas conversaciones sobre sexo, durante las cuales le resultaba difícil mantener las manos lejos de ellas. Llevado por esta gran pasión, Leschetizky se casó sucesivamente con cuatro alumnas, la

última (que gozó de una breve carrera como concertista con el nombre de «Madame Leschetizky») cuando contaba setenta y ocho años.

Para disfrutar del magisterio de Leschetizky, los alumnos potenciales debían realizar una audición ante él. «¿Fuiste niño prodigio? ¿Eres de origen eslavo? ¿Eres judío?», preguntaba cuando entraban en la sala. Si la respuesta era afirmativa en los tres casos, esbozaba una sonrisa de oreja a oreja y la audición comenzaba con buen pie. Un joven esperanzado tocó una sonata para piano de Beethoven y, cuando hubo terminado, el maestro le tendió la mano y, con una sonrisa fría e intrigante, dijo: «¡Adiós!». El candidato se quedó estupefacto. «¡Adiós! —repitió Leschetizky—. No volveremos a vernos jamás ante el piano. Un hombre capaz de tocar con tanto resentimiento asesinaría a su propia madre.»

Si el maestro juzgaba que el joven prometía, este debía realizar durante un par de años estudios preparatorios con alguno de sus ayudantes. La más prestigiosa de estos era Malwine Bree. Al parecer Paul siguió un orden distinto, pues se había matriculado con la señorita Bree cuando tenía once años sin haber efectuado primero una audición con Leschetizky. De joven Malwine Bree había estudiado con Leschetizky (del que se enamoró) y con Liszt. En diferentes momentos de su vida tuvo como amigos a Wagner, Anton Rubinstein y Mark Twain, y se casó con el doctor Moritz Bree, un médico vienés que consiguió una efímera fama como poeta. Cuando Paul la conoció, Malwine Bree había enviudado y su vida profesional estaba dedicada por entero al servicio de Leschetizky. Preparaba diligentemente a sus alumnos en la técnica de piano y les inculcaba la veneración al maestro, y en 1902 escribió, con la autorización de este, un libro sobre sus métodos pedagógicos que, después de la muerte de Leschetizky, le reportaría prestigio internacional durante décadas.

En septiembre de 1910, una vez que Paul hubo cumplido el servicio

militar, la señora Bree dictaminó que ya estaba preparado para recibir clases del maestro. En casa ya lo consideraban lo bastante bueno para acompañar a su primo, el famoso violinista Joseph Joachim, e interpretar duetos con Richard Strauss cuando este visitaba el *palais*. Leschetizky tenía grandes esperanzas puestas en Paul, y aunque de vez en cuando se cansaba de la rigidez de la técnica de su alumno (al que apodó «el poderoso machacateclas»), y a Paul en ocasiones le disgustaba que sus gustos musicales fueran tan limitados (Leschetizky consideraba que no valía la pena estudiar la obra de Bach y Mozart), su relación se fue estrechando hasta convertirse en una sólida amistad. Hasta el día de su muerte, Paul profesó una inquebrantable admiración a su viejo maestro: «Era al mismo tiempo un artista y un profesor —recordaba—. Encontrar en una sola persona las cualidades de la inteligencia y la inspiración artística (ambas muy infrecuentes) era tan insólito como ver un eclipse de sol y de luna al mismo tiempo».[56]

Leschetizky no fue la única figura paterna en la vida de Paul, puesto que tanto él como su hermano menor, Ludwig, trabaron amistad con un organista y compositor ciego llamado Josef Labor, al que elogiaban y veneraban. Labor era un hombre bajito —no tanto como un enano, pero casi—, con un bigote muy poblado y una abundante melena desaliñada que le caía hasta los hombros. Entre sus párpados entornados se veía el desconcertante destello de los globos oculares, blancos y ciegos, y tenía la tez cetrina. Una barbilla afilada y una nariz puntiaguda como el pico de un pájaro completaban su imagen, que hacía pensar en un loco amenazador salido de una pesadilla o una película de terror. Sin embargo, era un hombre sabio, inteligente y de buen corazón. Ludwig lo consideraba el compositor vivo más importante, incluso uno de los seis grandes compositores de todos los tiempos, cuya lista se completaba con Haydn, Mozart, Beethoven,

Schubert y Brahms. Paul le tenía igualmente en gran estima, no solo como músico sino también como persona. «Lo que nos une a ti y a mí —escribió Ludwig a su hermano— es nuestro común interés por la música de Labor.»[57]

Hoy día nadie escucha a Labor. Si acaso se le recuerda, es como un efímero mentor de Arnold Schoenberg, o como profesor de composición de quien sería la esposa de Mahler, la seductora y medio sorda Alma Schindler. Cuando esta solicitó recibir clases de Alexander Zemlinsky, Labor quedó desolado. Alma recogió en su diario la emoción de su última sesión con él:

> Labor. Lo he perdido para siempre. Me ha abandonado. «No puedo hacerlo —dijo—. O Zemlinsky, o yo. Pero ambos, no.» Yo lloraba en silencio. Debió de darse cuenta […] Por lo demás se mostró más dulce que nunca, trató de curar mis heridas. En aquel momento me dolió en lo más hondo. He estudiado con él durante seis años; no he aprendido tanto, pero siempre me pareció un amigo comprensivo y cariñoso. Y un verdadero artista. Un amable y querido compañero.[58]

Labor, que había quedado ciego a los tres años a causa de la viruela, se educó en el Instituto para Ciegos de Viena, tras lo cual estudió piano y órgano en el Conservatorio de Viena. Vivió una temporada en la Baja Sajonia, donde fue organista de la corte del libidinoso rey Jorge V de Hannover. El soberano, que también era ciego, se hizo muy amigo suyo y, cuando en 1866 tuvo que trasladarse a Austria, Labor lo acompañó.

Paul acudió a él para recibir clases de «teoría musical», durante las cuales mantenían largas conversaciones sobre música, arte, teatro, filosofía, política y la vida en general. Si bien se había resignado valientemente a su condición de ciego, Labor tenía la habilidad de hacer que quienes le rodeaban lloraran movidos por una conmiseración que los incitaba a realizar algún acto de caridad hacia él.

«Desde que tengo memoria, siempre he deseado tener un órgano, pero nunca he tenido dinero —explicó a Alma Schindler—. Ya he perdido toda

esperanza; quizá en el otro mundo.» Aquella tarde, Alma escribió lo siguiente en su diario: «Si Dios quiere y algún día soy rica […] ¡lo primero que haré será comprar un órgano a Labor!».[59] Al final fue la madre de Paul, Leopoldine Wittgenstein, quien le regaló el órgano Rieger-Jaegerdorf, y Karl quien, en junio de 1912 con motivo del septuagésimo cumpleaños de Labor, costeó la publicación de muchas de sus mejores composiciones en la Universal Edition de Viena. Ludwig intentó (en vano) que la música de Labor se interpretara en Cambridge. En Viena la familia Wittgenstein celebraba con regularidad las «Veladas de Labor», unos conciertos dedicados a la interpretación de sus obras. Se instaba a los sirvientes de la casa (cocineros, jardineros, cazadores y camareras) a asistir a tales eventos y, en palabras Ji, el hijo menor de Gretl, «se les ordenaba que aplaudieran con la mayor energía (¡lo hacían!) y el ciego de Labor estaba encantado de que el público fuera tan entusiasta».[60]

«Nunca me cansaba de escuchar la música de Labor —reconocía Hermine— porque a menudo me conmovía hasta hacerme llorar y dejaba correr libremente las lágrimas por las mejillas, pues sabía que él no podía verlas.»[61] La familia Wittgenstein estaba encandilada con él. Se convirtió en su propiedad: su compositor, asesor musical, destinatario de su caridad, amigo y gurú psicológico y filosófico en general. Cuando se fundó una organización benéfica de carácter público denominada Labor-Bund con el fin de publicar más obras compuestas por él, organizar conciertos y erigir una estatua del compositor ante la Konzerthaus, los Wittgenstein se sintieron muy celosos.

Los apuros de Ludwig

Karl no podía escoger heredero entre los tres hijos varones que le quedaban con vida. Kurt era superficial, y tanto Paul como Ludwig eran unos neuróticos preocupantes y, sobre todo, ninguno de los dos mostraba el menor interés por los negocios. Cuando Karl agonizaba en su lecho de muerte, los tres seguían solteros. Confiaba al menos en que alguno le sucediera como ingeniero, y durante algún tiempo pareció que solo Ludwig sería capaz de hacerlo. En 1906, poco después de abandonar la escuela, Ludwig había leído un libro titulado *Populäre Schriften* (Escritos populares), obra del famoso físico austríaco Ludwig Boltzmann, que contenía un artículo sobre aeronáutica en el que se señalaba que cualquier avance en aquella floreciente disciplina científica precisaría la atención de «héroes y genios»; de los primeros, para realizar los vuelos de prueba de los aviones, y de los últimos, para comprender cómo y por qué funcionaban. Al leer esto en el momento culminante del culto a Weininger, y sabedor de que este había asistido a algunas conferencias de Boltzmann, Ludwig (el joven aspirante a héroe-genio) solicitó de inmediato una plaza en el aula de Boltzmann en la Universidad de Viena. De haberla obtenido, se habría sentado en un banco cerca de Erwin Schrödinger (ganador del Premio Nobel en 1933 por sus trabajos de mecánica cuántica), pero las aspiraciones de ambos alumnos quedaron truncadas cuando el 5 de octubre de 1906 el eminente físico, que estaba de vacaciones en el centro turístico de Duino, cerca de Trieste, se ahorcó en la habitación de su hotel mientras su esposa y su hija chapoteaban en las cálidas aguas de la bahía. Ludwig acudió entonces a la Escuela Técnica Superior de Berlín-Charlottenburg para estudiar los globos aerostáticos. Más tarde afirmaría que fue una absoluta pérdida de tiempo. Un año después, animado por su padre, se trasladó a Manchester, en Inglaterra, primero para experimentar con cometas en los páramos de Derbyshire y, luego, para matricularse en la Universidad de

Manchester como estudiante de investigación especializado en hélices. Las estudiantes de Manchester le horrorizaron, pues su forma de coquetear con los profesores le sacaba de quicio. «Todas las mujeres que conozco son así de idiotas», dijo.[62]

En junio de 1911 Ludwig había patentado una pequeña mejora de la hélice de su tiempo,[63] pero su entusiasmo por la ingeniería (para la que posteriormente afirmaría no haber tenido «ni afición ni talento»)[64] se esfumó y a finales de año decidió buscar a Bertrand Russell en Cambridge para ver si tal vez prefería estudiar filosofía.

Boltzmann, Weininger y Beethoven se encontraban entre las figuras a quienes Ludwig más admiraba y deseaba emular. Cada uno ejemplificaba a su juicio el genio en su forma más pura, no limitado a los logros literarios, artísticos o científicos, sino sublimado hasta el extremo de encarnar en su mente la auténtica esencia del genio tal como se manifiesta a través de la fuerza de la personalidad. En el caso de Weininger, Ludwig repudiaba gran parte de su filosofía, a pesar de lo cual seguía insistiendo en su genialidad. «Su grandeza reside en aquello en que discrepamos —dijo en una ocasión—. Es su inmenso error lo que resulta grandioso.»[65] Ambicioso, inestable e impulsado por la urgencia neurótica de superarse, Ludwig necesitaba genios a los que rendir culto en igual medida que deseaba que le consideraran uno de ellos. «Pues sea usted mejor; eso es lo único que puede hacer para mejorar el mundo», dijo a alguien en cierta ocasión.[66]

Tras arrojarse a los pies de Bertrand Russell, Ludwig descubrió enseguida que, sin haber concluido un solo escrito filosófico y con poco más de veinte años, las mentes más brillantes de la Universidad de Cambridge le calificaban de genio. «Tal vez él haya sido el ejemplo más perfecto que jamás he conocido del genio tal como uno se lo imagina

tradicionalmente: apasionado, profundo, intenso y dominante»; así es como Russell le describiría años después.[67]

La atracción que Russell ejercía sobre Ludwig puede reconstruirse a través de una entretenida serie de cartas que el primero envió a «[una mujer] muy alta, con un rostro fino y alargado con algo de equino […] con un valor indomable y una voluntad de hierro».[68] Era hija de un duque, esposa de un cervecero y amante de Russell en aquella época: lady Ottoline Morrell. La primera vez que Russell le mencionó a Ludwig fue en una carta fechada el 18 de octubre de 1911, en la que describía al joven aspirante a filósofo como «un alemán desconocido, que pese a hablar muy poco inglés se negaba a hablar alemán», y que había interrumpido una tutoría individual en sus habitaciones.[69] Ludwig, que aún no había decidido si debía dedicarse a la filosofía en Cambridge o regresar a sus experimentos aeronáuticos en Manchester, insistía en que se le permitiera asistir a las famosas clases de filosofía de Russell. El profesor universitario le hizo la merced de acceder, pero pronto empezó a inquietarse cuando Ludwig se dedicó a seguirle por las salas y los edificios de la universidad. Repentina e inesperadamente se presentaba en las habitaciones de Russell cuando este se estaba cambiando para cenar, o a medianoche, cuando estaba metiéndose en la cama, e insistía en hablar de filosofía hasta la madrugada y le amenazaba con suicidarse si lo echaba. En consecuencia, Russell tenía que aguantar hora tras hora a Ludwig, que se paseaba por sus habitaciones «como un tigre enjaulado», ponía a prueba su paciencia, balbuceaba y soltaba largos e incomprensibles monólogos sobre el tema de la lógica y la matemática.

«Mi amigo alemán amenaza con convertirse en una imposición —escribió Russell, ya harto, a lady Ottoline—; regresó conmigo después de mi conferencia y discutió hasta la hora de la cena; es obstinado y contumaz,

pero creo que no estúpido.»[70] En cartas posteriores califica a Ludwig de «muy discutidor y pesado […] un aburrimiento […] irritable y bastante triste […] En los momentos bajos habla lentamente, tartamudeando y diciendo soserías […] Me parece que mi ingeniero alemán es tonto. Piensa que nada empírico es cognoscible: le pedí que admitiera que no había rinocerontes en la habitación y se negó». Y quince días después escribió: «Vino mi voraz alemán y discutió conmigo después de mi conferencia. Está blindado contra todos los ataques del razonamiento. Realmente, es una pérdida de tiempo hablar con él».[71] Mientras tanto George Moore, colega de Russell, se sentía tan perplejo, intrigado, entusiasmado e irritado con Ludwig que pensaba en la posibilidad de escribir un diario titulado «Lo que siento acerca de Wittgenstein».

Eso mismo le sucedió a Russell, que al cabo de unos meses estaba cautivado por su joven alumno. «Empieza a agradarme, tiene talento literario y musical y buenos modales, y creo que es muy inteligente.»[72] ¿Debería entonces volver a sus estudios de aeronáutica o darle a la filosofía? Como recordaba Russell más adelante, Ludwig planteó la pregunta con su torpeza habitual:

> Al final del primer trimestre vino a verme y dijo: «¿Puede por favor decirme si soy un completo idiota o no?». «Mi querido compañero de *college*, no lo sé. ¿Por qué me lo pregunta?» «Porque si soy un completo idiota me haré ingeniero aeronáutico; pero, si no lo soy, me haré filósofo.» Le pedí que durante el período de vacaciones escribiera sobre un tema filosófico para ayudarme a juzgar y yo le diría entonces si era o no un completo idiota. Al principio del siguiente trimestre me trajo el resultado de esta proposición. Después de leer solo una frase le dije: «No, no debe usted ser aeronáutico». Y no lo fue.[73]

En Viena Karl sufrió una amarga decepción al recibir la noticia de que el menor de sus hijos varones, al igual que los demás, había desdeñado la oportunidad de convertirse en un gran ingeniero. En cambio, Cambridge se

alegraba. Russell estaba particularmente encantado. Aunque todavía no estaba seguro de comprender el mensaje filosófico de Ludwig, sentía una gran admiración por su joven alumno y escribió lo siguiente a su amante de rostro caballuno:

> Tiene pura pasión intelectual en el grado más alto; me hace apreciarle […] Es el joven en quien uno deposita esperanzas. Sin embargo, como suele sucederles a estos hombres, es inestable y puede venirse abajo […] Al discutir con él empleo toda mi energía y solo consigo igualarlo. Si lo hiciera con cualquier otro de mis alumnos, lo aplastaría. Cuando se marchó, me dejó extrañamente agitado. Le aprecio y tengo la sensación de que resolverá los problemas que yo soy demasiado mayor para resolver.[74]

En Cambridge, la satisfacción que experimentaba Russell con su alumno Ludwig pronto llamó la atención de los demás, entre ellos el economista John Maynard Keynes, el historiador Lytton Strachey y otros miembros de la denominada Cambridge Conversazione Society, un conciliábulo de intelectuales de izquierda y, principalmente, varones homosexuales, que querían que Ludwig entrara en la sociedad como «Apóstol». Russell, a quien sus amigos llamaban Bertie, protegía celosamente la compañía de Ludwig y aunque él mismo era Apóstol de la Conversazione Society, le molestaba tener que compartir a su *trouvé* con los demás. En noviembre de 1912, Strachey escribió a Saxon Sydney Turner, otro miembro de la sociedad:

> El pobre [Russell] se encuentra en un estado lamentable. Con el cabello largo y cano y el semblante demacrado, aparenta noventa y seis años. La elección de Wittgenstein ha sido un duro golpe para él. Le hubiera gustado quedárselo solo para sí, y de hecho lo consiguió a las mil maravillas hasta que Keynes insistió en conocerlo y percibió al instante que era un genio y que era fundamental nombrarlo […] Anunciaron a bocajarro la decisión a Bertie, que casi se desvanece. Por supuesto, no pudo esgrimir ninguna razón contra su nombramiento, salvo el curioso argumento de que la sociedad se había degradado tanto que su austríaco seguramente se negaría a pertenecer a

ella […] Bertie es en verdad una figura trágica, y lo siento mucho por él, pero también es un iluso.[75]

Durante toda su vida Ludwig se había sentido muy angustiado por los sentimientos de autodesprecio, la soledad y las ideas de suicidio. En 1912 pensó de nuevo en la posibilidad de quitarse la vida, aun cuando reconocía que su trabajo valía la pena. Se alegraba de haber abandonado la aeronáutica, de tener algo que decir en el mundo de la filosofía de Cambridge y de recibir los elogios de un reducido pero influyente grupo de filósofos. En la figura de David Pinsent, un joven inteligente y afable que estudiaba matemáticas en el Trinity College, encontró además a su primer amigo de verdad. Desde su sombrío punto de vista, el año 1912 fue probablemente uno de los más felices de la vida de Ludwig.

Los recién casados

En los ocho años que transcurrieron entre su boda con Jerome Stonborough en 1905 y la enfermedad que llevó a la tumba a su padre en 1913, Gretl tampoco había sido feliz. Tras la muerte de Rudolf se había unido como con un cordón umbilical a su hermana Hermine, con cuyos consejos y amistad contaba, así como con su apoyo moral y cariño maternal. «No creo que mi matrimonio [con Jerome] cambie nada entre tú y yo —escribió la noche siguiente a su boda— porque yo no he cambiado un ápice […] Vivo todas las horas del día contigo en la Alleegasse.»[76] Había abandonado Viena muy angustiada. La primera parada en su largo viaje de luna de miel fue una visita a la casa de retiro veraniego de los Wittgenstein, una propiedad

con fantásticas vistas llamada Hochreit y situada en lo alto de una montaña en la confluencia de los valles del Traisen y Schwarza, entre las cadenas montañosas de la Baja Austria. «La despedida fue terriblemente dura —escribió a Hermine—, mucho peor aún de lo que me temía; desde entonces he estado muy apesadumbrada. Durante el viaje lloré a escondidas […] Así que fue una primera noche pésima.»[77] Desde Hochreit, ella y Jerome viajaron a Venecia, luego a El Cairo y, Nilo arriba en un barco, hasta Asuán y Luxor. Jerome se sintió emocionado al ver las esfinges y el magnífico templo de Karnak, pero Gretl, no. «Las ruinas egipcias no me impresionan lo más mínimo y el Nilo es bastante aburrido.» Al menos parecía contenta con su flamante marido. «Ha cambiado bastante. ¡Imagínate! Ya no es celoso y sonríe de la mañana a la noche.»[78]

Poco después de su regreso a Europa a finales de la primavera de 1905, Gretl y Jerome se trasladaron a Berlín, donde él había decidido estudiar química. Como regalo de boda, Karl había contratado a los polémicos interioristas Joseph Hoffmann y Koloman Moser para que decoraran el piso alquilado que la pareja tenía cerca de Tiergarten. El resultado, una mezcla de modernidad austera y kitsch infantil, satisfizo mucho a Gretl, que, tan pronto como el trabajo en el piso hubo concluido, también decidió estudiar y se matriculó en el Instituto Científico. En Viena había topado con pocas personas de su sexo que compartieran su entusiasmo por la ciencia, pero, para su sorpresa y decepción, en su clase de embriología e histología de Berlín había diez alumnas y las aborrecía a todas. «Seis son judías rusas —se quejaba—. Son sucias, descuidadas y visten principalmente ropas transparentes. Luego están las demás, unas alemanas rubias que no paran de reírse. Ninguna tiene una relación natural con los hombres. Todas son almas miserables, feas y desgraciadas.»[79]

En 1906 Gretl dio a luz a un hijo, que fue bautizado con el nombre de

Thomas y al que llamarían con el diminutivo Tommy, y un año después los Stonborough abandonaron Berlín para pasar una lujosa temporada con sus parientes Guggenheim de Nueva York. A su regreso a Europa, se establecieron en Suiza. Uno de los rasgos de la neurosis de Jerome era que no podía permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Él y su familia estaban siempre de mudanza, con la excusa de que tenía que estudiar otra materia científica con otro profesor en otra universidad. Pese a sus periplos universitarios, al parecer jamás obtuvo ninguna titulación. En Suiza se matriculó en la Universidad Politécnica Federal de Zurich para estudiar con el profesor Richard Willstätter, a quien en 1915 se concedió el Premio Nobel de Química por sus investigaciones sobre la clorofila. Gretl quiso realizar un curso de física y matemáticas en la Universidad de Zurich, pero le dijeron que primero tenía que aprobar el *Abitur* (el examen del último año de la escuela). Lo hizo, pero, en cuanto se matriculó, Jerome le informó de que deseaba mudarse otra vez, en esta ocasión a París.

En la capital francesa, donde alquilaron un lujoso piso en la rue de la Faisenderie, Gretl se matriculó en otro curso de ciencias. «No puedo decirte lo mucho que disfruto aprendiendo —escribió a Hermine—. ¡Ojalá se pudiera recetar estudio a todos los seres humanos! ¡Estoy segura de que es una cura universal para toda clase de insatisfacción y un buen sustituto de un marido y un hijo!»[80] Seis largos años después del nacimiento de Thomas, Gretl y Jerome tuvieron un segundo hijo, John Jerome, al que todos llamarían con el diminutivo «Ji» o «Ji-Ji».

El desfallecimiento de Karl

Regresemos ahora al lecho de muerte de Karl, junto al cual, unas páginas atrás, dejamos a Hermine tomando al dictado notas autobiográficas de su padre, cuya vida pendía de un hilo en una habitación del primer piso del *palais*, en la Navidad de 1912. Cuando una persona se está muriendo y todos cuantos le rodean lo saben, hasta quienes más lo aman empiezan a confiar en que el telón no tarde en caer. Los Wittgenstein comenzaban a impacientarse. Ludwig tenía ganas de volver a Cambridge para reunirse con sus nuevos amigos y, sobre todo, dedicarse a su filosofía. «Al llegar aquí, encontré a mi padre muy enfermo —escribió a Russell—. No hay ninguna esperanza de que pueda recuperarse. Estas circunstancias, me temo, han atrofiado mis pensamientos y me siento aturdido, aunque lucho contra ello.»[81] No obstante Karl, a pesar de encontrarse muy débil, seguía con vida los días de Navidad y San Esteban y superó el de Año Nuevo. El 6 de enero de 1913, Ludwig tuvo que admitir que no podría regresar a Cambridge para el inicio del nuevo trimestre, «pues la enfermedad de mi pobre padre está evolucionando muy rápidamente».[82] Cuatro días después escribió a su profesor de ciencias morales: «Aunque no cabe duda de que no va a recuperarse, todavía no se sabe si la enfermedad tendrá un curso rápido o no. Así pues, tendré que quedarme aquí otros diez días, y confío en que entonces sea capaz de decidir si puedo regresar a Cambridge o permanecer en Viena hasta el final».[83] Ese mismo día informó a Russell:

> Ya no tiene dolores, pero en general se siente muy mal, pues tiene fiebre constantemente. Esto le vuelve tan apático que no se le hace ningún bien sentándolo en la cama, etc. Y puesto que esto es lo único que puedo hacer por él, ahora soy absolutamente inútil aquí. De modo que el tiempo de mi permanencia aquí depende totalmente de que la enfermedad evolucione tan rápidamente que no pueda arriesgarme a abandonar Viena.[84]

Aquella comedia de vanidades, de visitas al moribundo y de vigilias

junto a su lecho se prolongó una semana más, hasta que el 20 de enero Karl perdió el conocimiento y, cediendo a lo inevitable, exhaló su último aliento con elegancia.

> Querido Russell:
>
> Mi amado padre falleció ayer por la tarde. Tuvo la más hermosa muerte que yo pueda imaginar, sin ningún dolor y durmiendo como un niño. No me sentí triste ni un solo momento durante las últimas horas, sino muy contento, y pienso que esa muerte vale por toda una vida. Saldré de Viena el sábado 25 y estaré en Cambridge el domingo por la noche o el lunes por la mañana. Tengo muchos deseos de verle.
>
> Un cordial saludo de
>
> LUDWIG WITTGENSTEIN[85]

K. W. in memoriam

Las necrológicas de Karl Wittgenstein fueron solemnes y elogiosas, como solían serlo todas en aquella época. Ninguna hacía referencia a su estrategia para fijar los precios, a sus cárteles ni a su explotación de los trabajadores, que tanto habían sacado de quicio a la prensa de izquierda cuando abandonó sus cargos. Por el contrario, hacían hincapié en sus donaciones para obras benéficas y se centraban sobre todo en su legado como mecenas de las artes, sin cuya espontánea generosidad jamás se habría construido el famoso Pabellón de la Secesión de la Friedrichstrasse. «Karl Wittgenstein fue un hombre con una energía inusualmente creadora y una poderosa capacidad organizativa», informaba el *Neue Freie Presse*.[86] «La industria siderúrgica austríaca, que hace treinta años se encontraba en una situación

bastante menos que avanzada, tuvo que darle las gracias por su espectacular progreso.»[87] El último párrafo era un homenaje cariñoso:

> Karl Wittgenstein tenía un temperamento apasionado y comprendía con extraordinaria rapidez cualquier asunto, era brillante y perspicaz en las conversaciones y poseía un delicioso sentido del humor. Solía mostrarse irascible, pero jamás guardaba rencor; siempre estaba dispuesto a ayudar a sus amigos, e incluso quienes sostenían opiniones contrarias a las suyas apreciaban los rasgos de su carácter. A menudo practicaba su caritativa generosidad en secreto; promocionaba el talento de los jóvenes y siempre estuvo dispuesto a apoyar el quehacer artístico.[88]

Las notas autobiográficas que Karl había dictado a Hermine no estaban en condiciones de ser publicadas. En lugar de ello, la familia decidió honrar su memoria con una edición impresa, de difusión privada, de los escritos y textos político-económicos que había redactado durante sus viajes. El 25 de enero de 1913 fue enterrado en una parcela que hacía tiempo había reservado para sí y su familia en una situación privilegiada del fabuloso y jerárquico cementerio conocido como Zentralfriedhof, de interés turístico. El mausoleo de la familia Wittgenstein, una construcción octogonal que amenaza ruina, de diseño otrora moderno, se encuentra a cuarenta pasos de las tumbas de Beethoven, Schubert, Brahms y Johann Strauss. Poco después de la muerte de Karl, los restos mortales de su hijo Rudi se trasladaron allí desde su sepultura original para que estuvieran junto a los suyos. Rudi es el único de sus cinco hijos varones que está enterrado aquí. Junto a Karl yacen ahora el cuerpo de Leopoldine, su esposa, y al otro lado, el de una criada de nariz aguileña que respondía al nombre de Rosalie.

Paul en las críticas

La familia, las amistades y quizá también los sirvientes del *palais* consideraron que el debut en concierto de Paul el 1 de diciembre de 1913 con que ha arrancado esta narración fue un éxito inmenso, antes incluso de que comenzaran a aparecer las primeras críticas en los periódicos. Albert Figdor, un primo multimillonario y excéntrico, le escribió al día siguiente para decirle que estaba encantado con el éxito que había obtenido y que toda Viena lo elogiaba. «Acepta, por favor, la broma adjunta como una pequeña muestra de mi afecto.»[89] El regalo era un manuscrito autógrafo original de un canon humorístico de Felix Mendelssohn.

Paul era sumamente sensible a la opinión de los demás; le enfurecían los elogios cuando los consideraba inmerecidos y le indignaba cualquier crítica negativa. Prefería que no se hablara de sus actuaciones. Pero sobre todo era alérgico a las opiniones de su hermano menor, porque, si bien Ludwig reconocía admirar su técnica, raras veces se mostraba entusiasta con su interpretación. Ludwig era hipercrítico con todos los músicos, incluso con los mejores (en una ocasión interrumpió al famoso Cuarteto de Cuerda Rosé durante un ensayo para decirles que estaban interpretando mal un cuarteto de Schubert), pero la mala opinión que tenía de la maestría musical de Paul, aunque era propia de una persona tan exigente como él, irritaba sobremanera a su hermano mayor. Cierta noche que Paul estaba practicando en casa, de repente dejó de tocar y corrió a la habitación contigua, donde Ludwig estaba sentado pensando en sus cosas, para gritarle: «No puedo tocar cuando estás en casa porque siento cómo se filtra tu escepticismo por debajo de la puerta».

«Mi opinión sobre tu interpretación es, en sí misma y de por sí, ABSOLUTAMENTE INMATERIAL», insistía Ludwig,[90] pero Paul, que nunca abandonaba el asunto, llegó a la conclusión de que a su hermano menor no le gustaba su forma de tocar.

En una ocasión, Ludwig trató de exponer su punto de vista en el Volksgarten Café de Burgring. Empezó, con el mayor tacto posible, comparando la interpretación al piano de Paul con la actuación de un buen actor que considera que el texto de una obra es un trampolín desde el que puede manifestar al público aspectos de su propia personalidad, y a continuación reconoció que las interpretaciones de Paul se malograban (al menos para él) por la intromisión en la música de demasiado ego. «Yo creo que no tratas de ocultarte detrás de una composición musical, sino que quieres retratarte en ella. Si yo deseara oír hablar a un compositor (como a menudo me ocurre), no acudiría a ti.»[91]

Al igual que la mayor parte de los artistas de la interpretación, Paul fingía despreciar a los críticos profesionales, aunque con el tiempo se convertiría en uno de ellos. «Desde el punto de vista artístico no son importantes —escribió a su agente—. ¿Qué más da lo que tal o cual piense o haga creer que piensa? Pero, por desgracia, desde el punto de vista práctico son de suma importancia.»[92] Fue precisamente el deseo de obtener buenas críticas en la prensa lo que le llevó en primera instancia a debutar en el Musikverein. Max Kalbeck, el distinguido crítico de sesenta y tres años y especialista en Brahms, fue el primero que se pronunció en un pomposo texto publicado en el *Neues Wiener Tagblatt* el 6 de diciembre:

> Todo joven, miembro de la alta sociedad vienesa, que se presente al público en el año 1913 como virtuoso del piano con un concierto de John Field debe de ser un entusiasta fanático o un diletante con mucha confianza en sí mismo. Pero herr Paul Wittgenstein —pues es él de quien hablamos— no es ni una cosa ni la otra, sino (mejor aún, por lo que a nosotros respecta) un artista serio. Emprendió esta peligrosa aventura sin saber del todo cuán arriesgada era, impulsado por un amor puro a su tarea y guiado por la honorable intención de ofrecer al público una muestra, singular y fidedigna al mismo tiempo, de su eminente destreza.[93]

La crítica de Kalbeck se caracteriza por una prosa ampulosa y afectada

que en nuestros días se consideraría imposible de publicar. Tal vez sea por este motivo por lo que su biografía de Brahms en ocho volúmenes, escrita a lo largo de quince años, entre 1898 y 1913, no se ha traducido al inglés, pese a que continúa siendo la obra fundamental para los estudios sobre Brahms. Acerca del concierto de Paul, el reputado crítico añadía:

> Bajo la evanescente luz de nuestros sentimientos, las preciadas figuras de la antigüedad se alzaron ante nosotros y nos iniciaron en los secretos de un crepúsculo poético. Una obra compuesta con sequedad se había convertido de forma inesperada en un poema. En el interior de esa técnica inmaculadamente depurada, que hoy día nos parece tan fría como la materia inorgánica, habita un alma tierna y sensible y sentimos su cálido aliento.[94]

Kalbeck era amigo de los Wittgenstein —asiduo a sus veladas musicales en la Alleegasse— y su elogiosa crítica pudo ser tendenciosa. Su descripción de la «técnica inmaculadamente depurada» de Paul y «el brillo puro e impecable del delicado, suave y chispeante toque del pianista» contrasta con los comentarios de otra crítica sin firma publicada en *Das Fremdenblatt* el 10 de diciembre, donde se afirmaba que «una mayor práctica añadirá mayor perfección a sus dotes y pulirá su forma de interpretar», y que su actuación fue «particularmente meticulosa y en exceso prudente». No obstante, el crítico de *Das Fremdenblatt* agregaba a continuación que «la fuerza con que se tocaban las notas y la modesta precisión del saludable sentido del ritmo legitiman su interpretación en público» (lo que no es muy coherente con su comentario sobre la «prudencia»), y que los considerables obstáculos que encerraba el programa fueron «salvados por un intérprete que a todas luces iba bien asido a su montura».[95]

Julius Korngold, el importantísimo crítico del *Neue Freie Presse* que había abandonado misteriosamente la sala de conciertos tras escuchar tan solo la primera obra, escribió para su periódico un escueto párrafo en el que

trataba de justificar su conducta: «El debut del joven pianista Paul Wittgenstein suscitó un vivo interés […] [su] técnica recién adquirida, el puro gozo que experimentaba con la creación de la música y su sentido clásico del estilo podían comprensiblemente resultar satisfactorios sin necesidad de asumir más riesgos». La reseña de Korngold, que apareció pasadas tres semanas después del concierto, redobló la confianza del joven pianista y lo reafirmó con renovada autoridad en la idea de seguir la profesión que había escogido. Paul había luchado con denuedo contra la oposición de su familia, unas veces rebelándose y otras haciendo concesiones a la tiranía de su padre. Por insistencia de Karl se había matriculado en la Universidad Politécnica de Viena en 1910 y, poco después, había aceptado (muy enfadado) un puesto de aprendiz en una entidad bancaria de Berlín. Ahora al menos había obtenido una victoria para su arte pianística. Quizá la reseña de Korngold llegara tarde y su redacción fuera descuidada, pero no importaba, pues era una defensa definitiva y pública del talento de Paul Wittgenstein que no solo había conseguido infundirle esperanza y seguridad, sino también aliviar la tristeza de una Navidad en familia a la que, aquel año, todo el mundo tenía pavor.

El 3 de diciembre de 1913, dos días después del triunfante debut de Paul, apareció un texto breve en las páginas de *Srbobran*, la revista de Chicago dirigida a los emigrantes serbios en Estados Unidos:

> El heredero al trono austríaco ha anunciado su intención de visitar Sarajevo a principios del año próximo. Todos los serbios deben tomar nota de ello […] Serbios, coged cualquier cosa que pueda caer en vuestras manos: cuchillos, rifles, bombas y dinamita. ¡Tomad la sagrada venganza! Muerte a la dinastía de los *Hapsburgo* y recuerdo eterno a los héroes que alzaron sus manos contra ella. [96]

II

Una gran porquería

Asuntos económicos

La herencia de Karl Wittgenstein se dividió equitativamente entre su esposa y los seis hijos que quedaban con vida. Gretl prefirió recibir una elevada suma en efectivo y se compró de inmediato una villa, un castillo y algunas tierras en Gmunden por trescientas treinta y cinco mil coronas austríacas pero, en cuanto convocó a los arquitectos y decoradores para poner de punta en blanco el lugar, Jerome, culo de mal asiento como siempre, insistió en trasladarse a Inglaterra. Así pues, en abril de 1914 los Stonborough hicieron las maletas y se instalaron en una mansión de la época de Jacobo I situada en Besselsleigh, cerca de Abingdon, en Oxfordshire. Como Jerome tenía algo más de experiencia empresarial que su esposa, tomó el mando de sus considerables bienes e invirtió en el mercado bursátil estadounidense casi toda su fortuna en efectivo. Paul y el resto de los hermanos se repartieron las propiedades inmobiliarias austríacas de su difunto padre, así como su enorme cartera de valores extranjeros radicados en el Banco Central de Hannover de Nueva York, en los fondos de Kreditanstalt y Blankart de Zurich y en el banco holandés Hope & Co., de Amsterdam.

Todos los hermanos se volvieron extremadamente ricos tras el fallecimiento de su padre, pero el dinero, para una familia obsesionada con la moral social, trajo consigo muchos problemas. Todos se mostraron generosos y donaron grandes sumas, a menudo en secreto, a las artes, la

medicina, amigos u otras causas dignas de ello. Ludwig repartió cien mil coronas entre varios «artistas» austríacos. Entre ellos se encontraban el arquitecto Adolf Loos, el pintor Oskar Kokoschka y los poetas Rainer Maria Rilke y Georg Trakl. Este último se suicidó con una sobredosis de cocaína al año siguiente. Otros diecisiete beneficiarios de la generosidad de Ludwig le escribieron cartas de agradecimiento, la mayoría de las cuales tachó «de sumo mal gusto» a causa de su «tono innoble, casi falso».[1] Hermine intentó distinguir, de un modo pseudofilosófico y enrevesado, entre el dinero que ella denominaba «ético» y el que calificaba de «burgués».[2] Gretl anhelaba poder vivir sin dinero. «Sería sano —escribió en su diario— que el destino me despojara del alto nivel de vida del que nunca podría apartarme de forma voluntaria. Quizá, solo quizá, me convirtiera entonces en un ser humano. Pero no soy lo bastante valiente. Tal como están las cosas ahora, veo claramente ante mí el camino correcto, pero no soy capaz de decidirme a seguirlo.»[3]

Paul, que creía que un gobierno fuerte era más importante que la riqueza personal, entregó grandes sumas a organizaciones políticas anticomunistas y antianarquistas. Para un joven rico que deseaba abrirse camino como concertista de piano, las cosas no eran tan fáciles como podría parecer. Cuando los del negocio de la música clásica huelen dinero (cosa que no sucede muy a menudo), se sienten atraídos hacia él como las moscas hacia un tarro de mermelada. Si un intérprete es lo bastante rico como para producir sus propios conciertos, por muy bueno que sea tocando el instrumento, se verá en la desalentadora situación de que le inviten a tocar de forma gratuita o por condescendencia hacia los patrocinadores. Esto se convertiría para Paul en un problema que se prolongaría durante toda su vida profesional. En los meses posteriores a su debut, los empresarios y agentes revolotearon alrededor de él ansiosos por ser partícipes de su

fortuna, pero, siguiendo el consejo de su sabio y ciego mentor, el doctor Labor, los mantuvo a raya:

> Nada es más peligroso para un joven talento [dijo Labor a Alma Schindler] que el hecho de que no se le permita madurar. El ejemplo de Rubinstein y Goldmark debería esgrimirse ante todos los jóvenes artistas como la más funesta de las advertencias: dos talentos semejantes, arruinados porque no esperaron hasta estar preparados. Rubinstein nos ofreció los retoños de su primavera, pero nunca dieron fruto.[4]

En los seis meses posteriores a su debut Paul no ofreció más que un puñado de conciertos. Hubo una velada de música de cámara de Mendelssohn y Labor con Marie Soldat-Roeger, el afamado violinista y amigo de la familia. Junto con su madre y sus hermanas, Hermine escribió a Ludwig para informarle de que Paul había tocado «my bien y había recibido elogios de todos».[5] En febrero de 1914 ofreció en Graz un recital en solitario por el que le felicitó el exigente crítico del *Grazer Tagespost*; en marzo, otro concierto de cámara, y tres semanas más tarde tuvo una segunda aparición destacada en el Musikverein. En esta ocasión la Orquesta Sinfónica de Viena, dirigida por el pianista y compositor eslovaco Rudolph Réti, interpretó las *Variaciones sobre un tema de Czerny*, de Labor, un nocturno de Field y un puñado de estudios de Chopin. Estos eventos dispersos pueden parecer insignificantes, pero para Paul constituían los necesarios peldaños de la escalera de la experiencia que confiaba le condujera hacia el objetivo que desde hacía tiempo ambicionaba: labrarse una activa carrera internacional. Pero ni Paul ni ningún otro habitante de la satisfecha y relajada Viena de los Habsburgo habían contado con los catastróficos acontecimientos de aquel verano.

Preludio de guerra

Cuando el 28 de junio de 1914 llegó a Viena la noticia de que, en la ciudad bosnia de Sarajevo, un joven anarquista había disparado en el cuello al heredero al trono de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, nadie lloró ni se rasgó las vestiduras. En general, los austríacos encajaron bien el golpe, pues el sobrino del emperador no había sido nunca muy apreciado. Las razones de este sentimiento no eran políticas ni meditadas, sino instintivas y emocionales: hacía mucho tiempo que la gente había decidido que era gordo, feo y descortés. El archiduque había contraído matrimonio morganático, es decir, había desposado a una mujer que, según la ley de la casa de los Habsburgo, pertenecía a una clase social demasiado baja para que asistiera a los actos de Estado y engendrara a los futuros herederos del trono imperial. A fin de casarse con ella Francisco Fernando tuvo que renunciar al derecho de su descendencia al trono austríaco. El pueblo sabía que el emperador no sentía el menor afecto por su sobrino y, como la vida del anciano había estado llena de aflicción —su hermano había muerto ante un pelotón de fusilamiento en México; su cuñada había enloquecido; su esposa fue asesinada por un despiadado bestia en Ginebra, y su único hijo, el príncipe Rudolf, al parecer se había pegado un tiro en un suicidio pactado con su amante—, dirigía hacia él sus simpatías y despreciaba a su pesado y autoritario heredero. Stefan Zweig, que observó en varias ocasiones al archiduque en su palco del teatro, lo recordaba sentado, «imponente y repantigado, con sus ojos de mirada fija y fría».

Nunca nadie le había visto sonreír, no existía ninguna fotografía suya donde apareciese con ademán distendido. No tenía afición por la música ni sentido del humor, y la mirada de su esposa encerraba la misma displicencia. Un aire gélido rodeaba a esa pareja; se sabía que no tenían

> amigos, que el viejo emperador odiaba al príncipe de todo corazón, porque este era incapaz de disimular con tacto su impaciencia de heredero por subir al trono.[6]

En una fotografía tomada aquel fatídico día en Sarajevo, el archiduque y su esposa muestran, en contra de lo que afirma Zweig, una amplia sonrisa, pero esta última y tal vez única sonrisa llegó demasiado tarde para ablandar el endurecido corazón de los vieneses, lo que sí consiguió la noticia de las últimas palabras que Francisco Fernando había dirigido a la archiduquesa, que estaba sentada, y con expresión seria, erguida tras él en el carruaje: «¡Sopherl! ¡Sopherl! ¡No te mueras! Sigue viva por los niños… ¡No es nada! ¡No es nada! ¡No es nada!». No podía oírle porque ya estaba muerta.

Los historiadores han apuntado que en la psique de los hombres y las mujeres de todos los territorios de habla alemana existía el deseo de combatir, que los artistas, compositores y escritores expresaban una agitada propensión hacia la destrucción de sus Estados. Este instinto condujo a una violencia atávica y primigenia. Poco después del estallido de la guerra, el escritor alemán Thomas Mann explicaba:

> De este mundo de paz que ahora se ha venido abajo con un estruendo tan aplastante, ¿acaso no teníamos ya todos suficiente? ¿Es que no estaba infecto con todas sus comodidades? ¿No se había enconado y hedía con la descomposición de la civilización? Moral y psicológicamente yo sentía la necesidad de esta catástrofe y de ese sentimiento de limpieza, de elevación y liberación, que me inundaba, cuando lo que habíamos pensado que era imposible en efecto sucedió.[7]

Sin embargo, inmediatamente después del asesinato de Sarajevo la gente se mostró más preocupada por todo lo relativo al funeral (en especial la controvertida cuestión de si la archiduquesa era una personalidad lo bastante distinguida para que la enterraran junto a su marido en la Kapuzinergruft o la Cripta Imperial de Viena) que por la posibilidad o probabilidad de que se desencadenara una guerra. No obstante, en las

esferas gubernamentales las cosas eran distintas. Franz Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor austro-húngaro, y Leopold Berchtold, ministro de Asuntos Exteriores, vieron en el asesinato del archiduque la oportunidad de humillar a Serbia y reforzar la influencia austro-húngara en los Balcanes. Afirmaban que el gobierno serbio había intervenido en el asesinato y, por consiguiente, merecía un castigo. El inevitable rechazo por parte de los serbios del inaceptable ultimátum austríaco el 25 de julio desembocó en la declaración de guerra de Viena contra Serbia el día 28 de ese mismo mes.

El resto —una extraordinaria refriega de naciones movidas a actuar en nombre del honor— es, como suele decirse, historia. El 31 de julio Alemania declaró la guerra a los rusos, que estaban movilizando tropas en defensa de Serbia; Francia, en cumplimiento de su acuerdo con Rusia, actuó contra Alemania; Alemania, a fin de protegerse de los franceses, invadió Bélgica, tras lo cual los británicos (que no tenían el menor interés en la disputa serbia) declararon la guerra a Alemania en defensa de la neutralidad belga. El 5 de agosto, Austria-Hungría declaró la guerra a Rusia; el 6, Serbia a Alemania, y al día siguiente Montenegro se pronunció contra los austro-húngaros y los alemanes. Francia declaró la guerra a Austria-Hungría el día 10 y Gran Bretaña hizo lo propio el 12. El día 23, Japón, a miles de kilómetros de distancia, había entrado en el conflicto para luchar contra Alemania, con la consecuencia inmediata de que Austria-Hungría, en honrosa defensa de su aliado, declaró la guerra a Japón. El 28 de agosto, apenas dos meses después de los disparos de Sarajevo, Austria-Hungría declaró la guerra a Bélgica. Pronto se incorporaron más países, pues los sucesos se desarrollaban a un ritmo trepidante, pero antes incluso de que la última de estas naciones beligerantes tuviera tiempo de sumarse a la contienda, la catástrofe ya había golpeado a la casa Wittgenstein.

Alistarse

En lo referente al servicio militar obligatorio, las circunstancias de los tres hermanos varones Wittgenstein que seguían vivos (Kurt, Paul y Ludwig) eran muy diferentes. Kurt tenía treinta y seis años cuando estalló la guerra y vivía en Nueva York, adonde había llegado el 9 de abril de 1914, a bordo del flamante buque de pasajeros alemán *Imperator*, con el propósito de explorar las oportunidades de inversión en la industria del acero norteamericana. Durante una temporada se alojó en el hotel Waldorf, para mudarse después al Knickerbocker Club de la calle Sesenta y dos Este. Había hecho amistades entre la alta sociedad, se había comprado un automóvil de lujo, en varias ocasiones había pasado días de asueto en la turística Hot Springs, en Virginia, famosa por sus aguas termales, y se había adaptado al estilo de vida del Nuevo Mundo con aparente facilidad. La noticia de la guerra en Europa le llegó cuando regresaba a Nueva York desde Cranbrook, una ciudad productora de acero de la Columbia Británica, con la intención de embarcar de vuelta a Austria a principios de julio, pero las autoridades estadounidenses no le permitirían marcharse. Cuando se presentó en el consulado austríaco, en Manhattan, el cónsul general, Alexander von Nuber, lo puso a trabajar en el Departamento de Propaganda, cuya labor consistía en persuadir al pueblo, a la prensa y —sobre todo— a la administración estadounidenses de que apoyaran la causa austrohúngara en la contienda.

Paul y Ludwig se hallaban con sus hermanas y su madre en Hochreit, el refugio familiar en las montañas, cuando se enteraron de que había estallado la guerra. En un arrebato de patriotismo, se apresuraron a regresar a Viena, en cuyas calles los ánimos estaban exaltados. Carniceros,

zapateros, médicos y profesores experimentaban lo que Stefan Zweig describió como «una intensificación de su yo» y se imaginaban a sí mismos como héroes. Las mujeres instaban a sus maridos a vestir el uniforme, las fronteras entre las clases sociales desaparecían, la gente hablaba calurosamente con desconocidos en las tiendas y bromeaba sobre la inminente derrota de los serbios.

Ludwig quería embarcar con destino a Noruega, pero al ver que se le impedía salir de Austria se ofreció voluntario para desempeñar labores civiles. A diferencia de sus hermanos Paul y Kurt, había conseguido eludir el servicio militar. En 1868 el gobierno austríaco había introducido la obligación de que los varones jóvenes cumplieran con un servicio militar de tres años, pero los costes se revelaron exorbitantes. En lugar de derogar la ley, se concibieron todo tipo de fórmulas (incluida la del sorteo) mediante las cuales un hombre podría librarse de este fastidioso deber. En esas circunstancias, solo uno de cada cinco candidatos acababa vistiendo el uniforme y, de ellos, solo una pequeña proporción cumplía el período de tres años exigido por la ley. Como Ludwig no había prestado servicio con anterioridad, no tenía ningún regimiento al que presentarse y, de todas formas, como el año anterior había padecido dos hernias inguinales, no se le consideraba apto para el servicio activo. Decidido a participar, resolvió alistarse como soldado voluntario, y el 7 de agosto le informaron de que debía incorporarse a una guarnición de tropas de artillería que habría de formar parte del Primer Ejército Austro-Húngaro, destinado a las fronteras del imperio de los Habsburgo con Polonia y Rusia, el conocido como Frente de Galitzia.

Al igual que muchos jóvenes alemanes de 1914, Ludwig se sentía anímicamente exhausto y necesitado de acción. En los primeros meses de aquel año había reñido con Bertrand Russell y le había escrito para insistir

en que su amistad debía concluir. «Mi vida ha sido una gran porquería hasta ahora; pero ¿es necesario que esto continúe indefinidamente?»[8] Debido a su carácter nervioso, también había perdido la amistad de George Moore, el filósofo de Cambridge, y no estaba seguro siquiera del futuro de su relación con su compañero más próximo, David Pinsent. «Mantengo la esperanza de que se produzca una erupción de una vez por todas, de manera que pueda convertirme en una persona diferente», escribió.[9] Por lo tanto la guerra, que el 28 de junio le había parecido poco más que una inconveniencia, en cuestión de días se transformó para Ludwig en una bienvenida oportunidad: un reto y una forma de liberación personal. «Yo sabía muy bien —escribió Hermine— que Ludwig no solo quería defender su patria, sino que además sentía un intenso deseo de proponerse una tarea ardua y llevar a cabo algo más que trabajo puramente intelectual.»[10]

Aun cuando se sintiera lleno de energía por el comienzo de las hostilidades, Ludwig albergaba pocas esperanzas de que se produjera esa gran victoria austro-húngara que las masas, de ambos bandos en conflicto, auguraban con la reiterada frase de «todo habrá terminado en Navidad». En una nota que escribió poco después del inicio de la guerra reconocía que la situación era de «horrible tristeza». «Pues me parece seguro que no podemos superar a Inglaterra. ¡Los ingleses, la mejor raza del mundo, no pueden perder! ¡Pero nosotros sí podemos perder, y perderemos, si no este año, el próximo! Me deprime terriblemente la idea de que vaya a ser derrotada nuestra raza.»[11]

David Pinsent escribió en su diario lo siguiente acerca del hecho de que Ludwig se hubiera alistado voluntario en el ejército: «Creo que es magnífico que se haya alistado, pero es sumamente triste y trágico […] En sus cartas me ruega que volvamos a encontrarnos algún día. Pobre amigo,

Dios quiera que así sea».[12] Nunca volvieron a verse. En mayo de 1918 Pinsent murió en un accidente de avión en Francia.

Desastres

Paul coincidía con la mayoría de sus compatriotas austríacos en apoyar la monarquía austro-húngara y creía que su obligación, tanto cívica como moral, era defender el honor de los Habsburgo, por quienes, si era necesario, entregaría su vida. Sin embargo, al igual que su hermano menor, no se dejó arrastrar fácilmente por la marea de optimismo nacional. También tenía una visión fatalista del futuro de Austria y suscribía lo que el emperador había dicho en privado a su jefe de Estado Mayor, tan solo unos días antes de firmar la declaración de guerra: «Si la monarquía debe perecer, al menos debería perecer con honor».[13] A Paul la contienda no le brindaba ninguna oportunidad de autosuperación, sino que era una cuestión de honor personal y nacional. En todo caso, su hermana Gretl se congratuló de la crisis internacional en nombre de Paul. «La ayuda nos ha llegado desde un lugar inesperado —escribió a Hermine el 22 de agosto—. Si vuelven enteros, esta guerra habrá hecho mucho bien a muchos que yo conozco; entre ellos Paul y [mi amigo] Willi Zitkovsky.»[14]

Paul había concluido el servicio militar cinco años antes de que comenzaran las hostilidades y había pasado a ser suboficial en la reserva, adscrito al mismo elegante regimiento de caballería que su hermano Kurt. En conjunto, su hoja de servicio había sido meritoria. En el verano de 1907 cometió cuatro faltas y se le multó por «falta de atención en la escuela de

caballería y pereza en la instrucción teórica», pero el informe final de 1909 concluía que, como cadete («soltero, con las finanzas saneadas, con una asignación mensual de seiscientas coronas») era «de todo punto honrado, de carácter firme, sereno, serio y cordial».[15]

Cuatro frenéticos días después de la declaración de guerra de Austria contra Serbia, Paul volvió a vestir el vistoso uniforme militar del Sexto de Dragones. Como alférez, le correspondía llevar un casco negro con penacho, adornos de latón, la insignia del águila imperial en la parte frontal y, a ambos lados, imágenes de un león en violenta confrontación con una serpiente. Los pantalones eran de color rojo alizarina y la guerrera, azul claro con bordados rojos, que denotaban su condición de oficial. Llevaba una cartuchera roja (otra señal de que era un oficial), «botas de carnicero», de cuero negro y altas, y un largo gabán cruzado marrón oscuro. Sus armas, que al igual que el uniforme eran indicativas de su rango, eran una pistola Roth-Steyr, una carabina Mannlicher, un sable con vaina de acero y una bayoneta. Paul y sus colegas oficiales debían de tener un aspecto espléndido sentados en la silla de montar con aquel vistoso atuendo, pero los pertrechos tanto de los hombres como de los animales eran un residuo del siglo anterior, inadecuados para las exigencias del combate moderno. Las resplandecientes insignias metálicas y los colores brillantes eran fáciles de ver por el enemigo; los rifles y sables, demasiado pesados; las chaquetas y los gabanes (comparados con los de otros ejércitos), estaban muy mal cosidos, y hasta las sillas de montar se habían fabricado de forma descuidada. Estaban concebidas para ofrecer a los jinetes un cómodo asiento durante los desfiles y rozaban la piel del lomo de los caballos, de modo que, al cabo de la primera semana de enfrentamientos, gran parte de la caballería austríaca quedó al margen de la acción porque centenares de

oficiales se vieron obligados a regresar de sus misiones a pie, tirando de las riendas de los caballos.

El ejército austro-húngaro de 1914 era incompetente, estaba mal equipado y entrenado, carecía de preparación y era demasiado pequeño; sin embargo, le sobraba entusiasmo para el combate. La contagiosa impaciencia de los soldados por empezar a luchar de inmediato dio lugar a muchos errores graves. En los primeros días de enfrentamientos se las arreglaron para derribar tres de sus propios aviones, de modo que hubo que dar la orden de que no se disparara contra ningún aeroplano. El 20 de agosto, en Jaroslawice, dos divisiones de caballería austríacas que avanzaban en paralelo giraron y empezaron a luchar entre sí. Demasiado orgullosos o entusiastas para detenerse, prosiguieron la batalla hasta la llegada de una unidad de infantería rusa que los puso en fuga. Sin embargo, nada de esto es comparable a la vacilación de Franz Conrad von Hötzendorf acerca de dónde debía enviar a su ejército los primeros días de movilización. Su problema, difícil de resolver, es al menos fácil de exponer. Los austríacos tenían que combatir en dos frentes. En el nordeste, los rusos habían desplegado cincuenta divisiones de infantería. En el sur, Serbia disponía de once. El bando austrohúngaro, por su parte, contaba solo con cuarenta y ocho divisiones. Por lo tanto, el ejército de Hötzendorf era demasiado reducido para la guerra que había decidido librar; menor aún que en 1866, cuando los prusianos les infligieron una aplastante derrota, y ello a pesar del incremento demográfico de veinte millones de habitantes desde aquella fecha. Así pues, Franz Conrad von Hötzendorf tenía que decidir si destrozaban primero a los serbios con, pongamos por caso, veinte divisiones y enviaban el resto de las tropas a Galitzia para contener a los rusos o, por el contrario, mandaban un ejército mayor a luchar contra los rusos y dejaban una fuerza defensiva más reducida en el sur para contener a

los serbios. Al final se inclinó por esto último, no sin antes cambiar de opinión más de una vez y, de ese modo, sumir en el caos a todo el sistema ferroviario del imperio austro-húngaro.

Paul y Ludwig fueron enviados al frente de Galitzia, en el norte; Paul con el Cuarto Ejército y Ludwig, con el Primero. Sin embargo, debido a la indecisión de Franz Conrad von Hötzendorf ambos se apearon en sus respectivas estaciones ferroviarias (en el caso de Paul, no en la de su destino) casi una semana después de lo previsto. Muchos trenes avanzaban por las vías a una velocidad inferior a la del paso humano. Otros se averiaban. Uno tardó más de cuarenta horas en llegar desde Viena hasta el río San, el triple de lo habitual. Algunos efectuaban altos de seis horas para comer, pese a que los convoyes disponían de cocinas portátiles. En medio de aquella confusión, al menos un guardavía se suicidó y un tren atestado de soldados regresó a la misma estación de la que había partido unos días atrás entre música de trompeta, banderitas, pañuelos agitados y cariñosas despedidas.

Ludwig llegó a su destino el 19 de agosto y de inmediato le asignaron tareas de segundo orden a bordo de un barco fluvial ruso apresado, el *Goplana*, que debía patrullar el Vístula. Paul tendría que haber llegado a Zólkiew, en las inmediaciones de Lvov (o Lemberg), el 12 de agosto, pero debido al caos ferroviario no bajó del tren hasta el día 20 a unos cien kilómetros al oeste de Jaroslawice, a orillas del río San. Desde allí continuó a caballo hacia el nordeste con los soldados de la Quinta Brigada de Caballería, al mando del general de división Otto Schwer von Schwertenegg, tras lo cual llegó a Lubaczów la mañana del 20 y a Zamosc dos días más tarde, en la noche del 22. Hötzendorf seguía augurando alegremente un rápido avance de las tropas austro-húngaras en territorio ruso, pese a saber que Wenzel von Plehve (un comandante ruso de origen

germano) estaba desplazando hacia el oeste a trescientos cincuenta mil soldados del Quinto Ejército ruso para detenerlas.

El 23 de agosto, Paul, que llevaba cuatro días en Galitzia, y otros seis hombres bajo su mando recibieron la orden de dirigirse hacia el norte a través de un terreno boscoso y ondulado en dirección a la aldea de Izbica. Su misión consistía en reconocer las posiciones enemigas e informar al comandante del escuadrón, el capitán Erwin Schaafgotsche, en un campamento situado entre Izbica y Krasnystaw. Al cabo de unos cuantos kilómetros Paul y sus hombres giraron hacia el este, en dirección a Topola, y siguieron avanzando con cautela hacia la frontera rusa y las tropas enemigas, que estaban agrupándose con rapidez.

Desde los bosques de las afueras de Topola, la vista alcanza varios kilómetros hacia el este a través de la llanura de Grabowiec. Desde allí Paul y sus hombres observaron que un inmenso número de soldados rusos se desplazaban rápidamente en dirección sudoeste, hacia Zamosc. Tomaron nota de su número, su armamento y la dirección en que avanzaban. La mención de las medallas que Paul recibió por su papel en esta acción indica que no solo se las concedieron atendiendo a la utilidad de la información que había recogido, sino también por su sobresaliente valor personal. Rescató valientemente a dos de sus hombres cuando quedaron expuestos al fuego enemigo procedente de un grupo ruso de exploración avanzada o de francotiradores, y ordenó un contraataque para distraer al enemigo mientras se inspeccionaban las posiciones de sus ejércitos. «Por lo que respecta a mis supuestamente heroicas hazañas —escribió algún tiempo después a su madre—, no tienen nada de heroico. Usted no lo creerá, pero yo lo sé.»[16]

Paul resultó herido durante el enfrentamiento; lo alcanzó una bala que le destrozó el codo del brazo derecho. Más adelante no recordaría lo sucedido desde que sintió un dolor agudo e insoportable hasta que despertó en la

cama de un hospital de campaña, pero sus hombres lo habían puesto a cubierto retrocediendo rápidamente a través del bosque hasta quedar fuera del alcance del fuego enemigo. Allí le pusieron un torniquete provisional en la parte superior del brazo para detener la hemorragia. Izbica se hallaba a varios kilómetros y de camino hacia allí debían encontrar un cuerpo de ambulancias o un hospital de campaña. En algún momento Paul o alguno de sus hombres consiguió transmitir al capitán Schaafgotsche la importantísima información militar que habían obtenido en Topola; información que más adelante se reveló fundamental para la defensa austríaca de Zamosc.

Cuando por fin llegó al hospital de campaña, situado entre las murallas de la ciudad fortificada de Krasnystaw, diez kilómetros al norte de Izbica, Paul ya había perdido el conocimiento. El estado de inconsciencia o la conmoción posterior borró de su memoria los acontecimientos e hizo que olvidara si los médicos le habían consultado o advertido de que habría que amputarle la mayor parte del brazo derecho. Solo recordaba que, cuando recuperó el conocimiento, la conmoción de descubrir la mutilación de su brazo se vio agravada por otra, acaso igual de perturbadora: en el curso de la intervención quirúrgica, mientras los médicos le llenaban los pulmones con dosis anestésicas de morfina, escopolamina, óxido nitroso o cloroetano, mientras recogían la carne para crear un colgajo, mientras serraban el hueso, desechaban el miembro amputado, plegaban y cosían de nuevo los rebordes sobre el extremo del muñón… mientras sucedían todas estas cosas, el Quinto Ejército Ruso, en su primera incursión importante en territorio polaco y de los Habsburgo, asaltaba las murallas de Krasnystaw, de manera que, cuando Paul recuperó el conocimiento, el enemigo había tomado la ciudad e irrumpía con armas cargadas y violentos gritos histéricos en los pasillos y las salas del hospital. A punta de pistola tomaron como

prisioneros de guerra a Paul, el resto de pacientes, los cirujanos, los médicos, los camilleros y las enfermeras, que estaban ahora en manos de un gobierno hostil y pronto acabarían al otro lado de las líneas enemigas, a miles de kilómetros de sus hogares, en los campos de prisioneros de Rusia y Siberia.

Prisionero de los rusos

En las vastas tierras desprotegidas que se extendían al este de Krasnystaw no había ninguna línea ferroviaria y muy pocas carreteras. A los prisioneros que estaban en condiciones de caminar se les obligó a hacerlo, a veces hasta veinticinco kilómetros diarios, en ocasiones con la punta de un sable cosaco en la espalda. Únicamente comían una rebanada de pan y un cuenco de sopa de repollo, que se servían todas las mañanas. Caminaron durante dos o tres semanas hasta llegar a una estación desde la que se pudo iniciar el transporte por ferrocarril. En su primera ofensiva en Galitzia, los rusos apresaron cien mil prisioneros de guerra austro-húngaros. Estos, sumados al gran número de heridos rusos y a la creciente masa de polacos desplazados que vagaban en busca de alimento y cobijo, crearon una inmensa y desordenada migración de desgraciados a quienes los rusos, desprevenidos, no podían alimentar.

Las narraciones que nos han llegado de la larga marcha hacia el interior atestiguan la amabilidad y consideración de los médicos rusos, así como la ayuda prestada por el campesinado local, que a menudo se compadecía y daba pan y ropa a los harapientos prisioneros de guerra austríacos y

alemanes que atravesaban sus aldeas; pero muchas hablan además de la crueldad, la falta de honradez y la avaricia de la tropa rusa. El artículo 4 de la Convención de La Haya, que comprometía a todas las naciones beligerantes, establecía que se debía tratar con humanidad a los prisioneros de guerra. Debían quedar en poder del gobierno que los había apresado, no en manos de los individuos o cuerpos militares que los habían capturado. Con excepción de las armas, los caballos y los documentos militares, las pertenencias personales debían continuar siendo propiedad del soldado apresado. En realidad, los soldados del ejército ruso, mal pagados, mal alimentados y aterrorizados, saqueaban los bolsillos de los prisioneros para apoderarse de dinero, cartas, relojes, cuadernos, cubiertos y cualquier otra cosa de la que se encapricharan. En los hospitales para prisioneros de guerra, los guardias se apropiaban de cualquier prenda de ropa que cayera en sus manos y de las salas de los pacientes desaparecían abrigos, camisas, botas y hasta mantas. Como los hospitales obtenían sus ingresos en función del número de pacientes que ingresaban y recibían el alta, funcionarios corruptos se ocupaban de que hasta los prisioneros más gravemente heridos fueran trasladados sin necesidad de un hospital a otro; a veces los enfermos debían arrastrarse descalzos y por la noche (para ahorrar el espectáculo al pueblo ruso) hasta llegar a gélidas estaciones de ferrocarril o de tranvía, desde las que emprendían viajes de varias semanas de duración desde una ciudad rusa a otra para, al final, regresar al mismo hospital del que habían partido.

Así fue como, en los largos meses posteriores a su captura, Paul se vio obligado a viajar desde Chelm a Minsk, luego a Kiev, después a Orel, a continuación a Moscú, más tarde a Petrogrado y, por último, a Omsk, siempre en *tjeploshki*, abarrotados, hediondos y llenos de bichos. Estos *tjeploshki* eran los furgones, vagones y vagonetas de ganado que, en largas

hileras de cuarenta o cincuenta, componían habitualmente un convoy de transporte de prisioneros de guerra. En el centro de cada uno de ellos había una estufa de hierro y un cubo que servía de inodoro. Había dos filas de literas de madera dispuestas a ambos lados y un espacio aislado, con su propia litera, para la guardia armada. Por lo general cada furgón albergaba entre treinta y cinco y cuarenta y cinco prisioneros, que llegaban a dormir de seis en seis en cada litera. Como recordaba un prisionero de guerra, «teníamos que colocarnos todos de cara a la izquierda o a la derecha, bien apretujados. Cuando había que darse la vuelta, teníamos que hacerlo todos a la vez, ya que solo manteniendo nuestros cuerpos en formación rigurosamente paralela podíamos caber en el espacio existente».[17]

Había pocas cosas que pudieran animar a Paul mientras yacía sobre las tablas desnudas de un *tjeploshki* que recorría lentamente once mil seiscientos kilómetros de territorio extranjero. Durante días y días estuvo tumbado, apretujado entre los demás prisioneros, con la herida purulenta en el brazo y los ojos abiertos de par en par en un vagón lleno de parásitos. Recordaba con singular repugnancia que las ratas corrían por su cuerpo, y años más tarde confesó a un amigo íntimo que «todavía constituyen una pesadilla recurrente y doy gracias de que mi sangre fuera inmune a las picaduras de los insectos. A otros prisioneros les resultaban insoportables los bichos y los piojos, pero yo me los quitaba de encima sin que me hubieran picado».[18]

Más difíciles de ahuyentar eran el dolor físico y los traumas psicológicos que Paul padeció en las semanas y meses posteriores a su operación; unos traumas que venían agravados por las dificultades prácticas que tuvo que afrontar para adaptarse a la vida cotidiana con su discapacidad. Ahora no podía atarse los zapatos, cortar la comida o vestirse por la mañana. Géza Zichy, un conocido de Paul que perdió el brazo derecho en un accidente de

caza a los quince años, recordaba sus primeros intentos de vestirse: «Tardaba tres horas, pero lo hacía. Utilizaba el pomo de la puerta, los muebles, los pies y los dientes para conseguirlo. En las comidas no tomaba ningún alimento que no pudiera cortar yo mismo, y hoy pelo manzanas, me corto las uñas, monto a caballo, soy un buen tirador y he aprendido incluso a tocar un poco el piano».[19]

Los médicos todavía no comprenden con claridad cuáles son las causas de un trastorno conocido como «síndrome del miembro fantasma», que aqueja a todos cuantos han sufrido alguna amputación. Algunos creen que el cerebro sigue funcionando con su mapa del cuerpo entero, aun cuando se hayan amputado algunas partes de él. Otros suponen que el cerebro, frustrado por no recibir ninguna respuesta del miembro perdido, lo bombardea con demasiadas señales, con lo cual empeora los nervios que originalmente llegaban a él. Cualquiera que sea la causa, los síntomas son muy agudos: un dolor punzante en el miembro desaparecido, la sensación de que el puño o el codo mutilado está sometido a una presión cada vez mayor hasta que está a punto de explotar, o que todo el miembro está retorcido o doblado de un modo inextricable. Mirar para comprobar que el brazo ya no está allí no alivia a la víctima, pues el dolor persiste aun cuando los ojos hayan confirmado que no es posible.

No fue hasta tres semanas después de su captura cuando se permitió a Paul escribir por primera vez a su casa. Las cartas de los presos estaban sometidas a la censura rusa, pero esta no era la razón por la que solían adoptar un tono jovial. Aparte del motivo evidente de no preocupar a sus familias con los detalles de su angustiosa situación, muchos prisioneros se sentían avergonzados, incluso culpables, por haber traicionado o deshonrado a sus familias y compañeros de armas al abandonar el frente. Elsa Brändström, enfermera sueca de la Cruz Roja conocida como el Ángel

de Siberia, hizo más que nadie por aliviar el sufrimiento de los prisioneros de guerra austro-húngaros, y en sus memorias refirió la triste historia de un cadete austríaco: «Un joven yace en el rincón. Ningún animal de la granja de su padre había perecido en un lugar tan inmundo. Sus últimas palabras fueron: “Di a mi madre que la quiero; pero no le hables de la miserable situación en que morí”».[20]

La negativa de los prisioneros a contar la verdad acerca de las penosas circunstancias de su cautiverio provocó más problemas con el correo, ya que las cartas no solo las revisaban los rusos, sino también el Kriegsüberwachungsamt o KÜA, el departamento de censura de la Oficina de Supervisión de la Guerra de Viena. Dado que de Rusia llegaban tantas misivas desbordantes de jovialidad (setenta y cinco mil en diciembre), el día de Nochebuena de 1914 se dio la siguiente orden:

> Últimamente se han recibido cartas de prisioneros de guerra en países enemigos. En algunas de ellas, los remitentes ofrecen una imagen muy favorable de la vida en cautividad. La difusión de estas noticias entre los soldados y reclutas es indeseable. Por consiguiente, se dictarán órdenes a los censores para que tales cartas de nuestros prisioneros de guerra, que pueden ejercer una influencia perjudicial por su contenido, queden confiscadas y no se entreguen a sus destinatarios.[21]

Desde mediados de agosto hasta la primera semana de octubre la señora Wittgenstein había vivido en un estado de angustia permanente. Hacía poco que había sufrido un fuerte ataque de flebitis y su médico le había ordenado que mantuviera en todo momento las piernas en posición horizontal. Eso le impedía tocar el piano, el mejor método que conocía para aplacar sus nervios. Desde hacía seis semanas no sabía nada de Paul, que en su última carta se quejaba de que no le llegaba ninguna de las que ella le enviaba. Hasta el 4 de octubre no recibió Leopoldine, en un garabato apenas legible, la noticia de que seguía vivo. La carta que Paul envió a su madre se ha

perdido, pero sí nos ha llegado la que la señora Wittgenstein envió a Ludwig para transmitirle la noticia:

> Queridísimo hijo Ludwig:
>
> Te he escrito muchas cartas y tarjetas con mi agradecimiento por las tuyas y por el telegrama. Confío en que te hayan llegado por fin. En ellas te mando los recuerdos y los besos más tiernos de mi parte, así como el cariño de todas tus hermanas; te aseguro que aquí, en Gmunden, todos estamos bien. Le ha sucedido una terrible desgracia a nuestro pobre Paul, que perdió el brazo derecho en una batalla a finales del mes de agosto [*sic*]. El 14 de septiembre me escribió con la mano izquierda desde el hospital de oficiales de Minsk, y su noticia llegó aquí hace tres días. También escribió que le cuidaban muy bien. Imaginarás cuánto siento no poder ir con él. Dios te proteja, mi querido niño. Ojalá pudieras sentir cada vez que pienso en ti. Por todas tus queridas cartas, recibe un cariñoso abrazo de tu madre.[22]

Ludwig, que estaba en su barco fluvial, no recibió hasta el 28 de octubre la tarjeta de Leopoldine, que para entonces ya le había remitido otra: «No he sabido nada de Paul desde el día 4 —escribió ella—, cuando, tras seis semanas de espera en vano, llegó su carta desde Minsk con la noticia de su grave herida. Imagino que habrás recibido la tarjeta que te escribí contándote que el pobre ha perdido el brazo derecho».[23] La reacción inmediata de Ludwig puede encontrarse en su diario, en el apunte del 28 de octubre:

> Hoy he recibido muchas cartas, y entre otras la triste noticia de que Paul ha sido herido de gravedad y se halla prisionero de los rusos. Gracias a Dios, está bien atendido. ¡¡¡Pobre, pobre mamá!!! […] Finalmente, una carta de Noruega, en la que me piden mil coronas. Pero ¿podré enviárselas? ¡¡¡Ahora que Noruega se ha unido a nuestros enemigos!!! Por cierto que este es también un hecho horriblemente triste. ¡Una y otra vez tengo que pensar en el pobre Paul, que de repente ha visto malograda su profesión! ¡Qué horrible! ¡Qué filosofía sería precisa para sobreponerse a una cosa así! ¡¡Si es que eso es posible a no ser mediante el suicidio!! […] Hágase Tu voluntad.[24]

Al día siguiente, Ludwig anotó: «Por la mañana dolores de cabeza y

cansancio. He pensado mucho en Paul».[25] Mientras tanto en Viena, el temor crecía en su madre y sus hermanas al pensar que Paul podría tratar de suicidarse.

Kurt Wittgenstein en Estados Unidos

La señora Wittgenstein se sentía angustiada por el bienestar de sus hijos e igualmente preocupada porque el honor de la familia Wittgenstein quedara intacto en todo momento. Le enorgullecía que Ludwig se hubiera alistado voluntario en el ejército y que Hermine y los Stonborough se hubieran ofrecido para desempeñar labores hospitalarias. Asimismo alimentaron su orgullo las primeras noticias sobre el heroísmo de Paul, por el cual —confiaba ella— recibiría algún día una condecoración. A este respecto la animó el coronel Von Rettich, antiguo comandante de Paul:

11 de noviembre de 1914

Mi querida señora Wittgenstein:

He conseguido su dirección gracias a Erwin Schaafgotsche. Como antiguo coronel del Sexto de Dragones, me gustaría expresarle mi más sincero pesar por la grave herida de su hijo. Puede usted estar orgullosa de él, pues la información que obtuvo como jefe de una patrulla militar frustró la tentativa de los rusos de atacarnos en Zamosc. Realizó una misión sobresaliente, por la cual confío sinceramente que reciba reconocimiento oficial a su debido tiempo. Sin embargo, ello no es posible en este momento, pues, aunque su hijo fue capturado debido a que estaba herido, todavía debe demostrarse que no se debió a ninguna falta por su parte. Como este extremo parece haberse confirmado ya, no debería encontrar ningún otro obstáculo a su regreso. He tenido noticia de que la curación de su herida progresa de forma satisfactoria.

Con mi más profundo respeto, afectuosamente suyo,

En cambio, Kurt era una espinita. «El pobre marginado de Kurt», como le llamaba su madre, no podía poner su grano de arena en el frente. Ni a Leopoldine ni a sus hijas, todas en Viena, les servía de consuelo saber que estaba a salvo en Estados Unidos. En las cartas que le enviaba Kurt daba la impresión de hacer todo cuanto estaba en su mano para regresar a Austria y reengancharse en el ejército. Ni su edad ni su menos que satisfactoria hoja de servicios se lo impedían. La política estadounidense en relación con el conflicto europeo era oficialmente de neutralidad, de manera que se prohibió que los residentes en Estados Unidos (sin importar el tiempo que llevaran en el país) apoyaran de forma activa a cualquiera de los bandos contendientes. En consecuencia Kurt, como oficial en la reserva del Sexto de Dragones del ejército austro-húngaro, tenía prohibido abandonar Estados Unidos, pues su intención manifiesta era unirse al ejército austríaco.

Él y sus colegas del consulado general de Austria se dedicaron, en cambio, a la falsificación de pasaportes extranjeros, que utilizaban para repatriar a austríacos residentes en Estados Unidos que, al igual que Kurt, se habían quedado aislados en el lado equivocado del Atlántico. En las cartas que dirigía a casa no mencionaba esta actividad, solo decía que su trabajo en Estados Unidos era aburrido y que ojalá Dios quisiera que estuviera en Europa luchando por su país como sus hermanos. Su madre y sus hermanas, sobre todo Hermine, sentían vivamente la deshonra de su ausencia. «En este momento estoy muy angustiada por Kurt —escribió Hermine a Ludwig—. ¡Lo pasará mal si todo el mundo ha cumplido con su papel y ha sufrido, excepto él! Le parecerá que ha quedado marcado para siempre.»[27] Y algún tiempo después: «No dejo de pensar en el pobre Kurt y en lo terrible que es que no esté viviendo estos tiempos como nosotros;

difícilmente se puede llamar vivir de verdad a lo que está haciendo en Estados Unidos».[28]

Sin embargo, la vida estadounidense de Kurt debía de ser más animada de lo que pensaba su hermana. Su trabajo en lo que la *Providence Journal* calificaba de «oficina de espías y embaucadores en Nueva York del cónsul general Von Nuber» le brindaba diversos tipos de oportunidades. Por ejemplo, tocó el piano en un concierto de música popular austríaca y alemana celebrado en el Aeolian Hall, organizaba cenas en el Knickerbocker Club con el fin de recaudar dinero para una campaña destinada a enardecer a los expatriados austríacos y concedía entrevistas a periódicos estadounidenses. Pero, a pesar del entusiasmo de su empeño, la opinión pública de Estados Unidos seguía decantándose por los aliados de la Triple Entente y rechazando a Alemania y las potencias centroeuropeas. «No es difícil encontrar una explicación al sentimiento pro británico de Estados Unidos —declaró Kurt indignado a un periodista del *Washington Post* en enero de 1915—. Los británicos han estado manipulando los sentimientos por aquí de muchas formas […] Con todo, creo que el pueblo estadounidense se dará cuenta de su error.»[29]

No fue el caso de una persona de ese pueblo: una anciana dama de origen alemán llamada Delia Steinberger (la viuda madre de Jerome), que vivía en el Upper East Side de Manhattan, se sentía tan pro británica y antialemana que se cambió el apellido (quince años después de que su hijo hubiera hecho lo propio) para adoptar el de Stonborough, que sonaba inglés, y consignó falsamente en los datos del censo estadounidense que sus dos padres habían nacido en Inglaterra.[30]

Kurt navegaba con valentía contra la poderosa corriente del sentimiento antialemán que reinaba en Estados Unidos: «La información que me llega de mi país es de lo más satisfactoria —declaró al *Washington Post*— y

estoy seguro de que ganaremos».[31] Los rusos habían estado «machacando» la fortaleza «prácticamente inexpugnable» de Przemysl durante meses sin conseguir nada, y mientras Przemysl siguiera resistiendo el enemigo no tenía «ninguna posibilidad». Pero su optimismo patriótico carecía de fundamento. En el momento en que hacía estas declaraciones, la tasa de bajas entre las unidades de infantería del ejército austro-húngaro ascendía al ochenta y dos por ciento. Dos meses después, el 22 de marzo, el comandante austro-húngaro Hermann Kusmanek entregó el fuerte de Przemysl y emprendió, a la cabeza de ciento diecinueve mil hombres, la larga marcha hacia el cautiverio ruso.

Kurt continuó en su puesto durante otros dos años, pese a la presión de la opinión pública para que se expulsara de Estados Unidos a él y sus colegas del consulado. Primero estalló el escándalo de los pasaportes falsos, al que siguió la indignación popular al descubrirse que los alemanes habían entregado en secreto millones de dólares a los diplomáticos austríacos para la propaganda bélica en Estados Unidos; más tarde se supo que el consulado austríaco pagaba anuncios que ponían en peligro el medio de subsistencia de los austríacos que trabajaban en las fábricas de municiones estadounidenses. Estos anuncios, que se publicaron en docenas de periódicos estadounidenses, decían lo siguiente:

> La Real Embajada Imperial Austro-Húngara, bajo las órdenes del gobierno de su país, notifica mediante este anuncio a todos los ciudadanos austríacos y húngaros que los trabajadores empleados en fábricas de este país que estén produciendo armamento o munición para los enemigos de su nación cometen un delito contra la seguridad de su patria. Este delito se castiga con entre diez y veinte años de cárcel y, en circunstancias singularmente agravantes, con la pena de muerte. Sobre quienes desobedezcan esta orden caerá todo el peso de la ley en caso de que regresen a su país.[32]

Con cada escándalo se renovaban los llamamientos para expulsar de

Estados Unidos a los diplomáticos austro-húngaros. En 1915 se expulsó a Konstantin Dumba, el embajador austríaco en Washington, pero no se tomó ninguna medida contra los demás hasta que Estados Unidos se sumó a la guerra, en la primavera de 1917, momento en que se rompieron las relaciones diplomáticas entre los dos países.

La tarde del 4 de mayo de aquel año, en Hoboken Pier, Kurt, junto con el conde Adam Tarnowski, que había sustituido a Dumba como embajador, Alexander von Nuber, cónsul general de Nueva York, y otros doscientos seis de los denominados «funcionarios enemigos» a los que investigaba una legión de agentes del servicio secreto estadounidense, embarcó rumbo a Holanda en el buque de pasajeros *Ryndam*, que efectuaba la travesía entre Holanda y Estados Unidos. El buque permaneció cinco días retenido en Halifax, mientras los agentes del servicio de inteligencia británico interrogaban a todos los pasajeros. Después puso rumbo a Rotterdam con un salvoconducto y se dirigió hacia el norte de las islas Feroe para evitar los submarinos y las aguas minadas.

La señora Wittgenstein, que al parecer no sabía nada de la expulsión de su hijo de Estados Unidos ni tenía noticias de él desde hacía varios meses, se quedó sorprendida y encantada al leer su telegrama del 17 de mayo: «LLEGADO ROTTERDAM HOY BUENA SALUD. VIENA MIÉRCOLES. KURT».[33]

Hermine, más aburrida que una ostra en su puesto de supervisora de un ambulatorio de consultas externas, celebró con entusiasmo la noticia del regreso de su hermano. «Acabo de enterarme de que Kurt ha llegado a Rotterdam —escribió a Ludwig—. ¡Me alegro mucho por él, como puedes imaginar! Su situación después de la guerra habría sido extremadamente incómoda.»[34]

Llegada a Siberia

El 5 de noviembre de 1914, día en que cumplía veintisiete años, Paul estaba encerrado en un frío furgón de ganado que avanzaba con lentitud. Manco y angustiado, lo habían enviado de un hospital a otro durante casi tres meses, de modo que cuando atravesó los Urales para adentrarse en la vasta y despoblada estepa de Siberia Occidental ya era invierno y el frío, cortante. Con unas temperaturas que llegaban a descender hasta los sesenta grados bajo cero, las puertas correderas del *tjeploshki*, que en las mañanas de principios de otoño quedaban abiertas —lo que proporcionaba ventilación y unas espectaculares vistas de las grandes llanuras de girasoles del Volga—, permanecían ahora cerradas a cal y canto. La enfermedad, la desesperación y el hedor a mugre impregnaban la oscuridad. Cuando moría un hombre, su cadáver permanecía en el furgón hasta el siguiente cambio de guardia, que a veces se producía varias semanas después. En febrero de 1915 se descubrió que dos vagones con las ventanillas cegadas que llegaron a la ciudad sudoriental de Samara albergaban a sesenta y cinco prisioneros, de los que solo ocho seguían vivos. Los furgones se trasladaron un par de kilómetros a las afueras de la ciudad, donde los guardias rusos, pertrechados con hachas y palas, sacaron los cincuenta y siete cuerpos congelados y los arrojaron a una fosa cavada junto a la vía. No era un hecho excepcional. Los vagones con las ventanillas tapadas con tablas que llegaban a Moscú y Omsk con lo que se pensaba que eran valiosos bienes resultaban, una vez inspeccionados, estar llenos de cadáveres congelados.

Según el artículo 17 de la Convención de La Haya, Paul, dada su condición de oficial, tenía derecho a una paga mensual de cincuenta rublos para adquirir comida, jabón y otros artículos. Sin embargo, raras veces la

recibía. Para evitar los pagos, los oficiales rusos se ocupaban de que se trasladara a los prisioneros fuera del campo de concentración el día anterior al que debían cobrar. En tránsito, la obligación de distribuir las cantidades en efectivo recaía en el comandante de transporte de cada tren. Algunos eran honrados, pero muchos trataban de malversar el dinero alegando que les resultaba imposible encontrar cambio. En tales ocasiones, los prisioneros se quedaban sin alimento y tenían que subsistir, a veces durante días y días, a base de *kipiatok*: agua hervida que se proporcionaba gratuitamente en las estaciones por las que pasaban.

Como oficial subalterno, Paul recibió de sus captores un trato algo más humanitario que el dispensado a la tropa. Los prisioneros de guerra con rango de oficial no tenían obligación de trabajar para los rusos, pero los soldados rasos debían realizar trabajos manuales; durante el invierno de 1914-1915 veinticinco mil perecieron construyendo el ferrocarril de Murman.

Omsk, ciudad situada en la confluencia de los ríos Om e Irtish, en la *gubernia* o provincia de Akmolinsk (actualmente conocida como Akmola), unos dos mil quinientos kilómetros al este de Moscú, es la capital de Siberia Occidental. En 1914 contaba con una población de ciento treinta mil habitantes, que en el curso de cuatro años se incrementó con noventa y seis mil prisioneros de guerra. En los diez meses transcurridos hasta agosto de 1915 murieron allí unos dieciséis mil. A su llegada a la estación de Omsk, Paul se apeó del tren en medio de una ventisca y fue escoltado por guardias armados hasta una moderna destilería de vodka recientemente convertida en hospital para prisioneros de guerra. Otros que viajaban en el mismo tren fueron conducidos a campos de prisioneros situados en las afueras de la ciudad, algunos incluso a unos cincuenta kilómetros de distancia.

Congelados, enfermos y vestidos con ropas de escaso abrigo, muchos de ellos fallecieron antes de llegar a su destino.

En la entrada del hospital entregaron a Paul una postal para que escribiera a su familia a fin de informarle de su nuevo paradero, tras lo cual lo condujeron a empujones a unos baños colectivos de la planta baja, donde le afeitaron y cortaron el pelo, le quitaron la ropa para desinfectarla y le ordenaron que se bañara. Aunque hacía un frío espantoso, el hospital de Omsk era preferible a muchos de los lugares de reclusión que Paul había conocido. En todos los hospitales rusos escaseaban las vendas y los medicamentos, pero el de Omsk al menos estaba más limpio que el de Orel (donde había compartido habitación con los enfermos de tifus y de difteria), menos hacinado que el de Moscú (que albergaba a cuatro mil pacientes) y era más seguro que el de Nikolai, en Petrogrado, donde los guardias eran de una crueldad extrema. Fue allí, en la sala de oficiales, donde un centinela clavó por la espalda su bayoneta a un capitán austríaco por tratar de ir al cuarto de baño. El cuchillo había alcanzado el pulmón y, en un precipitado juicio, se absolvió al guardia y se condenó a seis años de trabajos forzados al oficial herido de gravedad y a otros tres prisioneros inválidos que habían testificado en su favor.

Tres fuentes de inspiración

Pese a haber perdido el brazo derecho, Paul decidió que proseguiría su carrera como concertista de piano en los primeros días de su cautiverio, mucho antes de llegar al hospital de Omsk. La alternativa al éxito no era el

fracaso, sino la muerte, y aunque su madre y sus hermanas escudriñaban angustiadas las cartas procedentes de Rusia en busca de indicios de que pudiera estar pensando en suicidarse, el trauma de su situación, si acaso, fortaleció su determinación de regresar a su patria y reanudar sus conciertos. Su padre le había enseñado a afrontar el miedo y despreciar la autocompasión, y Paul había aprendido muy bien la lección. En un esfuerzo solitario de voluntad, se acostumbró a restar importancia a la gravedad de su situación y a rechazar, a menudo con malas maneras, la conmiseración de los amigos y sus bienintencionados ofrecimientos de ayuda. Si en algún momento temió por su futuro como pianista al tener solo cinco dedos, al menos debió de saborear la oportunidad de vencer sus miedos. La forma en que ponía a prueba su valor desconcertaba a sus amigos. Se quedaban atónitos al verlo nadar mar adentro bajo tormentas de relámpagos, caminar con grandes zancadas a pocos centímetros del borde de los grandes acantilados de Dover o hacer equilibrios a lo largo de la estructura de hierro que sustenta la vía férrea que atraviesa las marismas de Southwold. En una ocasión su secretaria gritó asustada cuando, al entrar en su apartamento de Nueva York, lo encontró caminando, como sobre una cuerda floja, por el delgado antepecho del balcón, desde el que la caída hasta la acera de cemento era de sesenta metros.

Aparte del ejemplo de su padre, Paul tenía, claro está, otros modelos de conducta, que estimularon su decisión de seguir tocando el piano. Josef Labor, su mentor ciego, era uno de ellos; el conde Géza Zichy, otro. Aunque Paul no conocía todavía a este excéntrico y entusiasta aristócrata húngaro, sabía de su fama. Liszt había quedado deslumbrado al oírle tocar el piano con una sola mano, al igual que el crítico Eduard Hanslick, que lo describió en la prensa vienesa como «la mayor maravilla al piano de los tiempos modernos».[35] En 1914, conmovido por la difícil situación y el gran

número de mutilados que regresaban del frente, Zichy escribió un libro de autoayuda con fotografías ilustrativas en las que se mostraba a los amputados cómo comer un cangrejo usando los dientes, machacar la carne en lugar de cortarla, lavarse una sola mano frotándola con jabón contra la barbilla y ponerse y quitarse la ropa interior. «Hay que aprender a ponerse los pantalones solo —insistía—. Sería demasiado humillante tener que pedir ayuda.»[36] El manual de Zichy estaba prologado por el doctor Von Eiselsberg, el cirujano que en noviembre de 1912 había operado sin éxito el tumor de Karl. «Este libro confortará al amputado —escribió Eiselberg— y también le enseñará que, con una voluntad de hierro, hasta la terrible pérdida de un brazo puede sobrellevarse con mayor facilidad.»[37] En mayo de 1915 el conde ofreció un recital de piano en Berlín a un público compuesto en exclusiva por soldados mancos. Paul no tuvo noticia de ello, pero le enviaron a Rusia un ejemplar del libro de Zichy y, cuando ambos se conocieron por fin, se sintió alentado por su energía y entusiasmo, si bien se mostraba muy mordaz con sus dotes artísticas.

En los momentos más sombríos de su cautiverio, una fuente de inspiración esencial para Paul fue Leopold Godowsky, un virtuoso lituano, que, a decir de muchos, era el pianista vivo que poseía la técnica más exquisita. Godowsky había causado sensación en su debut vienés en 1904 interpretando su impresionante versión del vals *El Danubio azul* de Strauss, así como una breve serie de estudios de Chopin con espectaculares arreglos para la mano izquierda. Es probable que Paul asistiera a este concierto. En todo caso, sin duda oyó hablar de él. «Te aseguro que soy el tema de conversación en Viena —escribió Godowsky a un amigo—. La crítica que recibí aparece en *Freie Presse*, el periódico más importante de Austria. Me cuentan que este crítico es el terror de Viena. Todos mis amigos están

alborozados por el artículo que escribió y dicen que esto va a consolidar mi nombre aquí.»[38]

Después de aquel debut le invitarían a regresar a Viena en muchas ocasiones, y a principios de 1909, aceptó el prestigioso cargo de director de la Escuela de Piano de la Academia Imperial de Música, con un salario más alto que el de cualquier otro profesor de piano de Europa. Sus polémicos arreglos para la mano izquierda de los *Estudios* de Chopin se publicaron entre 1894 y 1914. Paul no dispuso de ejemplares de estas obras antes de la guerra, pero lo sabía todo de ellas, y fue mientras se recuperaba en el hospital de Omsk cuando un día dibujó con carboncillo un teclado de piano en un cajón vacío y, por primera vez, trató de averiguar cómo había conseguido Godowsky adaptar el tempestuoso estudio «Revolucionario» de Chopin para que pudiera tocarse solo la mano izquierda.

Paul había trabajado con Leschetizky sobre esta pieza en su forma original para dos manos y la había interpretado en público al menos en dos ocasiones —una en Graz, en febrero de 1914, y la otra en el Musikverein de Viena, en marzo del mismo año—, de manera que se sabía las notas de memoria. El misterio era cómo unir el apasionado e incesante tema de la mano derecha con las rápidas florituras de la izquierda de tal modo que tanto la melodía como el acompañamiento pudieran interpretarse simultáneamente con tan solo los cinco dedos de una mano. Muchos pianistas habrían descartado la idea por considerarla imposible, pero Paul, consciente de que Godowsky lo había logrado diez años antes, estaba decidido a averiguar cómo hacerlo.

Día tras día, hora tras hora, se entregaba a esta tarea ardua e imposible, golpeando con los dedos congelados el cajón de madera, escuchando en su cabeza la música imaginaria y creando, en un rincón de aquella abarrotada

sala de inválidos, un espectáculo tragicómico que despertó la simpatía y la curiosidad de sus compañeros reclusos y de todo el personal del hospital.

Un destello de esperanza

El incansable repiqueteo de los dedos de Paul llamó la atención de Otto Wadsted, un diplomático danés de treinta y dos años, en una de las visitas de control que efectuaba al hospital. Los daneses, neutrales en la guerra, mantenían un consulado en Omsk desde el que comprobaban las condiciones de vida de los prisioneros e informaban a la Cruz Roja danesa. El cónsul Wadsted dirigía una oficina entregada a su trabajo, que se molestaba en visitar todos los campos de prisioneros tan regularmente como le permitían las autoridades siberianas, ayudaba a muchos presos austro-húngaros y alemanes allí encarcelados y trababa amistad con ellos. Era un hombre muy culto, que hablaba con fluidez el francés y el alemán, muy leído, pintor aficionado y violinista entusiasta. Conmovido por la penosa situación de Paul y preocupado por su estado físico y mental, intercedió ante el general Moritz, gobernador militar de Omsk, para que, tan pronto como se le diera de alta del hospital, se le trasladara a un lugar de reclusión en el que hubiera un piano. En los primeros años de la guerra, Omsk no estaba preparada para albergar la descomunal y repentina afluencia de prisioneros procedentes del oeste y, como los campos de concentración de las afueras de la ciudad todavía estaban en construcción, se alojaba a los cautivos en cualquier edificio que hubiera disponible. De este modo, en

enero de 1915 se utilizaron con este fin un circo, una bodega, un burdel y un matadero en desuso, así como varios hoteles y viviendas particulares.

En Viena, la señora Wittgenstein había conseguido establecer una línea de comunicación con Paul a través de su sobrino Otto Franz, un diplomático que trabajaba en la embajada austríaca en Copenhague. Franz mantenía contacto directo con el Ministerio de Asuntos Exteriores danés, que a su vez recibía con regularidad informes del consulado que Wadsted dirigía en Omsk. De este modo, Franz telegrafió a su tía el 20 de febrero de 1915: «Paul trasladado a pequeño hotel de Omsk desde segunda quincena de enero. Libertad de movimientos en la ciudad. Debe presentarse tres veces por semana».[39] Paul ya había escrito a su madre para transmitirle la misma noticia, pero su carta del 2 de febrero no llegó a Viena hasta el 28 de marzo:

> Mi querida, bienamada y estimada madre:
>
> Ya me han dado de alta del hospital por tener buena salud y, gracias a la intercesión del cónsul danés, me han concedido permiso para permanecer aquí y vivir en la ciudad, cosa por la que estoy muy contento. Así pues, lo mejor es escribir por correo civil a través de Copenhague a la siguiente dirección: Teniente P. W., *prisonnier de guerre*, Nomera Stepanovskaya, Omsk […] Estoy bien: incluso toco el piano. Me alegra muchísimo recibir cualquier noticia de casa y doy las gracias a todos los que me han escrito. ¡Recuerdos a todos! Y para ti, mi querida madre, el más cariñoso abrazo de tu hijo, Paul.[40]

En el mismo hotel se alojaban veinte oficiales, a razón de cuatro por habitación. Todos menos dos eran austro-húngaros. Se les permitía visitar la ciudad. Al principio, si daban su palabra de que regresarían, podían entrar y salir cuanto quisieran, pero el riguroso código de honor de los prisioneros les exigía tratar de escapar a la menor oportunidad. Muchos intentaron huir, y al final los oficiales siberianos, irritados, restringieron las visitas a dos por

semana, en grupos de seis y bajo la estricta vigilancia de un guardia armado.

Durante tres meses Paul practicó todos los días, en un piano desvencijado y desafinado que, según algunos, había adquirido para el hotel un guardia ruso comprensivo y que, según otros, llevaba mucho tiempo guardado en un gran armario sin que nadie lo tocara. Su objetivo era hacer arreglos para todas las composiciones que fuera capaz de recordar de memoria a fin de convertirlas en versiones que pudieran interpretarse con solo la mano izquierda. A finales de febrero escribió a su madre que se sentía «muy bien» y que, si se le permitiera quedarse en el hotel, no le faltarían razones para ser feliz. La señora Wittgenstein escribió a su hijo menor: «Parece que Paul está practicando con tenacidad. ¡Qué bendición para él!».[41] Hermine no estaba tan segura, pues temía que, si fracasaba como pianista, sería demoledor para él. «Tenías razón al suponer que ya se ha formado una opinión sobre su desgracia —informó a Ludwig— y, aun cuando temo que su único objetivo siga siendo convertirse en un virtuoso, me alegro de que no haya tenido que buscarse un ámbito de actividad completamente nuevo.»[42]

A principios de abril de 1915 Paul había adquirido tal confianza al piano que envió un mensaje a su madre, a través del cónsul Wadsted, vía Ministerio de Asuntos Exteriores danés y Otto Franz, para pedirle que preguntara a Josef Labor si querría componer un concierto para piano para la mano izquierda. Ludwig, que estaba destinado en Viena, había pasado dos días con Labor en su piso de la Kirchengasse, el 4 y 5 de enero, y ambos concibieron la idea de componer un concierto para piano para la mano izquierda (algo insólito en aquel momento), pues, cuando la señora Wittgenstein transmitió el mensaje de Paul a Labor, este dijo que llevaba algún tiempo trabajando en la obra.

La ceguera de Labor le impedía escribir su propia música, de manera que componía tocando en el piano, tanteando sobre el teclado y memorizando cada una de las partes para, a continuación, tocarlas ante un amanuense que las escribía de oído. En los primeros tiempos realizaba esta tarea su madre; luego, su hermana Josephine, pero en 1900 era una de sus alumnas más queridas, llamada Rosine Menzel, quien le ayudaba. A mediados de mayo la señora Wittgenstein encontró «al querido Labor absorto en su composición para Paul; es conmovedor ver con cuánto cariño y alegría acomete su trabajo».[43] La obra que había proyectado era un *Konzertstück*, o pieza breve similar a un concierto, en clave de re mayor, compuesta por una introducción, cinco variaciones sobre un tema original, un *intermezzo* y una *cadenza* de aire improvisado. Su objetivo era enviarle la música a Paul a Siberia en cuanto estuviera terminada, pero las circunstancias cambiaron y la partitura, que concluyó en junio de 1915, se quedó en Viena hasta el regreso de Paul.

A finales de marzo los rusos interceptaron una carta del cónsul Wadsted dirigida a la real embajada danesa en Petrogrado. Contenía quejas sobre el trato que recibían los prisioneros austro-húngaros en Omsk; quejas que Wadsted ya había expresado ante Alexei Plavsky, el comandante de los campos de prisioneros de Omsk. Plavsky, un general anciano y colérico, temiendo que la noticia del trato degradante e ilegal que se dispensaba a los prisioneros llamara la atención de una autoridad superior, tramó una conspiración contra Wadsted, a quien acusó de actuar de espía para los alemanes. Se hizo comparecer a testigos falsos. Un joven oficial austríaco, que estaba preso en el mismo hotel que Paul, fue condenado a muerte por connivencia. Se presionó a la embajada danesa en San Petersburgo para que cerrara su consulado en Omsk y retirara al cónsul Wadsted. Dio la casualidad de que el caso llegó a oídos de la princesa Cunigunde von Croy-

Dülmen, una aristócrata alemana de carácter tenaz, que trabajaba para la Cruz Roja como inspectora voluntaria de campos de prisioneros de guerra. Extralimitándose en sus competencias, la princesa contrató como defensor, con su propio dinero, a un famoso abogado ruso que consiguió desenmascarar la conspiración de Plavsky y que se conmutara la condena a muerte del oficial austríaco por dos meses de cárcel.

Por desgracia, nada de esto sucedió a tiempo de impedir que se trasladara a Paul y sus compañeros oficiales del pequeño hotel a un campo más seguro y bastante más desagradable situado en el centro de Omsk. Según las directrices rusas, los prisioneros de origen eslavo debían recibir un trato más indulgente que los de sangre germánica. Se esperaba que eso les animaría a cambiar de bando y combatir junto al ejército ruso contra las tropas de los Habsburgo. El proyecto original consistía en mantenerlos a todos en la Rusia europea con el fin de mandar lo antes posible al frente de Galitzia a aquellos que traicionaran a su ejército. Los prisioneros de guerra alemanes y austríacos —o *germanskis* como los llamaban los rusos— debían ser enviados a Siberia y provincias aún más orientales. Sin embargo, debido al gran número de cautivos y a la incompetencia y corrupción del sistema ruso, miles de prisioneros eslavos acabaron en Siberia con los *germanskis*. Durante la conspiración contra Wadsted se había acusado al general Moritz, gobernador militar, de colaborar con el consulado danés para trasladar a los oficiales austríacos y alemanes a los mejores lugares de reclusión, mientras los eslavos (contraviniendo las directrices oficiales) se hacinaban en las cárceles más crueles y lesivas. Temiendo que su apellido alemán y sus vínculos amistosos con el consulado de Wadsted lo convirtieran en sospechoso ante las autoridades rusas, Moritz ordenó a toda prisa que se trasladara a todos los *germanskis* recluidos en hoteles y viviendas particulares a campos de prisioneros más severos para que los

prisioneros de guerra de origen eslavo ocuparan su lugar. Fue un duro golpe para Paul y los demás oficiales de Nomera Stepanovskaya.

El sepulcro de los vivos de la Krepost

Lo que Paul no podía saber era que ese traslado desde el hotel al centro de Omsk seguramente se habría producido aun sin la intervención del general Moritz a favor de los eslavos, pues al mismo tiempo la población de Omsk asediaba al general Plavsky para que aquellos prisioneros de guerra lisiados desaparecieran de las calles de la ciudad. Ver a diario *germanskis* cojos, mancos, sin orejas y sin nariz minaba la moral de los lugareños. Por este motivo Paul, junto con otros ochocientos mutilados, acabó en la prisión de la ciudad, para quedar fuera de la vista de las sensibles gentes de Omsk.

La Krepost (en ruso, «fortaleza») es famosa aún en nuestros días por haber sido la mazmorra donde acabó el exiliado Fiodor Dostoievski a mediados del siglo XIX, y posteriormente sirvió de escenario de su novela, traducida de diverso modo con el título de *El sepulcro de los vivos* o *Recuerdos de la casa de los muertos*. En esencia había cambiado poco desde los tiempos de Dostoievski. Los prisioneros de guerra de 1914 la llamaban «la gran ratonera»; un lugar horrendo. Construida en el siglo XVIII como barracones militares, quedaban pocos indicios de su estructura original, pues cuando Paul llegó allí se componía de varias cabañas bajas de madera y ladrillo y un patio de ejercicios, rodeado todo ello de una empalizada de madera de seis metros y medio de altura con seis torres de vigilancia para los centinelas armados. Cada cabaña tenía una única sala

estrecha, con goteras y sin calefacción que albergaba a setenta prisioneros, sin ningún otro espacio al que pudieran acudir. La enfermera Brändström, que supervisó la Krepost mientras Paul estuvo allí, informó a la Cruz Roja de Ginebra de que, «mientras pasan las semanas y los meses, hombres con la mayor cultura, y atormentados por la nostalgia de su hogar, reciben el mismo trato que los peores criminales rusos de hace setenta años». Escribió también que «la opinión generalizada [es] que la Krepost de Omsk no tiene igual ni siquiera en Siberia».[44] En sus memorias —publicadas en Berlín en la primavera de 1918— el oficial alemán Julius Meier-Graefe la describía como «una choza de estiércol, un agujero de hielo, un lugar para contraer el tifus y otras enfermedades, un establecimiento para los piojos. La Krepost es lo más extremo, una vileza, una deshonra para Rusia».[45]

Para que un campo de prisioneros de guerra ruso fuera al menos mínimamente soportable, la amabilidad y la competencia debían contarse entre las cualidades del comandante de la prisión (o *nachalnik*) y su ayudante (*praporshchik*). Eso sucedía de vez en cuando, pero nunca en la Krepost. Aquí el comandante, consciente de su inferioridad social con respecto a los cultos presos que tenía a su cargo, dictaba órdenes absurdas y sádicas con el único fin de reafirmar su poder sobre ellos. Se dirigía a ellos llamándolos «cerdos alemanes», mandaba a sus hombres que los desnudaran y azotaran delante de él, que los registraran continuamente, que los fustigaran con el knut cosaco por la menor falta y que les privaran de lo más básico. Un oficial refirió a un inspector de la Cruz Roja que había permanecido treinta días encerrado en una celda sin luz ni calefacción por haber dicho en broma que en Alemania habría que construir para los prisioneros rusos un lugar tan desagradable como la Krepost. A otro lo azotaron y castigaron con tres meses de aislamiento por haber hecho un dibujo de la cárcel en llamas. En la época que llegó Paul, se confiscaban

todos los instrumentos musicales y los prisioneros tenían prohibido cantar o silbar. «Pura maldad», decía Paul. Maldecía para sí al gobernador y ocupaba el tiempo enseñando francés a sus compañeros de cautiverio.

Con sus más de mil reclusos, la Krepost, construida originalmente para albergar a trescientos delincuentes, estaba más que abarrotada. Quienes no encontraban lugar en las duras literas tenían que dormir sobre el suelo asfaltado. Las literas estaban tan juntas que el estrecho pasillo que dejaban apenas tenía la suficiente anchura para que pasara una persona. No había ningún lugar en el que sentarse ni muebles sobre los que poner las cosas. Los prisioneros debían comer tumbados o encaramados en los peldaños de las escaleras de las literas. La comida era asquerosa, pues, aunque la cocinaban los propios prisioneros, los guardias vendían para lucrarse la ración de carne diaria a que tenían derecho los oficiales y la sustituían por pescuezos, cabeza, oreja o pezuña hervidas. Hasta el té se preparaba con agua que, por orden de algún demente comandante de la Krepost, los prisioneros debían sacar con cubos del mismo lugar donde se vertían al río las aguas residuales de toda la ciudad. Los prisioneros tenían que cavar agujeros en el suelo a modo de retrete. Aquellos con una o las dos piernas amputadas necesitaban la ayuda de sus camaradas para utilizarlos y, cuando una comisión de prisioneros solicitó autorización para construir un asiento con una caja de madera, su petición fue denegada con sadismo.

En medio de aquella degradación, presas de la nostalgia del hogar y de la desesperación, algunos de los oficiales mutilados de la Krepost se aferraban a una remota esperanza. Paul era uno de ellos. Se había enterado de la iniciativa del papa Benedicto XV, que intentaba que los líderes de las naciones beligerantes llegaran a algún acuerdo sobre el canje de prisioneros gravemente heridos y discapacitados. Al principio se vislumbró la posibilidad de que algunos prisioneros estuvieran en casa incluso antes de

Navidad, pero las negociaciones se alargaron y durante meses no hubo más noticias al respecto.

Paul sabía que podía ser uno de los posibles candidatos para el intercambio desde al menos dos meses antes de que lo trasladaran a la Krepost. Como en Viena no sabían nada de él desde el 3 de enero, su madre se había puesto en contacto con su sobrino. El cónsul Wadsted telegrafió a Franz a vuelta de correo: «BUENAS NOTICIAS. NOMBRE APARECE EN UNA RELACIÓN PRELIMINAR DE CANJE DE PRISIONEROS. PRÓXIMA RESOLUCIÓN DEFINITIVA. BUENA SUERTE».[46] La señora Wittgenstein escribió de inmediato a Ludwig: «¡Ya imaginarás lo contenta que estoy! Aun cuando hará falta mucha más paciencia, dado que el asunto se ha puesto en marcha hay motivos para confiar en que volvamos a ver a Paul en un futuro próximo».[47]

Cuando pasaron los meses sin que el Vaticano efectuara ninguna declaración sobre el intercambio de prisioneros, la paciencia de la señora Wittgenstein empezó a flaquear. A finales de mayo decía: «He recibido buenas noticias de Paul en lo que a su salud se refiere, pero ni una palabra sobre el intercambio. ¡Es desesperante!».[48] Cuando se enteró de que lo habían conducido a presencia del comandante de la prisión y se había ordenado su aislamiento durante un mes, se puso fuera de sí. Se desconocen cuáles fueron los motivos de la medida disciplinaria, aunque es posible que Paul fuera uno de los once oficiales castigados en aquel momento por no informar de una tentativa de fuga. Cualquiera que fuese la razón, Paul, sin piano, nuevo en la Krepost y desanimado, se lo tomó muy mal. Hermine explicó a Ludwig:

> Como es lógico, mamá está preocupadísima, y es una suerte que Paul haga referencia a la amabilidad del cónsul danés, a quien atribuye un trato preferencial, y haga una serie de comentarios desenfadados, lo cual suaviza al menos la pésima impresión general.[49]

Otro motivo de inquietud era el tono de las cartas que Paul dirigía a casa, en las que empezó a verter comentarios subversivos, que la señora Wittgenstein temía le causaran más problemas con las autoridades de la prisión. En una de ellas, que por un golpe de suerte al parecer escapó a la atención de los censores rusos, escribió que su única preocupación era que la guerra se saldara con la victoria austríaca y que de buena gana donaría él un millón de coronas de oro para el mantenimiento de las tropas austríacas.

Lo que Paul no mencionaba en las cartas que dirigía a casa, pues sabía que angustiaría mucho a su madre, era que se había declarado una epidemia de tifus exantémico entre los prisioneros. La enfermedad, que mataba indiscriminadamente, se cernió sobre la Krepost como un horror indescriptible. La transmitían los piojos a los que Paul se creía inmune. Tras los primeros síntomas (fiebre alta con fuertes dolores musculares y articulares) aparecen erupciones de un rojo oscuro que se extienden rápidamente desde las nalgas y los hombros por todo el cuerpo. En la segunda semana, la persona infectada sufre pérdida del control intestinal y empieza a delirar. Al cabo de pocos días lo más probable es que esté muerta. En la Semana Santa de 1915, cuando la epidemia se hallaba en el momento de máxima virulencia, todos los días salían de la Krepost en dirección al hospital entre veinte y treinta hombres. Ninguno regresaba. Los dos hospitales de Omsk no podían hacer frente a la afluencia diaria de pacientes llegados de los campos de prisioneros de la región, pues los médicos, las enfermeras y hasta los mismos ayudantes empezaban a ser víctimas de la enfermedad. En el diario de Hans Weiland, un oficial austríaco retenido en Krasnoyarsk, se menciona un episodio especialmente conmovedor:

> Los hombres yacen tendidos uno al lado de otro, muy juntos, en hileras de literas escalonadas. El aire, un hedor asqueroso y casi dulce, es tan denso que se podría cortar. Del techo gotea agua

continuamente […] A última hora de la noche, se presenta ante mí un guardia con una orden del comandante del campo: la compañía debe proporcionar de inmediato cinco ayudantes para el hospital del tifus; los demás ayudantes están enfermos o muertos […] Se hace el silencio de repente; todos se lo están pensando; todos vacilan. Esta misión es el camino a la muerte, un adiós premeditado a la familia, la esposa, los hijos, la vida. Nadie se ofrece voluntario. Repito la petición y expongo la necesidad de cumplir con esta obligación. El ambiente brumoso impide ver a través de la sala; apenas se distingue el rostro del hombre de al lado. En el silencio casi se puede oír el sonido de la respiración y el pulso. Un joven de la zona de los Sudetes grita desde su litera: «Iré yo; tiene que ser así». Se cuadra ante mí y dice en voz baja que su madre es anciana, pero que si él tiene que morir, entonces seguramente su hermano regresará de la guerra y cuidará de ella. Otros cuatro hombres siguen sus pasos sin decir apenas una palabra. Acudirán al hospital, se harán cargo de las obligaciones de la enfermería, enfermarán y los cinco morirán. ¡Héroes![50]

Una oportunidad de salir

En el verano de 1915, tras varios meses de penosas e interminables negociaciones, se acordó por fin el canje y el primer grupo de prisioneros enfermos y heridos partió de Rusia, pero Paul Wittgenstein, cuyo nombre figuraba en la lista desde el mes de enero, no se contaba entre ellos. Su madre le enviaba mucho dinero por correo y los rusos, que lo interceptaban y se lo robaban, no deseaban perder esos ingresos. Entretanto, dos compañeros de Paul en la Krepost que habían conseguido salir de Omsk gracias al canje de prisioneros visitaron a la señora Wittgenstein en Viena. Uno de ellos, el capitán Karl von Liel, había resultado herido en septiembre de 1914 y, mientras yacía en el suelo sin poder moverse, fue mutilado por el enemigo. Le cortaron dos dedos de la mano derecha y cuatro de la izquierda. «Este sorprendente individuo —contó Leopoldine a Ludwig— se muestra muy animado pese a haber tenido que sufrir todo tipo de operaciones imaginables aquí para colocarle las prótesis.»[51] El capitán

Von Liel explicó a la señora Wittgenstein que, la última vez que lo vio, Paul tenía buen aspecto, estaba sano y alegre, sabía el suficiente ruso para traducir los periódicos a quienes no habían hecho tantos progresos y enseñaba francés a un antiguo compañero de escuela, unas clases que tanto el maestro como el alumno se tomaban muy en serio. La señora Wittgenstein escribió:

> Me alegró sobremanera que los dos oficiales canjeados hablaran de Paul con tanto respeto y cariño y elogiaran su amabilidad, honestidad e idealismo. El capitán Von Liel le preguntó a Paul si no preferiría que la guerra no hubiera estallado y que todavía tuviera su brazo, pero Paul dijo que prefería que las cosas estuvieran como estaban. ¡Es magnífico![52]

Cuando el teniente Gürtler, un segundo oficial salido de Omsk, habló a la señora Wittgenstein del dinero y le explicó por qué no canjeaban a Paul, ella se dijo: «Si en verdad eso supone un obstáculo para la liberación de Paul, seguro que se podría llegar a un acuerdo».[53] Si en efecto lo consiguió, el proceso llevó sin duda algún tiempo, ya que a principios de octubre le informaron de que no estaba previsto canjear a Paul, sino que se le trasladaba desde Omsk a algún otro campo de prisioneros más al sur. «Quizá debamos estar agradecidos por ello —escribió a Ludwig—, pero, mientras todavía alberguemos esperanzas de que se le incluya de forma inminente para un intercambio, ¡supone una decepción terrible!»[54]

No fue hasta finales de mes cuando recibió de Otto Franz un telegrama portador de la buena noticia de que se había ordenado que Paul y otros seis oficiales inválidos comparecieran ante un comité de Moscú para un reconocimiento médico. «¡Eso representa al menos un rayo de esperanza!», escribió.[55] Como es lógico, todavía quedaba mucho margen para el pesimismo, y Hermine lo sentía en grado sumo: «¿Que si canjearán a Paul?

En realidad, tengo pocas esperanzas y la perspectiva de la decepción de mamá me parece espantosa».[56]

La comparecencia ante los comités médicos a los que se enviaba a los prisioneros que tenían alguna posibilidad de ser canjeados era degradante. Los inválidos llegaban llenos de optimismo tras haber recorrido miles de kilómetros desde los campos de concentración del este, solo para que se les informara de que no estaban lo bastante enfermos para un intercambio y que debían regresar a las cárceles de las que procedían. En Kazán los médicos de la prisión debían responder de los gastos del viaje de retorno de un inválido, de modo que, como es lógico, se mostraban reacios a recomendar el intercambio de nadie. Los prisioneros que llegaban a Moscú o Petrogrado quedaban a merced de soldados de enfermería al mando y sin escrúpulos que imponían un régimen de terror. En Lazaret 108, en Petrogrado, el Ángel de Siberia había informado de lo siguiente:

> Vendían la comida de sus pacientes. Los prisioneros que todavía llevaban anillo de matrimonio, reloj y cosas así tenían que dejarlos. Quienes se negaban, y por consiguiente caían en desgracia, eran retenidos como castigo por la comisión médica que, de vez en cuando, llevaba a cabo el examen definitivo. De esta forma, los hombres podían llegar a permanecer hasta diez meses en el hospital, mientras los trenes de prisioneros canjeados partían con la mitad o un tercio de su capacidad total.[57]

Tan pronto como Paul llegó a Moscú, los médicos que lo examinaron confirmaron que era «un prisionero de guerra gravemente herido o inválido cuya incapacidad le impedía de forma permanente desempeñar ningún servicio militar». Respondió a las preguntas de los interrogadores militares y se le advirtió de que, si en algún momento volvía a unirse a las filas del ejército austro-húngaro y los rusos lo capturaban de nuevo en una acción de combate, se le ejecutaría de forma sumarísima.

La señora Wittgenstein se puso muy nerviosa al saber que Paul había

comparecido ante el tribunal de intercambio de presos, y así estuvo quince días, durante los cuales las piernas le dolieron más que nunca. Por otro lado, Rosalie Hermann, su inseparable compañera y antigua criada, había empezado a toser de forma preocupante. Leopoldine esperó y esperó hasta que por fin llegaron a Viena noticias de su hijo cautivo. Los detalles de su reacción se conservan en una carta que envió a Ludwig:

> Mi querido y buen Ludwig:
>
> Imagínate: el día 9, a primera hora, después de no saber nada de Paul desde hacía mucho tiempo salvo que estaba en Moscú para el examen médico, leímos que formaba parte del grupo que se iba a canjear y que el día 8 había llegado al puesto fronterizo de Haparanda, entre Suecia y Finlandia. La tarde del día 9 recibimos un telegrama de Paul desde Ljusdal, en Suecia. Ayer nos enteramos de que el grupo había atravesado Sassnitz y hoy Paul ya está en Litomerice. Hoy he recibido noticias de los Stradel y los Wolfram, que acudieron a la estación a medianoche para recibirlo y me aseguran que tiene un aspecto espléndido, que está muy bien y que tiene el mejor de los ánimos. Paul ha de pasar ahora un período de cuarentena en Litomerice. Si este se prolonga mucho tiempo, creo que Hermine irá allí a verlo. Si tú, mi querido y buen Ludwig, pudieras volver, sería una bendición para mí. Tendré que arreglármelas sin el pobre marginado de Kurt, pero, por lo que a ti respecta, espero gozar de la suerte suficiente para tenerte aquí en un futuro muy próximo. Aparte de unos cuantos catarros y de mi tobillo, gozamos de buena salud.
>
> Con el abrazo más cariñoso de tu madre.[58]

Reencuentro familiar

Ninguno de los dos hermanos varones de Paul estaba en Viena el 21 de noviembre de 1915 para darle la bienvenida cuando regresó de su cautiverio. Kurt todavía se consumía en Nueva York y Ludwig cumplía servicio activo como ingeniero en un taller de artillería, en la estación ferroviaria de Sokal, una ciudad ucraniana situada unos ochenta kilómetros

al este de Zamosc. La señora Wittgenstein tenía hinchadas las venas de las piernas y le dolían demasiado para un viaje de ida y vuelta de unos seiscientos cincuenta kilómetros desde Viena hasta Litomerice, donde Paul permaneció diez días en cuarentena, de modo que Hermine viajó sola. Durante el trayecto temió no reconocer a su hermano cuando lo viera, pues esperaba encontrar a un hombre deprimido, demacrado y de algún modo deteriorado, pero se sintió aliviada y sorprendida al ver su buen ánimo, y de inmediato escribió a su madre y hermanos: «Paul tiene el mismo aspecto y carácter de siempre (aparte del brazo, claro está). Verlo de nuevo no fue muy distinto de lo que habría sido si se hubiera marchado a hacer un largo viaje, y estuvimos contándonos las últimas novedades y no podíamos dejar de hablar».[59]

Meier-Graefe escribió que la Krepost marcaba a un hombre de por vida, y aunque la terrible experiencia siberiana había cambiado a Paul, durante un tiempo consiguió ocultar a su familia lo peor del suplicio que había vivido. La señora Wittgenstein escribió lo siguiente acerca de su reencuentro: «Me alegró mucho ver la serenidad y compostura de Paul […] Tiene un aspecto excelente, está muy alegre y no ha perdido en absoluto las ganas de bromear».[60] Hermine explicó que «habla de su desgracia de un modo realista. Nunca tenemos la sensación de que hayamos de medir lo que decimos por miedo a que algo pueda herirle, y eso hace que resulte muy fácil».[61]

Sin embargo, pese a la serenidad que mostraba, Paul sufría graves molestias físicas. Los médicos de Krasnystaw habían llevado a cabo su tarea de forma imperfecta y, angustiados por los movimientos de las tropas rusas, no habían cortado colgajos de piel lo bastante grandes para cubrir debidamente el hueso descubierto del brazo. En consecuencia, la cicatriz del muñón estaba demasiado tirante y había empezado a adherirse al hueso.

Las terminaciones nerviosas, atrapadas entre el hueso y la piel eran muy sensibles. A su regreso a Viena, Paul acudió de inmediato al doctor Von Eiselsberg, quien lo operó en el primer piso de un desvencijado edificio del siglo XVIII próximo a la Ringstrasse. Entre su personal había ocho voluntarios no remunerados, uno de los cuales se había unido al grupo hacía poco: Jerome Stonborough, el cuñado estadounidense, calvo y voluble de Paul.

La intervención no fue tan sencilla como Jerome había explicado a su suegra ni consistía, como había afirmado, en la simple eliminación de un bulto. El cirujano tuvo que reabrir la herida, eliminar del extremo del hueso parte de la gruesa membrana conocida como periostio, y limar con una legra unos dos centímetros de médula ósea. Solo entonces cosió la herida de tal modo que el tejido blando del muñón tuviera cierta libertad de movimiento sobre el extremo del hueso. Durante las dos semanas posteriores a la intervención Paul, además de sufrir fuertes dolores, perdió el apetito y no pudo dormir. Los médicos lo atribuyeron a los efectos de la anestesia, pero igualmente podrían haber sido síntomas de una depresión. Su intención era colocarse una prótesis de brazo tan pronto como el muñón se curara, pero jamás lo hizo; por el contrario, durante el resto de su vida llevó la manga vacía de la chaqueta metida en el bolsillo derecho.

En cuanto se sintió lo bastante fuerte para retornar a la vida activa, lo hizo con vibrante energía. Todas las mañanas caminaba por el bosque de Baumgarten y los empinados jardines de la finca de los Wittgenstein en Neuwaldegg. Se ejercitaba con la mano izquierda anudando corbatas y atando zapatos, abrochando y desabrochando botones, cortando carne, pelando manzanas, nadando, montando a caballo, escribiendo y leyendo. Estudió los libros de autoayuda que se publicaron para atender las necesidades de los miles de amputados que regresaban del frente cada mes

y estableció un procedimiento con Franz, su ordenanza. Por las tardes practicaba largas horas al piano, empezó a preparar (como prometió que haría en la carta que envió desde la Krepost) su donativo de un millón de coronas a las tropas austríacas e hizo las gestiones necesarias (pese a la amenaza de ejecución que había recibido del tribunal de Moscú) para reengancharse en el ejército y regresar de nuevo de uniforme al caos del frente oriental.

Una transformación

Ludwig no obtuvo permiso para unirse a su familia en la Navidad de 1915. Tras haber ascendido recientemente a *Militärbeamter* (oficial del ejército), se quedó en Sokal y cantó «Noche de paz» en el comedor de oficiales. En julio se le había concedido un permiso de tres semanas (por haber sufrido una fuerte conmoción, pero sin heridas de gravedad) después de que saltara por los aires en el taller a consecuencia de un accidente. Hasta entonces nunca había sido destinado al frente, pero ansiaba tener esa experiencia y sorprendió a sus superiores con peticiones de intervenir en acciones peligrosas. Mientras servía como operador de reflector a bordo del barco fluvial *Goplana* había participado en lo que podría describirse más o menos como una «escaramuza». Seis semanas después del estallido de la guerra, tripulación y él la se habían visto obligados a abandonar el barco y huir de un repentino avance ruso. «No tengo miedo a que me maten de un tiro —escribió—, pero sí a no cumplir correctamente con mi deber. ¡Que Dios me dé fuerzas! Amén. Amén. Amén.»[62] El enemigo seguía avanzando.

Ludwig y sus camaradas (hombres a los que anteriormente había descrito como «una banda de cochinos ¡[…] increíbles su grosería, su estupidez y su maldad!»)[63] se vieron obligados a retroceder durante treinta horas en las que no pudieron dormir. «He asistido a escenas terribles —escribió—. […] Me siento muy débil y no veo ninguna esperanza externa. Si me llega ahora el final, ojalá que tenga una buena muerte, sin desmerecer de mí mismo. Ojalá que no me pierda nunca a mí mismo.»[64] Dos días después añadió: «Estamos a dos pasos del enemigo […] Ahora se me presentaría la ocasión de ser una persona decente, pues me enfrento cara a cara con la muerte. ¡Que el espíritu me ilumine!».[65]

En sus memorias Meier-Graefe recordaba haber dicho a un guardia ruso que iban a trasladarlo a Siberia. El guardia lo miró con compasión y, estremeciéndose, le dijo: «En Siberia todos los hombres buscan a Dios».[66] Por lo que se refería a Paul, no había necesidad de postular la existencia de ninguna deidad, y él tampoco la encontró ni se propuso buscarla en Siberia. Aunque educado en la fe católica, sus ideas acerca de la religión seguían a grandes rasgos las de su ídolo, Arthur Schopenhauer, de cuyos escritos filosóficos era capaz de citar de memoria largos fragmentos. «La religión es la obra maestra del arte del adiestramiento animal, pues domestica a las personas enseñándoles lo que deben pensar.»[67] Paul jamás abandonó esta postura.

Por su parte Ludwig, un lógico y filósofo del lenguaje, que había trabado amistad con los ateos Bertrand Russell y George Moore, era un alma perdida, que durante los primeros meses de la guerra tal vez no buscara conscientemente a Dios, a pesar de lo cual lo encontró en una pequeña librería de la ciudad barroca de Tarnow, unos cuarenta kilómetros al este de Cracovia. Fue allí donde adquirió un libro por la sencilla razón de que era el único que había en la tienda, y consideró que eso, en sí mismo, era una

señal. Se trataba de una traducción alemana de *El Evangelio abreviado*, de León Tolstói, una nueva redacción de los cuatro evangelios del Nuevo Testamento, en la que se excluían todas aquellas partes del original que Tolstói no aprobaba: los fragmentos sobre el nacimiento y la genealogía de Jesús, sus milagros (caminar sobre las aguas, convertir agua en vino, resucitar a los muertos, etcétera), la maldición de la higuera, su cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento y su resurrección. La obra causó una honda impresión en Ludwig, que la devoró con fervor y la llevaba consigo allá adonde iba. «Este libro prácticamente me mantuvo vivo»,[68] explicaría a un amigo más adelante. Sus camaradas se fijaron en esta excentricidad y lo apodaron *der mit dem Evangelium*, «el hombre del Evangelio».

La visión de Tolstói (si es que el término es adecuado) era en líneas generales antieclesiástica. Creía que Cristo predicó un mensaje que la exégesis había corrompido y que el cristianismo (es decir, la versión que él tenía del mismo) no era ni «una revelación exclusivamente divina, ni un fenómeno histórico, sino […] una enseñanza que da sentido a la vida».[69] El mensaje era simple: el hombre tiene un origen divino, «la voluntad del Padre», que es la fuente de toda la vida humana. A ella debe servir. Hacerlo evita toda necesidad de satisfacer los deseos propios y es un proceso que «entrega vida». Por lo tanto, un verdadero cristiano debe imitar la conducta de Jesús, renunciar a la satisfacción física, dar una lección de humildad y acercarse más al espíritu. Eso es precisamente lo que Ludwig trataba de hacer, pero no siempre conseguía. En su diario escribió:

> De vez en cuando me convierto en un animal. Entonces no puedo pensar en nada que no sea comer, beber y dormir. ¡Terrible! Y entonces también sufro como un animal, sin la posibilidad de una salvación interior. Y estoy entonces a merced de mis apetitos y aversiones. En esos momentos resulta impensable una vida auténtica.[70]

En el prólogo de su breve tratado filosófico, *Tractatus logicophilosophicus*, Ludwig reconocía que algunas de sus ideas podían estar tomadas de otros autores, y añadía: «Me es indiferente si lo que he pensado ha sido o no pensado antes por otro».[71] Hay muchas semejanzas entre esta obra y *El Evangelio abreviado* de Tolstói. Ambos libros están estructurados en seis partes (aunque Ludwig añadió al *Tractatus* una séptima parte compuesta por una única y, en la actualidad, famosa proclamación: «De lo que no se puede hablar hay que callar»)[72] y se presentan como una serie de aforismos numerados. Veamos estos de Tolstói:

1.1. El entendimiento de la vida se ha convertido en fundamento y principio de todo.
1.2. El entendimiento de la vida es Dios.
1.3. Todo lo que vive vino a la vida por el entendimiento. Y sin él no puede haber nada vivo.
1.4. El entendimiento da la verdadera vida.
1.5. El entendimiento es la luz de la verdad.[73]

Y estos otros de la primera página del *Tractatus* de Ludwig:

1. El mundo es todo lo que es el caso.
1.1. El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas.
1.11. El mundo viene determinado por los hechos, y por ser estos todos los hechos.
1.12. Porque la totalidad de los hechos determina lo que es el caso y también todo cuanto no es el caso.
1.13. Los hechos en el espacio lógico son el mundo.[74]

Estos textos comparten la idea de que la vida eterna pertenece únicamente al presente. Tolstói lo expresa así:

7. La vida temporal, carnal, es el alimento de la verdadera vida.
8. Y por eso la verdadera vida no está en el tiempo, sino en el presente.
9. El engaño de la vida está en el tiempo: la vida pasada y futura oculta a los hombres la verdadera vida, la auténtica.[75]

El *Tractatus* de Ludwig expone la misma idea, pero tal vez de un modo un tanto más sucinto:

6.4311 […] Si por eternidad se entiende no una duración temporal infinita, sino intemporalidad, entonces vive eternamente quien vive en el presente. Nuestra vida es tan infinita como ilimitado es nuestro campo visual.[76]

La familia de Ludwig estaba alarmada, desconcertada y abochornada por su repentina conversión. Hermine, Gretl y Paul leyeron *El Evangelio abreviado* de Tolstói con la intención de comprenderle mejor. Hermine, que a menudo se sentía abrumada por el intelecto de Ludwig y se esforzaba por estar a su altura, leyó también algunos otros libros de Tolstói. Gretl estudió la popularísima *Vida de Jesús* de Renan para ver si era compatible con Tolstói. Paul se mostró burlón, polemista y no del todo comprensivo. «Aunque alguna vez diera la casualidad de que a Paul le gustara el mismo libro que a Ludwig, buscaría y encontraría en él algo esencialmente distinto», comentó Gretl a Hermine.[77] De todos los hermanos de Ludwig, fue ella quien más cerca estuvo de comprender la nueva espiritualidad de Ludwig, pero el cristianismo tolstoiano no era una religión en el sentido de una fe compartida. Lo que *El Evangelio abreviado* ofreció a Ludwig, en aquel momento un joven paralizado por los impulsos contradictorios del narcisismo y el autodesprecio, fue la oportunidad, perseguida durante largo tiempo, de una radical autosuperación, un concienzudo lavado de las partes de su personalidad que le resultaban más desagradables y la ocasión de

elevarse a sí mismo y transformarse, de mero mortal, en un ser humano perfecto, similar a Jesús y parecido a un profeta. «Hay dos divinidades: el mundo y mi yo independiente —escribió Ludwig en su diario en julio de 1916—. […] Para la vida en el presente no hay muerte.»[78] Según el doctor Max Bieler, un oficial que sirvió con Ludwig en Sokal durante el otoño de 1915, «Ludwig tenía todas las características de un profeta».[79]

Cuando después de la guerra Ludwig publicó *Tractatus*, frustró las esperanzas del reducido círculo que había acabado por admirar sus ideas sobre la lógica, y a muchos de ellos, como Bertrand Russell, les pareció que «el impulso hacia lo místico» de aquella obra era incomprensible y bastante deprimente, como si no fuera un tratado filosófico sino una especie de impenetrable Evangelio según Ludwig:

> 6.521 La solución del problema de la vida se nota en la desaparición de ese problema. (¿No es esta la razón por la que las personas que tras largas dudas llegaron a ver claro el sentido de la vida, no pudieran decir, entonces, en qué consistía tal sentido?)[80]

Los problemas de Gretl

Cuando estalló la guerra, los Stonborough confiaban en poder regresar a Inglaterra. En virtud de su matrimonio con Jerome, Gretl se había convertido en ciudadana estadounidense pero, como Wittgenstein que era, su fuerte sentido patriótico la animaba a cumplir con su deber hacia Austria. Con independencia de cuál fuese el apoyo que pudiera brindar a su país, quería que fuera a lo grande y, con su buen corazón, su ingenuidad y su

inmensa fortuna, no deseaba tan solo echar una mano, sino contribuir en mayor medida a que Austria ganara la guerra. Quería sentirse comprometida «con todas mis fuerzas. Hacer lo máximo, tanto física como mentalmente»,[81] razón por la cual no se sentía en absoluto satisfecha con el trabajo voluntario que había asumido: organizar comidas para entre ochenta y un centenar de hombres al día en un pequeño hospital de Ischl.

> Esta guerra me afecta tanto como a ti [escribió a Hermine]; no voy a poder hacer nada, absolutamente nada. Pero daría cualquier cosa por contribuir de algún modo en esta campaña. Me parece espantoso que pueda haber vivido algo semejante y, sin embargo, no lo haya vivido de verdad.[82]

Gretl abandonó el hospital cuando un paciente le contagió una infección y el médico le aconsejó que no regresara. Ahora podía dedicar su mente a labores más nobles, pero primero tenía que lidiar con el peso muerto de un matrimonio que no funcionaba. El problema de Gretl residía en que era una persona irritante. Sus opiniones, su forma de expresarse y su manera de vestir solían sacar de quicio a todos: a su madre, a Ludwig, a Paul y, sobre todo, a su marido, Jerome. Hermine, que reconocía que en ocasiones había tenido ganas de darle una bofetada, era sin embargo su aliada más incondicional y recordaba continuamente a los demás su «grandeza interior».

> Apenas puedo expresar cuánto quiero y admiro a Gretl [escribió a Ludwig]. ¿Por qué, entonces, posee ella esos rasgos que dan pie a que se la censure con mayor rigor que a muchas otras personas que en asuntos importantes no actúan tan correcta y generosamente como ella? Eso me duele sobremanera.[83]

Con todo, no se puede atribuir toda la responsabilidad de los problemas de su matrimonio a la forma de ser de Gretl ni a su actitud reservada en

materia sexual, pues Jerome (taciturno, irritable, paranoico y propenso a sufrir delirios de grandeza) era un marido imposible. A principios de 1916 pasaba una época particularmente mala, ya que vivía aterrorizado y obsesionado con la idea de que Estados Unidos planeaba sumarse a la guerra contra los austríacos. Apenas hablaba ni pensaba en nada más. Desaparecía durante varios días y cuando regresaba, a veces en mitad de la noche, estaba tembloroso, con la mirada perdida, callado e inmóvil, o estallaba de repente en accesos de furia agresiva. Su conducta ponía a prueba los nervios de Gretl. Sin saber cómo actuar al respecto, trató de racionalizar el problema viendo a su marido como una personalidad escindida que tenía una «vida interior» que «en otro tiempo era nítida y hoy está confusa» y una «vida exterior» que «ha dejado de existir entre las cosas (como solía ser) y ahora se centra en las personas».[84] Estas crípticas aseveraciones sirvieron de poco para mejorar la situación, y tampoco ayudó demasiado el hecho de que en octubre de 1915 se marcharan de Gmunden para vivir en un elegante apartamento alquilado en el *palais* Erdödy de la Krugerstrasse. Gretl, por supuesto, podía presentar una demanda de divorcio, pero, cada vez que se planteaba la idea, Jerome amenazaba con llevarse a los niños, Thomas y Ji, a Estados Unidos. ¿Qué le pasaba a Jerome? Al principio su esposa trató de averiguarlo por su cuenta leyendo libros de psicología y psiquiatría. No sacó nada en claro y, muchos años después, la convencieron de que lo enviara al famoso neurólogo Julius Wagner-Jauregg, que hacía poco había recibido el Premio Nobel por un polémico tratamiento (inyectar tuberculina y parásitos de la malaria a pacientes psicóticos) que se revelaba eficaz en casos de *dementia paralytica* provocada por la sífilis. Se desconoce si Jerome padecía sífilis, pero su comportamiento imprevisible y su paranoia psicótica eran síntomas clásicos de esta enfermedad. Pierre Stonborough (su nieto) niega categóricamente

esa posibilidad, pero no se ha aportado ninguna otra explicación para la psicosis de Jerome. Comoquiera que fuese, Wagner-Jauregg no tuvo éxito y el trastorno que sufría Jerome continuó, de manera intermitente, hasta el día de su muerte.

El debut de Paul con una sola mano

En los primeros meses de 1916 todos los miembros de la familia Wittgenstein padecían algún problema de salud. La señora Wittgenstein tenía todavía un «espantoso dolor en las piernas». Se había operado y tuvo que utilizar una silla de ruedas durante las semanas que duró su recuperación. Además estaba preocupada por su vista y por el rápido avance de lo que al parecer era una forma de degeneración macular (pérdida de visión central) que al final la dejaría ciega. Helene estaba en cama con retortijones «y otras molestias relacionadas», Gretl estaba preocupada por sus palpitaciones, Ludwig estaba perdiendo el juicio en el frente oriental y Hermine, Jerome y Paul tenían problemas con los dedos. Dio la casualidad de que tanto a Hermine como a Jerome se les infectó e inflamó un dedo de la mano derecha, de manera que hubo que relevarles de sus obligaciones en el hospital donde trabajaban como voluntarios. Paul había resbalado en el cuarto de baño y al apoyar mal la mano se había roto un dedo. Fue un duro revés. Durante casi un mes no pudo tocar el piano, y nada deseaba tanto como tocar por primera vez la pieza que Labor había compuesto para él. Labor también se sentía decepcionado, pues hasta el 11 de marzo (dos meses y medio después del accidente) «Paul, mi apóstol», no pudo

interpretar la obra en un concierto privado que tuvo lugar en la *Musiksaal* del *palais* de los Wittgenstein. Un joven alumno de Leschetizky tocó la parte orquestal en un segundo piano, pero el gran pedagogo polaco no asistió, ya que había muerto cuatro meses antes, mientras Paul estaba en cuarentena en el hospital de Litomerice. El concierto fue un gran éxito. Paul tocó de maravilla y, para deleite indisimulado de Labor, el público solicitó la repetición de la pieza.

El 28 de octubre Paul interpretó otra obra de Labor, un cuarteto, con arreglos de Rosine Menzel, acólita del compositor, en la parte del piano a fin de que pudiera tocarse con una sola mano. Una vez más, el concierto fue un acto privado en el *palais* de los Wittgenstein y, de nuevo, Paul tocó de «maravilla, con una calidez y una efusividad enormes».[85] El compositor no cabía en sí de felicidad. Hasta Hermine, que en general tenía una opinión negativa de las interpretaciones de Paul, disfrutó oyéndole tocar dos piezas breves de Mendelssohn, que le pareció que había ejecutado «muy bien y con mucho sentimiento». Hermine explicó a Ludwig:

> El caso de Paul me tiene muy preocupada, pues, a pesar de que me gustaría negarle el derecho a seguir dedicándose a la música para ahorrarle muchos malos tragos, me alegra igualmente otorgarle ese derecho por haber interpretado una pieza con tanto sentimiento.[86]

Entre el público se encontraba el esbelto y elegante Hugo Knepler, un famoso empresario vienés que había contribuido a organizar uno de los conciertos de cámara de Paul antes de la guerra. Se encomendó a Knepler (que sería asesinado en Auschwitz en 1944) la tarea de organizar la primera interpretación en público del *Konzertstück* de Labor; y el 12 de diciembre de 1916, en la misma sala (la Grosser Musikvereinsaal), con el mismo director (Oskar Nedbal) y la misma orquesta que había acompañado a Paul en su debut con dos manos exactamente tres años antes (la Tonkünstler de

Viena), el público oyó por primera vez una música compuesta para orquesta y un pianista que tocaba solo con la mano izquierda.

Paul había trabajado con una diligencia y determinación obsesivas, ejercitándose en ocasiones hasta siete horas seguidas, a fin de prepararse para el concierto. «Fue como tratar de escalar una montaña —reconocería después—; si no podía llegar a la cumbre por una vía, descendía y volvía empezar por la otra cara.»[87] Había recibido algunos consejos valiosos del conde Zichy y de Malwine Bree, su antiguo maestro, pero el ingenioso uso de los pedales y las técnicas de digitación que empleó para crear la ilusión de que no solo tocaban dos manos, sino a veces tres o cuatro, eran invención suya. Cuando se sentaba ante el instrumento, no se colocaba frente al centro del teclado, como en general hacen los pianistas que tienen las dos manos, sino tan a la derecha como podía a fin de tocar las notas más altas sin necesidad de girar el cuerpo para llegar a ellas. Gracias al ejercicio constante desarrolló una fabulosa fuerza en los dedos, la muñeca y el antebrazo; a veces hacía sonar una nota con dos dedos o el puño para imprimirle más fuerza; aprendió a utilizar el dedo pulgar y el índice para mantener una línea melódica mientras los dedos corazón, anular y meñique los acompañaban a un volumen distinto. Su innovación más trascendental fue una técnica de movimiento combinado de la mano y los pedales que le permitía conseguir acordes imposibles de tocar para un pianista con solo cinco dedos. Al tocar un acorde con fuerza en el registro medio utilizando una sutil técnica de «medio pedal» con el pie derecho, y seguir a continuación con una o dos notas *pianissimo* apenas audibles en el bajo, lograba engañar incluso al crítico con el oído más fino y hacerle pensar que había tocado solo con la mano izquierda un acorde que exigía recorrer en el teclado un tramo de casi un metro.

La principal dificultad a la que tuvo que hacer frente fue la de conseguir

que su música sonara completa en sí misma. No bastaba con que fuera «la mitad de buena que la de un pianista con dos manos» y, sin embargo, su fenomenal logro de disimular la pérdida de la mano derecha no sirvió más que para plantear una serie de problemas desagradables. Se corría el riesgo, por ejemplo, de que el público, al ver el nombre de Paul Wittgenstein en un cartel, no adquiriera entradas para apreciar la música, sino para ver el espectáculo, como si el intérprete fuera un prestidigitador de pacotilla o una atracción de feria. Fue precisamente por esta razón por la que Ludwig no soportaba asistir a los conciertos públicos de su hermano.

Entre las ventajas, a Paul no le desagradó descubrir que su desdicha (la de un joven héroe de guerra herido, con un prodigioso talento artístico) atraía sobremanera a las mujeres. En Viena, como en ningún otro lugar del mundo, se veneraba a los intérpretes clásicos más reputados, y la lamentable situación de Paul, su obstinada determinación masculina y, suponemos, su colosal cuenta bancaria lo convirtieron en el ídolo de todas las mujeres compasivas de la ciudad. Mujeres de todas las edades, tipos y estaturas se acercaban al piano para hablar con él y alabar su interpretación, ya que apreciaban sinceramente su talento. «Aunque la de ayer era una mujer anciana y débil —informaba Hermine a Ludwig—, también las ha habido jóvenes y guapas, pues se muestra agradable y encantador con las damas (y casi tan conciliador con ellas como brusco y arrogante puede llegar a ser con los hombres).» Cabe preguntarse si en el fondo Hermine no estaba un poco celosa. «Una dama me dijo hace poco con lágrimas en los ojos lo conmovedora que le había parecido la interpretación de Paul; ¡quién lo hubiera pensado! ¡Pero nos alegramos de descubrir cuán equivocadas estábamos!»[88]

En el cartel publicitario del concierto con el que Paul debutaría tocando con la mano izquierda no se mencionaba que el artista había perdido un

brazo, tan solo se enumeraba el repertorio que se proponía interpretar (el concierto de Labor, tres arreglos de Godowsky de los *Estudios* de Chopin, obras de Bach y Mendelssohn y la paráfrasis de *Rigoletto*, de Liszt) y debajo, en una frase en menor tamaño, se explicaba que algunas piezas se interpretaría con arreglos para la mano izquierda. Ludwig, que hacía poco había ascendido a oficial de cadetes en la reserva, pudo por una vez asistir. Paul, claramente nervioso, se quejaba después de que había tocado mal y cometido muchos errores, pero Labor, que estaba «entusiasmado y absolutamente entregado a Paul»,[89] no escatimó halagos. Una semana más tarde, en el *Neue Freie Presse* de Viena se publicó la ambigua crítica de Julius Korngold:

> Paul Wittgenstein no toca el piano con una mano como se toca en un mundo en el que hacen falta dos manos para realizar esta tarea, sino como se tocaría en un mundo en el que las personas solo tuvieran una mano. Así pues, su interpretación debería juzgarse en esos términos […] Las interpretaciones de Wittgenstein son las de un músico vigoroso y sensible. Tras su debut, coronado por el éxito, estrechémosle esa valiente mano que tan diestramente ha aprendido a utilizar. Los sonidos producidos por su mano izquierda no delatan la melancolía del artista por no poseer ya la mano derecha, sino que más bien expresan su triunfo por ser capaz de sobrellevar tan bien la pérdida.[90]

La guerra de Europa se recrudece

Pese a las largas horas que Paul dedicó a preparar su debut, logró encontrar tiempo para hacer trabajo «social». Había prometido donar un millón de coronas a las tropas y cumplió su palabra organizando la fabricación y distribución de miles de abrigos para el ejército. En Rusia se había quedado

espantado por la ligereza de las chaquetas austríacas en comparación con las que llevaba el enemigo, y estaba convencido de que debido a ello el sufrimiento de los prisioneros de guerra durante los inviernos siberianos de ocho meses resultaba insoportable. Pidió a las fábricas de Bohemia fardos de tela gris, resistente y gruesa, pero se sintió consternado al descubrir que la operación se veía obstaculizada por la escasez de sastres; la mayoría de ellos habían muerto, estaban heridos o combatían en el frente. Con su habitual determinación, puso anuncios en las ciudades de todo el imperio buscando sastres ancianos que quisieran abandonar su retiro y trabajar para él. De esta forma consiguió su objetivo y se enviaron decenas de miles de abrigos a un almacén de Teplitz, desde donde se distribuirían a través de Suecia a los campos de prisioneros de guerra de Rusia y Siberia. En 1916, su aportación de un millón de coronas representó una vigésima parte del gasto nacional destinado a ropa para prisioneros de guerra.

Ludwig también decidió donar un millón de coronas al esfuerzo bélico de su país, pero, como estaba en activo, fue incapaz de supervisarlo. Su idea, menos práctica que la de Paul, era construir un gigantesco mortero. El mayor del ejército austríaco era el descomunal Skoda de trescientos cinco milímetros, que pesaba casi veintitrés toneladas y podía lanzar proyectiles de trescientos ochenta kilos a una distancia de casi doce kilómetros y a un ritmo de diez por hora. Estos fueron los pesados y magníficos Howitzer que se fabricaron durante la guerra, pero Ludwig, con su habitual tozudez, no los consideraba lo bastante buenos y entregó la suma a una fundación de Viena para que desarrollara un arma mejor. El dinero jamás se utilizó. Ludwig no se preocupó de supervisar el asunto y cuando, muchos años después, Hermine trató de averiguar qué había sido de su donativo, le dijeron que había desaparecido en su totalidad con la hiperinflación de la década de 1920.

A finales de marzo de 1916 a Ludwig se le brindó la oportunidad de demostrar su valía en el frente cuando lo destinaron a un puesto de observación de artillería en Sanok, al este de Cracovia. Sin embargo, su nuevo puesto no mejoró las relaciones con sus compañeros de armas, pues seguía estando consumido por el autodesprecio y el odio hacia quienes le rodeaban. «Y en mi interior estoy lleno de odio y no me permite que el espíritu me ilumine. Dios es amor.»[91] Los hombres de su unidad, según él, le detestaban simplemente porque era voluntario, pero lo más probable es que se sintieran desconcertados por su obsesión consigo mismo y su altivez. En su diario, Ludwig reconocía: «De manera que casi siempre me encuentro rodeado de gente que me odia. Y esto es algo que aún no sé cómo tomarlo. Existe aquí gente maliciosa y sin corazón. Es casi imposible encontrar una huella de humanidad en ellos…».[92]

Pese a estas tensiones internas, Ludwig demostró ser tan valeroso en la batalla como su hermano mayor. Por supuesto que estaba muerto de miedo, pero había llegado a la conclusión de que el miedo ante la muerte era «el signo de una vida falsa, es decir, de una mala vida». Desde junio hasta agosto vivió la ofensiva de Brusilov, el inmenso y bien planificado ataque del ejército imperial ruso dirigido por el comandante de la región, Alexei Brusilov, que se tradujo en la pérdida de un millón y medio de soldados austrohúngaros (de los que cuatrocientos mil fueron hechos prisioneros) y que hizo que los austro-húngaros se pusieran a la defensiva hasta el final de la guerra.

En un momento de piedad, Ludwig decidió que no aceptaría el ascenso a oficial, y solo las súplicas de su familia lo convencieron de que se retractara. «Tal vez no seas una persona tan rara como creo —le escribió Hermine—, pero me preocupa que contemples el ascenso como una forma de huir del trabajo duro y no entiendas que podría ser una cuestión de vida o

muerte […] ¡No creo que sea algo para tomarse a risa!»[93] Paul le recordó los riesgos de ser apresado: «Si hubiera tenido que sufrir en Siberia el trato que allí infligían a los soldados rasos que estaban prisioneros, habría sido una muerte segura para mí».[94] Al final Ludwig aceptó su destino y ascendió a teniente en la reserva. Sin embargo, siguió incomodando a sus superiores con solicitudes de puestos en zonas donde los combates eran más peligrosos, pues su nueva espiritualidad le exigía ponerse a prueba al máximo y estar a la altura de sus elevadísimos principios. En mayo de 1916 se presentó voluntario para guarnecer una torre de vigilancia en la que sabía que estaría expuesto con frecuencia al fuego enemigo. «Quizá la proximidad de la muerte traiga luz a mi vida», reflexionaba.[95] Un año después, recabó la ayuda de Paul para que pidiera a varios oficiales veteranos que se le permitiera trasladarse del cuerpo de artillería al de infantería, en el que se afrontaban mayores peligros. Como miembro de un club de oficiales en Viena, Paul utilizó sus contactos para satisfacer el deseo de su hermano, pero no obtuvo ningún fruto. Entretanto, en acciones contra los soldados británicos, se elogió a Ludwig por «su valiente comportamiento, serenidad, sangre fría y heroísmo» bajo el fuego y se le concedió la Militär-Verdienstmedaile: la medalla al mérito militar con sables en los galones. Cuando terminó la guerra, había recibido numerosas condecoraciones.

En marzo de 1916 se condecoró por fin a Paul por su valentía en el primer mes de la guerra con la Cruz Militar (clase III) y se le ascendió a subteniente (con carácter retroactivo desde septiembre de 1915). En octubre recibió una medalla más, la Cruz Militar (clase II), que le impuso el gran duque de Mecklenburg, de treinta y cinco años. Quince años después de la ceremonia, este aristócrata alemán, que sufría de mal de amores, salió a

pasear con su perro por un bosque cercano a Neustrelitz y se pegó un tiro en la cabeza.

Estados Unidos se une a la guerra

Durante más de dos años el presidente Woodrow Wilson había hecho todo lo posible por mantener una actitud neutral entre los grupos de presión que le exigían, de un lado, que Estados Unidos se sumara a la guerra y, de otro, que permaneciera al margen. Sin embargo, cuando el 18 de marzo de 1917 tres buques mercantes estadounidenses fueron hundidos por submarinos alemanes, la creciente determinación del presidente a apoyar a las potencias aliadas se vio reforzada. El 2 de abril, el Congreso se reunió en una sesión especial y, dos días después, el Senado aprobó una resolución favorable a la guerra por noventa votos contra seis. Tras un debate de diecisiete horas, la Cámara de Representantes la aprobó por trescientos setenta y siete votos contra cincuenta. Cuando se aprobaron las mociones, el público presente en ambas cámaras prorrumpió en vítores de alegría, pero al regresar a la Casa Blanca Wilson hundió la cabeza entre sus manos y lloró. «Mi mensaje de hoy ha sido un mensaje de muerte para nuestros jóvenes. ¡Qué extraño parece que aplaudan por eso!»

Al conocer las noticias procedentes de Estados Unidos Jerome Stonborough insistió en abandonar Austria de inmediato con su familia. Gretl puso reparos argumentando que tenía cosas que hacer en Viena y que no quería emigrar, pero su marido se mostró inflexible y el 14 de abril, ocho días después de la declaración del presidente Wilson, llegaron a un hotel de

Zurich, en la neutral Suiza. El exilio de Austria no encajaba bien con el carácter dominante de Gretl, pues le gustaba creer que estaba siempre en el centro de los acontecimientos y que en todo momento podía ser de ayuda. Su vida social en Austria era un torbellino de políticos, diplomáticos de prestigio, artistas famosos, compositores e intérpretes de los que se resistía a separarse.

Al llegar a Suiza Gretl sufrió una depresión y se pasó semanas enteras en la cama, de la que solo se levantaba para dar cortos paseos o examinar un Picasso que estaba tentada de comprar. A veces la atenazaban unos punzantes sentimientos de soledad, añoranza y patriotismo exacerbado. La tensión hizo que su corazón diera muestras de fibrilación, y cada vez que esto sucedía se decía: «¡Dios mío!, está empezando, y yo muero el millar de muertes innecesarias que muere un cobarde».[96] Su depresión se vio agravada por una acusada hipocondría y un terror paranoico a morir. «Estoy siempre pensando en la muerte y representándome mi fin —escribió en su diario—. No me atrevo a pensar en regresar a casa porque estoy segura de que moriré antes de llegar.»[97] Al igual que Ludwig, se recluyó tras el comulgatorio del cristianismo tolstoiano. «Aparte de mi salud, estoy bien porque tengo la conciencia tranquila. Como escribe Tolstói, “atado a la carne pero libre de espíritu”.»[98]

En el caso de Jerome, el traslado a Suiza solo sirvió para alimentar de nuevo su desasosiego neurótico, y al cabo de pocos meses abandonó Zurich con su familia para establecerse en la ciudad fortificada de Lucerna, a orillas de un lago, donde se alojaron en el hotel National. Sin embargo, tan pronto como llegaban a un sitio nuevo, Jerome comenzaba a trazar planes para volver a mudarse. En estas condiciones no podía haber estabilidad en la vida de la pareja, y cuando se trasladaron de St. Moritz a Bad Tarasp-Vulpera, luego a Berna, a Ouchy, cerca de Lausana, y por último a Lucerna

de nuevo, la tensión entre Gretl y Jerome había llegado una vez más al límite.

Jerome insistió en que tenía que llevarse a Tommy, su hijo mayor, a Estados Unidos por un tiempo indefinido. Gretl trató de no responder a esta provocación, pues el chico, de once años, empezaba a dar muestras de inestabilidad emocional, y lo último que ella deseaba era sacarlo de una escuela de habla alemana para llevarlo a otra de habla inglesa, pero, como le parecía que no tenía sentido enzarzarse en una batalla con alguien a quien se sentía ligada para el resto de su vida, se abstuvo de tomar medidas. «¿Qué puedo hacer, pues? —preguntó a su hermana—. Si me rebelo, la única consecuencia será el divorcio. Jerome habla de divorcio continuamente, pero yo me opongo por el bien de los niños. Por el bien de los niños y por el suyo propio, porque no sabe de lo que habla.»[99]

Al trasladarse a Suiza en abril de 1917 Gretl se perdió el ansiado retorno de su hermano Kurt desde Nueva York. «Kurt ha regresado a casa y sigue siendo el mismo niño grande que cuando se marchó hace tres años. Pero eso no importa por ahora —informó Hermine—. Viene a casa los domingos y corretea con los niños por todas partes […] ¡Esperemos que las cosas le vengan siempre rodadas!»[100] La instrucción inicial de Kurt como oficial de infantería en la ciudad de Stockerau, a orillas del Danubio, unos quince kilómetros al norte de Viena, se prolongó durante dos meses. El 15 de julio de 1917 lo enviaron a cumplir un período de instrucción de seis semanas en la retaguardia. Su madre nunca aludía al pesar que sintió cuando su hijo se marchó, excepto en las ocasiones en que las piernas le dolían demasiado para poder contenerse. En la familia Wittgenstein el sentimiento familiar de tristeza se ahogaba interpretando música hermosa y, justo antes de que Kurt partiera hacia la batalla, él y su madre practicaron juntos al piano durante muchas horas un cuarteto de Schubert. «Gracias a Dios que existen estas

cosas —escribió Hermine—. ¡Con independencia de lo que la vida nos depare, son una bendición!»[101]

El cambio de carácter de Paul

Paul no podía seguir llevando durante mucho tiempo la máscara de jovialidad con que se había presentado ante su familia a su regreso de Siberia. Pese a su decisión de soportar con fortaleza las adversidades, estas fueron sumándose hasta que empezaron a aparecer grietas. El recuerdo de su padre y de sus hermanos suicidas, Hans y Rudi, el sentimiento de culpa por haber abandonado a sus camaradas en la Krepost, la sombría certeza de su condición de manco, los pensamientos sobre el naufragio de su carrera profesional, la inestabilidad mental de Ludwig, el hambre y la enfermedad que asolaban Viena, las frustraciones de toda índole —artísticas, familiares, sexuales—, por no hablar de la interminable, lenta, muy lenta derrota en la guerra; todas estas cosas hicieron mella en él y finalmente socavaron su equilibrio moral.

Tras regresar a Viena en noviembre había asistido también al paulatino deterioro de Rosalie Hermann, antigua criada de su abuela, una mujer alta, delgada y muy admirada, a la que se sentía particularmente unido desde niño. Paul era su favorito entre los hijos de los Wittgenstein y él, a su vez, le profesaba el mismo cariño que muchos hijos sienten por sus madres. Rosalie había sido criada de la madre de la señora Wittgenstein durante cincuenta y dos años, y frau Kalmus le había legado suficiente dinero y mobiliario para que viviera de forma independiente en un lujoso piso en la

Brahmsplatz, pero cuando comenzaron los ataques de tos de Rosalie y su salud empezó a debilitarse, la señora Wittgenstein hizo que se mudara a un gran dormitorio del *palais* de la Alleegasse. Aquí, Paul le llevaba todos los días flores frescas, se sentaba en su lecho, le contaba historias, chistes, le leía libros y tocaba música para ella. De ese modo la agonía de Rosalie se vio atenuada durante los largos meses de fiebre alta y las hinchazones, a lo largo de los cuales impresionó a toda la familia con su estoicismo ante la muerte. En 1916 ingresó en un hospital. Cuando murió, fue enterrada con honores junto a Karl en la tumba de la familia Wittgenstein. Bajo el colchón había dejado una carta de agradecimiento dirigida a la señora Wittgenstein. Rosalie era una mujer conciliadora entre personas quejumbrosas y Paul acusó profundamente su pérdida.

Tras su fallecimiento la agitación e irritabilidad de Paul aumentaron. En compañía de su familia, de desconocidos o de invitados, sus frustraciones afloraban en forma de violentos enfrentamientos. Hermine y la señora Wittgenstein estaban preocupadas por la frecuencia de sus «enloquecidos arranques de furia», y poco antes de marcharse a Zurich Gretl le echó un buen rapapolvo. Para su sorpresa, Paul se disculpó y se mostró contrito; le explicó en tono lastimero cuánto sufría por su irritabilidad y cuán apropiada consideraba la reprimenda. Hermine escribió a Ludwig: «Si es necesario, la andanada de Gretl se repetirá y probablemente, como ha pedido Paul, con mayor dureza aún».[102] Ludwig estaba asombrado. «No puedo ni siquiera imaginarlo. Pero en este mundo todavía quedan cosas inimaginables.»[103] Durante un tiempo las atenciones de Gretl parecieron surtir efecto y Hermine informó de que su hermano «había cambiado por completo». Sin embargo, tan pronto como los Stonborough partieron hacia Zurich, Paul volvió a las andadas.

La solución de Ludwig era que Paul abandonara el *palais* y se buscara un

apartamento en Viena, pero Hermine, sobrecogida ante la perspectiva de vivir sola con su madre, insistía en que se quedara. «Entre mamá y yo no hay contacto sin fricción —escribió—. Si me quedara sola en casa, sería mortal.»[104] Cuando Paul se portaba bien, era capaz de animar el *palais* de un modo que la señora Wittgenstein y Hermine jamás conseguirían. Eran demasiado reservadas, demasiado nerviosas. La melancolía de Hermine era, según ella misma, contagiosa, mientras que la señora Wittgenstein «no disfruta demasiado en compañía de desconocidos si estos no tienen ninguna relación con sus hijos». Paul, por otra parte, era enérgico y su ajetreada vida garantizaba un ir y venir de personas interesantes que alegraban sus días. Podía animar a su madre tocando duetos con ella al piano. De modo que se acordó que se quedara porque, pese a sus ataques de locura, su presencia en el *palais* se consideraba beneficiosa. Al fin y al cabo, «las horas pasadas en casa en compañía de personas estimulantes no se veían en gran medida menoscabadas por las ocasionales (o incluso reiteradas) escenas desagradables », reconocía Hermine.[105]

En el segundo piso del *palais*, Paul arregló unas habitaciones de soltero para sí. Se accedía a ellas por una escalera independiente, las ventanas daban al patio y a los jardines, y se componían de un saloncito (con mesa para comer), un cuarto de baño y un dormitorio. Podía retirarse allí y pedir que los criados le subieran la comida. Se instaló uno de los siete pianos de cola del *palais* y «los días malos» Paul practicaba sin que nadie le molestara, aporreando furiosamente las teclas con la mano izquierda durante horas y horas… una conducta que a Hermine le recordaba a su padre. «Lamentablemente, para mi gran desgracia, la agitación [de papá] se manifiesta en la interpretación al piano de Paul. Cuando le oigo practicar arriba, no hay un solo compás que armonice con mi manera de pensar y sentir, y es una tortura para mí y una persistente fuente de pesar.»[106]

Al igual que su padre, Paul apenas era capaz de controlar su mal genio, y a sus hermanos les ocurría lo mismo. Cuando estaban los tres juntos, las riñas eran de la peor especie. Se gritaban, a veces durante tardes enteras, mientras iban de una habitación a otra, y, pese a que a la señora Wittgenstein le agradaba la idea de verlos a todos juntos, cuando esto sucedía la sacaban de quicio. Por lo general se echaba la culpa a Paul.

Al igual que Ludwig, Paul se sentía más feliz cuando estaba ocupado, y le gustaba estar lejos de casa. En el año de espera transcurrido hasta su reincorporación al ejército, ofreció varios conciertos fuera de Viena. El concierto de Labor le había abierto las puertas y las autoridades musicales le consideraban una fuente de inspiración ante una moral desfalleciente. No todos los soldados tullidos tenían tanta suerte. A quienes regresaban del frente con la cara destrozada se les recluía en hospitales para que la gente no los viera. A Paul, en cambio, se le animaba a alardear de su espíritu de lucha, y en los primeros meses de 1917 actuó con un éxito apabullante ante públicos compuestos por soldados, inválidos y trabajadores de la siderurgia en Wroclaw, Kladno, Teplitz, Brno y Praga. Al menos en tres ocasiones interpretó la nueva obra de Labor, quien se sentía encantado y empezó a componer un segundo concierto para la mano izquierda con la idea de que estuviera acabado en verano.

En marzo de 1917 Paul debutó en Berlín, en la Beethovensaal. La capital alemana era en aquella época uno de los centros musicales más importantes del mundo y el apetito musical de los berlineses era insaciable. En 1939, la ciudad presumía de contar con nada menos que ochenta y una orquestas, doscientos grupos de cámara y más de seiscientas corales. Una buena recepción como concertista de piano en Berlín y Viena significaba haber triunfado en la escena mundial. Paul, que no pisaba Berlín desde que había trabajado de aprendiz en un banco, albergaba sentimientos contradictorios

acerca de la ciudad. Había disfrutado de la música, pero se mofaba de las casas de huéspedes de la Kurfürstendamm y la Tauentzienstrasse por considerarlas «lugares abominables, llenos de adornos baratos y cuadros baratos, inhabitables y al mismo tiempo, demasiado frecuentados; de clase media en el peor sentido de la palabra».[107]

La sala, que él esperaba encontrar medio vacía debido a que la publicidad había sido sensiblera, estaba en realidad abarrotada de un público exigente que sabía apreciar la música. A su regreso a Viena, Hermine y su madre lo acribillaron a preguntas sobre cómo le había ido, pero, dada su necesidad patológica de intimidad, Paul les negó la información que buscaban, e hicieron falta cinco días para que consiguieran averiguar que el debut había sido todo un éxito. Hermine se alegró muchísimo por su hermano. En su opinión, los berlineses habían juzgado a Paul solo por la calidad de su interpretación, a diferencia de los atroces vieneses, que siempre estaban más interesados por el muñón de su brazo derecho que por su música. «¡Y eso ya es algo!», decía ella.[108]

Final

La muerte del emperador Francisco José el 21 de noviembre de 1916 solo sirvió para hundir aún más la moral austríaca. Había gobernado durante sesenta y ocho años y, pese a su aversión a la innovación y su obsesión con el protocolo cortesano, del que tanta mofa se hacía, la longevidad de su reinado le había otorgado un aire de autoridad que había aumentado con la familiaridad y la costumbre. Tal vez simbolizara más de lo que había

logrado, pero al menos proporcionó a Austria y a otros dieciséis Estados súbditos un largo período de paz y estabilidad. Stefan Zweig describió la época en la que creció, antes de la Primera Guerra Mundial, como «la edad de oro de la seguridad», y en 1916 pocas personas recordaban una Austria distinta; pero en noviembre de aquel año la población estaba cansada de la guerra y desanimada. No había estruendo de trompetas ni pompas funerarias capaces de sacarlos de su letargo de pesimismo y devolverles su anterior sentido de orgullo nacional. Todo cuanto el ejército había tratado de proteger y preservar parecía ahora irremisiblemente perdido. La vida cómoda, inmutable, epicúrea y relajada del pueblo austríaco, ya perturbada por el tormento de dos años de guerra, se transformó con la muerte de su octogenario emperador en el «mundo de ayer».

Aunque de orientación monárquica en términos generales, los Wittgenstein no eran aristócratas ni se movían en círculos cortesanos. Algunos descendientes de Karl creen que le ofrecieron anteponer a su apellido el nobiliario «von», pero que lo rechazó por motivos éticos. En realidad, se sentía infravalorado por la clase dominante austríaca y se entusiasmaba con la menor atención que les dispensaran los Habsburgo. Estaba encantado de que el emperador hubiera reparado en una ocasión en su noble mansión mientras daba un paseo y concedió gran importancia a una regia visita a sus fábricas. Cuando sus hijos eran pequeños, Karl los cogía de las orejas. Si se quedaban callados, les gritaba *Hochgeboren*! («¡bien enseñado!»), pero si gritaban de dolor les espetaba *Nichtgeboren*! («¡descastado!»; literalmente, «no nacido»).

Si Hermine y Paul pensaron que con la muerte de su emperador desaparecía una época, no lo manifestaron. No obstante, sí hicieron un esfuerzo deliberado por desvincularse de su pasado remodelando y decorando de nuevo sus dos palacios, el de la Alleegasse y el de

Neuwaldegg. Hermine confiaba en que de ese modo su madre «aflojara sus lazos con papá», pero, en última instancia, todos los hermanos y hermanas estaban encantados con la idea de despojar a estos lugares de determinados vestigios decorativos de la autoritaria personalidad de Karl.

En la corte, sucedió al emperador su sobrino nieto, el archiduque Karl von Habsburg-Lothringen, conocido durante su breve reinado como el emperador Carlos I, que de inmediato trató de hacer un llamamiento a la paz, pero que a finales de 1917 solo había conseguido ceder la mayor parte del mando militar de Austria a los alemanes. Entretanto, en el frente oriental, su maltrecho y desmoralizado ejército lograba milagrosamente ganar la guerra contra Rusia. Esta victoria tenía más que ver con la situación de la política interior rusa que con la superioridad austríaca. En febrero una revolución había derrocado el régimen zarista, y el gobierno provisional, con el fin de reforzar su popularidad en el país, había ordenado una gran ofensiva contra el sector de Galitzia. Después de diez días de espectacular avance, los exhaustos soldados rusos perdieron de repente su entusiasmo y se negaron a seguir combatiendo. Los ejércitos austro-germanos los aplastaron en un contraataque feroz que los obligó a retirarse hacia posiciones situadas doscientos cincuenta kilómetros al este. Esta catastrófica humillación hizo que en Moscú muchas personas pidieran poner fin a la guerra, y cuando el jefe del gobierno provisional, Alexander Kerensky, se negó a capitular, se desató el caos. Los letones, los estonios y los lituanos empezaron a reclamar su independencia de Rusia, mientras los poderosos bolcheviques, que defendían el fin de la contienda, tomaron rápidamente el control en la denominada Revolución de Octubre. Dos meses más tarde, el 15 de diciembre, el enviado de Lenin, León Trotsky, puso fin a la participación de su país en la guerra firmando un armisticio con las potencias centrales en Brest-Litovsk.

Estos espectaculares acontecimientos tuvieron un impacto inevitable en la vida de los hermanos Wittgenstein. Durante la ofensiva de julio, Ludwig se había retirado con sus camaradas austríacos desde una posición avanzada en Bukovina hacia la orilla occidental del río Lomnica y, cuando la moral de los rusos se vino abajo de repente y comenzó la aplastante derrota austríaca, se sumó al contraataque participando en primer lugar en la reconquista de Czernowitz y luego en la de Bojan a finales de agosto, acciones por las que volvió a ser condecorado. Una vez que los rusos se hubieron retirado de la guerra, las fuerzas austríacas pudieron por fin dirigir toda su atención desde el frente oriental hacia el sur, y en la primavera de 1918 enviaron a Ludwig al frente alpino, cerca de Asiago, en Vicenza.

Haciendo caso omiso de la amenaza de ejecución sumarísima, Paul estaba decidido a reincorporarse a la guerra desde que regresó a Viena en noviembre de 1915. Al igual que Ludwig, solicitó que le destinaran allí donde la situación fuera más peligrosa, pero a diferencia de su hermano, sus motivos para desear regresar a la acción eran enteramente patrióticos y no tenían nada que ver con una autosuperación espiritual. Cuando en marzo de 1916 se le impusieron sus medallas, se le ordenó que se retirara con una pensión anual de mil seiscientas noventa y seis coronas, de las que no iba a recibir ni una sola. Estaba decidido a seguir combatiendo y, tras presionar durante largo tiempo a los generales de su club de Viena y tratar de persuadir a su tío Josef von Siebert, general de caballería ya retirado, por fin recibió documentos de incorporación a filas en agosto de 1917. Su madre y sus hermanas coincidían en que había tomado la decisión acertada, aunque Hermine confiaba en que no lo enviaran demasiado cerca del frente. «No se sabe cuál es el mejor deseo para Paul —escribió—. Da miedo hablar de lo que significaría otra herida para él, ahora que es solo medio hombre, teniendo en cuenta lo mucho que le apasiona tocar el piano. Vive solo por y

para eso.»[109] Cuando Paul recibió la orden de presentarse en el cuartel general de Villach, en Carintia, se sintió «un tanto molesto de que no hubiera nada más peligroso».

Durante varias semanas le encomendaron labores de oficina en Hermagor, una pequeña ciudad situada al oeste de Villach, motivo por el cual estaba inquieto e irritable, pero a finales de septiembre de 1917 lo destinaron al Cuartel General del Mando del Cuarto Ejército, en Wladimir Wolynski, en el oeste de Ucrania, donde debía trabajar en la oficina de comunicaciones. Allí descubrió que podía manejar con una mano el telégrafo Hughes, que tenía un pequeño teclado muy parecido al de un piano, compuesto por catorce teclas blancas y otras tantas negras. Sus compañeros oficiales quedaron atónitos al ver que con una sola mano era capaz de teclear mensajes más rápido que ellos con las dos.

A finales de febrero de 1918 se le concedió un permiso de varias semanas cuando se disolvió el Cuarto Ejército Austro-Húngaro, al mando del comandante Karl Graf von Kirchbach, un hombre competente pero impedido. De vuelta en casa, Hermine lo encontró «muy agradable y cordial». Por una vez no hubo fricciones entre Paul y Kurt (o al menos ella no las percibió), pero, como escribió a Ludwig, «fue una suerte que tus antenas, más afinadas, no estuvieran presentes; con toda probabilidad habrían detectado una ligera tensión y, en consecuencia, la habrían inflamado. ¡Son tan diferentes los dos hermanos!».[110]

De regreso al servicio, Paul fue destinado a la ciudad fortificada de Riva, en la orilla septentrional del lago Garda, como adjunto al general Anton von Schiesser, de cincuenta y cinco años. Aunque los italianos tomaron la ciudad en noviembre de 1918, la valiente y decidida defensa de Schiesser (por la que posteriormente se le concedió un título nobiliario) lo convirtió en un héroe nacional. Cuando se retiró en Innsbruck, todos lo saludaban por

la calle, y tras su muerte en 1926 se descubrió una placa en su casa natal de Schenkenfelden para conmemorar sus hazañas en Riva. En un informe oficial del ejército de 1918 sobre Schiesser se le describe como «un general muy eficiente, alegre y enérgico. Fiel a sus obligaciones […] un comandante atlético y con una voluntad férrea».[111]

Con el destino de Paul en Riva, los tres hermanos varones se encontraron en el frente italiano a una distancia de ciento sesenta kilómetros entre sí, pero esta situación no duraría mucho. Por alguna razón desconocida, se dio a Paul la licencia absoluta en agosto de 1918. Estaba decidido a servir en el ejército, y después de la guerra se enorgullecía de su hoja de servicios, de modo que es inconcebible que lo echaran por algún motivo deshonroso. Tal vez su mala salud tuviera algo que ver, porque a mediados de julio, mientras estaba de permiso con su familia en Neuwaldegg, sufrió durante varias semanas unas fiebres muy altas. Es posible que, una vez recuperado, la situación en Riva fuera demasiado caótica para que regresara, y que no se le ofreciera ningún nuevo destino en los pocos meses de guerra que quedaban.

También es posible que la enfermedad de Paul (una gripe virulenta) fuera lo que se conoció como «gripe española», que segaría la vida de más de veinte millones de personas en una pandemia que asoló a toda Europa. Oficialmente se reconoció que la enfermedad había llegado a Viena en octubre, cuando entre quienes murieron se contaban el artista Egon Schiele, de veintiocho años, y su esposa Edith, que se encontraba encinta. No todos los que la contraían fallecían, y pronto se descubrió que una transfusión sanguínea de alguien que hubiera sobrevivido a la enfermedad era el mejor remedio. En los peores casos, la víctima veía cómo su rostro se amorataba, tosía sangre y, muy pronto, sus pulmones quedaban encharcados con los líquidos corporales. Edith Schiele presentó los primeros síntomas el 26 de octubre y murió el 28; a su marido, que la cuidó durante esos tres días, se le

puso la cara morada el día 28 y murió el 31. Ese mismo mes, cinco criados de los Wittgenstein contrajeron el virus. La señora Wittgenstein y Hermine se libraron.

Mientras Schiele y su esposa morían en Viena, el cabo Adolf Hitler, que combatía contra los británicos en Ypres, se quedó ciego y mudo temporalmente a causa de un ataque con gas de cloro. «Cuando sucedió aquello —contó a un entrevistador en 1923—, vi mi futuro. En mi mente relampagueaban estas preguntas: “Nunca has temido a la muerte, ¿por qué?”, “Todavía estás vivo, mientras alrededor otros han caído, ¿por qué?”. Y me dije: porque el destino te ha escogido para que lleves algo a cabo. Decidí consagrar mi vida a mi país; a la tarea de expulsar de nuestras fronteras a los enemigos.»[112]

Entretanto, en el frente italiano las tropas austro-húngaras eran presas del desaliento y el derrotismo. Habían perdido cien mil soldados tratando de penetrar en el norte de Italia por Lombardía, Trentino y a través del curso bajo del Piave. En el frente occidental, los alemanes también lo estaban pasando mal y a duras penas podían enviar tropas de refresco. Al sur del río, el comandante italiano, el general Armando Diaz, planeó una ofensiva de cinco ejércitos que dividiera en dos las fuerzas austríacas mediante un avance en una línea que discurría desde el monte Grappa hasta la desembocadura del Piave. El 27 de octubre, con la ayuda de un cuerpo británico al mando de lord Cavan, Diaz había afianzado una posición estratégica en la orilla izquierda del río. Este éxito provocó que se desataran motines entre los soldados austríacos, y el día 28 el alto mando austríaco ordenó la retirada general. Esta decisión dio a los italianos confianza para volver a atacar y consiguieron su objetivo de dividir el ejército austríaco. El 3 de noviembre se firmó un armisticio en Villa Giusti, cerca de Padua. En las veinticuatro horas que habían de transcurrir entre la firma del acuerdo y

su entrada en vigor efectiva, los italianos siguieron avanzando con el fin de apoderarse de la mayor cantidad de tierra posible para así anticiparse a las negociaciones territoriales. Muchos austríacos, ignorantes de que se había firmado un armisticio, perdieron la vida inútilmente en la defensa contra el ataque italiano. En el bando italiano se notificaron treinta y ocho mil bajas, pero se apresó a trescientos mil austro-húngaros, entre ellos Anton von Schiesser y Ludwig Wittgenstein. Fue en aquel caos donde Kurt Wittgenstein halló su fin.

Al parecer ningún miembro de la familia Wittgenstein en Viena se enteró de la muerte de Kurt hasta diciembre. Ludwig conoció la noticia a través de una carta que su madre le dirigió al campo de prisioneros de guerra en que se encontraba, cerca de Como, el 27 de diciembre:

> Mi queridísimo hijo:
>
> Después de la terrible angustia que padecíamos por ti, tu tarjeta fechada el 6 de noviembre, que recibimos el 6 de diciembre, nos hizo un bien infinito, y la información que hoy hemos recibido a través del telégrafo es doblemente alentadora, pues es actual. No te imaginas lo contentos que estábamos. Un júbilo generalizado envolvía a toda la familia. ¿Qué no haremos cuando sepamos que pronto volveremos a verte aquí? Todos estamos bien y todo está bien en casa de los Salzer. Pero hemos sufrido una grave pérdida. Nuestro querido Kurt cayó en los últimos días de la guerra, a finales de octubre. Te mando un abrazo, mi queridísimo hijo, con todo mi cariño, y solo deseo que sigas disfrutando de buena salud y regreses a casa en un futuro no muy lejano. Con todos sus pensamientos, tu madre está contigo hoy.[113]

Es evidente que en Viena temían que Ludwig, de quien no sabían nada desde el 6 de diciembre, hubiera muerto también, o incluso se hubiera suicidado, porque Hermine le escribió al mismo tiempo que su madre: «¡Me alegra muchísimo saber que estás vivo! Kurt cayó el 27 de noviembre. Mamá está muy afectada, pero es valiente y se animó al saber de ti. Aquí todos gozamos de buena salud; también hay buenas noticias de los Stonborough, todo son buenas noticias…»[114]

Hermine y su madre dan fechas distintas para la «caída» de Kurt. La señora Wittgenstein dice «finales de octubre» y Hermine, «el 27 de noviembre». En una carta posterior, del 10 de enero de 1919, Hermine escribe: «Kurt cayó el 27 de septiembre, es muy triste».[115] Lo más probable es que Kurt falleciera a finales de octubre, como afirmaba la señora Wittgenstein, seguramente el día 27, cuando lord Cavan y el general Diaz tomaron su cabeza de puente en el Piave y los austríacos empezaron a amotinarse. En el frente italiano los combates concluyeron el 27 de noviembre, de modo que la fecha que da Hermine debe de ser errónea.

Más interesantes quizá que la fecha del fallecimiento de Kurt son las preguntas relativas al porqué y cómo sucedió. En sus memorias, Hermine escribió: «Mi hermano Kurt se pegó un tiro sin motivo aparente en un movimiento de repliegue desde Italia en los últimos días de la Primera Guerra Mundial».[116] En esta afirmación se pasa por alto el hecho de que en su momento se buscaran explicaciones para su suicidio. Desde entonces se han filtrado varias versiones contradictorias de distintos miembros de la familia. En la década de 1920 Paul ofreció a su amiga Marga Deneke una versión que fue transcrita en 1961, poco después de su muerte. Así pues, el siguiente texto puede servir en cierto modo como la versión de Paul:

> La muerte de Kurt Wittgenstein está marcada por un dramatismo especial, puesto que estaba a salvo trabajando en una oficina en Estados Unidos pero, apoyado por su familia, desplegó todos los medios a su alcance para reengancharse en el servicio militar activo en Austria. Según una orden del ejército, debía exponer a su batallón a la aniquilación completa ante una batería de cañones enemigos. Sabiendo que no se obtendría ningún beneficio militar, desobedeció la orden. Luego el miedo a un consejo de guerra se apoderó de su mente. Fue demasiado para él y se suicidó. Esto sucedió en vísperas de la rendición de 1918. En medio de la confusión de aquellos días, seguramente no hubo ninguna investigación. Todas aquellas pérdidas eran muy amargas.[117]

Sin embargo, esta versión se contradice con la del hijo de Gretl, Ji

Stonborough, a quien contaron (probablemente su madre) que Kurt se había pegado un tiro, al igual que muchos otros oficiales austríacos, en las veinticuatro horas posteriores a la firma del armisticio del 3 de noviembre porque no quería ser apresado por los italianos. Si realmente fue así, entonces los hechos podrían haberse cambiado para ahorrar a Ludwig el bochorno, puesto que él había aceptado rendirse a los italianos, quienes lo habían hecho prisionero de inmediato.

Otra versión recogida por la hija de Paul, Johanna, tras sus entrevistas con los miembros de la familia en Austria en la década de 1980 suscribe en términos generales el relato de Deneke, al que añade algún detalle más. Kurt, afirma ella, recibió la orden de conducir a sus hombres a través del río Piave. Entonces se enzarzó en una acalorada discusión con su comandante, al que gritó: «No voy a entregar a mis hombres en vano. La guerra ya está perdida». En ese momento desenfundó la pistola y amenazó al oficial con dispararle si no desaparecía de inmediato de su vista. Su superior, estupefacto, se marchó mascullando amenazas de un consejo de guerra. A continuación Kurt reunió a sus hombres, les dio instrucciones de regresar a casa y, minutos después, se descerrajó un tiro.

Según una cuarta versión, fueron los hombres, no Kurt, quienes se rebelaron; fue él quien les ordenó entrar en acción y ellos quienes se negaron a obedecer y lo abandonaron en el campo de batalla. Una vez solo, con un revólver Gasser de once milímetros en la mano, sin ningún hombre que le apoyara y ante un bombardeo italiano de artillería pesada, tuvo que decidir apresuradamente entre tres opciones, a cual peor: desertar con sus hombres, combatir en solitario y morir de un tiro o caer preso del enemigo, o meterse una bala en la cabeza. Se decantó por la última y se quitó del medio en un repentino ataque de ira.

Tal vez ahora importe poco cuál de las versiones arriba expuestas se

aproxima más a la verdad histórica, pues en noviembre de 1918, por lo que se refería a sus parientes más allegados, Kurt (el infantil, desenfadado y frívolo de Kurt) era, al menos por el momento, el héroe de la familia. Al igual que tantos otros de los ocho millones y medio de soldados que murieron en la Gran Guerra, no tuvo funeral, y hoy sus restos mortales yacen en algún lugar ignoto a orillas del río Piave. Para Paul, un cuarto hijo varón que de repente se descubrió cabeza de familia; para Ludwig, encarcelado en un campo de prisioneros en Italia; para Gretl, exiliada en Suiza, y para la señora Wittgenstein y sus hijas Hermine y Helene, en su casa de Viena, el fallecimiento de Kurt hizo aflorar recuerdos hasta entonces reprimidos de una tragedia inefable; pero en esta ocasión, al menos, la amarga noticia se acompañó de un leve motivo de orgullo: a diferencia del desdichado destino de Hans y Rudolf, el suicidio de Kurt podía considerarse una «muerte honorable».

La fe de Paul y Ludwig en el heroísmo de Kurt no flaqueó jamás, pero la de Hermine, por alguna razón desconocida, sí. En sus memorias de cuento de hadas hay muchas páginas dedicadas a elogiar efusivamente a sus dignas tías y tíos, a los contactos de la familia y a su amada Rosalie. Hay todo un capítulo consagrado a Ludwig, a quien describe como «el más interesante y valioso de mis hermanos»;[118] ofrece una descripción cariñosa y confusa de Hans en su juventud, pero apenas dice nada de Paul y Rudolf. El retrato que hace de Kurt se condensa en un único párrafo en el que lo describe como una persona «relajada», el «típico soltero rico sin obligaciones», con un «carácter inofensivo y jovial» y una «musicalidad natural y deliciosa», que, pese a todo, parecía portar «el germen del asco por la vida en su interior». No se hace mención de ningún acto heroico en 1918, ni una palabra; si acaso, deploraba su suicidio por considerarlo una muestra de debilidad. Para irritación de sus hermanos, Hermine solía compararlos de

forma desfavorable con su padre. «Papá no lo habría hecho así; si papá estuviera aquí, habría…» «¿Murió Kurt, se preguntaba, «por falta de “un sentido fuerte del deber”, esa idea que mi padre tanto se esforzó en inculcar a sus hijos? ¿O fue tan solo la falta de aguante lo que le ganó la partida en cierto momento, y desde luego no el más difícil, de la guerra?».[119] Nunca lo supo.

> Muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto. Todavía suena extraña esta doctrina: «¡Muere a tiempo!». Morir a tiempo: eso es lo que Zaratustra enseña.[120]

III

El nuevo desorden

Secuelas

A mediados de noviembre de 1918 los combates habían concluido por fin. Dos millones de soldados austro-húngaros habían perdido la vida defendiendo el imperio en violentos enfrentamientos contra rusos, italianos, serbios y rumanos a lo largo de un frente que se extendía desde la muralla alpina del norte de Italia hasta los paisajes ondulados del centro y oeste de Polonia. Más de dos millones habían acabado en los campos de prisioneros de Rusia y Siberia, y otros tres millones habían resultado gravemente heridos. La poderosa monarquía en cuyo honor se habían librado estas acciones bélicas se había desmoronado y desintegrado, y de este modo el largo período de grandeza de Austria llegó a un lamentable final. El 11 de noviembre, Carlos I, emperador de Austria y rey de Hungría y Bohemia, renunció a «toda participación en la administración del Estado» y cuatro meses después, sin abdicar formalmente, partió en tren junto con su esposa, la emperatriz Zita, vestida de negro, hacia la estación de Feldkirch, en la frontera con Suiza, y el exilio. Durante su breve mandato había buscado la paz. Fue el único dirigente de un Estado beligerante que prohibió la utilización de gas venenoso. En 1921 fue deportado a la isla atlántica de Madeira, donde un año más tarde murió de neumonía.

Con la desaparición del último emperador se inició en Austria una nueva era, en la que el otrora orgulloso Estado se transformó en una república pequeña, frágil e inestable. Ninguno de los nuevos partidos políticos estaba

a favor de la independencia nacional, pues todo el mundo temía que el país fuera demasiado débil para sobrevivir por su cuenta. Algunos, como Adolf Hitler, propugnaban el *Anschluss* (la anexión con Alemania), aun cuando hubiera quedado expresamente prohibido en las disposiciones del armisticio. Otros, como Paul Wittgenstein, confiaban en la restauración del antiguo orden, pero los checos, los polacos, los eslavos del sur y los húngaros no querían oír hablar de que se reinstaurara el régimen de los Habsburgo y rechazaban la unión económica con Austria aduciendo que el país era ahora demasiado pobre.

Viena, antaño el centro de la zona de libre comercio de la monarquía y el corazón de un imperio europeo en expansión, se vio sorprendida por el giro que adoptaron los acontecimientos. El antiguo sistema ferroviario en el que se basaba la economía de los Habsburgo quedó paralizado conforme los Estados recién creados reclamaban la propiedad del material rodante. La nueva administración de Budapest retenía los alimentos y las materias primas de que en el pasado se proveía a los vieneses desde Hungría para obtener mejores condiciones comerciales en el futuro y vengar errores del pasado. El nuevo régimen checoslovaco de Praga embargó igualmente el carbón que antes llegaba a Viena por ferrocarril procedente de los territorios de Bohemia. Muchos vieneses perdieron la vida en el crudo invierno de 1918-1919 y la mayoría de los dos millones de habitantes de la ciudad se vieron afectados por el hambre. En el año posterior al final de la guerra se declaró oficialmente que el noventa y seis por ciento de los niños y niñas austríacos estaban «desnutridos». En la calle, los rostros demacrados de una población hambrienta empañaban y oscurecían el espíritu de la ciudad, y el velo de redecilla negra de las viudas llegó a convertirse en un signo que identificaba a las prostitutas en busca de clientes.

En las zonas rurales el campesinado, burlando un decreto oficial que

establecía las tarifas máximas, vendía clandestinamente los muy preciados huevos, leche y pan a algún intermediario llegado de la ciudad por una suma exorbitante; pero, cuando ese mismo campesino acudía jubiloso a los comercios con las manos llenas de dinero confiando en comprar herramientas, ollas, martillos, guadañas y teteras, quedaba desolado al comprobar que el tendero se había visto obligado a cuadruplicar los precios para poder pagar el pan, la leche y los huevos. En aquel enfebrecido ambiente de hiperinflación, burgueses y campesinos comprendieron enseguida que el dinero no servía de nada y que había que comerciar intercambiando unos artículos por otros. Así pues, las antigüedades, los libros encuadernados en piel, las joyas y las obras de arte pasaron de manos de los burgueses a las de los campesinos a cambio de una ración de comida semanal. Durante la guerra, la corona austríaca se depreció hasta llegar a equivaler a una dieciseisava parte de su valor anterior debido a la desmesurada emisión de papel moneda por parte del gobierno para costear sus gastos, y en agosto de 1922 el papel moneda no valía prácticamente nada, puesto que el índice de precios aumentó hasta alcanzar un nivel catorce mil veces superior al de antes de la guerra.

Con la muerte de Kurt, las acciones de su factoría siderúrgica de Judenburg pasaron a su socio, Sebastian Danner, mientras que sus propiedades en Austria y su parte de los fondos de inversión de la familia se dividieron entre sus hermanos. Se reservó un millón de coronas para obras de caridad. Como albacea testamentario, a Paul se le ocurrió destinar dicha suma a la creación de huertos para pobres. Estaba convencido de que el cultivo de la tierra era una ocupación sanadora que mejoraría el bienestar físico y moral de los vieneses, los ayudaría a combatir el hambre y les ofrecería una alternativa sensata al bolchevismo, pero encontró muchas dificultades para conseguir su objetivo. Adquirir la tierra y determinar cómo

debía distribuirse demostraron ser problemas insalvables, y al final entregó el millón de coronas a burgueses honorables del ayuntamiento que no hicieron nada con él.

En Suiza, Gretl se quejaba de que se sentía sola, aislada de la familia e irritada por no tener ninguna ocupación útil ni forma alguna de demostrar su patriotismo. En realidad había hecho muchos amigos, entre los que se contaba la sobrina nieta de Napoleón, la princesa María de Grecia, que durante una temporada se alojó en el mismo hotel de Lucerna que ella. Al igual que muchas otras amistades de Jerome y Gretl, la princesa María tenía contactos en las altas esferas políticas y diplomáticas. Había sido amante de Aristide Briand, el primer ministro francés, y posteriormente le presentó a Gretl a Sigmund Freud, al que en un principio había acudido en busca de consejo para tratar su frigidez. Dondequiera que se encontraran Jerome y Gretl, ya fuera en Viena, Berlín, Londres o Berna, solían trabar amistad con el embajador o cónsul estadounidense en el lugar. Estos lazos, que desprenden un ligero aroma a espionaje, demostraron ser de suma utilidad con posterioridad.

Uno de los amigos de los Stonborough en Suiza era Pleasant Stovall, enviado y ministro plenipotenciario estadounidense, al que Gretl pidió ayuda para enviar un convoy ferroviario especial desde Suiza a Viena con 161.472 latas de leche condensada (valoradas en diez mil dólares) para los hambrientos niños del antiguo imperio. Al principio los funcionarios estadounidenses se oponían a que en el seno de Estados neutrales se realizara cualquier actividad en beneficio de Alemania o Austria, y Jerome amonestó a Gretl por hacerse notar intentándolo. Los diplomáticos estadounidenses recelaban de la estrecha amistad entre los Stonborough y la princesa María de Grecia, pero la pareja se ganó su confianza al asegurarles que iban a abandonar el hotel National. La administración estadounidense

tenía sus propios motivos para querer alimentar a los depauperados austríacos, y al final su legación en Suiza aceptó tender la mano a Gretl. La leche condensada que se había adquirido con su dinero era, en teoría, suficiente para alimentar a cuatro mil niños durante un mes, pero las autoridades austríacas nunca acusaron recibo de ella, y cabe preguntarse si, en una época de pillaje y hambruna, llegó alguna vez a su destino.

En agosto de 1919, nombraron a Gretl, para disgusto de su hermano Paul, representante especial de la Administración de Ayuda Estadounidense (ARA, de American Relief Administration), una organización gubernamental creada originalmente para abastecer a los aliados con los excedentes alimentarios de Estados Unidos bajo la consigna de *Food Will Win the War* («La comida ganará la guerra»). Tan pronto como regresó a Viena, Gretl se reunió con el presidente de la ARA, Herbert Hoover (que más tarde sería el trigesimoprimer presidente estadounidense), que trataba de distribuir quinientas mil toneladas de alimentos entre la hambrienta población de Austria. Para muchos la operación no debió de parecer más que un gesto amable, altruista y humanitario por parte de una nación conquistadora hacia su enemigo recién derrotado, pero el plan se había concebido en Washington con el objetivo político tácito de frenar el avance de la revolución comunista desde el este. Según la teoría de la Casa Blanca, una población hambrienta tenía más probabilidades de abrazar la ideología socialista que otra bien alimentada. Así pues, cuando en diciembre de 1919 la ARA la envió a Estados Unidos a fin de que colaborara en la recaudación de dinero para combatir el hambre en Austria, Gretl actuaba (a sabiendas o no) como agente del gobierno estadounidense en una operación oficial encubierta con la que se pretendía frenar la propagación del bolchevismo europeo.

Tensiones familiares

A principios de 1938, mientras Ludwig charlaba con Theodore Redpath, uno de sus alumnos de Cambridge, le preguntó: «“¿Has sufrido alguna tragedia en tu vida?”. “Depende de a qué te refieras con tragedia”, contestó Redpath. “Bueno, no me refiero a la muerte de tu abuela a los ochenta y cinco años”, explicó Ludwig. “Me refiero a suicidios, episodios de locura o disputas familiares”».[1]

Según esta definición, la de Ludwig era una vida trágica, al igual que la de todos los Wittgenstein. A medida que se incrementaban los suicidios y los episodios de locura en la familia, también se recrudecían las disputas. Ludwig y Gretl eran rivales. A él le molestaban el afán de control y los aires de superioridad de Gretl, que a su vez no soportaba el carácter irrespetuoso e indómito de su hermano. Cuando se eliminó del *palais* de Neuwaldegg toda influencia de Karl, Gretl estipuló que Ludwig no interviniera en la nueva decoración, puesto que la intransigencia de su gusto no era «ni siquiera lo más adecuado para una pésima ganga». En Suiza, Gretl se había sentido conmovida por las largas cartas que Paul le había escrito con la mano izquierda, pero antes incluso de regresar a Viena en junio de 1919 encontró un motivo para enzarzarse en una agria disputa con él.

El error de Paul consistía en haber autorizado, sin consultar a Gretl, la inversión en bonos de guerra de una gran parte de la fortuna que la familia tenía en el país. Aunque en gran medida la riqueza de Gretl estaba invertida en el mercado de valores estadounidense, había heredado una parte de los bienes de Kurt, que seguían en Viena bajo la supervisión de Paul, en su condición de cabeza de familia nominal. El valor de los bonos se desplomó

hasta tal punto que, cuando Gretl se enteró del asunto, valían menos que su precio como simple papel. La mayor parte de la fabulosa fortuna que los Wittgenstein tenían en el país se había perdido sin remedio. Gretl estaba furiosa por la pérdida, pero esa era, según ella, la menos importante de sus preocupaciones. Paul había sido «un verdadero insensato» al permitir que la historia llegara a los periódicos, lo cual temía que pudiera crearles problemas con las autoridades de Estados Unidos a ella y su marido, pues eran ciudadanos de aquel país. En una época en que trataba desesperadamente de demostrar sus leales credenciales norteamericanas a los diplomáticos de Berna, lo que menos le interesaba era que estos descubrieran que ella y su familia habían ofrecido apoyo económico al enemigo durante la guerra desde la neutral Suiza. Hecha una furia, escribió a Hermine: «El bueno de Paul se las ha arreglado para hacer un disparate tras otro adoptando la altanería de papá y sin pensar por un momento que me ha dejado en una situación espantosa».[2] Mientras tanto, Jerome daba vueltas por su habitación en un hotel suizo bufando como un toro: «¡Esta no es manera de hacer negocios!».[3]

«¡Y tiene razón! —insistía Gretl—. Y yo, como es lógico, siempre estaré del lado de Jerome.»[4]

Las relaciones entre Gretl y Paul no mejoraron con el regreso de aquella a Viena en junio. Jerome no quería ir, sino que, por el contrario, deseaba viajar a Estados Unidos desde Suiza. Se trasladaron a Austria porque ella insistió, pero cuando llegaron los ánimos estaban exaltados. Tras una ausencia de dos años escribió en su diario: «En la Alleegasse todo seguía igual que antes […] Tremendas discusiones sobre política con Paul todas las noches».[5] Paul criticaba su operación benéfica de la leche condensada y detestaba que trabajara para los estadounidenses. Desde el punto de vista político, Gretl era antibolchevique, pero defendía la nueva república

socialista de izquierdas de Austria. «Los austríacos están desesperados —lamentaba—; preferían la antigua dejadez al nuevo desorden, pero el nuevo desorden contiene simientes nuevas, a diferencia del antiguo…»[6] Con anterioridad había escrito a su hermana Hermine: «Siempre he sido de tendencia roja, y ahora me he vuelto aún más roja. Me temo que mis ideas son distintas de las vuestras y no sé si seré lo bastante sensata para morderme la lengua».[7] Mantener la boca cerrada no fue nunca una de las virtudes de Gretl, y su declarada «tendencia roja» no se avenía con el acérrimo monarquismo de derechas de Paul. Sin embargo, no podía atribuirse únicamente a la política la incapacidad de los Wittgenstein para llevarse bien entre sí, pues cualquier tema de conversación (arte, música, libros, dinero, proyectos personales) daba pie a discusiones y, sobre todo cuando los cinco hermanos y hermanas estaban juntos, la situación resultaba de lo más irritante. Ludwig escribió a Hermine:

> No está en la naturaleza de ninguno de los cinco hermanos ser sociable cuando estamos juntos. Tú eres capaz de mantener una conversación conmigo o con Gretl, pero es difícil para los tres juntos. Paul y Gretl, menos aún. Helene encaja bien con cualquiera de nosotros, pero ni a ti, ni a Helene, ni a mí se nos ocurriría nunca reunirnos. Somos ladrillos demasiado duros y afilados a los que resulta difícil encajar sin fisuras […] solo somos sociables entre nosotros cuando estamos disueltos entre amigos.[8]

La incompatibilidad social de los hermanos los obligaba a utilizar el *palais* como un hotel, a evitar en lo posible las actividades colectivas y a buscar habitaciones para celebrar reuniones privadas con sus invitados. Una invitada de Paul recordaba la tensión que se vivió en la Alleegasse cuando, después de comer, Ludwig pidió a su invitada, Marie Baumayer, que tocara el piano para él. Los dos se retiraron a una habitación contigua.

> Al oír la música en la habitación de al lado tuve ganas de escucharla más de cerca, pero supuse

que Lucki no soportaba a los intrusos. Y quizá menos aún a alguien que fuera amigo de Paul. El patriotismo y el orgullo familiar mantenían unidos a los Wittgenstein, pero cada hermano y hermana se aferraba con firmeza a sus propias ideas.[9]

Como centenares de miles de soldados austríacos, Ludwig permaneció cautivo en Italia mucho después del armisticio. Los italianos utilizaban a sus prisioneros como baza en las negociaciones para obtener territorios en disputa al norte del Piave. El cese de las hostilidades no sirvió para poner fin a la búsqueda personal de absolución que había emprendido Ludwig. Hasta en un campo de prisioneros de guerra mantuvo su determinación de someterse, al estilo de Jesucristo, a todo tipo de pruebas, lo que le llevó a rechazar los privilegios que le correspondían como oficial y a exigir a sus guardianes que lo trasladaran de la cárcel de oficiales a un cercano campo de prisioneros destinado a la tropa donde se había declarado una epidemia de tifus. Cuando los amigos bien relacionados de Suiza escribieron a los funcionarios del Vaticano para suplicarles que intercedieran por la liberación de Ludwig (por motivos humanitarios, ya que su madre había perdido tres vástagos y solo le quedaba en casa un hijo tullido), compareció ante un tribunal médico y dejó claro que no sería liberado antes que sus compañeros de cautiverio. Su instinto moral, su profunda seriedad, su llamativa apostura y su magnetismo personal atrajeron discípulos tanto en la prisión como en el campo de batalla. Uno de ellos, Franz Parak, que estaba preso con Ludwig en Monte Casino, veneraba al joven filósofo y acogía todas y cada una de sus afirmaciones con suspiros de admiración. Su actitud encolerizaba a Ludwig, que decía que ese soldado le recordaba a su madre y que, para pesar de Parak, no quiso volver a verlo una vez que fueron liberados.

A su llegada a Viena a finales de agosto de 1919, Ludwig acudió directamente a su banco para indicar que ya no quería su dinero y que tenía

intención de deshacerse de él. El director se alarmó (lo calificó de «suicidio financiero») y herr Trenkler, gestor de los bienes de la familia, se llevó las manos a la cabeza cuando Ludwig le pidió que preparara los documentos necesarios para que no quedara en su poder ni una corona. Ese mismo día, Ludwig había escrito a un amigo: «Por lo que respecta a mi estado mental, no me encuentro muy bien».[10] Estaba a todas luces en un estado lamentable, pero su decisión era inquebrantable y nadie podría disuadirle. Su familia también se inquietó muchísimo cuando les comunicó lo que tenía previsto hacer, aunque a Hermine le preocupaba más la nueva profesión que había elegido que su proyecto de ser pobre. «Que un hombre con una mente formada en la filosofía como la tuya trabaje de maestro de escuela es como utilizar un instrumento de precisión para abrir un cajón de embalaje», afirmó. Según parece, él respondió: «Me recuerdas a alguien que está mirando a través de una ventana cerrada y no puede explicarse los movimientos extraños de quien pasa por delante. No sabe qué tipo de tempestad hace estragos fuera ni que esa persona tal vez solo con mucho esfuerzo puede tenerse en pie».[11]

Tras la decisión de Ludwig de desembarazarse de su fortuna y dedicarse a la enseñanza se encontraba la influencia de Tolstói, pues cincuenta años atrás el gran novelista ruso se había desprendido de toda su fortuna de aristócrata para entregarse a una vida de abnegación ascética, esfuerzo y humildad. El mandamiento de Jesús de renunciar a la riqueza aparece como tal en el capítulo cuarto de *El Evangelio abreviado*: «No acumules bienes en la tierra. En la tierra el gusano roe, hay herrumbre y los ladrones roban».[12] Curiosamente, el texto de Tolstói no recoge ninguno de los pasajes bíblicos originales en los que Jesús exige que una persona entregue sus riquezas a los pobres. El más famoso de ellos aparece en el Evangelio de san Mateo, cuando Jesús dice a un joven rico: «Si quieres ser perfecto,

anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme».[13]

Ludwig decidió entregar su fortuna a sus tres ricos hermanos, Paul, Hermine y Helene. Gretl quedó excluida del reparto con el argumento de que era mucho más rica que los demás, ya que la mayor parte de su fortuna, invertida de forma segura en el mercado de valores estadounidense, no se había visto afectada por la nociva hiperinflación austríaca. Sin embargo, esto no se expresó de forma clara en aquel momento. Hermine, por ejemplo, creía que se había excluido a Gretl sencillamente porque no se llevaba bien con Ludwig. Se ha conjeturado que este entregó su fortuna a sus hermanos (en lugar de a los pobres) por conveniencia, puesto que gran parte de ella estaba invertida en propiedades inmobiliarias compartidas. Puede que esto sea cierto en parte, pero también es verdad que Ludwig creía que el dinero corrompía y que, como sus hermanas ya tenían tanto, difícilmente podrían corromperse más.

En la disputa que se desencadenó acerca del dinero de Ludwig participó toda la familia. El tío Paul, hermano mayor de Karl, estaba enfadado con los sobrinos que habían aceptado el dinero de Ludwig y los acusaba de aprovecharse de su hermano menor, que sin duda estaba enfermo. Insistió en que deberían haberlo invertido en secreto en algún fondo por si Ludwig cambiaba de opinión y quería recuperarlo. Hermine, que reconocía hacer «cualquier cosa por satisfacer los deseos de Ludwig hasta el detalle más ínfimo»,[14] sostenía que, conociendo mejor el estado mental en que se encontraba su hermano, no le había quedado más alternativa que hacer lo que pedía. El tío Paul, que adoraba sus posesiones hasta el punto de que dejó instrucciones de que se enterraran algunas de ellas con él en su ataúd, no podía ni quería comprender a sus sobrinos y, lleno de indignación, se

distanció de aquellos a quienes acusaba de haberse aprovechado de la locura de Ludwig.

Antisemitismo

En Viena, la amenaza de que los bolcheviques tomaran el poder parecía muy real. Según Paul, la Revolución rusa «empezó con los judíos […] Bajo el régimen zarista se les persiguió, y al menos los más pobres se han aprovechado de su derrocamiento y, al igual que en Viena, constituyen una parte importante de la clase dirigente».[15] Antes de la guerra había en Viena muchos judíos (según algunas estimaciones, el diez por ciento de la población), cuyo número se incrementó sobremanera durante el conflicto y en los meses inmediatamente posteriores. Una multitud de judíos de Galitzia había buscado refugio en la ciudad huyendo de la invasión rusa de Polonia, y en 1919 llegaron aún más desde Hungría tras la caída del dirigente bolchevique judío Béla Kun. Durante el breve período en que este tuvo el poder aplicó una política represiva, y tras su expulsión todos los judíos húngaros (no solo quienes habían participado en su régimen) sufrieron brutales represalias. Muchos de ellos, incluido el propio Kun, huyeron a Austria. En la capital austríaca y en Berlín trató sin éxito de promover una revolución marxista. Kun acabó sus días en la Unión Soviética, donde murió a manos de asesinos a las órdenes de Stalin.

La llegada a Viena de Kun y sus conspiradores comunistas no sirvió en absoluto para disipar entre los vieneses la sospecha de que el movimiento bolchevique estaba dirigido por judíos y que en cualquier momento podía

tomar las riendas del poder en Austria. Este miedo desembocó en un evidente incremento del antisemitismo en Viena. En *Mi lucha* Hitler se preguntaba:

> ¿Es que había un solo caso de escándalo o de infamia, especialmente en lo relacionado con la vida cultural, donde no estuviese complicado por lo menos un judío? Quien, cautelosamente, abriese el tumor, habría de encontrar algún judío. Esto es tan fatal como la existencia de gusanos en los cuerpos putrefactos.[16]

En su autobiografía de 1924 Hitler afirmaba que, si bien era consciente desde joven de la «peste moral» que los judíos propagaban a través de la prensa, el arte, la literatura, el teatro y la trata de blancas («Peor que la devastadora peste negra de 1348»), fue al descubrir el alcance de su participación en la política vienesa cuando vivió su particular camino de Damasco. «Ante este descubrimiento, se me cayó la venda de los ojos —escribió—. La larga lucha que mantuve conmigo mismo había llegado a su punto final […] El conocimiento [de que los judíos eran responsables del comunismo] dio pie a la más honda transformación ideológica operada en mi vida: de débil cosmopolita me convertí en antijudío fanático.»[17]

Así fue como este «débil cosmopolita» de la Alta Austria decidió, en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, que la gran misión de su vida debía ser la de librar al mundo de un «microbio nocivo»:

> Si el judío, con la ayuda de su credo socialdemócrata, o bien, del marxismo, llegase a conquistar las naciones del mundo, su triunfo sería entonces la corona fúnebre y la muerte de la Humanidad. […] Por eso creo ahora que, al defenderme del judío, lucho por la obra del Supremo Creador.[18]

Hoy día no hacemos grandes diferencias entre el antisemitismo de un chiste o una crítica dirigida contra el conjunto de los judíos y el antisemitismo de los autos de fe medievales y los campos de exterminio

nazis; se considera que uno deriva del otro del mismo modo que la noche sigue al día. No entraremos en este tema, pero obsérvese que en Viena, mucho antes de que Hitler ejerciera ningún poder ni influencia, el primer tipo de antisemitismo (es decir, la murmuración generalizada contra los judíos) era muy habitual y que la administración austríaca, hasta hoy, distingue entre el antisemitismo salvaje de Hitler y el denominado «antisemitismo caballeroso» de la Viena de principios del siglo XX, que encarna el mayor Karl Lueger, cuyo apellido se conmemora en la Viena moderna en calles y plazas, como la Dr. Karl Lueger Ring o la Dr. Karl Lueger Platz; en la iglesia del Dr. Karl Lueger, situada en Zentralfriedhof, y en un destacado monumento a Karl Lueger ubicado al principio de la Stubenring.

Los Wittgenstein no eran antisemitas en el sentido hitleriano del término, puesto que, al igual que su héroe, el filósofo antisemita judío Otto Weininger, detestaban toda forma de persecución. No obstante, fuera del contexto de su época, en la actualidad su actitud hacia los judíos se consideraría dudosa. El abuelo, Hermann Christian Wittgenstein, no quería que sus hijos se casaran con judíos. Su hijo Karl subrayaba que, «en cuestiones de honor, no debe consultarse a un judío».[19] En una carta de Hermine dirigida a Ludwig encontramos la acotación informal de que «la mujer es particularmente simpática, aunque, claro está, es judía»,[20] porque ella creía que «las razas aria y judía son diametralmente opuestas por lo que se refiere a méritos y deficiencias, y están obligadas a enfrentarse, ya sea a las claras o a hurtadillas».[21] Al igual que su padre, Paul creía que «el corazón de todos los judíos esconde falsedad»,[22] y su amiga Marga Deneke explicaba que, «si alguna vez [Paul] nombraba a los judíos, lo hacía con el odio que un perro siente hacia un lobo».[23] Ludwig, muy influido por el antisemitismo meticulosamente elaborado de

Weininger, no tenía «nada que ver con los judíos comunistas».[24] Creía que los judíos en general eran «criaturas antinaturales»[25] por haber vivido en «estados extranjeros, bajo legislación extranjera y con condiciones de vida y restricciones extranjeras», y (de nuevo igual que Weininger y que, en el siglo anterior, Richard Wagner) consideraba que los judíos eran incapaces de crear arte «original» (en contraposición al arte «imitativo»). En diciembre de 1929 anotó un sueño que tuvo: un chófer judío disparaba una ametralladora y mataba a un ciclista y a una joven con aspecto de pobre. En el sueño, Ludwig se preguntaba: «¿Ha de haber un judío detrás de toda indecencia?».[26]

En un pasaje que resulta inquietante por recordar inquietantemente a cierta retórica de Hitler en *Mi lucha*, Ludwig comparaba al pueblo judío con una *beule* de la sociedad austríaca.[27] Desde entonces los especialistas en Wittgenstein han debatido qué quiso decir con esta palabra alemana que significa «tumefacción», «forúnculo», «pústula», «tumor», «bulto» o «hinchazón». En todo caso, está claro que no era un cumplido.

Vida sexual

Con respecto a la vida sexual de las tres hermanas Wittgenstein, podría resumirse sucintamente del siguiente modo: Gretl se mostraba distante en ese aspecto y, al igual que su amiga la princesa María de Grecia, quizá buscó el consejo de Freud. Hermine (se supone) nunca tuvo experiencias y a buen seguro retrocedía ante la mera idea de tenerlas. Helene pasa por ser la que, de los ocho hermanos, tuvo una vida sexual más normal. Tuvo

cuatro hijos (el primero nació en 1900) y se llevó un disgusto cuando, en 1919, unos veinte años después de su boda con Max Salzer, descubrió que estaba otra vez embarazada.

De la vida erótica de Paul se sabe muy poco hasta los primeros años de la década de 1930. Era consciente de que algún día se escribiría sobre él y, como protegía con celo neurótico su intimidad, hizo todo lo posible por no dejar huellas para futuras investigaciones manteniendo su vida en el mayor secreto posible incluso ante sus hermanos y hermanas. «En realidad —recordaba años después su sobrino, Ji Stonborough—, llevó dos o tres vidas, de las que nosotros, la familia, no conocíamos más que una.»[28] En la década de 1950 los magnates de Hollywood se dirigieron a él porque querían hacer una película sobre su vida y Paul les dijo que le dejaran en paz. Algún tiempo después, cuando un escritor recurrió a él en busca de ayuda para escribir una biografía de su hermano, Paul replicó en tono cortante y no ofreció el menor apoyo:

> En relación con la biografía de mi hermano: creo sinceramente que Ludwig se hubiera opuesto a CUALQUIER biografía. Pues la biografía es indiscreción. Una biografía sin indiscreción no vale la pena. Pero, como hay que escribir la biografía de todos los hombres destacados, supongo que mi hermano tendrá que padecer esa misma indignidad. En todo caso, es mejor que los hechos sean ciertos antes que falsos o, peor aún, meros rumores absurdos.[29]

Paul dejó claro que no deseaba que se escribiera ninguna biografía suya, a menos que estuviera dedicada en exclusiva a su vida artística. No queda apenas nada de la correspondencia que recibió (exceptuando algunas cartas de músicos y compositores, así como una pila incompleta de las remitidas por su hermano Ludwig). Tal vez haya en algún lugar otras cartas personales y aparezcan en algún momento, aunque se sospecha que se destruyeron de acuerdo con su deseo de mantener su vida en el ámbito de lo privado. Así pues, ¿qué puede decirse de la vida sexual de Paul antes de

1930? No cabe duda de que era heterosexual y, como se deduce de ciertos comentarios que Hermine hizo en sus cartas dirigidas a Ludwig, resultaba atractivo a las mujeres y se sentía atraído por muchas de ellas.

Al parecer las mujeres vienesas eran particularmente seductoras en los primeros años del siglo XX, cuando Paul alcanzó la pubertad. En la guía sobre Viena y los vieneses escrita en 1902 por María Hornor Lansdale aparece la siguiente descripción:

> Observe atentamente a los transeúntes en cualquier calle vienesa […] Las mujeres poseen la vivacidad de las razas eslovenas; tienen una cabellera espléndida y los dientes parejos y blancos como la leche; están bien formadas, son esbeltas y nerviosas; tienen los pies bonitos, con el empeine bien arqueado, nada que ver con las patas de ganso de las bávaras y las pezuñas de elefante de las prusianas.[30]

Según Ji Stonborough, Paul «tuvo innumerables amantes, todas ellas de la escoria de uno u otro país. Los criados estaban al tanto, pero nosotros, la familia, apenas sospechábamos nada. Compraba apartamentos a sus amantes».[31] Tal vez Stonborough se delate al afirmar que la familia apenas sospechaba nada. Entonces, ¿cómo lo sabía él? Posteriormente Ji reconoció: «Paul me desagradaba profundamente y, lo admito, tampoco me gustaba mucho Ludwig».[32]

Por supuesto, es posible que Paul mantuviera a sus amantes y les comprara apartamentos, pues era una práctica habitual entre los solteros vieneses ricos de su época. También es posible (aunque no hay ninguna prueba) que frecuentara prostitutas antes de la guerra. En aquel entonces, en Viena «se ofrecía mercancía femenina a todas horas y a cualquier precio, y cabe decir que a un hombre le costaba tan poco tiempo y esfuerzo comprar a una mujer para un cuarto de hora, una hora o una noche como un paquete de tabaco o un periódico».[33] El autor de estas líneas es Stefan Zweig, que perteneció a la misma generación que Paul, se crió en la misma ciudad,

recibió similar educación y se movió en círculos sociales semejantes. En su autobiografía, *El mundo de ayer*, Zweig describe el velo de pseudomoralidad que reprimía las relaciones sexuales normales entre los jóvenes vieneses y desembocó en un incremento espectacular de la prostitución y los casos de sífilis en la ciudad:

> Trato de ser fiel a mi memoria y apenas recuerdo a un solo compañero de mis años de juventud que no hubiera aparecido alguna vez con la cara pálida y la mirada alterada: fulano, porque estaba enfermo o temía enfermar; mengano, porque lo chantajeaban con un aborto; zutano, porque no tenía dinero para un tratamiento sin que se enterara la familia; el cuarto, porque no sabía cómo pagar los alimentos de un hijo que le endosaba una camarera; el quinto, porque le habían robado la cartera en un burdel y no se atrevía a denunciarlo.[34]

Zweig también refleja que, para disuadir a sus hijos de que acudieran a los prostíbulos, los padres vieneses de determinada clase social contrataban a criadas jóvenes y guapas cuya misión consistía en iniciarlos en las experiencias sexuales. No hay forma de averiguar si Karl adoptó este método con Hans, Kurt, Rudi, Paul o Ludwig; debemos dejarnos llevar por las corazonadas.

Por lo que respecta a la vida erótica de Ludwig, ha sido objeto de un encendido y enconado debate en los años transcurridos desde su muerte. Al igual que a su hermana Gretl, parece que la excitación sexual le resultaba perturbadora, y tras descubrir *El Evangelio abreviado* de Tolstói le complacía tratar por todos los medios de seguir al pie de la letra el mandamiento escrito en el capítulo 4: «No cometas adulterio […] Todo libertinaje destruye el alma y por eso es mejor renunciar a los placeres de la carne que destruir la propia vida».[35] En 1931 propuso matrimonio a una mujer suiza, Marguerite Respinger, con la condición de que no mantendrían relaciones sexuales.

Poco después de la muerte de Ludwig, los guardianes de su memoria y

los propietarios de sus derechos ocultaron en sus archivos las pruebas que pudieran demostrar que fue homosexual. Como escribió uno de ellos, «si apretando un botón hubiéramos podido conseguir que la gente no se interesara por la vida personal [de Ludwig], yo lo habría apretado».[36] En 1973 William Warren Bartley III, profesor de la Universidad Estatal de California, publicó, sin solicitar la autorización de los herederos de Wittgenstein, un libro sobre Ludwig en el que se afirmaba que, cuando cursaba magisterio en Viena, paseaba habitualmente por el famoso parque del Prater, donde «jóvenes rudos estaban dispuestos a satisfacer su sexualidad. Una vez que encontró este lugar, Wittgenstein descubrió con horror que difícilmente podía apartarse de allí».[37] Al profesor Bartley le llovieron los reproches. Entre los que se sumaron al jaleo estaba Ji Stonborough, que trató de obtener una orden judicial para impedir la publicación del libro, al tiempo que enviaba un artículo grandilocuente a la revista *Human World*, en el que amenazaba con vomitar en el sombrero del editor, describía la obra como «un libro obsceno y denigrante […] un fárrago de mentiras y paparruchas»,[38] y tildaba al autor de «canalla desaseado y lascivo». De todos modos, la indignación de Stonborough no consiguió zanjar la cuestión. Mientras preparaba su exhaustiva biografía del filósofo, *Ludwig Wittgenstein: el deber de un genio* (1990), Ray Monk tuvo acceso a las denominadas «anotaciones en clave» de los diarios de Wittgenstein. Entre ellas encontró la confesión de una relación sexual con un amigo, Francis Skinner, en 1937: «Me acosté con él dos o tres veces. Siempre al principio con la sensación de que no había nada malo en ello, a continuación, con vergüenza».[39] Otra cuestión muy distinta es si esto sirve para afirmar que Ludwig practicó actos homosexuales con jóvenes rudos en el Prater diecisiete años antes. Lamentablemente, el profesor Bartley se negó a revelar la fuente de sus informaciones y ahora está

muerto, de manera que, aunque algunos siguen sin creerlo, otros (el más destacado de los cuales es Ray Monk) sostienen que, si alguna vez tuvieron lugar esas visitas compulsivas de Ludwig al parque, lo más probable es que su conducta allí no fuera la de un participante, sino la de un *voyeur*.

Un poco de enseñanza

La campaña que los Stonborough llevaron a cabo en Estados Unidos para recaudar dinero con el que combatir la hambruna austríaca no fue del todo fructífera. Cuando llegaron en diciembre de 1919, Jerome realizó una amplia declaración al *New York Times* y el *Chicago Tribune* describió a Gretl como una condesa austríaca, lo que les hizo bastante gracia, pero pronto descubrieron que la mayoría de los germano-estadounidenses cristianos y judíos a quienes acudían se mostraban reacios a dar dinero a antiguos enemigos de Estados Unidos, y Jerome, que tantos deseos había sentido de regresar a su tierra natal, se sumió en una profunda depresión y paranoia nerviosa a los pocos días de llegar a Nueva York. Cada dos por tres amenazaba con suicidarse. Gretl, desesperada, hizo que un celador de un hospital psiquiátrico lo tuviera vigilado en todo momento. La conducta neurótica de Jerome se prolongó durante dos meses. Solo en febrero empezó a dar leves muestras de mejoría, pero Gretl seguía sintiéndose «muy desgraciada a causa de su estado» y escribió a Hermine que «durante el día estaba casi normal; solo las noches continúan siendo terribles».[40]

En Estados Unidos los Stonborough debieron de decidir que su matrimonio había concluido por fin, ya que cuando regresaron a Viena en

julio de 1920 Gretl se alojó en un apartamento del *palais* Schönbrunn y Jerome alquiló un piso en el *palais* Erdödy, donde tenía por vecino a Albert Henry Washburn, el embajador estadounidense en Austria. Jerome se cansó enseguida de Viena y se buscó un piso muy caro en París. Con el paso del tiempo los Stonborough habían acumulado muchos secretos. En sus memorias Hermine no revela por qué un día se presentó en casa de Gretl un chantajista «un tanto trastornado» que amenazó con arrojarle un cartucho de dinamita si no seguía pagándole, pero este episodio se aportaba como ejemplo del valor de su hermana, ya que esta dijo al extorsionista que siguiera adelante con su plan y le arrojara el explosivo, pues no tenía miedo.

Dado que Jerome pasaba la mayor parte del tiempo comprando obras de arte en París y su hijo mayor, Thomas, estudiaba en la Universidad de Cambridge, Gretl decidió adoptar un niño para que hiciera compañía a Ji, que contaba entonces once años. En enero de 1924 viajó a Berlín y regresó no con uno, sino con dos jóvenes aristócratas. Eran hermanos; su padre había muerto en la guerra y su madre, que había caído en la pobreza, estaba enferma. Jochen y Wedigo von Zastrow tenían doce y trece años respectivamente, y a Ji le costó congeniar con ellos. Cuando Jerome se enteró, se enfadó mucho con Gretl, y durante casi seis años se negó a dirigir la palabra a los Von Zastrow e incluso actuó como si no existieran.

En Viena Gretl veía poco a su hermana mayor, ya que Hermine, a pesar de su baja autoestima, no atendía los consejos de nadie. Si alguna vez había alimentado seriamente la idea de casarse y formar una familia, ahora descubría que a buen seguro había perdido el tren. En diciembre de 1919 tenía cuarenta y cinco años y era más consciente que nunca de que su destino era convertirse en una especie de criada: cuidar de su anciana madre (quien la irritaba sin cesar), ofrecer socorro emocional a sus hermanos menores (de los que estaba un poco celosa), mantener el *palais* siempre

abierto para sus invitados y tener listo Hochreit para que sus sobrinos Salzer, Stonborough y Von Zastrow disfrutaran de sus largas vacaciones veraniegas. Hermine llevaba una vida solitaria, y lo acusaba. Cuando le pareció que sus hermanos no manifestaban suficiente entusiasmo por sus dibujos, los hizo pedazos desesperanzada y dejó de pintar por un tiempo aduciendo que era un pasatiempo «absurdo y egocéntrico». Para obligarse a salir de la casa e imbuir a su vida de algún propósito se buscó un trabajo de maestra en una escuela infantil para huérfanos de víctimas de la guerra. Esto la llevó poco después a crear el Instituto Profesional para Jóvenes en un antiguo hospital militar de Grinzig. Durante diecisiete años esta iniciativa le costó varios centenares de miles de coronas y a menudo perdía el control de los chicos, pero era un trabajo que la mantenía alejada de su madre y, aunque no le entusiasmaba, le ofrecía consuelo y distracción de una vida por lo demás vacía.

Fiel a su palabra, Ludwig pasó los años de la posguerra ejerciendo de humilde maestro. Tras haber concluido un curso de formación en la Kundmanngasse, aceptó un empleo para las vacaciones del verano de 1920 como ayudante de jardinería en un monasterio de Klosterneuberg, donde dormía en un cobertizo. A principios del mes de septiembre solicitó, con un nombre falso, un puesto docente en Reichenau y lo consiguió, pero lo rechazaron cuando descubrieron su identidad. Pronto circuló el rumor de que el loco de Ludwig había renegado de la familia. Cuando Paul se enteró, le envió una paternal carta de reproche:

> Está fuera de lugar, absolutamente fuera de lugar, que alguien que lleva nuestro apellido y cuya educación elegante y refinada se aprecia a miles de metros de distancia no se identifique como miembro de nuestra familia. Ni siquiera cambiando tu nombre como una *ultima ratio* conseguirás nada. Por duro que pueda parecer, es un hecho que debes aceptar y al que, por cruel que pueda resultar, tendrás que acostumbrarte.[41]

Ludwig no respondió, y tres días después Paul le envió un «suplemento»:

> Ya señalé en la carta […] que era inevitable que tus orígenes y la familia a la que perteneces llegaran a ser de conocimiento público. Si no hubiera sido Mautner [la esposa del antiguo empleado de Karl Wittgenstein], habría sido el leñador que trabajó para nosotros en Hochreit; o el maestro que una vez estuvo empleado en la Alleegasse, o un camarero del bar que habría sido camarero del hotel de Kladno o de la taberna de Miesenbach, o un obrero al que en el pasado hubiera contratado el tío Louis en Koritschan o en Friesach, o una campesina que hubiera sido lechera en la Trauch y te reconociera, o cualquier otro tipo de posibilidad. No hace falta que te diga que no puedes simular ni disimular nada, incluida la educación refinada. Precisamente por esta razón habría sido más sensato que hubieras dicho quién y qué eras. Entonces habrías restado fuerza desde el principio a esos rumores desmedidos.[42]

En noviembre de 1920, cuando Ludwig recibió las cartas de su hermano, fue contratado de nuevo (con su verdadero nombre) como maestro de escuela en la diminuta aldea montañosa de Trattenbach, donde permaneció dos años. Luego impartió clases en Hassbach, cerca de Neunkirchen, durante un breve período; en Puchberg-am-Schneeberg durante otros dos años, y finalmente, desde noviembre de 1924 hasta abril de 1926, en una pequeña escuela primaria de la aldea de Otterthal, en la Baja Austria.

Durante toda esa época comió y bebió poco y siguió llevando su viejo uniforme del ejército casi a diario. «¿Para qué preocuparos del vestido? —pregunta *El Evangelio abreviado* de Tolstói—. No os esforcéis ni esmeréis por ello, ni digáis que es necesario pensar en lo que vamos a comer y en lo que nos pondremos.»[43] Consciente de su propensión a discutir con sus hermanos, se mantuvo la mayor parte del tiempo alejado de ellos.

> Pero yo os digo [reza *El Evangelio abreviado*] que merece ser juzgado todo el que se encolerice con su hermano. Y más culpable es quien dice una palabra enojosa a su hermano […] Este es el primer mandamiento: No os enojéis, no os injuriéis y, si os habéis injuriado, haced las paces y obrad para que ningún hombre esté ofendido con vosotros.[44]

Aquellos fueron unos años malos para Ludwig. Se sintió más atormentado que nunca por sus demonios, desazonado por los recuerdos de la guerra y apesadumbrado por la muerte de su mejor amigo. «Pienso todos los días en Pinsent. Se llevó consigo la mitad de mi vida. Y el diablo se llevará la otra mitad.»[45] Este lúgubre estado de ánimo se aprecia en las cartas que envió a Paul Engelmann, un amigo del ejército con quien compartía intereses intelectuales, y en las que se confiaba a él. «He pensado sin cesar en quitarme la vida, y la idea todavía me ronda de vez en cuando. Me he hundido hasta lo más bajo»[46] o «Me encuentro en un estado de ánimo espantoso para mí».[47] Esperaba y creía que la enseñanza le salvaría; necesitaba trabajar todos los días «o de lo contrario se desatarán en mi interior todos los demonios del infierno».[48] Como de costumbre, el autodesprecio le consumía y se tildó ante Engelmann de «moralmente muerto», «abyecto», «estúpido y corrupto», y, pese al mandamiento de Tolstói, detestaba a la mayor parte de las personas que lo rodeaban. Los habitantes de Trattenbach eran «odiosos, inútiles e irresponsables»; los de Otterthal, «inhumanos», y los de Hassbach, «gusanos repulsivos».[49]

En noviembre de 1922 el *Tractatus logico-philosophicus*, el tratado metafísico en el que había trabajado de forma intermitente a lo largo de la guerra, vio por fin la luz en una edición bilingüe —con el texto alemán y su versión inglesa en paralelo—, con una introducción de Bertrand Russell. Sus amigos filósofos, que de inmediato quedaron perplejos y profundamente impresionados, le rogaron que abandonara la enseñanza y regresara a Cambridge. Ludwig era consciente de que todo el mundo malinterpretaría su obra, pese a su brevedad y estructura sencilla, y eso le irritaba. La principal dificultad del *Tractatus* se derivaba de la categórica negativa de su autor a definir los términos que empleaba o a aclarar sus observaciones mediante ejemplos. Trató de explicar su significado a Paul

Engelmann, que más tarde reconocería que «excedía con mucho mi capacidad mental».[50] George Moore, su antiguo colega de Cambridge, leyó la obra con él línea a línea, pero en cuanto se separó del autor descubrió que estaba desconcertado y se sentía incapaz de explicársela a alguien. En última instancia, Moore tuvo que admitir que era la indomable fuerza de la voluntad de Ludwig lo que le convenció de que su amigo debía de estar en lo cierto, tanto si él era o no capaz de entenderlo.

Ni siquiera Gottlob Frege, el gran lógico alemán, al que Ludwig había enviado un ejemplar en el verano de 1919, consiguió pasar de la primera página y, frustrado, escribió a Ludwig: «Ya ves, desde el principio mismo me veo enredado en la duda acerca de qué es lo que quieres decir y no logro avanzar con ella».[51] Ludwig se quejó a Russell: «No entiende ni una sola palabra […] ¡es MUY DURO no ser comprendido por nadie!».[52] Sin embargo, Russell también se vio obligado a reconocer que, después de varias lecturas, había muchos aspectos «importantes» que seguía siendo incapaz de comprender. Ludwig trató de explicárselos, pero no lo consiguió del todo. Más adelante quiso eliminar de la primera edición de la obra la introducción explicativa de Russell argumentando que, al menos en su traducción al alemán, no transmitía nada más que «superficialidad e incomprensión».[53] En su diario, Ludwig anotó una pesadilla que tuvo: la gente no lograba comprender lo que decía y él, no obstante, seguía siendo incapaz de exponer con claridad su pensamiento. Para mayor irritación de Ludwig, la tesis central del *Tractatus logico-philosophicus*, que tenía que ver con las limitaciones del lenguaje, parecía demostrarse con excesiva claridad mediante la propia impenetrabilidad de la obra. Al final del *Tractatus* Ludwig escribió:

> Mis proposiciones esclarecen así: quien me entiende las reconoce al final como absurdas,

cuando a través de ellas —sobre ellas— ha salido fuera de ellas. (Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella.)[54]

Las cosas no quedaban más claras con la explicación que dio a su amigo Ludwig von Ficker: «Mi obra se compone de dos partes: de la que aquí aparece, y de todo aquello que no he escrito. Y precisamente esta segunda parte es la importante».[55] Frank Ramsey, el joven filósofo y matemático de Cambridge, viajó hasta Puchberg para analizar en profundidad la obra con él, y ambos dedicaron entre cuatro y cinco esforzadas horas diarias a recorrerla punto por punto. Al cabo de dos días no habían pasado de las siete primeras páginas. Ramsey escribió a su madre desde Austria:

Es terrible cuando dice «¿Está claro esto?», y yo digo «No», y él dice «¡Caray!, es horroroso tener que analizarlo otra vez». En ocasiones dice: «Ahora no lo entiendo; tenemos que dejarlo». A menudo olvida el significado de lo que escribió hace menos de cinco minutos […] Algunas de sus frases son deliberadamente ambiguas porque tienen un significado ordinario y otro, más difícil, que también suscribe.[56]

Sin desanimarse, Ramsey regresó a Cambridge desconcertado y exhausto, pero, por el momento, siendo un discípulo confeso de Wittgenstein. En el número de julio de 1924 de la revista de filosofía *Mind*, escribió una reseña entusiasta. «Vivimos sin duda en una época fabulosa para el pensamiento —añadió en una carta escrita aquel mismo verano—, en la que viven Einstein, Freud y Wittgenstein, todos ellos en Alemania o Austria, ¡los enemigos de la civilización!»[57]

Al igual que Russell, Moore, Engelmann y otros, Ramsey había sucumbido al hechizo de la imponente apostura, los modales y la personalidad persuasiva de Ludwig. La gran industria de la exégesis de Wittgenstein nació de estos modestos orígenes. Desde entonces se han escrito millares de libros para explicar el significado del *Tractatus*, cada

uno distinto del anterior. El propio Ludwig renegaría más tarde de algunas partes de él en su obra *Investigaciones filosóficas*, publicada póstumamente. Aun así, esta obra escueta y aforística de la Primera Guerra Mundial sigue aportando al mundo de la filosofía grandes dosis de tejido fibroso para mascar, y al menos en este sentido la influencia del Wittgenstein filósofo ha sido considerable.

Como es natural, hubo en aquella época (y todavía los hay) muchos escépticos; son aquellos que ponen los ojos en blanco y mascullan: «¡El traje nuevo del emperador!». Los tíos y primos austríacos de Ludwig se contaban entre los que menos impresionados estaban. Muchos de ellos se sentían abochornados por lo que entendían que era una conducta excéntrica y consideraban perverso que él, el inocentón de la familia (un maestro de escuela), recibiera en el extranjero los honores de gran filósofo. «Sacudiendo la cabeza se divertían por el hecho de que el mundo se dejara engañar por los bufones de su familia, de que aquel inútil se hiciera de pronto célebre en Inglaterra y se convirtiera en una eminencia intelectual.»[58]

La familia más directa seguía preocupada por él, pero Ludwig se había apartado de ellos, se negaba a responder a sus cartas y a menudo devolvía sin abrir los paquetes de comida que Paul y Hermine le enviaban. El mejor modo de llegar hasta él era confabulándose secretamente con sus amigos. Uno de ellos era el doctor Hänsel, a quien Ludwig había conocido durante su cautiverio italiano y al que ahora trataba como una especie de mentor y ordenanza al mismo tiempo: por una parte, le pedía consejo, y por otra, le ordenaba que le enviara libros y provisiones y le mandaba a hacer recados a diario. Otro de los pecados del profesor William Bartley III fue haber revelado en su libro sobre Wittgenstein que el moralmente noble doctor Hänsel era el autor de un polémico tratado, *Die Jugend und die leibliche*

Liebe (La juventud y el amor carnal), que arremetía contra la homosexualidad y la masturbación. Hermine, que jamás habría leído un libro semejante, mantenía correspondencia con él acerca de su hermano menor y siempre le agradecía sus tranquilizadoras respuestas. «No es fácil tener un santo por hermano —le dijo ella—. Hay un proverbio inglés que reza: “Es preferible un perro vivo a un león muerto”, a lo que yo añadiría que preferiría tener por hermano a una persona feliz que a un santo desgraciado.»[59]

En noviembre de 1923, Paul, que consideraba que el corazón era más importante que el intelecto, se llevó un gran disgusto al enterarse de que Ludwig padecía una dolorosa úlcera de colon y, consciente de que no podía hacer directamente nada por él, se dirigió con cautela a Rudolf Koder, un amigo de Ludwig:

> Estimado señor Koder:
>
> Tengo que pedirle un favor y me complacería mucho que pudiera ayudarme. Mi hermano Ludwig padece una inflamación del colon, que es muy peligrosa si se deja sin tratamiento durante un período demasiado prolongado porque debilita el organismo y afecta a los nervios, y es aún peor si el enfermo está cansado o nervioso. A causa de ello mi hermano tiene un aspecto lamentable, está abatido y agotado. Todo esto podría remediarse con una dieta especial. El médico dice que, por ejemplo, debería comer gachas y sopa de cebada en abundancia, y que no debería andar demasiado, sino descansar y estar tranquilo, pero Ludwig se queja de que todo este asunto es muy costoso y le causa demasiadas molestias.
>
> ¿Puedo pedirle, estimado señor Koder, que ejerza algún tipo de influencia en él para convencerlo de que siga esta dieta? Como es lógico, no debe usted decirle que se lo he pedido yo. Debe preguntarle como amigo qué tal se encuentra y a continuación decirle lo que debería comer y que tenga cuidado con las graves consecuencias de su enfermedad. Si su criado no puede preparar las gachas, yo estaría dispuesto a enviarle a usted todos los ingredientes necesarios, querido señor Koder, y así tal vez él creyera que los había conseguido usted solo. No creo que sea muy difícil obtener los ingredientes para un plato tan sencillo. Confío en sus habilidades diplomáticas. Le quedaríamos profundamente agradecidos por ello. Lamento molestarle, pero no encuentro ningún otro modo de hacerlo. Tal vez usted, con su buena influencia, consiga lo que mi hermana y yo hemos sido incapaces de lograr.
>
> Agradecido de antemano, PW.[60]

Años después, un anciano de Kirchberg recordaba a Ludwig como «aquel joven loco de remate que quería enseñar matemática superior a los niños de nuestra escuela primaria».[61] Los demás, en concreto sus alumnos más brillantes, lo recordaban con afecto como un profesor sobresaliente. Les enseñó estilos arquitectónicos, botánica y geología; les llevó un microscopio desde Viena e hizo maquetas de locomotoras de vapor; les enseñó a diseccionar una ardilla y a separar la carne de un zorro con el fin de volver a ensamblar su esqueleto. No obstante, pese a su entusiasmo y capacidad, Ludwig era un profesor tiránico, impaciente y a menudo violento. Una alumna a la que había tirado del pelo en un arrebato de ira descubrió aquella misma noche, mientras se peinaba, que se le caía a mechones; a otra le pegó tan fuerte que sangró por los oídos. En abril de 1926 propinó varios golpes en la cabeza a un chico débil y poco inteligente de once años, que se desplomó inconsciente. Aterrorizado, Ludwig interrumpió la clase y, cuando lo llevaba en brazos hasta el director, se topó con el padre de la niña a la que había hecho sangrar por los oídos. El hombre perdió los nervios, acusó a Ludwig de ser una especie de adiestrador de animales más que un profesor e insistió en llamar a la policía. Mientras se apresuraba a dar la alarma, Ludwig depositó al niño inconsciente en el suelo y se largó del pueblo. Muy pronto los representantes de la ley lo alcanzaron y se le conminó a presentarse el 17 de mayo en el juzgado del distrito de Gloggnitz. En el juicio mintió al tribunal (cosa de la que se arrepentiría profundamente durante el resto de su vida) y el juez, sospechando que tal vez estuviera demasiado trastornado para ser responsable de sus actos, ordenó un aplazamiento hasta que el acusado se hubiera sometido a un examen psicológico. Ludwig esperó en Viena la citación del médico. «Tengo curiosidad por saber qué va a decirme el

psiquiatra —escribió a su amigo Koder—, pero la mera idea del examen me resulta nauseabunda y todo este asqueroso asunto me pone enfermo.»[62]

El salto a la fama de Paul

A pesar de las inmensas pérdidas que habían sufrido como consecuencia de la desacertada inversión de Paul en bonos del Estado, los Wittgenstein seguían siendo muy ricos en comparación con el bajísimo nivel de vida de la mayor parte de la clase media vienesa. Su holgura económica se debía a las inversiones que tenían en el extranjero. Con la herencia de su padre y sus tres hermanos fallecidos, acrecentada por la cesión de su parte que había hecho Ludwig en 1919, Paul se encontró en posesión de una descomunal cartera de bienes. En el distrito 1 era propietario de numerosos comercios, oficinas y apartamentos en el moderno Kohlmarkt, así como un gran edificio en el número 1 de Plankeng (que luego se demolió y en cuyo solar se construyó un moderno hotel). En el distrito 2 poseía un bloque de apartamentos en Stuwestrasse, y en el distrito 7 un edificio con comercios a pie de calle en el número 58 de Mariahilferstrasse. De las viviendas de la familia, era propietario de la mitad del *palais* de la Alleegasse (Hermine era propietaria de la otra mitad) y de un tercio del *palais* y los terrenos de Neuwaldegg (Hermine y Helene poseían los otros dos tercios). Sin embargo, en los tumultuosos años de la posguerra los inmuebles arrendados no eran la fuente principal de su riqueza, pues el gobierno había prohibido el aumento de los alquileres, de tal forma que, mientras el precio de todo se multiplicaba por catorce mil, los inquilinos pagaban por sus viviendas lo

mismo que antes de la inflación. En 1922, el alquiler de todo un año de un apartamento reportaría al propietario una cantidad con la que únicamente podría cenar en solitario en un restaurante de precio medio.

En 1912 Karl, que tal vez se olía la quiebra económica del país, había invertido una parte considerable de su fortuna personal en acciones y valores extranjeros. Tras su muerte, gestionó esta cartera en nombre de los herederos su hermano Louis, un hombre religioso, en régimen de *stille Gesellschaft* (sociedad comanditaria) en el banco holandés Hope & Co. El objetivo era ahorrarse impuestos. El banco solo reconocía el nombre de Louis, como fideicomisario, e ignoraba quiénes eran los propietarios del fondo. En 1919, temiendo una rebelión bolchevique en Austria, Louis, en virtud de que poseía una finca cuyos terrenos se extendían también al otro lado de la frontera hasta el recién creado reino de Yugoslavia, adoptó la ciudadanía extranjera. De este modo consiguió, como fideicomisario de la fortuna familiar, trasladarla en su totalidad al extranjero. Este astuto movimiento dotó a los Wittgenstein de capacidad para pagar bienes en francos suizos o en dólares estadounidenses, en una época en la que la moneda de Austria no valía prácticamente nada.

Cuando en 1918 regresó a Viena tras servir en el ejército, Paul se volvió reservado y prudente acerca de su futuro como pianista. Corrió el rumor de que se había afeitado la cabeza y se había encerrado en una habitación del *palais*, donde practicaba al piano durante nueve horas diarias y se negaba a ver a nadie, ni siquiera a los criados, que tenían órdenes estrictas de no pasar y servirle la comida a través de una rendija practicada en la puerta. Era una exageración. En efecto, se había cortado el pelo al rape, como lo llevaba en Siberia. También es cierto que la tensión de tocar el piano con una mano le había obligado a realizar una profunda revisión de su técnica, y que entre agosto de 1918 y abril de 1922 no ofreció ninguna actuación

pública de relevancia. Probablemente Hermine se refiriera a esta época de la vida de Paul cuando escribió que este había estado tan cerca del suicidio que «quizá solo se deba a una casualidad que siga en este mundo y, por fin, se haya reconciliado con la vida».[63]

Lo acosaban las dudas acerca de si su aventura de tocar el piano con una sola mano llegaría a buen puerto. Durante esta época ofreció unas cuantas actuaciones privadas en el *palais* de Alleegasse y lo animó su siempre entusiasta mentor, Josef Labor, que seguía proporcionándole obras nuevas; algunas estaban compuestas expresamente para su discapacidad y otras eran arreglos para una sola mano de música que había compuesto para dos. Entre ellas había tríos, un cuarteto, un divertimento para quinteto, un concierto para tres pianos y una fantasía para piano.

En todo caso, Paul sabía que no podría vivir únicamente con la obra de Labor y, sin embargo, no encontraba mucho más que interpretar. En un intento de crear un repertorio para concierto, había buscado y rebuscado en las tiendas de antigüedades musicales de París, Viena, Berlín y Londres obras compuestas exclusivamente para la mano izquierda. Como era de esperar, solo encontró un puñado de piezas: dos obras breves de Scriabin, quien las compuso cuando sufrió un esguince de muñeca en la mano derecha; unos arreglos de Brahms escritos para Clara Schumann; seis estudios de Saint-Saëns; los arreglos realizados por Godowsky sobre obras de Chopin; una pieza y media de Charles Alkan, y otras composiciones mediocres de músicos desconocidos y sin talento como Alexander Dreyschock, Adolfo Fumagalli y el conde Zichy. Por lo que se refería a los arreglos realizados por el propio Paul de obras de Mozart, Mendelssohn, Liszt, Wagner y otros le habían costado muchísimo tiempo y esfuerzo y, aunque contribuyeron a mejorar su técnica, era el primero en reconocer que no eran especialmente buenos. Además, eran arreglos y, como tales,

versiones de una obra original. «Interesante, pero no tan bueno como el original», diría la gente. Si quería tener alguna posibilidad de triunfar, tendría que encargar nuevas obras a grandes compositores.

El 29 de junio de 1922, Josef Labor celebró su octogésimo cumpleaños. En Viena la ocasión se celebró con un aluvión de música suya durante una semana, que culminó con el estreno en la iglesia de Sankt Josef ob der Laimgrube de una misa que había compuesto en 1918. Asistieron todos los Wittgenstein. Cuatro días antes, Paul había participado en un concierto en honor de Labor celebrado en el salón de ceremonias del palacio de Hofburg, y el día 23 había realizado una interpretación «muy hermosa» del concierto que Labor había compuesto para él en 1915 con la Orquesta Sinfónica de Damas de Viena, bajo la dirección de Julius Lehnert. No obstante, el compositor estaba demasiado enfermo como para asistir. Sus amigos temían que tal vez estuviera moribundo.

La salud de Labor había sufrido un deterioro paulatino durante años, y ahora estaba claro (si no lo había estado antes) que la defensa que de su obra habían hecho los Wittgenstein no iba a convertirlo en vida en una celebridad internacional, que no quedaban muchas piezas nuevas en su interior y que la carrera de Paul no podría sustentarse interpretando exclusivamente música de Labor. Incluso en aquella época el nombre de Josef Labor en el programa de un concierto era letal para la taquilla y, aunque Paul interpretara su música con una pasión desmedida, al público solía resultarle desconcertante. Hasta Ludwig reconocía que su música era «más sutil que la de los demás» y, por consiguiente, «nunca está al lado de la verosimilitud».[64]

Justo cuando todo el mundo esperaba la muerte del anciano maestro ciego, un homeópata le recomendó que cambiara de alimentación, y de repente se recuperó. Los Wittgenstein rebosaban de alegría. «¡Labor vuelve

a sentirse bien!»,[65] exclamó Hermine, mientras su madre afirmaba entusiasmada: «No hay alabanzas suficientes para el milagro que ha obrado el homeópata. El cambio radical de alimentación ha mejorado al instante su estado físico y emocional, y Labor vuelve a ser el de siempre, el joven músico».[66]

De hecho, Labor se sentía tan bien con su nueva dieta que empezó a trabajar de inmediato en otro concierto para Paul.

> Mi querido Labor:
>
> La alegría que me produce saber que estás entregado de nuevo a escribir algo para mí debe encontrar algún modo de materializarse, y me gustaría regalarte algo que te hiciera feliz. Por favor, ten la amabilidad de aceptar el paquete adjunto de tu antiguo alumno, siempre fiel, Paul Wittgenstein.[67]

Parece ser que el paquete contenía un mechón del cabello de Beethoven. A pesar de este singular acto de generosidad, el compositor ciego seguía siendo un hombre celoso. Si había algo de cierto en la idea de que los Wittgenstein tenían la sensación de «ser dueños» de Labor, también podía decirse lo mismo a la inversa. Paul era su prodigio, y el anciano no aprobaba que su «siempre fiel» antiguo alumno encargara obras nuevas a un montón de compositores más distinguidos que él. Tardó algún tiempo en vencer esa resistencia y, cuando se puso a trabajar en su concierto para Paul, reconoció que sería su última obra de envergadura para la mano izquierda y le dio su solemne autorización para que encargara otras obras a quienquiera que escogiera.

Entre diciembre de 1922 y la Semana Santa de 1923 Paul se dirigió a tres destacados compositores, y a un cuarto menos famoso, invitándolos a componer conciertos para piano (para la mano izquierda) y orquesta a cambio de preciados dólares. A finales de la primavera de 1923 los cuatro (Paul Hindemith, Erich Wolfgang Korngold, Franz Schmidt y Sergei

Bortkiewicz) se pusieron laboriosamente manos a la obra. Dado que el propósito de los encargos era promover la carrera de Paul, había que escoger a los compositores con sumo cuidado. La música favorita de Paul era la de finales del clasicismo y principios del romanticismo (materia en la que era un afamado experto). Detestaba la denominada «música moderna» y, si bien conocía personalmente a Arnold Schoenberg (otro protegido de Labor), así como a otros miembros de la Segunda Escuela de Viena, jamás se le habría ocurrido encargar música a ninguno de ellos.

Erich Korngold, hijo de Julius Korngold, el principal crítico musical del *Neue Freie Presse*, tenía veintitantos años cuando Paul le hizo su encargo, pero el público vienés ya lo había adoptado como su mayor prodigio musical desde los tiempos de Mozart. Cuando contaba diez años Mahler lo calificó de genio, y Richard Strauss confesó haber experimentado una mezcla de respeto y temor cuando escuchó dos obras que había compuesto a los catorce años. Con su ópera *La ciudad muerta* (representada por primera vez en 1920), Korngold adquirió fama mundial. Tal vez su música fuera un poco más moderna de lo que a Paul le hubiera gustado, pero por tres mil dólares al menos podría estar seguro de que la obra llegaría al público de todo el mundo, pues, como había confirmado el precoz compositor, «en Alemania todos los directores dirigirán automáticamente una nueva pieza compuesta por mí».[68]

Las obras de Franz Schmidt eran, y siguen siendo, muy apreciadas en Austria, y es una pena que su música —hermosa, natural, personal e instintiva— se interprete tan poco en otros lugares del mundo. Encargando una obra a Schmidt (por seis mil dólares) Paul se aseguraba que podría actuar en los principales auditorios de los países germanohablantes.

Hindemith, un joven vanguardista alemán en ascenso, constituía una elección más arriesgada. Mientras que Paul consideraba que la música debía

dirigirse al corazón, las obras de Hindemith de aquella época eran agresivamente cerebrales. Ambos se conocieron en un concierto celebrado en Viena en diciembre de 1922, en el que el propio compositor tocó la partitura de viola de su *Segundo cuarteto*. Resulta sorprendente que esta obra densa y atormentada atrajera a alguien de gustos tan conservadores como Paul. Con el dinero que este le ofrecía, Hindemith tenía previsto adquirir y restaurar una torre de vigilancia del siglo XV, conocida como Kuhhirtenturm, situada en el barrio de Sachsenhausen de Frankfurt. Así lo hizo, pero la torre fue derribada en 1943 por los bombarderos aliados.

Sergei Bortkiewicz, el cuarto compositor de la lista de Paul, escribía música muy atractiva en el melodioso idioma romántico de Chaikovski, Liszt y Rachmaninov. Procedía de la aristocracia terrateniente de Jarkov, en Ucrania, y después de una época turbulenta en Berlín, Rusia y Turquía se estableció en Viena en el verano de 1922. Desde su muerte, acaecida en 1952, su música ha caído prácticamente en el olvido, excepto para un reducido grupo de fervorosos defensores.

Cuando estos cuatro hombres se pusieron a componer sus conciertos, Paul se dedicó con idéntica energía a gestionar el estreno de las obras. El de Hindemith (*Música para piano y orquesta*) se programó para el principio de la nueva temporada en Weimar y Viena; el de Bortkiewicz se estrenaría en Viena en noviembre de 1923; el de Schmidt (un grupo de variaciones sobre un tema extraído de la sonata «Primavera» de Beethoven), tres meses más tarde, en febrero de 1924, y el de Korngold, en septiembre de ese año. Una vez concluidas las diligencias, Paul estaba ilusionado, pero primero tenía que concentrarse en el estreno mundial del *Tercer concierto para piano* de su mentor ciego, previsto para el 10 de noviembre de 1923, con la Orquesta Sinfónica de Viena, bajo la dirección de Rudolf Nilius, en el recién construido Grosser Konzerthaussaal de la capital austríaca. Era la última

obra de Labor, compuesta a sus ochenta y un años, y Paul tenía una opinión muy alta de ella.

Cuando los compositores fueron remitiendo sus partituras, se desataron las discusiones. Hindemith ya había barruntado algunos problemas antes de enviar a Paul su primer borrador. En una carta escrita el 4 de mayo de 1923 le advertía: «Creo que lo tendré todo listo a finales de la próxima semana. Lamentaría que no le agradara la pieza. Tal vez le resulte un poco extraña al principio, pero la he compuesto con mucho cariño y a mí me gusta mucho». [69] En esa misma carta preguntaba a Paul si podía adelantarle al menos la mitad del dinero, con el fin de que los albañiles pudieran empezar a trabajar en la torre de vigilancia. Paul contestó que le asustaba la posibilidad de no entender la nueva obra. Poco después Hindemith le mandó un primer borrador con una nota adjunta:

> Confío en que su miedo se haya aplacado una vez que haya leído la partitura. Es una obra sencilla y sin ningún tipo de complicación, y estoy convencido de que al cabo de un tiempo le satisfará. Tal vez le espante un poco al principio, pero no importa; con toda seguridad entenderá la pieza.[70]

En lo tocante al dinero, Paul se comportó como un caballero pagándole puntualmente lo acordado. A cambio recibió el manuscrito, la parte orquestal y los derechos de interpretación de la obra en exclusiva durante toda su vida. No obstante, estaba espantado con la música de Hindemith. Después de muchas horas de diligente práctica decidió que la obra era incomprensible y canceló el estreno. La composición de Hindemith, *Música para piano y orquesta*, no se descubrió ni interpretó hasta diciembre de 2004.

Paul también tuvo algunas discusiones con Korngold y Schmidt. En ambos casos le parecía que los compositores habían instrumentado en

exceso sus obras y que tal vez no se oyera el piano con el sonido de la orquesta. Aunque Josef Labor se disgustaba con los cortes que Paul hacía en su música, el asunto del equilibrio no se planteó jamás porque aquel siempre componía para una pequeña orquesta de cámara. Schmidt, ansioso por complacer a Paul, accedió a sus peticiones y aceptó introducir numerosos cambios. Sin embargo Korngold se sintió ofendido. Su concierto estaba concebido para una gran orquesta, que incluía cuatro trompas, tres trompetas, contrafagot, arpa, celesta, glockenspiel y xilófono. Paul se quejó de que «el contraste entre el sonido del piano y el de la orquesta es tan acusado que el piano suena como el chirrido de un grillo»,[71] y trazó gruesas líneas rojas en las partes que no le gustaban. Korngold estaba indignado ante semejantes mutilaciones, pero Paul le escribió para calmarlo:

> Estimado señor Korngold:
>
> Adjunta le remito la segunda partitura de su concierto. Por lo que se refiere a los paréntesis que he añadido, le pediría que, por mucho que le cueste, los copie también. Si interpreto la obra bajo su dirección, usted puede, en todo caso, seguir interpretando las secciones entre paréntesis, si lo considera oportuno. Pero si yo tuviera que interpretar la obra sin usted, entonces dejaría fuera los instrumentos señalados entre paréntesis. No se asuste por el expolio ni se enfade con su atento servidor, Paul Wittgenstein.[72]

El estreno de *Variaciones concertantes sobre un tema de Beethoven*, de Franz Schmidt, celebrado el 2 de febrero de 1924, tuvo un éxito alentador. El crítico del *Neues Wiener Tagblatt* elogió al compositor por su «supremo talento musical» y añadió que, «en medio del torbellino triunfal que había desatado, Paul Wittgenstein, que había obtenido con una mano la polifonía propia de dos, se le pidió un bis acompañado por el director».[73]

La obra de Korngold, una tensa fusión de viva sonoridad y erotismo deliberadamente desagradable, tuvo aún más éxito. En su estreno en la Sala

de Oro la dirección estuvo a cargo del compositor, y en el programa figuraban otras primeras interpretaciones de obras de Karl Prohaska, Hugo Kauder y Alma Mahler; pero fue el concierto de Korngold el que se adueñó de los titulares. El crítico del *Neue Freie Presse* lo alabó como «una obra asombrosa, elaborada con concisión y fruto de una auténtica inspiración», y señaló (como si hubiera estado al tanto de la disputa de Paul con el compositor acerca del equilibrio) que «Paul Wittgenstein se aseguraba con mucho brío de que su instrumento solista conservara la preponderancia que merecía».[74] El crítico del *Neues Wiener Tagblatt* escribió una excéntrica reseña encomiástica que apareció en el periódico ocho días después:

> Después de que un absurdo proyectil lanzado durante la guerra le arrebatara el brazo derecho (podríamos decir incluso que le arrebató más que su vida), pero venciendo al destino a base de puro heroísmo artístico, Paul Wittgenstein se ha convertido en un virtuoso de la mano izquierda y ha elevado su desigualdad al grado de culminación, tal vez incluso hasta el punto de ser inigualable. Y ahora la magnífica hermandad del corazón artístico ha acudido en su ayuda: Korngold le ha dedicado a él este concierto […] Paul Wittgenstein interpretó «su» obra con una técnica a la que el júbilo ha dado alas: con los ojos cerrados habríamos imaginado que hacían falta dos manos. Todos estábamos rebosantes de la dicha de un gran talento.[75]

Paul se había asegurado de que las partituras y las partes solistas le pertenecieran, y había negociado la adquisición de los derechos de interpretación en exclusiva de todas estas obras. Los empresarios musicales estaban impacientes por programarlas, y muy pronto Paul vio cómo le reclamaban en los auditorios de toda Europa. Aquello le dio confianza para invitar a Richard Strauss, el compositor vivo con más éxito del mundo, al estreno de Korngold y para preguntarle si consideraría la posibilidad de componer un concierto para piano para la mano izquierda.

Paul conocía un poco a Strauss, pues este había visitado a sus padres en el *palais* de la Alleegasse durante sus esporádicas estancias en Viena antes

de la guerra. Sin embargo, esto no le daba derecho a alcanzar un acuerdo por una cantidad módica. «Strauss es muy avaricioso —explicó Paul—; piensa, como es lógico, en ganar dinero, pero lo hace antes y después de componer, no mientras compone. Y eso es lo importante.»[76] Al final Strauss aceptó el encargo, por el que recibió un sensacional anticipo de veinticinco mil dólares, y se puso a trabajar en un intenso e inquietante concierto que tituló *Parergon zur Sinfonia Domestica*, con la idea de que fuera un apéndice o pieza complementaria de una sinfonía que había compuesto veinte años antes. La *Sinfonia Domestica* de 1903 y la nueva *Parergon* compartían material temático, y en los círculos musicales se propagó rápidamente el rumor de que Strauss había sacado una fortuna a Paul con el único propósito de reelaborar una pieza antigua. Paul defendió al compositor argumentando que la crítica era «injusta» y que el concierto «tenía grandes virtudes». Sin embargo, eso no le impidió reprochar a Strauss las deficiencias que él percibía en la partitura. Una vez más, insistió en que la orquesta era tan poderosa que ahogaba la parte del piano. Después de muchas discusiones desagradables Strauss aceptó a regañadientes trasladar a la parte del piano un tema importante de la partitura orquestal y permitir que el propio Paul rebajara la textura eliminando de la partitura algunas líneas. *Parergon zur Sinfonia Domestica* contiene un solo apabullante de máxima variedad y extrema dificultad técnica, pero Paul se quejaba de que no era lo bastante brillante. Quería algo que causara sensación, algo mucho más deslumbrante, y presionó a Strauss para que lo rehiciera. En una de sus características explicaciones trilingües, Paul manifestaría más adelante que «había que cambiar [*Parergon*] *de fond en comble*, como dicen en francés, para hacer de él *ein brauchbareres Konzert*»[77] (cambiarlo de arriba abajo para convertirlo en un concierto decente).

Parece ser que Strauss se tomó bien las críticas de Paul, aunque algunos de los cambios que pedía el pianista eran demasiado complicados para poder introducirlos en el breve plazo disponible antes del estreno en Dresde, programado para el 6 de octubre de 1925. Así pues, se ofreció a componer un segundo concierto para la mano izquierda titulado *Panathenäenzug* (Procesión panateniense), que se adaptaría mejor a las necesidades de Paul. Desconocemos si el compositor pidió otros veinticinco mil dólares por este concierto, pero es probable que lo hiciera, ya que poco después del estreno en Berlín empezó a construirse en la Jacquingasse de Viena una mansión conocida como el Castillo de Richard Strauss.

Panathenäenzug, una obra deliciosa, divertida y casi propia del jazz, adolecía, a juicio de Paul, de una orquestación tosca. «¿Cómo voy a competir, con mi única y pobre mano, con una orquesta cuádruple?», se preguntaba.[78] El estreno, el 15 de enero de 1928, con el director Bruno Walter y la Filarmónica de Berlín, fue un fracaso de crítica. Se aludía desdeñosamente a Paul como «la mano izquierda del doctor Strauss», y los críticos berlineses afirmaban que la música demostraba por fin lo que ellos sospechaban desde hacía tiempo: que el compositor, que entonces contaba sesenta y cuatro años, padecía una demencia prematura, y que el pianista no era más que un diletante rico. Adolf Weissmann, crítico del *Berliner Zeitung am Mittag*, se mostró particularmente hostil: «Es fácil comprender que este pianista, que tuvo la desgracia de perder la mano derecha en la guerra, haga todo lo posible por ser el centro de atención. Es difícil comprender, en cambio, cómo Strauss ha podido componer un fracaso tan absoluto […] este *Panathenäenzug* supera los límites de lo soportable».[79]

Paul restó importancia a las críticas de Berlín, que consideró «opiniones sin interés de personas sin interés, escritas con la presuntuosidad y la arrogancia de un papa infalible»,[80] y Strauss le escribió para consolarlo:

«Lamento mucho que la prensa de Berlín nos haya hecho trizas a usted y a mi obra. Sé que *Panathenäenzug* no es mala, pero no pensé que fuera tan buena que se le concediera el honor de un rechazo unánime».[81] Dos meses más tarde, en Viena, *Panathenäenzug* fue un éxito de crítica y público. En las páginas del *Neues Wiener Tagblatt* se alabó a Paul por su «asombroso virtuosismo», y en el *Neue Freie Presse* un Julius Korngold extasiado escribió:

> Paul Wittgenstein encuentra aquí abundante actividad para su fabulosa mano izquierda. Domina las teclas, domina a la orquesta. Asombrosas la energía y la destreza de este artista que, si cerráramos los ojos, nos engañaría haciéndonos creer que el pianista tiene dos manos: de hecho, a veces, con el poderío de sus acometidas, nos hace creer que hay dos pianistas con dos manos cada uno. Cosechó un éxito estruendoso entre el público.[82]

Quizá el precio de estos encargos fuera exorbitante, pero el efecto fue exactamente el que Paul había planeado. Al cabo de cinco años, en la escena musical internacional se le consideraba un artista serio e importante. Los periódicos de todo el mundo se hicieron eco de los encargos de Strauss, y antes de que finalizara la década Paul había aparecido en los estrados con los directores Erich Kleiber, Bruno Walter y Wilhelm Furtwängler en Berlín, Fritz Busch en Dresde, Pierre Monteux en Amsterdam, sir Henry Wood en Londres, Adrian Boult en Birmingham, Felix Weingartner en Basilea, Rhené-Baton en París y Richard Strauss en Trieste, Turín y Praga. Se programó una gira de conciertos por Estados Unidos para el mes de octubre de 1928. El *New York Times* informaba de que «el debut de Paul Wittgenstein en Estados Unidos es algo muy esperado».[83] El público lo adoraba. Su presencia en el escenario era imponente. Cuando tocaba con suavidad, derretía el corazón de todos cuantos le escuchaban, mientras que su vigoroso, saltarín y percutivo *fortissimi* (que tanto irritaba a su familia cuando practicaba en casa) ofrecía un espectáculo emocionante y anárquico

en el entorno formal de un gran auditorio. La mera velocidad con que movía los dedos sobre el teclado cortaba la respiración. Tal vez Paul hubiera comprado su salto a la fama, pero con su dedicación, habilidad y dotes artísticas, que igualaban a las de cualquier otro pianista vivo, se había ganado el derecho a ella. En 1928 había llegado con su única mano a lo más alto; veía cumplido su sueño y al menos por el momento parecía ser feliz. En septiembre de 1927 escribió: «Tener trabajo y, además, ganar dinero (tanto más si es por un buen fin) es lo mejor que hay en la tierra».[84]

La muerte de la señora Wittgenstein

En los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial los Wittgenstein sufrieron un gran número de reveses. El cuñado borrachín de Karl, el general Von Siebert, falleció en 1920. Poco después su esposa, la tía Lydia, metió la cabeza en un horno de gas porque no podía atender sola a su hija sordomuda. Al año siguiente, en julio de 1921, el hijo de Helene, Fritz Salzer, murió con veintiún años de poliomielitis, que en los días anteriores a su fallecimiento había evolucionado hacia una parálisis flácida aguda de las cuatro extremidades, los pulmones y el corazón. El 26 de abril de 1924 (precisamente el día del cumpleaños de Ludwig), el querido anciano Josef Labor murió en su casa de la Kirchengasse tras pasar una semana con fiebre. Con los ojos inundados de lágrimas, Hermine hizo un dibujo del compositor en el lecho de muerte. Un septeto para Paul quedó inconcluso sobre su escritorio. Menos de un año más tarde, el hermano de Karl, el tío Louis, exhaló su último aliento y un sobrino de la señora Wittgenstein

pereció en un accidente de alpinismo. Todas estas desgracias, sobre todo la muerte de Labor, afectaron a Leopoldine, pero, a decir verdad, nunca se había recuperado del impacto del suicidio de Kurt en 1918.

El suicidio de tres hijos debe de desquiciar los nervios incluso de la madre más acerada. La muerte de Hans y de Rudi había dejado en el alma de la señora Wittgenstein un dolor, una vergüenza y un sentimiento de culpa indelebles, pero en el caso de Kurt el pesar se acrecentaba por el hecho de que lo había animado a regresar a Austria para que luchara, al igual que sus hermanos, por el honor de un imperio ahora desaparecido. Al parecer la noticia de la muerte de Kurt le rompió el corazón; a partir de aquel momento su salud y su ánimo siguieron una senda de lento e irreversible declive. Cuatro años después, tenía las piernas paralizadas, estaba casi ciega y su mente daba muestras de decrepitud y senilidad. Todo su interés por la vida había desaparecido. Su familia trató de reavivar su antigua chispa fomentando una estrecha amistad con Marie Fillunger, una mujer gruñona y un tanto trastornada que en otro tiempo había sido una soprano muy distinguida. Con este fin alquilaron para ella un piso en la Landstrasse-Hauptstrasse, desde el cual podía ir a casa de la señora Wittgenstein todas las mañanas para animarla con conversaciones sobre Brahms, Joachim y los buenos tiempos. Según parece, Leopoldine la había conocido después de la muerte de Karl, aunque es posible que Ludwig la conociera de su época de estudiante en Manchester, donde ella era profesora de canto en el Royal Manchester College of Music y vivía con su amante lesbiana, Eugenie Schumann (la hija del compositor), a pocas calles del alojamiento de Ludwig, en Wilmslow Road. La compañía de la cascarrabias señorita Fillunger animó durante un breve período de tiempo a la señora Wittgenstein, cuyos ojos casi ciegos parecían iluminarse cuando la acompañaba al piano en canciones de Schumann y Brahms. Ya no lo tocaba

demasiado bien y la poderosa voz de la señorita Fillunger había perdido el brillo que otrora animara a Brahms a confiarle los estrenos de muchas de sus mejores obras; en todo caso, la relación entre las dos ancianas damas era, según Hermine, deliciosa. «Mi madre trataba de pulir la superficie de este auténtico diamante en bruto con amistad y sentido del humor, y recibía en recompensa el cariño nada sentimental de la señorita Fillunger.»[85]

En la primavera de 1926, cuando Ludwig se desacreditaba a base de trompazos que tumbaban a sus alumnos de Trattenbach, la señora Wittgenstein estaba ya demasiado ida como para sentir la deshonra. Sus ojos expresaban desconcierto ante los rostros de los médicos, los familiares y los amigos que acudían a visitarla. Para aliviar sus frecuentes ataques de nerviosismo, le ponían discos. Unos minutos de música suave ejercían un efecto tranquilizador, pero ya no distinguía entre un gramófono y una interpretación en vivo. Al creer que los músicos estaban en la sala, les daba las gracias y, cuando ya no quería escuchar más música, se dirigía al gramófono y le pedía con la máxima delicadeza: «Caballeros, soy una anciana enferma y me canso con facilidad, de modo que, por el amor de Dios, no me tomen a mal que les pida que se detengan».[86]

A mediados de mayo se encontraba en el blanco, resplandeciente y espacioso palacio de los Wittgenstein en Neuwaldegg cuando su salud empeoró. El día 22 estaba tan asustada que Hermine tuvo que cogerle la mano durante toda la tarde, y el 26 volvió a pasarlo mal: no dejó de gritar que alguien trataba de matarla, entre lamentos, llantos y peticiones de misericordia. Su familia se congregó en torno a ella. Dos días después, se durmió por la tarde y cuando despertó a la mañana siguiente tenía fiebre. Luego estuvo tres días en coma. Esos días «fueron muy buenos para mí —explicaba Gretl en una carta dirigida a su hijo mayor—. Era algo misterioso. Mamá dormía muy profundamente. Su alma parecía haberse ido

muy lejos. Nos sentábamos en su cama y su pseudomuerte me parecía hermosa porque traía a la mente buenos pensamientos».[87] Después de que el 2 de junio se le acelerara el pulso, sus hijos decidieron pasar toda la noche junto a su lecho, y a las siete de la mañana siguiente dejó de respirar y todos se dirigieron agotados a sus respectivas habitaciones. Cuando murió su madre, Paul decidió que no volvería a visitar Hochreit, e hizo honor a su promesa. Ludwig escribió a un amigo que «fue una muerte dulce»[88] y Gretl contó a su hijo que «fue una noche muy hermosa».[89] Hermine escribió en sus memorias:

> Sí, puede decirse que mi madre fue, en muchos aspectos, algo casi parecido a una santa, y que como tal la quisieron, honraron y lloraron infinidad de personas. Sin embargo, esta imagen no estaría completa si no mencionara algunas excentricidades que hacían difícil la vida para mi madre y, a menudo también, que nosotros, los niños, estuviéramos con ella.[90]

De la prosperidad a la ruina

La señora Wittgenstein tenía setenta y seis años cuando murió. Dos días después, en la cálida tarde del 5 de junio de 1926, se depositó el féretro que contenía su cuerpo junto a los restos de su marido y de su antigua criada Rosalie Hermann, en la sepultura familiar del grupo 32b, número 24, del Zentralfriedhof de Viena. Muy cerca, al otro lado (en el grupo 15c, número 7), descansaban los restos mortales de su admirado Josef Labor.

En septiembre Paul interpretó las *Variaciones concertantes sobre un tema de Beethoven*, de Franz Schmidt, con la Filarmónica de Viena, dirigida por el propio compositor. La pianista Marie Baumayer escribió a Hermine:

«Paul ha tocado hoy espléndidamente; mejor que nunca. Ha sido magnífico y los músicos de la Filarmónica también han estado fabulosos. ¡Cuánto habría disfrutado mamá!».[91] En realidad, la mente de mamá estaba demasiado trastornada en sus últimos años para que disfrutara de los éxitos de Paul en las salas de concierto o sintiera un atisbo de pesar ante la ignominia de Ludwig. Una carta del doctor Hänsel dirigida a Ludwig dos meses después de la muerte de la señora Wittgenstein hace pensar que el proceso judicial abierto contra él por causar una conmoción a su alumno de Otterthal en el mes de abril seguía su curso. A partir de ahí, el rastro sobre el juicio desaparece. O bien se archivó el caso, o bien los expedientes fueron eliminados astutamente de los registros. En cualquiera de los dos casos, es probable que Paul, Gretl, Hermine, Helene y la fortuna de los Wittgenstein tuvieran algo que ver en el encubrimiento. El principal testigo, Josef Haidbauer, el chico que quedó inconsciente, murió de hemofilia poco después. Aun cuando Ludwig hubiera deseado volver a la enseñanza, es poco probable que le hubieran ofrecido otro empleo.

La señora Wittgenstein legó en su testamento algún dinero a su hijo menor, pero Ludwig, como siempre, se negó a aceptarlo. Al abandonar la escuela de Otterthal trabajó, una vez más, como ayudante de jardinería, en esta ocasión en el monasterio de los Hermanos de la Misericordia de Hütteldorf, en las afueras de Viena, donde sopesó dos opciones: hacerse monje o suicidarse. Consciente de su perturbación, Gretl le ofreció la oportunidad de trabajar con los arquitectos Paul Engelmann y Jacques Groag en el suntuoso palacete de estilo moderno que estaban construyendo para ella en la Kundmanngasse. Temeroso de acabar peleándose con su hermana y sus colaboradores, Ludwig lo rechazó, pero poco después cambió de opinión. Describiéndose a sí mismo con orgullo como «Ludwig Wittgenstein, arquitecto», comenzó a formular peticiones exigentes y a

discutir hasta la saciedad sobre cada milímetro de las cerraduras y las instalaciones de la calefacción, e insistió en que echaran abajo un techo recién enyesado para elevarlo unos centímetros, de manera que, cuando todo el trabajo hubo concluido, se habían sobrepasado el tiempo y el presupuesto previstos y todos los que habían intervenido estaban deprimidos y agotados. Un cerrajero «se sobresaltó» cuando Ludwig le regañó, y Jacques Groag escribió una carta en la que se lamentaba: «Regreso a casa deprimido y con dolor de cabeza después de un día en el que ha habido las peores riñas, disputas e irritación, lo que sucede a menudo. La mayor parte de las veces, entre Wittgenstein y yo».[92] Cuando al final Gretl se negó a pagar las carísimas modificaciones que proponía Ludwig, este se marchó y compró un décimo de lotería («un impuesto para idiotas engreídos y desgraciados» como dijo en una ocasión sir William Petty) con la vana esperanza de ganar el dinero suficiente para pagar él mismo la obra.

El exterior de la casa se componía de tres bloques rectangulares austeros y sin adornos. Hermine, a quien no le gustaba nada, recordaba en sus memorias que «dos magníficas personas [Ludwig y Gretl] se han unido como arquitecto y cliente para la creación de algo perfecto en su especie».[93] Afirmaba que a su hermana le sentaba como un guante, pero cuando su sobrino Tommy Stonborough quiso venderla tras la muerte de su madre esgrimió el argumento (refutado después) de que Gretl siempre la había detestado.

Los perfiles rectos y angulosos de la casa nueva de Gretl no eran ciertamente del gusto de todos. Paul la consideraba desastrosa, al igual que Jerome. La obra concluyó en 1928, y el día de Navidad de aquel año la familia se reunió allí para celebrar la festividad. A Gretl le pareció que la Navidad había sido «una mierda» y «un fracaso estrepitoso». Jerome

entregó regalos a todo el mundo, salvo a los Von Zastrow, cuya existencia todavía se negaba a reconocer. Al día siguiente aceptó la invitación de Paul para cenar en el *palais* de la Alleegasse (llamada ahora Argentinierstrasse), lo cual inquietó a Gretl, pues sabía que el ambiente del lugar le irritaba y, por lo general, le hacía enloquecer. Gretl se preocupaba con razón. Durante toda la cena, Jerome despotricó contra su presuntuosa casa nueva, y su esposa, como estaba sentada enfrente de «Ludwig Wittgenstein, arquitecto», pasó la velada retorciéndose de angustia y bochorno. Cuando la pareja regresaba a casa en el coche, Gretl se enfrentó a Jerome: «¡Cómo has podido decir todo eso!». Según explicó a Tommy, fue como arrojar una cerilla encendida a una lata de petróleo: «Toda la ira que sentía contra sí mismo estalló contra mí y contra el mundo. Me di cuenta de mi error, pero estaba demasiado exasperada para contenerme. El pobre Ji se esforzaba por reprimir las lágrimas».[94]

Ludwig era sensible. Lo mucho que le disgustaban las disputas familiares (aun cuando a menudo fueran por su causa) y la llamada de la hermandad filosófica lo convencieron finalmente de que debía regresar a Cambridge para trabajar sobre «el espacio visual y otros asuntos»; así que abandonó Viena a principios de enero de 1929. Al mismo tiempo, Paul, con el que ahora se llevaba muy bien, viajó a Munich para interpretar el concierto de Bortkiewicz. Gretl se quedó en Viena, donde llevaba el tren de vida de la alta sociedad; trabó amistad con personas importantes y ofreció conciertos y recepciones privadas en su nueva casa. Durante diez meses todo le fue muy bien, hasta que a finales de octubre llegó un telegrama de Nueva York en el que le informaban de que su cartera de valores estadounidense había mermado radicalmente y que había perdido la mayor parte de su fortuna en la quiebra de Wall Street.

La culpa, claro está, era de Jerome; o eso dijeron a Gretl sus hermanos y

hermanas. Era un inepto y un incompetente con el dinero, y jamás se le habría debido permitir acercarse a la fortuna de ella. Esperaban que su hermana se mostrara dura con él: que le echara uno de sus famosos «rapapolvos». Sin embargo, Gretl aducía: «Es mi marido y no puedo destruir una relación humana por dinero».[95] Calculaba que le quedaría una renta de unos treinta mil dólares anuales, que tendría que alquilar la casa nueva de Viena, despedir a todos sus criados menos tres, vender algunos cuadros a Paul y Hermine para pagar la liquidación de los demás sirvientes y mudarse a un piso más modesto. Al principio anunció que rechazaría las ofertas de ayuda de sus hermanos, pero al final aceptó que Paul, Hermine y Helene le cedieran una parte de la fortuna que Ludwig les había entregado en 1919 y de la que ella había quedado excluida.

En aquella época Gretl afirmaba «no ser en absoluto infeliz». Decía que de todos modos seguía teniendo mucho dinero, «más del que debería tener». Le gustaban los retos y sin duda este era uno. «No pidas a la vida que sea más cómoda si tú puedes ser más fuerte», decía. Sin embargo, Jerome no estaba hecho de la misma pasta ni poseía tanta entereza como ella, y la pérdida de la fortuna de su esposa (que le obligó a pensar en abandonar su piso de París y el tren de vida que allí llevaba) lo sumió, una vez más, en una espiral de deterioro mental. Gretl lo ingresó en el Cottage Sanatorium de la Sternwartestrasse, donde durante varias semanas el doctor Wagner-Jauregg lo sometió a tratamiento de electrochoque. Después de aquello, Gretl lo llevó a Egipto para que se recuperara.

Cuando se acercaba la Navidad de 1929, los hermanos Wittgenstein estaban nerviosos. El año anterior todo había salido fatal. Ya en noviembre Ludwig escribió a Hermine y Paul para proponerles que cada uno llevara a un amigo a fin de diluir la tensión. Nadie quería que fuera Jerome, pues había caído en desgracia por dos motivos: por haber perdido la fortuna de

su esposa y por haberse comportado como un cerdo la vez anterior. Gretl estaba traumatizada por la abierta hostilidad que su familia sentía hacia él, pero al final consiguió convencer a Ludwig de que lo invitaran. Siguiendo las instrucciones de su esposa de que se condujera con corrección, Jerome se portó muy bien. Por una vez la Navidad fue pacífica e íntima, y Jerome tuvo la delicadeza de saludar por primera vez en su vida a los Von Zastrow.

Más sobre el carácter de Paul

Todos los años Paul visitaba un par de veces a su amiga Marga Deneke, que vivía en Inglaterra. Eran íntimos, aunque es poco probable que fueran amantes. Ella tenía sobre su escritorio una silueta de Paul enmarcada, que él le había enviado con el siguiente comentario: «Creo que parezco un idiota». Marga era cinco años mayor que Paul, de origen alemán pero criada en Inglaterra. Era musicóloga, además de una extraordinaria pianista, había interpretado a Clara Schumann y en su juventud había estudiado con Eugenie Schumann. Ella y su hermana Helena, una profesora alemana, habían heredado una pequeña fortuna de su padre, que había sido un acaudalado ejecutivo de un banco mercantil, y vivían juntas en una villa gótica denominada Gunfield, cerca de Lady Margaret Hall, en Oxford. En su espaciosa sala de música se celebraban los conciertos de la Sociedad de Música de Cámara de Oxford.

Los Deneke y los Wittgenstein tenían amistades comunes, cualquiera de las cuales pudo haber propiciado que Paul y Marga se conocieran. Estaba, como es lógico, la relación con Eugenie Schumann y Marie Fillunger.

Marga era coleccionista de manuscritos de Mendelssohn (de los que Paul poseía varios), su madre era amiga de Joachim, el violinista y primo de Karl, y ella misma era amiga del clarinetista Richard Mühlfeld y la violinista Marie Soldat-Roeger, invitados e intérpretes habituales en el *palais* de los Wittgenstein.

Durante muchos años Paul se unió a ella y su reducido grupo de amigos para pasar unas vacaciones dedicadas a la música y a los paseos por el campo en Overstrand, en St. Margarets-at-Cliffe, cerca de Dover, y en Southwold, en la costa del mar del Norte. A él le gustaba la naturaleza y sabía mucho de ella. Conocía el nombre de la flora y la fauna en alemán, inglés y francés. Le encantaban las puestas de sol y el mar y observaba hasta los detalles más nimios. Según Marga, las caminatas le tranquilizaban. En este sentido, difería de su hermano Ludwig, que no caminaba para hacer ejercicio ni por amor a la naturaleza, sino para discutir sus ideas. Ludwig exigía a sus acompañantes que participaran, que no se limitaran a escuchar. «Recuerdo —escribió uno de sus amigos— que estos paseos podían llegar a resultar mentalmente difíciles y agotadores.»[96] Por otra parte, a Paul no le gustaba diluir su disfrute de la naturaleza con charlas ociosas, y se negaba a pasear con más de una persona aduciendo que «entre tres la conversación es tediosa». Según recordaba Marga:

> Daba igual que lloviera. Despreciaba a toda persona físicamente capaz que permitía que la lluvia desbaratara sus planes. Partimos hacia el Castillo de Dover y, calados hasta los huesos, en los acantilados azotados por el viento, lejos de casa, afirmó que ya habíamos hablado bastante. Quedaba un largo camino hasta St. Margarets-at-Cliffe, él tomó la delantera y yo lo seguí como un perrillo empapado.[97]

Paul insistía en dar un largo paseo a diario y, si alguien era lo bastante valiente para acompañarlo —ya fuera una caminata de cinco kilómetros hasta un restaurante de Manhattan, o una excursión por las Montañas

Blancas de New Hampshire, o la ascensión hasta la cima de la montaña Schmittenhöhe, de mil novecientos ochenta metros de altura, en Zell am See—, su acompañante debía seguir su ritmo y estar callado. Si tenía ocasión, también iba a nadar por la mañana. Los martes se abstenía de comer y por regla general iba al cine o bien, al teatro o a un concierto, para engañar el hambre. Durante la proyección permanecía inmóvil y absorto hasta pocos minutos antes del final, momento en que por lo común, se levantaba y se marchaba, con independencia de cuánto le hubiera gustado la película.

Era lo que los alemanes llaman *weltfremd*: vivía en su propio mundo, bastante ajeno a los detalles y las necesidades de la vida cotidiana y sin tener mucha idea de cómo esta se desarrollaba. Uno de sus alumnos recordaba:

> No he conocido a nadie como él en toda mi vida. Poco después de que llegara a Nueva York, yo tenía clase con él en un hotel del centro de la ciudad, donde se alojaba provisionalmente. Después de clase nos marchamos los dos. Mientras bajábamos en el ascensor, me dijo que estaba desesperado porque necesitaba otro par de zapatos y el Sekretariat de Viena [el personal de los Wittgenstein] había sido muy lento enviándole todo. Cuando le pregunté: «¿Por qué no se compra un par aquí, en la Quinta Avenida?», me miró atónito y dijo: «¡Qué buena idea! No se me había ocurrido».[98]

Son muchas las anécdotas que acreditan la falta de sentido práctico de Paul, como la vez en que utilizó la llave de la puerta de su casa para poner en marcha el ascensor negándose a comprender por qué no iba a funcionar; cuando se enredó con la cuerda de la que llevaba colgado del cuello un libro; la vez en que salió a la calle con el sombrero sin reparar en que todavía estaba en la sombrerera; la ocasión en que confundió a un desconocido con Bernard Laberge, su agente norteamericano, que había ido a recibirle al aeropuerto de Montreal, y salió con él, hablándole del

concierto de la noche, y quiso subir a su coche, mientras el verdadero Laberge recorría frenéticamente el aeropuerto en su busca. En una cena celebrada en honor de Paul, la anfitriona entró en el comedor con una enorme fuente de goulash. Orgullosa, le anunció: «Hemos cocinado esto especialmente para usted». Paul le dio las gracias, colocó la fuente ante sí y procedió a comerse su contenido mientras los presentes (demasiado educados para protestar) le observaban estupefactos. Era un hombre serio, pero no carecía de sentido del humor. Tenía un don para proferir sentencias rápidas e inesperadas en una lengua absurda de su propia creación. Leonard Kastle, uno de sus alumnos estadounidenses de finales de la década de 1940, lo recuerda como «el hombre más encantador del mundo […] fue mi padre artístico y espiritual e, indudablemente, la influencia más importante de mi vida».[99]

Paul era incapaz de fingir. Siempre decía lo que pensaba y eso solía reportarle problemas. Marga, que no le tenía miedo y se tomaba con calma todas sus excentricidades, reconocía que era una persona «difícil […] pero nuestra relación fue madurando hasta convertirse en una buena amistad. Era fiel a sus amigos, y yo era mayor que él y sabía morderme la lengua cuando él perdía los nervios».[100] No era fácil adivinar cuándo ni por qué iba Paul a perderlos, pero las nubes de tormenta nunca estaban muy lejos, y Marga, como su confidente y principal apaciguadora, siempre tenía «mucho que hacer». Ella minimizaba los malentendidos entre Paul y el director de su hotel, entre Paul y el conductor de un autobús, o entre Paul y los amigos de ella. Refiere con humor uno de estos episodios:

> Una noche, en Southwold, pedí a Paul que tocara para el pastor congregacionalista que tan amablemente me había prestado un piano para que Paul pudiera utilizar el mío. Cuando llegaron el pastor y su esposa, Paul apenas levantó la vista del libro que estaba leyendo y, con aire muy enfadado, se sentó de pronto en la banqueta del piano y ofreció una interpretación casi violenta del Estudio de Varsovia de Godowsky sobre Chopin. Acto seguido salió de la sala sin mayor

ceremonia. Mi hermana estaba espantada: «¡Ha sido el colmo de la grosería!», dijo. Al día siguiente, cuando le afeé su conducta, Paul dijo que había tocado como yo le había pedido, que nunca prometió unirse a nuestra charla banal. En mi tarea de apaciguadora, me presenté en la casa del pastor con un ramo de claveles de parte de Paul. Me recibieron con gran amabilidad. No quisieron aceptar una disculpa. La velada había sido muy agradable, la interpretación, maravillosa. Estaban convencidos de que semejante conducta era solo una forma de darse el tono.[101]

Paul era consciente de su incapacidad para llevarse bien con los demás y, pese a su encanto, erudición y energía vital, eso le obligaba a llevar una existencia solitaria. Nunca se quedaba en casa de nadie, sino que reservaba una habitación para él y su ayuda de cámara, Franz Kalchschmidt, en un hotel cercano, pedía que le llevaran un piano y veía a sus amigos solo cuando le apetecía. Cuando viajaba en tren, incluso con su familia, reservaba un compartimento privado para él solo. Uno de sus alumnos, el director de orquesta Steve Portman, recuerda que Paul tenía «una concha a su alrededor, como una armadura que no le permitía relacionarse con los demás; nadie lo cuestionaba porque tenía una autoridad que muy pocas personas poseen».[102] Portman procedía de una familia de Nueva York pobre y con muchos problemas. Sus clases con Paul eran gratuitas. Una Navidad, este le regaló una corbata muy cara. «¡Oh, jamás he tenido una como esta!», exclamó Portman. «¡Yo no regalo basura!», le espetó Paul. Portman señala que «todos mis recuerdos de Paul Wittgenstein son positivos, no podría haberse mostrado más amable ni haberme ayudado más».

En abril de 1929 Paul invitó a Marga a acompañarlo en una gira por Holanda. Ella le preguntó si podría llevar a un amigo, Michael Lindsay, señor de Balliol (posteriormente, lord Lindsay de Birker), y Paul aceptó. En términos generales lo pasaron muy bien, hasta que Marga, pensando que el ayuda de cámara de Paul parecía sentirse solo y aburrido, le preguntó si le gustaría ir al cine.

> Paul estaba indignado; se dirigió a mí hecho una furia, me dijo que ya era bastante fastidioso que hubiera llevado a Michael, pero que era imposible que ahora tratara de trabar amistad con su ayuda de cámara. Me gritó: «Puedes elegir entre Franz y yo, lo reconozco». Le interrumpí a toda prisa: «Si llegamos a ese extremo, te escogeré a ti como acompañante».[103]

Es fácil comprender la antipatía que muchos sentían por Paul y su hermano Ludwig debido a su franqueza, pero ambos tenían una personalidad magnética y contaban con fervientes admiradores. En una carta que Donald Francis Tovey escribió a un amigo para recomendarle que visitara a Paul y Ludwig durante su estancia en Viena, el distinguido compositor y crítico escribió:

> Ambos son, creo yo, personas magníficas; casi tan desbordantes de vitalidad como Dickens (cuyas obras completas seguro que Paul Wittgenstein podría enumerar de memoria). A Ludwig solo lo he visto una vez. Espero no equivocarme al pensar que Paul es un buen amigo; hablo con cautela únicamente porque las personas de mi edad no deberían abusar del confiado entusiasmo de la generación más joven.[104]

Quienes por su amistad con Paul podían ver más allá de su neurosis y su mal genio lo consideraban fiel, generoso y de buen corazón. Tenía por costumbre hacer regalos sorpresa a sus amigos enviándoles por correo instrumentos musicales, manuscritos valiosos, paquetes de comida y dinero. Nunca cobró a sus alumnos por las esforzadas clases que les dio y en una ocasión entregó a uno varios miles de dólares para que asistiera al Festival de Spoleto, en Italia.

En una redacción escolar de 1944, Leonard Kastle, su alumno más brillante en aquella época, escribió: «Todavía me hace estremecer cuando cometo el más mínimo error. Pero tras ese temperamento se esconde el corazón más amable que se puede encontrar».[105] Cuatro años antes, otra alumna, Philippa Schuyler, señalaba en su diario: «Lloré un poco cuando levantó la voz. Luego dijo: “Cariño, no debe importarte que tu profesor

grite un poco. ¡No puede evitarlo!”. Luego, cuando nos marchamos, nos da un beso».[106] En su cariñosa remembranza de Paul, escrita poco después de la muerte del pianista, Marga concluía:

> La personalidad de Paul es inolvidable. Quienes lo conocieron la sentían de inmediato; con frecuencia la impresión llevaba a rechazar el contacto. Enormemente sensible a su minusvalía física, hizo de la independencia y la reserva su norma de vida y afrontó la tragedia con entereza. Para aquellos a quienes permitía entablar amistad con él, era el más incondicional de los amigos. [107]

Rusia y Ravel

Marga viajó a Nueva York en septiembre de 1927 con el fin de recaudar fondos para Lady Margaret Hall, en Oxford, y llevó consigo algunas grabaciones en las que Paul interpretaba música de Josef Labor con la violinista Marie Soldat-Roeger y que se habían realizado bajo los auspicios de Clara Wittgenstein. Clara (que era tres años menor que Karl) era una singular tía soltera que mostraba un especial interés por el bienestar de sus sobrinos. Al igual que Gretl, invitaba a compositores y artistas, y celebraba conciertos privados en su amplio piso de la Salesianergasse, en un antiguo pabellón de caza imperial de Laxenburg y en su casa de labranza de Thumersbach. En su opinión, los discos de gramófono eran muy importantes en la carrera de un artista.

En Nueva York Marga sembró con éxito las semillas para una gira estadounidense de Paul, en la que lo más destacado sería una interpretación del *Panathenäenzug* de Strauss en el Carnegie Hall, con la Orquesta Sinfónica Beethoven bajo la batuta de George Zaslawsky, el director que la

había fundado. El 31 de octubre de 1928, Paul interpretó el concierto de Bortkiewicz en Bucarest y tenía previsto partir hacia América dos días después, pero cuando le llegó la noticia de que se había cancelado un concierto de la Orquesta Beethoven en el Carnegie Hall para el que se habían agotado las localidades, decidió no viajar. En Nueva York se ofrecieron dos explicaciones. Por una parte, Zaslawsky afirmaba haber sufrido un infarto y, por otra, se decía que Paul Kochanski, quien aparecía en el programa como violinista solista, se había negado a actuar porque no le habían pagado sus honorarios. Tal vez ambos motivos guardaran relación. En cualquier caso Zaslawsky se negó a devolver el dinero a quienes habían comprado una entrada, y al cabo de pocas semanas él y su orquesta se declararon en bancarrota.

El éxito de los encargos de Paul había animado a muchos jóvenes compositores a enviarle por iniciativa propia propuestas, sugerencias e incluso partituras completas de obras que habían compuesto para la mano izquierda. También estimuló a figuras más distinguidas a sumarse al festival Wittgenstein. En junio de 1924 Leopold Godowsky firmó un contrato según el cual cobraría seis mil dólares (la mitad en el momento de la firma y la otra mitad al entregar la obra) por componer un concierto para piano para la mano izquierda, pero se dejó llevar por el pánico (porque no tenía experiencia alguna de orquestación) y al final entregó por tres mil dólares un magistral capricho sobre temas extraídos de *El barón gitano*, de Johann Strauss. Godowsky escribió a su esposa: «Es buena música; seguramente demasiado buena para Wittgenstein».[108] Paul solo la interpretó una vez.

Paul había insistido en mantener en secreto los detalles de sus contratos con Korngold, Schmidt, Strauss y Bortkiewicz. En el mundo de la música debía de sospecharse que había en juego grandes sumas, pero incluso los compositores jóvenes que lo ignoraban se sentían atraídos por la posibilidad

de que los asociaran a Paul Wittgenstein, que interpretó algunas de sus obras. En febrero de 1925 estrenó un remedo de los «Cuentos de los bosques de Viena» para piano y orquesta de Eduard Schütt en el Musikvereinsaal; una Serenata y Perpetuo Mobile del compositor ciego Rudolf Braun le animó a encargarle todo un concierto; estrenó un cuarteto de Hans Gal, que según Paul no era «nada excepcional», en marzo de 1928, y rechazó un concierto de Karl Weigl. Sin embargo no eran, ni entonces ni ahora, compositores importantes, y Paul siempre había tenido miras más altas.

El 24 de febrero de 1929 lo contrataron para que interpretara en París el *Panathenäenzug*, e indicó a su agente, Georg Kügel, que escribiera a Maurice Ravel (compositor que se encontraba en la cima de su fama) para preguntarle si le gustaría asistir, con vistas a componer un concierto para él. Ravel, que estaba trabajando en otro concierto para piano, se disculpó por no poder acudir, pero preguntó a Paul si le gustaría visitarle en Le Belvédère, una villa pequeña y recargada que poseía en Montfort-l'Amaury, unos cuarenta kilómetros al oeste de París. Al parecer el encuentro fue muy bien. Ravel aceptó estudiar algunas composiciones para piano para la mano izquierda, incluidos los estudios de Saint-Saëns y Chopin-Godowsky. La perspectiva le entusiasmaba. *Je me joue de difficultés*, dijo,[109] y anunció que en su próximo viaje a Viena, en marzo, acudiría a escuchar a Paul interpretando el *Panathenäenzug*.

En el verano de 1930 Paul hizo una gira por la Unión Soviética. Su viaje lo llevó a los auditorios de Moscú, Leningrado, Bakú, Kiev y Jarkov, la ciudad natal de Sergei Bortkiewicz, donde interpretó el concierto de este y recibió un aplauso extasiado. En Kiev el entusiasmo del público fue tal que tuvo que repetir la actuación dos días después. Aunque hablaba un poco el idioma del país, detestaba el pueblo ruso y su cultura desde los duros días

de su cautiverio durante la guerra. Cuando en la década de 1950 un caballero elegante le preguntó en Nueva York si le gustaría ver la espléndida colección de antigüedades rusas que tenía en su recién creado Salón de Rusia, Paul respondió en tono cortante: «No, odio todo lo ruso».

Por encima de todo despreciaba el nuevo régimen comunista, la omnipresente propaganda que se utilizaba para sustentarlo y la miseria en que sumía a su pueblo. «Cuando la negra envidia se disfraza de igualdad, la lucha contra los privilegios se convierte en grito de guerra», diría citando a Franz Grillparzer, su poeta vienés favorito.[110] «Me desesperaban las eternas esperas y maldecía con vehemencia», recordaba.[111] En el hotel de Jarkov tuvo que llevar una silla de su habitación al comedor porque no había plazas suficientes para sentarse a desayunar. Una comida duraba casi dos horas porque nunca llegaba nada y pedir algo era una pesadilla:

> «Café au lait.» No hay leche. «¡Entonces té con limón!» No hay limones. «¡Dos huevos al plato!» No hay huevos. «¡Pues pan con mantequilla!» No hay mantequilla, solo queso. Un funcionario del gobierno que había allí me dijo que ya no recordaba el sabor de la mantequilla. ¡Y aquello sucedía en la capital de una república agrícola como Ucrania![112]

En Rusia, como en cualquier otro lugar, Paul expresaba abiertamente su desdén hacia el régimen comunista. En Moscú reprendió a un agente en su concierto diciéndole: «¡Si hubieran dejado al zar, su país estaría infinitamente mejor que ahora!».[113] El agente abandonó la sala dándose unos golpecitos en la frente con el dedo. En la Rusia estalinista de los años treinta los comentarios como ese eran peligrosos incluso para un invitado extranjero, pero Paul no tenía miedo, como dejó patente en un escrito sobre su estancia en Leningrado:

> Como casi todos los edificios públicos, teatros, auditorios y bancos, el interior de la sala de conciertos está recubierto de estandartes rojos. Muchos de ellos cuelgan del techo al suelo y llevan

escrito: «¡Venceremos y superaremos a los países capitalistas!». Pensé que si en lugar de esa palabrería y ese derroche de tela para las banderas, en lugar de los innumerables bustos e imágenes de Lenin, en lugar de esos desmesurados y superficiales gastos; si en lugar de todo eso se construyera un solo lavabo público, se habría hecho mucho más por el bien y el interés del pueblo, así como para «vencer y superar» a los países capitalistas.[114]

Poco antes de que Paul partiera hacia Rusia, Georg Kügel, su bigotudo agente, le había comunicado una buena noticia: Sergei Prokofiev, el famoso pianista y compositor ruso, que entonces residía en Francia, estaba en principio dispuesto a componer un concierto para él. Kügel, a quien Paul pagaba un criado, se había dirigido a Michel Astroff, el agente de Prokofiev, a principios de junio, pero no había informado a Paul de su intención de quedarse con una parte de los honorarios que recibiera. Mientras Paul estaba fuera, el astuto Kügel escribió a Astroff:

El señor Wittgenstein se encuentra en este momento de gira por Rusia y regresará a Viena a principios del mes de julio. Hablaré de este asunto con él a su regreso y le tendré a usted informado. Entretanto quisiera pedirle que me dijera aproximadamente cuánto tiempo cree el señor Prokofiev que necesitaría para terminar un concierto para la mano izquierda y orquesta.

El señor Wittgenstein deberá ser titular en exclusiva de los derechos de interpretación durante cinco años. La naturaleza de la composición (ya sea de uno o tres movimientos, o un conjunto de variaciones) queda, por supuesto, al arbitrio del señor Prokofiev. Confío en poder llegar a un acuerdo por la suma solicitada de cinco mil dólares y espero recibir mi habitual diez por ciento de comisión.

En espera de una respuesta favorable por su parte, firmo,

GEORG KÜGEL[115]

Cuando regresó a Viena, Paul se negó a contar a su inquisitiva familia nada de su gira por Rusia en una cena que ofrecieron para darle la bienvenida, e indicó a su anciana tía Clara que cambiara de tema de inmediato si en la conversación se mencionaba su viaje, sus conciertos o su música. De Viena viajó a Londres, y desde allí al hotel Overstrand, cerca de

Cromer, en Norfolk, para disfrutar de unas vacaciones junto al mar con Marga. Fue allí donde le llegó la noticia de la aceptación final de las condiciones por parte de Prokofiev. «Querido maestro —le escribió al compositor, que estaba en París—, permítame manifestarle mi inmensa alegría por la noticia de que algún día interpretaré el concierto que ha aceptado componer para mí.»[116] El 29 de agosto, deshecho de impaciencia y nerviosismo, tomó un avión hacia París para reunirse por primera vez con Prokofiev y saber cómo le iba a Ravel con su concierto.

En Montfort-l'Amaury, Ravel lo condujo a su sala de piano, llena de adornos y baratijas kitsch colocados con primor: cálamos hechos de pluma de pato, candelabros góticos de cristal, conchas marinas y un pájaro mecánico metido en una jaula dorada al que él llamaba Zizi. El compositor se esforzó por interpretar al piano simultáneamente con las dos manos la parte orquestal y la línea solista. Paul quedó defraudado por la música, y así se lo dijo. Una de sus quejas guardaba relación con la larga *cadenza* sin acompañamiento con que comenzaba la obra. «¡Si hubiera querido tocar sin orquesta, no habría encargado un concierto!», dijo.[117] «Supongo que Ravel estaba decepcionado, y yo lo lamentaba, pero nunca he sabido fingir.»[118] Paul le pidió que hiciera varios cambios, y cuando abandonó la casa de Ravel todavía no estaba seguro de si el compositor estaría dispuesto a introducirlos. En la calle Valentin Haüy de París, el 2 de septiembre, Prokofiev tenía curiosidad por saber cómo iban las cosas con Ravel, pero Paul guardó silencio. No fue hasta finales de ese mes, una vez que Ravel le hubo asegurado que haría los cambios que pedía, cuando explicó a Prokofiev: «Seguramente el concierto de Ravel estará terminado dentro de pocas semanas. Cuando le vi a usted en su casa, todavía no estaba claro. Le escribo ahora por si pensó usted que yo trataba de ocultarle algo».[119]

El acuerdo al que finalmente llegaron Paul y Ravel reportó al compositor seis mil dólares y concedió al pianista, desde la fecha de la firma del contrato, los derechos de interpretación en exclusiva durante cinco años del *Concierto para la mano izquierda*. Sin embargo, surgieron algunos problemas. Estaba previsto que el estreno en Francia se celebrara en la Salle Pleyel de París, con Ravel a la dirección de la orquesta, en abril de 1932, y que el estreno mundial tuviera lugar en Viena, en el Grosser Musikvereinsaal, con la Orquesta Sinfónica de Viena bajo la batuta de Robert Heger, en enero de aquel año. Como de costumbre, la primera interpretación (el 27 de noviembre de 1931) tuvo lugar en un concierto privado celebrado en el *palais* Wittgenstein de Viena, en el que un segundo piano ejecutó la parte orquestal. Pocos meses después de que se anunciara que el concierto estaba listo, Paul fue contratado para tocarlo en auditorios de Berlín, Londres, Varsovia, Atenas, Brno, Lemberg y Poznan.

Ravel no se encontraba entre el público que asistió al estreno de Viena el 5 de enero, en el que, según el crítico del *Neue Freie Presse*, «la virtuosa interpretación de Paul Wittgenstein desató una tormenta de aplausos».[120] En cambio, viajó en tren a Viena desde París el día 30 acompañado por la pianista Marguerite Long, con la que estaba presentando en gira su recién concluido *Concierto para piano en sol*. Se alojaron en la embajada francesa. Por la noche Paul ofreció una cena en honor de Ravel y la señorita Long. Entre los asistentes estaban Franz Schmidt, el embajador francés Bertrand Clauzel y varios dignatarios vieneses. La intención de Paul era interpretar el concierto de Ravel después de la cena con su amigo Walter Bricht, pianista y compositor, que tocaría la parte orquestal en un segundo piano. Durante la cena Paul comentó a la señorita Long que había hecho algunas modificaciones en la obra. Ella se puso nerviosa pensando en cómo se lo tomaría el compositor y le aconsejó que le advirtiera antes de tocarlo,

pero él no lo hizo. Durante la interpretación la cara de Ravel se ensombreció de ira mientras escuchaba cómo Paul demolía su obra maestra. Reparó en que se habían eliminado algunas líneas de la parte orquestal para incorporarlas a la parte solista, que las armonías habían cambiado, que se habían añadido partes, que se habían suprimido compases y que al final, en la *cadenza* de cierre, se había agregado una serie de grandes arpegios de nueva creación. El compositor estaba fuera de sí de indignación e incredulidad. A su juicio, se había destrozado el espíritu de la obra y se habían quebrantado sus derechos. Marguerite Long recordaba la escena:

> En cuanto terminó intenté, con el embajador Clauzel, iniciar una «diversión» para evitar un incidente. Pero ya Ravel avanzaba lentamente hacia Wittgenstein y le decía: «¡Pero no es así en absoluto!». Y el otro se defendía: «¡Soy un viejo pianista y esto así no suena para nada!». Era exactamente lo que no debía decir. «¡Yo soy un viejo orquestador y esto suena!» Cabe imaginarse el malestar reinante. Recuerdo que nuestro amigo estaba en un estado tal de nerviosismo que despidió el coche de la embajada y volvimos a pie esperando que esa caminata bajo un frío riguroso calmaría su contrariedad.[121]

Mientras caminaban de regreso a la embajada, la señorita Long trató de exponer los argumentos de Paul, puesto que le había parecido que, pese a todo, adoraba la música, pero Ravel no quiso oírla y se opuso a que Paul interpretara la obra en París. En la prensa se rumoreó que Paul había pedido que se introdujeran cambios en el concierto porque le resultaba demasiado difícil de interpretar. La ruptura entre compositor y pianista continuó fraguándose durante todo el mes de febrero. Paul escribió a Ravel a París aduciendo que a todos los intérpretes se les debía conceder cierta libertad. «¡Los intérpretes no deben ser esclavos!», afirmó, a lo cual respondió Ravel: «¡Los intérpretes son esclavos!». Hacia el final de su vida, cuando la mente del compositor estaba ya deteriorada, este último comentario se

convirtió en una especie de mantra personal que pronunciaba de forma instintiva siempre que se mencionaba el nombre de Paul Wittgenstein.

El 7 de marzo Ravel envió otra carta airada a Paul para exigirle el compromiso formal de que en lo sucesivo interpretaría la obra tal como él la había escrito. Paul estaba muy agitado, como puede deducirse de su caligrafía, que en momentos de tensión era una serie de garabatos apenas legibles. Escribió al compositor Karl Weigl para decirle que estaba pensando en abandonar la interpretación en público,[122] y explicó a Marga: «He cancelado el concierto de París por varios motivos demasiado largos para poder referirlos en una de mis cartas».[123] Su respuesta a Ravel en una misiva fechada el 17 de marzo de 1932 aporta más detalles:

> En relación con el compromiso formal de interpretar en lo sucesivo su obra tal como está escrita, ni hablar. Ningún artista que se precie de serlo aceptaría semejante condición. Todos los pianistas realizan modificaciones, mayores o menores, en los conciertos que ofrecen. Semejante compromiso es intolerable. Se me podría hacer responsable de cada semicorchea imprecisa y de cada silencio musical que omitiera o añadiera […] Escribe usted con indignación e ironía que yo quiero «destacar». Por supuesto, *cher Maître*, lo ha expresado usted perfectamente: ¡esa es la razón por la que le pedí que compusiera un concierto! Claro que deseo destacar. ¿Qué otro objetivo podría haber tenido? Por consiguiente, tengo derecho a solicitar que se hagan las modificaciones necesarias para alcanzar tal objetivo […] Como ya le dije en otra ocasión, solo insisto en que se hagan algunas de las modificaciones que propuse, no todas: no he alterado en modo alguno la esencia de su obra. Solo he modificado la instrumentación. Entretanto he rehusado tocar en París, pues no puedo aceptar condiciones imposibles.[124]

La discusión se centraba ahora en una sección de dos páginas de la parte central del concierto; Paul insistía en que sería mejor que la interpretara el piano en lugar de la orquesta, como la había compuesto Ravel. «Eso echa a perder el concierto», decía Ravel.[125] Después de un largo pulso, Paul se rindió y reconoció que aquel tenía razón. Durante los meses en que había estado estudiando la obra su actitud hacia ella había cambiado. Ahora le «fascinaba» y la descubría como «una gran obra […] Es asombroso.

¡Aunque me desagrada toda la llamada “música moderna”, precisamente es la partitura escrita en compás de 6/8, la más disonante del conjunto, la que más me gusta!».[126]

Se programó un nuevo estreno en París para el 17 de enero de 1933 en la Salle Pleyel, con la Orquesta Sinfónica de París, que dirigiría el propio Ravel. Pese a las persistentes fricciones entre compositor y pianista, el concierto fue un éxito monumental y la versión oficial que recogió la prensa fue que los dos hombres habían zanjado sus desavenencias. «Mi disputa con Ravel se resolvió hace mucho —declaró Paul a un periodista del *New York Times* en noviembre de 1934—. Nos llevamos muy bien.»[127] No obstante, el episodio dejó un regusto amargo en la boca de ambos. Ravel se retiró de un segundo concierto que debía celebrarse en Montecarlo en el mes de abril aduciendo razones de salud y siguió estando insatisfecho con los cambios que había introducido Paul en la partitura. Aquel verano, mientras estaba con unos amigos en San Juan de Luz, tuvieron que rescatarlo de una piscina porque era incapaz de mover los brazos. Esos fueron los primeros síntomas de una infrecuente demencia conocida como enfermedad de Pick. Su paulatino deterioro y debilitamiento afectaban a todos los aspectos de la coordinación física y mental. Al final era incluso incapaz de escribir su nombre. Murió el 28 de diciembre de 1937, después de una intervención cerebral fallida en un hospital de París.

Prokofiev

Paul estaba entusiasmado ante la perspectiva de conocer a Prokofiev. El

encuentro tuvo lugar en el vestíbulo del hotel Majestic de París, y Prokofiev le propuso comer en un restaurante con su agente Michel Astroff para, a continuación, ir a su casa de la rue Valentin Haüy, donde se alojaban el famoso director teatral Vsevolod Meyerhold y su esposa, la actriz Zinaida Raikh. Paul debía de saber algo acerca de Meyerhold —que era un funcionario del departamento teatral del Comisariado de Educación e Ilustración de la Unión Soviética y estaba afiliado al Partido Comunista—, ya que, cuando Prokofiev lo invitó a su casa vaciló un instante antes de exclamar: «¡No soporto a los bolcheviques!».[128] Prokofiev le aseguró que Meyerhold era un artista destacado y que se había afiliado al Partido Comunista con el único fin de continuar realizando su labor en la Unión Soviética sin que lo molestaran las autoridades. Así pues, Paul aceptó ir a su casa.

El agente de Prokofiev comentó posteriormente al compositor que estaba «decepcionado por el aspecto poco atractivo que tenía Wittgenstein»,[129] y se mostró estupefacto de que alguien pagara nada menos que cinco mil dólares por un concierto. Prokofiev, por su parte, estaba impresionado por la habilidad de Paul para comer solo con una mano y lo defendió diciendo: «¿Qué esperabas, que llevara un chaqué con insignias?».[130] Por la tarde, en casa de Prokofiev, él y Paul se sentaron al piano. Paul demostró su técnica con obras de Chopin, Mozart y Puccini, tras lo cual Prokofiev le preguntó: «¿Qué le lleva a encargarme un concierto a mí, cuando es este el tipo de música que le gusta?».[131] Paul respondió que le gustaba cómo escribía música para piano y que confiaba en que le compusiera una pieza interesante desde el punto de vista técnico, de modo que el compositor se sentó ante el teclado y tocó dos temas que pensaba incorporar al concierto. Le pidió que los escuchara varias veces antes de comunicarle su opinión,

pero después de la primera audición Paul exclamó: «Podría usted seguir tocando eso durante dos meses seguidos y yo seguiría sin entenderlo».[132]

Tras este peliagudo comienzo, Paul tranquilizó a Prokofiev diciéndole que, por lo que se refería al encargo, podía componer lo que deseara con plena libertad. La esposa de Meyerhold quedó cautivada por la maestría musical de Paul y comentó a Prokofiev: «¡Con cuánto amor ha tocado el piano! Me he compadecido del alma de un hombre que ha perdido el brazo en la guerra».[133] Prokofiev, que no estaba tan impresionado, repuso: «No aprecio ningún talento especial en su mano izquierda. Podría ser que su desgracia se hubiera convertido en un golpe de buena suerte, pues con la mano izquierda sola es único, pero quizá con ambas manos no hubiera destacado entre una multitud de pianistas mediocres».

Paul simpatizó con Meyerhold y su esposa, pese a sus prejuicios acerca del bolchevismo, pero jamás volvieron a verse. En 1938 los estalinistas cerraron el teatro de Meyerhold en Moscú y asesinaron a Zinaida. Meyerhold fue detenido, torturado y fusilado en prisión bajo la acusación de «militancia trotskista».

En enero de 1931, cuatro meses después de su primer encuentro con Prokofiev, Paul se fracturó el fémur y se rompió un vaso sanguíneo, que le produjo un gran hematoma al resbalar en una calle de Viena. El día 20 interpretó en Viena el concierto de Korngold con la pierna vendada, y en marzo todavía cojeaba y llevaba la pierna entablillada cuando leyó en el periódico que Prokofiev iba a tocar en la capital austríaca. Inmediatamente le envió una carta para pedirle que no se alojara en el hotel Imperial, sino en su *palais*:

> Dispondrá usted de su propia habitación, con su propio piano; nadie le molestará. Uno de mis principios es que lo único que tienen que decir los invitados a esta casa es si desean que se les

despierte por la mañana, si quieren té o café, si vendrán a cenar, etcétera; aparte de esto, viven aquí como si estuvieran en un hotel o una pensión.[134]

Prokofiev pasó unos días felices con Paul tocando duetos de Schubert al piano. En cuanto regresó a París, empezó a concentrarse en su concierto para la mano izquierda. Paul le había pedido algo que fuera «más claro que Strauss y menos infantil (desde un punto de vista técnico) que Franz Schmidt».[135] Con el título de *Concierto para piano número 4*, el borrador estuvo concluido a finales de julio de 1931, pero el compositor no estaba del todo satisfecho. La obra es fría desde el punto de vista emocional y se diría que Prokofiev no puso el corazón en ella. Desde el principio alimentaba el plan (que inicialmente ocultó a Paul) de convertirla en un concierto para dos manos en cuanto hubiera expirado el contrato de exclusividad con Wittgenstein. El 11 de septiembre le envió la partitura con una nota adjunta, en la que manifestaba que no estaba seguro de cuál sería su reacción:

Espero que el concierto le resulte satisfactorio desde el punto de vista pianístico y en lo relativo al equilibrio entre el piano y la orquesta. Soy incapaz de adivinar qué impresión musical le producirá. ¡Un problema difícil! Usted es un músico del siglo XIX y yo del XX. He tratado de hacerlo con la mayor honradez posible; por su parte, no debe juzgarlo con demasiada precipitación, y si hay determinados pasajes que al principio le parecen imposibles de digerir, no se apresure a juzgarlos, espere un poco. Si tiene alguna propuesta para mejorar la obra, por favor, no dude en comunicármela.[136]

A juzgar por la autobiografía de Prokofiev, Paul le envió una respuesta de lo más franca: «Gracias por su concierto, pero no entiendo ni una sola nota y no lo tocaré».[137] La carta en cuestión ha desaparecido y, aunque Paul hubiera escrito esas palabras, sin duda debió de añadir algo más, puesto que el compositor y el pianista siguieron manteniendo una relación cálida y cordial. En la correspondencia que intercambiaron tres años más tarde,

Prokofiev le preguntó si le importaría que transformara la obra en un concierto para dos manos. «Dada la excelente relación que existe entre nosotros, y como no quisiera hacer algo que pudiera resultarle desagradable, he considerado que en primer lugar debía consultarle a este respecto.»[138] Paul le contestó que se equivocaba si pensaba que no le había gustado el concierto. «Eso no es justo —escribió—. Su concierto, o al menos una parte considerable de él, me resulta comprensible, pero hay una diferencia enorme entre un poema que me desagrada y uno cuyo significado no logro comprender por entero.»[139]

Cuando recibió la partitura de Prokofiev Paul le envió una nota para confirmar que le enviaba tres mil dólares como segundo plazo de sus honorarios. Prokofiev le escribió para corregirle. «No me debe usted 3.000 dólares, sino 2.250; es decir, 2.500 menos el diez por ciento que se lleva Kügel [su agente].»[140] Hasta ese instante Paul ignoraba que Prokofiev y Astroff habían acordado una suma de cinco mil dólares. Había dado por buena la palabra de su agente de que los honorarios ascenderían a seis mil dólares, pagaderos en dos plazos. Cuando descubrió el ardid de Kügel para robarle mil dólares, montó en cólera y lo despidió en el acto. Contrató entonces al compositor y empresario Paul Bechert, que trabajó una temporada para él, y cuando este se marchó a Estados Unidos en diciembre de 1932 dejando sin pagar todas sus deudas, Paul estuvo un tiempo sin representante.

Paul dedicó muchas horas a estudiar la partitura de Prokofiev, pero jamás entendió la música y, en consecuencia, nunca la interpretó. El concierto se estrenó (con Siegfried Rapp al piano) en Berlín, en septiembre de 1956, tres años y medio después de la muerte del compositor. Por lo que respecta a la versión para dos manos, Prokofiev nunca se decidió a componerla, y siguió sin tener clara la calidad de la obra: «Yo mismo no me he formado una

opinión concluyente sobre ella —escribió en su autobiografía—; unas veces me gusta, otras, no».[141]

Love Story

Pocas personas podían adivinar que había razones que explicaban la irritabilidad de Paul en la época de su disputa con Ravel. Su novia tenía un problema grave. Al parecer Bassia Moscovici, una hermosa joven rumana, era cantante, aunque no hay ninguna grabación de sus interpretaciones en público.[142] Su padre era un modesto joyero y relojero de Bucarest, y es posible que Paul la hubiera conocido hacía tiempo, en noviembre de 1928, cuando se alojó en el hotel Palace Athenée de Bucarest, donde ensayaba e interpretaba el concierto para la mano izquierda de Bortkiewicz. En el otoño de 1930 Bassia se trasladó a Viena, donde se alojó en una villa de la Vegagasse, en el distrito 19 costeada por Paul. Parece poco probable que este pensara alguna vez en el matrimonio, puesto que Bassia procedía de una familia judía humilde y él, con su temperamento nervioso, era incompatible con la vida conyugal. En todo caso, en 1931 el nombre de la joven aparecía en el *Austrittsbücher* de la comunidad judía de Viena como el de una persona que, el 25 de febrero, había abandonado voluntariamente el credo judío. Por consiguiente, es posible que su posterior conversión al catolicismo y su adopción mediante confirmación del nombre de Pauline estuvieran pensadas para facilitar la boda con Paul. De ser así, un cruel revés le negó esta posibilidad.

En el verano de 1931 Bassia descubrió que estaba embarazada de Paul,

quien, desesperado, acudió a sus hermanas en busca de ayuda. Gretl, con su gran corazón y su carácter autoritario, asumió el mando de la crisis disponiendo que la rumana de veintiún años se sometiera a un aborto secreto e ilegal. Bassia deseaba muchísimo tener el bebé, pero Gretl la intimidó hasta convencerla de que la única salida posible y aceptable era abortar. La peligrosa, tardía e incompetente operación clandestina salió terriblemente mal.

Bassia enfermó de gravedad y a finales del otoño de 1931, cuando todavía no se había restablecido por completo, descubrió una hinchazón en el hombro causada por un rabdomiosarcoma, un cáncer que se extendía a través de la musculatura del brazo. A principios de noviembre se sometió a una intervención quirúrgica para extirpar el tumor, tras lo cual Gretl trató de persuadirla de que pasara el período de recuperación fuera de la ciudad. Como desconfiaba de sus intenciones, Bassia insistió en permanecer cerca de Paul, pero Gretl, decidida como siempre a salirse con la suya, reservó una plaza para ella en un sanatorio de Mauer bei Amstetten, en la región de Dunkelsteinerwald, ochenta kilómetros al oeste de Viena, y mandó una ambulancia a su casa de la Vegagasse para que la recogiera y la trasladase allí. El hospital, una clínica famosa que trataba a enfermos con trastornos nerviosos y mentales (inaugurada en 1902 por el emperador Francisco José con las infaustas palabras: «Debe de ser agradable ser retrasado en Mauer»), no fue del agrado de Bassia. Al cabo de pocos días solicitó el alta y regresó a la ciudad, donde se quejó ante Paul de que Gretl era una especie de espíritu maligno. Para entonces el cáncer ya se había extendido hasta los pulmones, la herida de la operación se había infectado y la joven tenía fiebre muy alta. Afirmaba que Gretl la había obligado a abortar y que la había enviado deliberadamente a un hospital insalubre, donde su situación

había empeorado. Sostenía que nada de eso habría sucedido si se le hubiera permitido tener el bebé.

En ese momento tan solo Gretl y Paul sabían que se moría de cáncer. Los médicos no habían informado a Bassia de la gravedad de su estado. Paul se volvió muy solícito con ella, «enternecedoramente bueno», según su hermana, y Gretl, con ánimo conciliador (si no impulsada por el sentimiento de culpa), se ofreció a acogerla en su casa de la Kundmanngasse durante un mes. A mediados de enero de 1932 todos, incluida la enferma, sabían que iba a morirse, y no tenía sentido sacarla de la casa de Gretl. Durante enero, febrero y marzo, mientras el estado de Bassia empeoraba, la relación entre ella y Gretl mejoró paulatinamente, hasta el extremo de que de vez en cuando intercambiaban una sonrisa. Gretl, por su parte, distaba mucho de estar bien, pues padecía fibrilación cardíaca aguda y pasaba la mayor parte del día acostada. Marga Deneke recordaba la vez en que fue a visitarla: «Sacando la mano para saludarme, me dijo que los médicos eran muy estrictos con las normas relativas a su problema cardíaco y permaneció recostada como una estatua sobre los pliegues de un chal carmesí y dorado, rodeada por un derroche de flores de colores».[143]

Gretl solo se levantaba por Bassia, con la esperanza de prepararla filosófica o mentalmente para la muerte, pero no estaba segura de cómo hacerlo. Las visiones y los presentimientos de la joven acerca de su muerte le parecían fantasiosos y cómicos, y lamentaba no ser capaz de tomárselos más en serio. A mediados de marzo Bassia estaba delgada, pálida y demacrada. Había perdido hasta el último vestigio de su belleza, pero seguía luchando junto a Paul, que no se apartaba de su lado. El 22 de abril, recibió la visita de una amiga de Ludwig, Marguerite Respinger, que escribió: «Bassia agoniza desde anoche. Morirá pronto. Solo pienso en Paul…».[144] Aquella tarde, experimentó un deterioro tan agudo que Paul

pasó toda la noche a su lado, sosteniéndole la mano hasta el momento del fallecimiento. La señorita Respinger regresó a la mañana siguiente para presentar sus respetos. «Me causó una impresión tremenda —escribió—. No porque me diera miedo ver a una persona muerta; pero al verla yacer así, con una expresión tan serena, me pregunté qué tipo de persona habría sido. Buena.»[145]

Cuando Hermine regresó de la Hochreit, encontró a la madre de Bassia, Esther Kirchen, sosteniendo la mano de su hija muerta y hablándole como si todavía viviera; le decía lo guapa que había sido y lo triste que era que ahora no estuviera tan hermosa; un espectáculo que a Hermine le pareció al mismo tiempo conmovedor y horripilante. Se lo comentó por encima a su hermano y después informó crípticamente a Ludwig: «Paul ha perdido mucho y lo reconoce. Con todo, no estoy segura de que piense lo mismo que yo cuando lo reconoce…».[146]

Paul se hizo cargo de todos los preparativos y, dos días más tarde, el 25 de abril de 1932, Bassia recibió sepultura en un lugar privilegiado del Zentralfriedhof de Viena, cerca de la entrada principal. No dejó testamento, pero se levantó acta de que estaba en posesión de catorce mil coronas austríacas (que equivalían a veintiocho veces el salario medio), presumiblemente regalo de Paul. Tras el funeral este, que estaba desconsolado, regaló a Gretl una rutilante diadema y a cada uno de los criados de su hermana un «presente muy generoso» por haber cuidado de Bassia. No obstante su resquemor hacia Gretl jamás desapareció. Aun cuando ella hubiera hecho tanto por ayudarlo, Paul seguía creyendo que su intervención había sido perjudicial. Analizaron la relación que tenían y reconocieron que no podía funcionar. Aparte del simple hecho de que la actitud de ambos ante la vida no podía ser más opuesta, Hermine también

creía percibir un trasfondo desagradable entre ellos. «Es evidente que en esto Paul sale perdiendo, pero no podemos evitarlo.»[147]

Su debut americano

Cuando falleció Bassia, Paul tenía desquiciados los nervios (que nunca habían sido su punto fuerte), de resultas de lo cual sus interpretaciones al piano se volvieron imprecisas y agresivas. En su gira por Polonia, realizada a finales de año, recibió críticas negativas. Pawel Rytel, de la *Warsaw Gazette*, escribió: «Pese a la admiración que sentimos por el artista, tenemos que subrayar que hubo ciertas deficiencias».[148] El *Warsaw Courier* señaló: «Las actuaciones de pianistas mancos no deberían juzgarse con el mismo rasero que las interpretaciones de pianistas con dos manos, pero en todo caso debo decir que se abusó del pedal».[149] «Evidentemente, una mano no puede sustituir a dos», dijo el crítico del *Polska Zbrojna*,[150] y el del diario *Robotnik* observó: «Por lo que se refiere a las obras compuestas expresamente para él, se esperaba que Paul Wittgenstein las ejecutara de forma impecable, pero la impresión general no fue buena, entre otras cosas, a causa del uso incorrecto del pedal y la falta de destreza técnica».[151] Tal vez los críticos pusieran reparos, pero al público no pareció importarle la tosquedad con que tocaba. Incluso en Polonia sus conciertos recibieron grandes ovaciones y su hipnótica presencia en escena continuó surtiendo efecto en los oyentes, pese a que su forma de interpretar fuera nerviosa e imprecisa.

Tardó casi dos años desde la muerte de Bassia en recuperar su estado de

forma óptimo y, cuando eso sucedió, su reaparición fue espectacular. En noviembre de 1934 realizó una gira americana que lo llevó a Boston, Nueva York, Detroit, Cleveland, Los Ángeles y Montreal. En todas partes encontró un derroche de publicidad, salas abarrotadas y críticas elogiosas. En un concierto celebrado en Nueva York tuvo que ofrecer hasta cinco bises. Sus interpretaciones asombraban por igual a críticos y público. Una crítica publicada en el *New York Herald Tribune* es representativa de muchas otras:

> Sin duda el mayor homenaje que podría rendirse a Paul Wittgenstein, el famoso pianista manco, es la simple constatación del hecho de que, después de unos instantes de asombro en que nos preguntábamos cómo diablos lo lograba, casi olvidábamos que estábamos escuchando a un intérprete cuya manga derecha colgaba vacía a un costado. Nos descubríamos absortos en la sensibilidad del fraseo del artista y en el extremo hasta el cual su increíble técnica estaba subordinada a la transmisión del pensamiento musical.[152]

Pocos se atrevían a poner en tela de juicio lo que Paul estaba haciendo o si valía la pena tocar el piano con una sola mano. Una notable excepción fue el distinguido crítico inglés Ernest Newman. En un artículo publicado en el *Sunday Times*, tras una interpretación en los «Proms»[*] del concierto de Ravel, se preguntaba si acaso Paul (como habían insinuado a menudo Hermine y Gretl) no se habría propuesto un imposible:

> Me compadezco de Paul Wittgenstein por haber perdido un brazo durante la guerra y siento la más profunda admiración por el valor que le ha permitido después desarrollar una técnica para una mano. De todas formas, desearía que los compositores dejaran de componerle conciertos para una mano o, al menos, de infligírnoslos a los demás […] Sencillamente eso no se puede hacer; el compositor no solo se ve obstaculizado en la vertiente orquestal de su trabajo por consideración a las limitaciones del pianista, sino que incluso en las secciones pianísticas se ve impulsado a realizar una serie de artificios e improvisaciones que enseguida resultan tediosos. Este concierto no contribuirá a apuntalar la reputación de Ravel, en acelerado declive. Desde otro punto de vista, es cierto que la lamentable minusvalía física del señor Wittgenstein puede que haya salvado la mitad de la obra, puesto que un concierto para una sola mano, por su naturaleza, puede ser, en el peor de los casos, solo la mitad de malo de lo que podría haberlo sido.[153]

Después de tres meses de frenética actividad en Norteamérica, Paul regresó exhausto a Viena el 2 de febrero de 1935, con solo una semana para preparar un nuevo concierto de Franz Schmidt, que iba a estrenarse en el Grosser Musikvereinsaal con la Filarmónica de Viena como parte de las celebraciones del sexagésimo cumpleaños del compositor. Hermine le oía practicar en su habitación y decía que la pieza tenía poco interés para ella. «Me parece que podríamos seguir con el tipo de composiciones que se escuchan hoy día. Es una pena que no pueda encargar nada realmente bueno.»[154] Paul era de otra opinión. «Creo que el primer y el segundo movimientos son en verdad gran música», escribió a su amigo Donald Francis Tovey.[155] El tercer movimiento le parecía un poco ligero, de modo que realizó algunas modificaciones para enriquecerlo, con la aprobación del compositor, y el concierto tuvo un éxito atronador, quizá el mayor que obtuvo Paul en toda su carrera. Schmidt dirigió un programa compuesto en su totalidad por obras propias, que incluía el estreno de su gran obra maestra, la *Sinfonía número 4*, y catorce periódicos en lengua alemana ofrecieron críticas en que se ensalzaban tanto el concierto como la magnífica interpretación de Paul. Con el concierto de Ravel, la gira americana y este último éxito la carrera de Paul, pese a sus muchas interrupciones, había alcanzado otro punto culminante. Mientras tanto su vida personal volvía a estar al borde de una crisis de primera magnitud.

Más complicaciones

Lo que Paul no sabía el 24 de octubre de 1934, cuando en Cherburgo, con

cuarenta y siete años, embarcó en el *Majestic* con destino a Nueva York era que una de sus alumnas de piano —una atractiva joven medio ciega, de dieciocho años y cabello moreno, entusiasta de Beethoven— estaba embarazada de él.

Hilde era hija de Franz Schania, un pianista aficionado, intérprete de cítara, católico y de izquierdas, que primero había trabajado en una gran fábrica de cerveza de Schwechat, cerca de Viena, y más tarde como inspector sanitario de la Wiener Städtische Strassenbahn, la red de tranvías de la ciudad. Tal vez fuera jefe de un pequeño departamento, o quizá no. En cualquier caso, la familia de Paul lo consideraba *nicht standesgemäss* (de clase inapropiada) e hizo correr la voz de que era un humilde cobrador: Ji Stonborough lo describiría años después como «un *Strassenbahn Kontrollor*; un revisor de tranvía, un hombre de poca monta».[156] Tras la Primera Guerra Mundial, en el curso de la cual al señor Schania se le quedó la cabeza atrapada entre un cañón y una pared rocosa durante la batalla de Isanzo, se volvió un socialista convencido y padeció varias depresiones. Su esposa, Stefanie, que trabajaba de secretaria en una serrería, también estaba deprimida. En 1933 se separó de su marido y, según se dice, se quitó la vida en enero de 1936. Hilde se crió con su hermana mayor, Käthe, primero en Rannersdorf y luego en un piso de protección oficial de uno de los nuevos experimentos socialistas de vivienda de la «Viena Roja», situado en la Geyschlägergasse, en el distrito 15.

A los cinco años, Hilde enfermó de sarampión y difteria, y el nervio óptico se vio afectado; su vista menguó, y siguió perdiéndola hasta quedar ciega. Cuando Paul la conoció veía algo, pero era tan hábil disimulándolo que él no se percató de que tuviera algún problema. Más adelante, cuando su vista empeoró considerablemente, todavía conseguía mirar a las personas a los ojos, tocar el piano con seguridad y caminar con agilidad por la casa

sin chocar con los objetos. Quienes la visitaban en general no reparaban en su ceguera. Algunos creían incluso que lo fingía. Su mala vista la obligaba a mirar atentamente con sus grandes ojos oscuros al rostro de sus interlocutores. Esto resultaba atractivo a los hombres, del mismo modo que, una generación antes, Mahler, Zemlinsky, Klimt, Kokoschka, Werfel y Gropius habían sucumbido a los encantos de Alma Schindler, «la joven más hermosa de Viena», cuya ligera sordera la obligaba a mirar fijamente los labios de los hombres mientras hablaban.

En el otoño de 1934 Hilde se matriculó como alumna de piano en el Nuevo Conservatorio de Viena. Paul tenía ganas de dar clases a alumnos de nivel avanzado desde el éxito que había obtenido con Rudolf Koder, el amigo de Ludwig, en junio de 1929. Su calendario de actuaciones era estresante y nunca conseguía controlar los nervios. No sabía relajarse y necesitaba una actividad suplementaria para rellenar las horas libres. Desde 1932 trabajaba como crítico musical adjunto no remunerado en el *Neues Wiener Journal*. El director del periódico tenía que suavizar de vez en cuando sus desaforadas reseñas, pero el hecho de que Paul nunca les enviara una factura lo convertía en un empleado atractivo.

La admiración que sentía por Leschetizky y Labor le permitió situar a los «grandes profesores» en un plano de igualdad con los «grandes intérpretes», y su experiencia con Rudolf Koder le animó a aceptar varios alumnos particulares. En octubre de 1930 solicitó, con el apoyo de Franz Schmidt, un puesto no remunerado en la Hochschule für Musik. Erich Korngold le aconsejó que enviara una solicitud formal al equipo directivo:

> Perdí el brazo derecho en la guerra y he tenido que aprender yo solo a ser un pianista manco; en estas condiciones, he dado conciertos durante varios años, tanto en mi país como en el extranjero. Aunque he tenido que modificar en algunos aspectos la técnica de interpretación pianística al uso que aprendí con Leschetizky, me considero capacitado para enseñar a alumnos con dos manos… [157]

Franz Schmidt le había advertido que la academia ya disponía de suficientes profesores y que lo más probable era que rechazaran su propuesta. En las actas de la reunión del cuerpo docente se reflejó lo siguiente: «Tanto el doctor Marx, consejero áulico, como el profesor Mairecker aludieron al sobresaliente talento musical de Wittgenstein (en lo que el rector coincidió) y en su ya demostrada capacidad docente, mientras que otros advirtieron de que su temperamento nervioso era casi como una enfermedad».[158]

Como era de esperar, se rechazó la solicitud de Paul, pero un año después lo aceptaron como profesor no remunerado de piano en el Nuevo Conservatorio de Viena, una institución privada dedicada a la enseñanza musical que había alquilado unas cuantas aulas al Gesellschaft der Musikfreunde, la distinguida sociedad musical vienesa, en el Musikverein de la Himmelpfortgasse. Según todas las versiones, Paul era un profesor atípico. No permitía que sus alumnos tuvieran vacaciones y, cuando el conservatorio cerraba, les obligaba a asistir a clase en el *palais* o, durante el verano, en su casa de Neuwaldegg. «Adoro la enseñanza —decía—. Cuando tengo un alumno de talento con el que trabajar, es cuando más feliz soy.»[159] No les tiraba del pelo ni les golpeaba en la cabeza como había hecho Ludwig, pero solía perder los nervios con ellos. Si tocaban mal, les apartaba las manos del teclado de un manotazo o les rompía la partitura. Sobre todo detestaba que repitieran errores que ya habían aprendido a corregir. Según recordaba un alumno:

> Durante la clase, mientras tocábamos, el profesor se paseaba de arriba abajo por el inmenso Saal. En el *palais* de Neuwaldegg, aquella residencia veraniega de ensueño, se encaminaba hacia el Wiener Wald y desaparecía. Creíamos que se había marchado y que no nos oía, pero el menor descuido por nuestra parte le hacía volver como un rayo con los zapatos llenos de barro. No le importaba tener los zapatos sucios, no reparaba en ello en absoluto.[160]

Dedicaba la mayor parte del tiempo a hacer ejercicios de digitación, y el alumno tenía que permanecer en silencio mientras Paul cerraba los ojos y el muñón de su brazo temblaba con su pensamiento. Como todavía sentía los dedos de la mano derecha, determinaba cuál era la mejor digitación imaginando cómo se desplazaban por las teclas. Para escoger una pieza nueva pedía a los alumnos que repentizaran las notas más bajas mientras él tocaba la parte de la mano derecha con la izquierda y luego, al revés. Quizá fuera durante uno de estos ejercicios cuando sedujo a Hilde Schania. Hilde recordaría más adelante que Hermine estaba sentada en la sala, de carabina, durante algunas de sus clases, pero no es posible que estuviera allí siempre.

El trauma de la intervención de Gretl en el aborto de Bassia dos años atrás aumentó la determinación de Paul a que en esta ocasión naciera el bebé y a que sus hermanas y hermano no se enteraran de nada. Hilde se mudó a un apartamento de un edificio pequeño en la Gersthoferstrasse con vistas a la Türkenschanzplatz. Dio el nombre de su padre, pero Paul pagaba el alquiler y puso a su disposición una doncella. El 24 de mayo de 1935 nació una niña, Elizabeth, bautizada así, según parece, en recuerdo de la difunta emperatriz Sisí, que había muerto apuñalada por un anarquista en septiembre de 1898 cuando embarcaba en un buque de vapor en el lago Ginebra. Podemos calcular que el período transcurrido entre la primera clase formal de piano y la no tan formal consumación de su relación fue muy breve. Hilde se había matriculado en el conservatorio en el otoño de 1934 y dio a luz a finales de mayo de 1935. Así pues, Elizabeth debió de ser concebida poco después de la primera clase de Hilde con Paul.

La existencia de Hilde y la criatura fue un secreto muy bien guardado. Solo los criados de los Wittgenstein lo conocían, y estaban acostumbrados a actuar con discreción. Casi todas las noches el chófer de Paul iba y venía al apartamento de Hilde en la Gersthoferstrasse. Sabía adónde debía ir sin

necesidad de que se lo indicaran. Un mes después de que naciera Elizabeth, Hilde interpretó una sonata de Beethoven en un concierto que ofrecieron los alumnos de Paul en el conservatorio, pero al parecer luego abandonó las clases, así como sus aspiraciones de tocar en público. Apenas dos años más tarde, el 10 de marzo de 1937, con su secreto todavía intacto, dio a luz a otra hija, Johanna.

El padre de Hilde no se dejó impresionar. Franz Schania, un hombre taciturno y retraído, lleno de indignación y con muy mal carácter, era tres años y medio menor que Paul, por quien sentía una profunda antipatía. Jamás le perdonaría que hubiera seducido y dejado embarazada a su hija, que se hubiera negado a casarse con ella y que luego no le hubiera comprado una casita en Viena. Siempre se refería a él con un mohín de desprecio como *Herr Graf* (el señor conde). Por su parte, Paul evitaba todo contacto con la familia de Hilde.

Aumentan las tensiones

La impresión que causaba Ludwig en hombres y mujeres por igual seguía prevaleciendo sobre la frustración que provocaba no ser capaz de comprender su filosofía. Cuando Marga lo conoció mientras subía con Paul por la escalera que separaba las habitaciones de los solteros de la parte principal del *palais*, apareció con un uniforme grasiento y manchado de aceite y con un clarinete metido en un calcetín, pero ella lo recordaba como un hombre «extremadamente apuesto, con el cuello de una divinidad griega, la tez sonrosada, el pelo rubio levantado como una corona flameante, y una

expresión muy seria en sus ojos azules».[161] Esta descripción encaja con otra, de tono ligeramente homosexual, de John Niemeyer Findlay, estudiante de filosofía y, posteriormente, distinguido pensador budista:

> A sus cuarenta años parecía un joven de veinte, con una belleza propia de los dioses, rasgo siempre importante en Cambridge […] como un Apolo que hubiera saltado a la vida desde su propia estatua, o quizá como el dios vikingo Baldur, con los ojos azules y el pelo rubio […] lo rodeaba un aura extraordinaria, una especie de santidad filosófica que también era muy distante e impersonal: era el *philosophe Soleil* […] el té que se tomaba junto a él sabía a néctar.[162]

Desde 1933 hasta 1935 Ludwig (tenso, tartamudo, sudoroso como el profeta Mahoma mientras revelaba el Corán en Medina) dictó dos libros de su filosofía a sus alumnos de Cambridge. Acabaron por conocerse como *Los cuadernos azul y marrón*. Como él mismo reconocía, «creo que son difíciles de comprender».[163] Para un reducido pero fervoroso grupo de discípulos de Cambridge, Ludwig era Dios. Les preocupaba poco no entenderle, porque lo importante era estar cerca de él, formar parte de su círculo íntimo y ser testigo del espectáculo de su pensamiento. Sus clases eran acontecimientos exclusivos, a los que solo se permitía acceder a los elegidos, y *Los cuadernos azul y marrón*, que circulaban entre ellos, llegaron a merecer la misma veneración y fascinación mística que el apocalipsis que circulaba a escondidas bajo las togas de los antiguos cristianos durante la época de la decadencia de Roma.

Paul seguramente ignoraba que entre los filósofos de Cambridge se veía a Ludwig como una especie de Jesucristo y que su hermano vivía parte del tiempo con Francis Skinner, veintitrés años menor que él; en todo caso, ninguno de los dos extremos le habría importado. No era una persona dada a criticar a los demás. En las contadas ocasiones en que se veían, se llevaban bien. Su correspondencia de esta época es fundamentalmente de naturaleza frívola. Se enviaban recortes de periódico, fotografías y artículos

que le parecían divertidos. Paul mandaba a Ludwig exquisiteces vienesas imposibles de conseguir en Inglaterra y, en cierta ocasión, una carta de la esposa de Max Oberleithner, un compositor muy mediocre, que le invitaba a colaborar en el libro de cocina que estaba elaborando con las recetas favoritas de los músicos. Paul se negó a reconocer ante la mujer que lo que más le gustaba eran los huevos revueltos con un montón de pimienta; Ludwig, por su parte, redactó una respuesta hilarante («Saludos del doctor Ludwig Wittgenstein»), en la que preguntaba a frau Oberleithner si a él, como filósofo, se le permitiría realizar alguna aportación a su antología, dado que: «¿Acaso la filosofía no es música y, la música, filosofía? Mi plato favorito —añadía— son los tomates con mahonesa […] Si decidiera usted hacerme el honor de incluirme en su librito, le ruego que cite mi nombre completo, ya que no desearía que me confundieran con el pianista, Paul Wittgenstein, que tal vez ingrese en su panteón, pero al que no me une ningún vínculo».[164]

La relación entre ambos hermanos funcionaba debido al acuerdo tácito de no hablar nunca de política ni de filosofía, materias en las que discrepaban profundamente. Para Paul, ferviente admirador de Schopenhauer, la rama de la filosofía del lenguaje de Ludwig era lisa y llanamente absurda; por otra parte, al igual que la sociedad austríaca de aquella época, que estaba polarizada entre la ultraderecha y la ultraizquierda, Paul y Ludwig se encontraban en polos opuestos del espectro político.

Algunos alumnos de Ludwig en Cambridge creían que este era estalinista. «Lo importante —decía refiriéndose a la Rusia de Stalin— es que la gente tenga trabajo […] La tiranía no me hace sentir indignación.»[165] En 1933 empezó a asistir a clases de ruso y, al cabo de dos años, decidió que quería vivir en la Unión Soviética con Francis Skinner. Se ha apuntado que ejerció de agente de reclutamiento para espías

soviéticos en Cambridge y, aunque no hay pruebas concluyentes de ello, durante mucho tiempo se ha considerado sospechoso su estrecho contacto con numerosos comunistas reconocidos y agentes comunistas. En 1935 algunos amigos le concertaron una cita con Ivan Maisky en la embajada de Londres, donde consiguió convencer al embajador soviético de que se le concediera un visado para ir a Rusia. Viajó allí en septiembre y durante su estancia de tres semanas trató de encontrar un empleo de bracero en una granja colectivista, pero, según una fuente, «los rusos le dijeron que su trabajo en Cambridge era una aportación útil y que debía volver».[166] A su regreso, comentó: «Es posible vivir allí, pero solo si en todo momento se es consciente de que no se puede hablar con franqueza».[167] Sin embargo, esto no bastaba para desanimarlo. «Yo soy comunista, en el fondo»,[168] comentó a su amigo Roland Hutt, y durante varios años siguió coqueteando con la idea de emigrar a la Unión Soviética.

La ideología política de Paul estaba, por el contrario, mucho más a la derecha. Apoyaba a la Heimwehr, el ejército fascista del príncipe Ernst Rüdiger von Starhemberg, un joven aristócrata aventurero, suministrándole fondos en secreto para su campaña en favor de una dictadura de la Heimwehr. Pagó la colocación de enormes carteles publicitarios en vallas de toda Viena y la publicación de anuncios en los periódicos en que se instaba a los austríacos patriotas a apoyar al príncipe tras la *Rote Aufstand* o Levantamiento Rojo de febrero de 1934. También financió un hospital en nombre del comandante paramilitar barón Karg-Bebengurg, mayor del ejército del príncipe Von Starhemberg.

La economía de Austria había mejorado a mediados de la década de 1920, cuando la corona se sustituyó por el chelín a razón de 1 a 10.000, pero perduraban la alta tasa de desempleo y un clima político muy inestable, que se veía puesto a prueba continuamente por la presencia de

varios ejércitos privados. A la izquierda se encontraba el Republikanische Schutzbund (Liga de Defensa de la República), liderada por los socialdemócratas, y a la derecha, el Frontkämpfer (Veteranos del Frente), que al final se fusionó con otros grupos para dar lugar a la Heimwehr (Defensa Nacional). Además de estos cuerpos paramilitares enfrentados, crecía con rapidez el ejército ilegal nazi con sus camisas pardas, cuyo objetivo era unificar Austria con Alemania en un Reich pangermánico y antisemita bajo la dirección de Adolf Hitler, y había varios grupos armados marxistas que trataban de promover la revolución comunista entre los trabajadores.

Los enfrentamientos violentos entre estas fuerzas antagónicas eran tan frecuentes como inevitables. En enero de 1927, un combate entre tropas del Schutzbund y el Frontkämpfer en Schattendorf, en Burgenland, desembocó en la muerte a tiros de un hombre y un niño. Cuando un tribunal absolvió a los paramilitares del Frontkämpfer responsables de los asesinatos, tomaron las calles los airados manifestantes de izquierdas, de los que ochenta y nueve murieron y seiscientos resultaron heridos en la Ringstrasse, mientras ardía el edificio del Ministerio de Justicia. Entretanto los Stonborough estaban en su villa, en el campo, nerviosos ante la posibilidad de que las ciudades rojas de Steyrermühl, pocos kilómetros al norte, y Ebensee, al sur, realizaran una «maniobra de tenaza» y tomaran Gmunden por la fuerza.

En mayo de 1932 Engelbert Dollfuss, un derechista muy bajito pero carismático conocido como el «Millimetternich»,[*] se convirtió en canciller de Austria a la cabeza de un gobierno de coalición en el que eran frecuentes las disputas. Su objetivo era hacer de Austria un país próspero y sacarla de la Gran Depresión, mientras contenía, por una parte, la amenaza del movimiento nacionalsocialista de Hitler y, por otra, la agitación de los marxistas. Ocho meses más tarde, Hitler fue elegido canciller de Alemania

en unas elecciones democráticas. Sabiendo que el principal objetivo del Führer de Berlín era unificar Alemania y Austria, la reacción inmediata del canciller Dollfuss fue declarar el estado de excepción y suspender el Parlamento austríaco para imponer por decreto su propio régimen autoritario fascista. Gretl escribió a su hijo Thomas para decirle que la transición de la democracia a la dictadura había sido indolora y para contarle un chiste sobre Dollfuss que circulaba por toda Viena: «Dollfuss ha tenido un accidente: se ha caído de la escalera cuando estaba recogiendo fresas».[169] Muy pronto Dollfuss establecería su *Ständestaat* y prohibiría a los nacionalsocialistas, a los comunistas y todos los chistes sobre su estatura.

En febrero de 1934 el ejército de la Heimwehr del príncipe Von Starhemberg ayudó al gobierno de Dollfuss a aplastar lo que quedaba del ahora proscrito Schutzbund socialista. El día 12, un registro de locales socialistas de la ciudad de Linz desembocó en violentos enfrentamientos entre paramilitares de izquierda y de derecha, que rápidamente se reprodujeron en Viena, Graz, Judenburg y otras ciudades. En la capital, miembros armados del Schutzbund levantaron barricadas en varias *Gemeindebauten* (edificios de viviendas de protección social), el más famoso de los cuales, el Karl Marx Hof, de casi un kilómetro de largo y conocido como la Ringstrasse des Proletariats, recibió un intenso fuego de artillería. Los socialistas sufrieron una derrota aplastante; pero las acciones, que se prolongaron varios días y costaron numerosas vidas, hicieron que muchos derechistas se sintieran nerviosos ante la amenaza de un levantamiento comunista. Anton Groller, el factótum empresarial de los Wittgenstein, les recomendó que adoptaran la nacionalidad de Liechtenstein para salvar su fortuna en caso de que los socialistas tomaran el poder, pero Paul se negó aduciendo que él era «austríaco de corazón y con toda el

alma»[170] y que tenía una pésima opinión de quienes cambiaban de nacionalidad por meras razones económicas. Su cuñado, Max Salzer, marido de Helene y fideicomisario de la fortuna en el extranjero, manifestó su temor a que, al adoptar la ciudadanía de Liechtenstein, pudiera perderse parte de la temporada de caza de Hochreit, y así fue como se desestimó la propuesta del señor Groller.

El primer día del levantamiento Paul fue a comprar al centro de Viena sin enterarse de los disturbios que tenían lugar en otras partes de la ciudad, pero su sobrino Ji Stonborough, que tenía entonces veintidós años y colaboraba con la organización benéfica Wiener Freiwilligen Rettungsgesellschaft (Sociedad de Voluntarios de Salvación de Viena), pasó el día trabajando como camillero de ambulancia y quedó muy afectado por haber visto a agitadores ensangrentados en el puente de Floridsdorfer. Se le condecoró por su labor con una medalla que prendió en su pecho el mismísimo príncipe Ernst von Starhemberg.

Starhemberg se había unido a la Heimwehr de joven y en la década de 1920 se había afiliado al movimiento nacionalsocialista de Hitler, con el que participó en el fallido *putsch* de la cervecería de noviembre de 1923. Poco después se distanció de los nazis y regresó a Austria. En 1930 se convirtió en jefe de la Heimwehr e invirtió la mayor parte de su fortuna (procedente de dieciocho latifundios) en dicha organización, por lo que enseguida se arruinó, pero con las donaciones de Paul, Fritz Mandl (un comerciante de armas), Benito Mussolini (el dictador italiano) y otros millonarios austríacos siguió controlando a los veinte mil hombres de la Heimwehr como si fueran su ejército particular. Era la principal voz política opuesta a Hitler. «En Austria el fascismo está representado por la Heimwehr y por nadie más —afirmó—. Por consiguiente, en Austria el partido nazi es superfluo.»[171]

En 1933 alió sus fuerzas con las del denominado Partido Democratacristiano de Dollfuss para crear el Vaterländische Front (Frente Patriótico). Sus mítines políticos, su retórica antimarxista, el saludo de *Front heil*! y el símbolo de la *Kruckenkreuz* inscrita en un círculo blanco sobre fondo rojo tienen mucho en común con el nacionalsocialismo de Hitler. Su partido y el de Hitler eran fascistas y antidemocráticos, pero ambos líderes siguieron oponiéndose entre sí con virulencia. Hitler calificaba a Starhemberg de «traidor», y el príncipe tildaba a aquel de «mentiroso responsable de la chusma de marrón». Los antisemitas expulsados del ejército de Starhemberg solían unirse a los nacionalsocialistas, de modo que la Heimwehr quedó con un núcleo de apoyo compuesto por patriotas austríacos (ex soldados, veteranos de guerra, aristócratas y católicos) que luchaban por una Austria independiente y soñaban con la restauración de la monarquía de los Habsburgo. En un discurso el príncipe Von Starhemberg declaró:

> Tenemos mucho en común con los nazis alemanes. Somos enemigos de la democracia y compartimos muchas ideas sobre la reconstrucción económica, pero en la Heimwehr defendemos la independencia austríaca y el apoyo a la Iglesia católica. Nos oponemos a las exageradas teorías raciales de los nazis, así como a sus planes de establecer una religión nacional alemana de carácter semipagano.[172]

Una vez que el núcleo principal de la resistencia socialista marxista quedó aplastado en febrero de 1934, Starhemberg y Dollfuss dedicaron sus esfuerzos a hacer frente a la amenaza de Hitler, que había estado armando y financiando de manera encubierta a los nazis austríacos con el fin de desestabilizar al gobierno. En los últimos meses habían volado varios edificios civiles, líneas de ferrocarril y centrales eléctricas, y se les consideraba responsables de varios asesinatos y linchamientos. Pocos días después del levantamiento socialista, Hermine escribió a Ludwig: «¿Quién

sabe lo que nos deparará el futuro? En realidad solo hemos acallado a un bando hostil; el otro, los nacionalsocialistas, son más depravados y hostiles que nunca. ¿Qué vamos a hacer con este? ¿Es posible que una lucha a muerte acabe bien?».[173]

El 25 de julio, Hitler asistió a una representación de *El oro del Rin*, de Wagner, en el Festival de Bayreuth con su amiga Friedelind Wagner, nieta del compositor. Después de la función un ayudante le informó del éxito de la conspiración de los nazis austríacos para asesinar a Engelbert Dollfuss. El menudo canciller austríaco había recibido un disparo en la garganta, desde una distancia de medio metro, procedente de una muchedumbre de nazis vestidos con el uniforme del ejército austríaco que había penetrado en la cancillería federal aquella noche. Luego habían dejado que se desangrara lentamente hasta morir. Según Friedelind Wagner, Hitler, que ya estaba más que exaltado a causa de la ópera, «apenas pudo borrar la satisfacción de su rostro»[174] cuando le transmitieron la noticia.

Sin embargo, para irritación de Hitler, el golpe no había conseguido establecer un gobierno nacionalsocialista en Viena. Las tropas gubernamentales recuperaron enseguida el control del edificio y ahorcaron a varios conspiradores, y se nombró rápidamente un nuevo canciller, un abogado gris llamado Kurt von Schuschnigg. Con todo, Hitler no renunció a sus aspiraciones de unificar Austria y Alemania. Durante cuatro años jugó al gato y al ratón con Schuschnigg, lo que culminó en las ignominiosas concesiones que hizo este último en la primavera de 1938. El 12 de febrero, Hitler invitó a Schuschnigg a mantener conversaciones privadas en su refugio de montaña, el Berghof, situado al norte de Berchtesgaden, en la frontera alemana, con unas vistas espectaculares de la campiña austríaca. Cuando Schuschnigg llegó a la frontera, le informaron de que Hitler había invitado a asistir a la reunión a algunos de sus generales del ejército. Visto

en retrospectiva, debería haberse negado a seguir adelante o, al menos, haber exigido la presencia de generales austríacos, pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Durante el tenso encuentro que siguió, Hitler lo insultó, amenazó y humilló, tras lo cual le entregó un acuerdo para que lo firmara; el acuerdo establecía, entre otras cosas, que el canciller austríaco destituía a su jefe de Estado Mayor y modificaba la estructura de su gobierno para incorporar a varios nazis de prestigio en puestos clave. En concreto, Hitler exigía que nombrara ministro del Interior, responsable de la seguridad en el país, al nazi austríaco Arthur Seyss-Inquart.

Temiendo la invasión del país, Schuschnigg capituló. A partir de entonces apenas poseía el control de su nuevo gobierno títere, y su posición se debilitó hasta tal punto que no le quedó otra elección que dirigirse al país. Se convocó un plebiscito para el 13 de marzo en el que la población podría votar a favor o en contra de la independencia de Austria. Se excluyó la participación de los menores de veinticuatro años por considerarse que lo más probable era que estuvieran a favor del *Anschluss*. Hitler se quejó de juego sucio, envió tropas a la frontera austríaca y lanzó un ultimátum a Schuschnigg por el que exigía la inmediata suspensión del plebiscito y la entrega del poder a los nacionalsocialistas austríacos. Schuschnigg dimitió aquella noche, y en el caos que se desató a continuación una facción nazi ocupó el Ministerio del Interior, que controlaba a la policía. El presidente austríaco Wilhelm Miklas se opuso en solitario a que se nombrara canciller austríaco a Seyss-Inquart como exigía Hitler. Los alemanes, impacientes por obtener resultados, publicaron un telegrama falso en el que el gobierno austríaco solicitaba ayuda militar alemana, con lo cual Hitler, apelando a su responsabilidad moral, firmó la orden de que sus ejércitos avanzaran. El presidente Miklas, convencido ya de que había acabado la partida, firmó a regañadientes la orden por la que se nombraba canciller a Seyss-Inquart.

Mientras todo esto sucedía, Gretl Stonborough navegaba por el océano Atlántico con su doncella, Elizabeth Faustenhammer, a bordo del *SS Manhattan* con destino a Nueva York. Las cosas no le iban bien. Ya no era ni mucho menos rica y tenía que vender su colección de arte. Antes de partir hacia Nueva York había dispuesto que buena parte de ella fuera embalada en arcones sellados y enviada a un depósito en Viena a la espera de ser embarcada. La oficina de patrimonio le había facilitado una licencia de exportación y su propósito al acudir a Nueva York era concertar la venta de los cuadros tan pronto como llegaran. Cuando su barco arribó a puerto el 18 de marzo, el país en que había nacido había dejado de existir; ya no era Austria, sino Ostmark, una provincia del Reich alemán. Si los rumores del *Anschluss* de Hitler no le habían llegado ya estando a bordo del barco, leería sin duda todos los detalles relativos a ello en los periódicos del día que atracó su barco. El titular de la primera página del *New York Times* de aquel día decía: «Las tropas del Reich se despliegan por toda Austria».[175] Iba seguido de un extenso artículo que contenía extractos de un discurso pronunciado por el mariscal de campo Hermann Göring: «Ha nacido el gran Reich alemán. Setenta y cinco millones de alemanes se han unido bajo el estandarte de la esvástica. Se han cumplido los anhelos de todos los alemanes desde hace un millar de años».[176]

Lo que Gretl no pudo leer en los periódicos de Nueva York fue la noticia de que el nuevo régimen había invalidado su licencia de exportación y que las cajas selladas que contenían sus cuadros volvían a estar en su moderna casa rectangular de la Kundmanngasse.

IV

Contacto y fusión

Un patriota en apuros

El 11 de marzo de 1938, «el día más largo de Austria», las tropas del Octavo Ejército alemán estaban desplegadas a lo largo de la cara norte de la frontera austro-alemana en espera de recibir la orden de iniciar la Operación Otto. Ignoraban si encontrarían resistencia cuando atravesaran la frontera para adentrarse en territorio austríaco, pero les habría encantado saber que en las ciudades y pueblos de todo el país se estaban desplegando banderas con esvásticas para darles la bienvenida. Arthur Seyss-Inquart, que oficialmente no fue canciller de Austria hasta las primeras horas del 12 de marzo, era el responsable del Ministerio de Interior y dio rienda suelta a algunos elementos de su cuerpo de policía nacionalsocialista, que trabajaba con agentes clandestinos de Heinrich Himmler, para que prepararan la inminente movilización de la Wehrmacht alemana. Había que neutralizar toda amenaza potencial de resistencia antes de que avanzaran las tropas alemanas. En Viena se procedió a la detención y encarcelamiento o deportación de todos los austríacos sospechosos del delito de patriotismo. En la primera batida arrestaron a setenta y seis mil hombres y mujeres para interrogarlos, y se destituyó sumarísimamente de su empleo en la administración del gobierno, la educación u otras secciones del funcionariado a seis mil personas porque se decía que habían apoyado la independencia de Austria o el plebiscito de Schuschnigg.

La Heimwehr y el Vaterländische Front del príncipe Ernst von

Starhemberg eran los objetivos prioritarios, por ser los que con mayor probabilidad podían ofrecer resistencia armada a la Wehrmacht. Starhemberg atravesó clandestinamente la frontera de Suiza con su esposa judía, la actriz Nora Gregor; se decía que Emil Fey, ex dirigente de la Heimwehr de Viena, se había pegado un tiro (aunque los indicios hacían pensar que fue asesinado), y el príncipe Franz Windisch-Grätz, amigo de Paul y ayudante Starhemberg, huyó a Francia. Kurt von Schuschnigg, que había desoído los consejos de abandonar el país, estuvo sometido a arresto domiciliario en Viena. En 1941 lo internaron en el campo de concentración de Sachsenhausen, donde se dice que fue testigo de cómo su hijo de quince años moría apaleado por los guardias cuando trabajaba en la «unidad de transporte de muertos» enterrando los cadáveres de varios miles de prisioneros de guerra rusos que habían sido asesinados por las Schutzstaffel o SS de Himmler.

No se sabe si los agentes nazis conocían los vínculos de Paul con la Heimwehr. Sus aportaciones económicas eran supuestamente secretas, pero quizá les condujera a él algún documento de la oficina principal de la Heimwehr en Viena, o del castillo de Starhemberg en Waxenberg, cerca de Linz. En cualquier caso, Paul nunca ocultó sus firmes convicciones patrióticas, de modo que un número indeterminado de personas podría haber dado el chivatazo a la policía. El 11 de marzo, un día antes de la invasión alemana, Paul fue detenido e interrogado por la policía, y expulsado de su puesto de profesor de piano en el conservatorio. No se formuló ninguna acusación contra él. Le dejaron en libertad tras una amonestación y probablemente quedó bajo vigilancia. Es posible que le obligaran a prestar el juramento nazi, aunque resulta difícil imaginar que lo hiciera de buen grado. De lo que no hay duda es de que le obligaron a enarbolar una inmensa bandera con la esvástica en el *palais* de los

Wittgenstein. Una de sus alumnas, Erna Otten, recuerda que un día acudió a su clase en bicicleta. Como había una ruidosa manifestación nazi en la Ringstrasse, tomó una calleja adyacente. Cuando llegó al *palais*, vio la esvástica ondeando en el edificio. Paul se mostró afligido y contrito. «Cuando entré en la sala, el profesor se disculpó. Todavía recuerdo cómo se llevó la mano al pecho. Dijo que no había podido hacer otra cosa ya que, de lo contrario, lo habrían detenido de inmediato.»[1]

El 11 de marzo, el día en que fue despedido, Paul consiguió una carta de recomendación de su jefe en el conservatorio, Josef Reitler, y una semana más tarde encargó a Thomas H. Rash, el intérprete jurado de los tribunales austríacos, que la tradujera al inglés:

> Paul Wittgenstein se incorporó a solicitud mía al Nuevo Conservatorio de Viena en 1931 y hasta el día de hoy ha impartido en este instituto clases de último curso de piano con un éxito excepcional, el cual ha sido en reiteradas ocasiones objeto de gratitud y reconocimiento públicos.
>
> Los prejuicios a que tuvo que hacer frente un pianista manco, a quien los compositores vivos más importantes han dedicado obras escritas para la mano izquierda, han sido superados brillantemente por Paul Wittgenstein gracias a sus sobresalientes cualidades artísticas y pedagógicas, unidas a su rigor, sentido de la responsabilidad e inagotable energía. Como cabe esperar en una clase del conservatorio, a menudo ha tenido que poner a prueba su capacidad con alumnos mediocres. Los resultados de su método de enseñanza personalizada han sido tanto más sobresalientes. A este respecto, debe hacerse mención especial de una de las características particulares de Paul Wittgenstein: el idealismo, que se ha vuelto inusual en estos tiempos. Tanto en las salas de concierto como en el aula este hermoso idealismo ha sido la estrella que le ha guiado.
>
> En esta dolorosa hora de la despedida, no hago más que seguir los dictados de mi corazón para dar fe de la grandeza del artista y el mérito del hombre.
>
> (Firmado): PROFESOR JOSEF REITLER[2]

Un día después de que el profesor Reitler escribiera esta carta de recomendación, las tropas alemanas cruzaron la frontera poco antes del amanecer. Hitler se había dado una palmada en los muslos gritando *Jetzt geht's los* («¡Partamos ya!») para indicar el inicio de la Operación Otto. Sus

soldados avanzaron con cautela, con el dedo puesto en el gatillo, pero se relajaron muy pronto al descubrir que los guardias de fronteras austríacos no solo habían desertado, sino que además habían tenido la amabilidad de desmontar las barreras antes de marcharse. No se realizó ni un solo disparo en toda la operación y, en lugar de resistencia, lo que el ejército alemán encontró al entrar en Austria fueron ovaciones, sonrisas, *Heil Hitler*! y miles de estandartes con la esvástica a lo largo de todo el camino hasta Viena.

A las 15.50 Hitler cruzó la frontera por su población natal, Braunau-am-Inn. Austria seguía siendo en teoría una nación independiente, Seyss-Inquart era el canciller y Wilhelm Miklas, el presidente, de manera que el Führer hizo saber que no entraba en el país como un héroe conquistador, sino tan solo para «visitar la tumba de su madre». Sin embargo, la cálida acogida que le dispensaron, sobre todo las buenas gentes de Lizn, lo envalentonó, y al cabo de dos días dejó de referirse a su acción con el término eufemístico de *Anschluss* («unión») para describirla abiertamente como *Machtübernahme* («toma del poder»). El cardenal Innitzer, jefe de la Iglesia católica austríaca, que una semana antes había manifestado que, «como ciudadanos austríacos, defendemos y luchamos por una Austria libre e independiente», envió sus más calurosos saludos a Hitler y ordenó que en todos los templos se colocaran banderas con la esvástica y se hiciera sonar las campanas para dar la bienvenida al héroe nazi. Al día siguiente, doscientos mil austríacos extasiados vitorearon la demagogia de Hitler en la Heldenplatz de Viena y al cabo de un mes se celebró un plebiscito (en el que se prohibió participar a los judíos, los socialistas y los fascistas austríacos) mediante el cual el 99,73 por ciento de la población se declaró a favor de la anexión.

El Führer prometió al pueblo austríaco vacaciones gratuitas para sus hijos

y vacaciones baratas para los trabajadores bajo el lema de «Fuerza a través de la alegría»; prometió dinero para comprar aparatos de radio con los que pudieran oír sus discursos, para construir autopistas y para acabar con el desempleo. Eran unos momentos emocionantes y felices para la mayoría de la población austríaca. Incluso quienes al principio se habían opuesto al *Anschluss* empezaban a ver la luz. La noticia de que Hitler había suspendido el plebiscito de Schuschnigg del día 13 de marzo no llegó a tiempo hasta la remota aldea de Tarrenz. En su ignorancia, los habitantes del lugar siguieron adelante y el ciento por ciento votó a favor de la independencia austríaca. Menos de un mes después, el ciento por ciento del electorado de Tarrenz cambió el signo de su voto en favor del *Anschluss* alemán.

Sin embargo, la alegría no era universal. Los socialistas, los fascistas austríacos y los francmasones fueron objeto de persecución, al igual que los judíos, que eran especialmente vulnerables a las acciones violentas de la turba. Veían cómo sus comercios acababan destrozados, cegados con tablones o embadurnados de pintura roja, y sus propietarios sufrían presiones para que los vendieran a algún ario. En el Prater una muchedumbre descontrolada obligó a un grupo de judíos a ponerse a cuatro patas y comer hierba como si fueran vacas. Otras veces les hacían lamer las calles o limpiar los urinarios públicos con los mantos de oración, mientras multitud de austríacos se agolpaba alrededor para mofarse. El 17 de marzo, Reinhard Heydrich, que más tarde sería un importante arquitecto del Holocausto, ordenó arrestar a «aquellos nacionalsocialistas que en los últimos días se han permitido lanzar ataques a gran escala y de forma absolutamente indisciplinada contra los judíos»,[3] pero la orden apenas tuvo efecto y la discriminación oficial, que privó a los judíos de sus

derechos de ciudadanía, no sirvió más que para estimular los actos de violencia contra ellos.

Se dice que en los primeros días del *Anschluss* se suicidaron unos quinientos judíos. Muchos más huyeron del país, pero la mayoría se negaba a creer que la legislación antisemita consagrada en las Leyes de Nuremberg de 1935 pudiera aplicarse en una ciudad con una población hebrea tan numerosa e integrada como Viena. Pensaban que tarde o temprano los nazis se olvidarían de sus leyes y se concentrarían en problemas más acuciantes. Nadie podía prever la despiadada eficiencia de la Oficina Central de Emigración Judía de la ciudad, que se crearía poco después, bajo la diligente dirección de Adolf Eichmann, *Obersturmführer* de las SS. El primer decreto antisemita se promulgó en Viena el 12 de marzo (el mismo día del *Anschluss*), y el 28 de mayo se aprobaron (con carácter retroactivo desde el 13 de marzo) las Leyes de Nuremberg. La idea original de Hitler (privar a los judíos del derecho a voto, impedir que ocuparan cargos destacados en la prensa, la política, la judicatura, la administración o las artes, prohibir que se sentaran en los bancos de los parques, etcétera) estaba concebida para que la vida de los judíos austríacos fuera tan desagradable en el Reich que abandonaran el país por voluntad propia. Sin embargo, el plan era bastante más difícil de ejecutar de lo que Hitler o cualquier miembro de su partido había previsto, ya que no solo el *Anschluss* había hecho responsables de nuevo a los alemanes de todos aquellos judíos que a partir de 1933 habían huido a Austria procedentes de Alemania, sino que muchos judíos que residían allí se sentían incapaces o reacios a emigrar, y miles de ellos se aferraban a la esperanza de que las restricciones y la persecución que sufrían se suavizaran o desaparecieran con el tiempo. Se dice que en un plazo de seis meses emigraron de Ostmark cuarenta y cinco

mil judíos. La tarea más urgente de Himmler consistía en encontrar un modo de deshacerse de los ciento cincuenta mil que quedaban.

Tres años más tarde, la emigración judía desde el Reich todavía no había concluido y Hitler rabiaba de impaciencia. «Los judíos deben largarse de Europa», recordó durante un almuerzo a Himmler y a otro oficial, el coronel Zeitler.

> Cuando pienso en ello, me doy cuenta de que soy extraordinariamente humano. En Roma, en tiempos del gobierno de los papas se maltrataba a los judíos. Hasta 1830 se paseaba una vez al año a ocho judíos montados en asnos. Mientras que yo me limito a decirles que deben irse. Si durante el viaje rompen sus cañerías, yo no puedo hacer nada. Pero si se niegan a marcharse voluntariamente no veo más solución que el exterminio.[4]

Una mañana de finales de marzo, Paul entró con el rostro demudado en la habitación en que estaba Hermine y le dijo: *Wir gelten als Juden* («¡Se nos considera judíos!»).[5] Tanto él como sus hermanos se vieron repentina e inesperadamente sometidos a todas las restricciones y prohibiciones antisemitas del nuevo régimen nacionalsocialista. Apartado ya de su puesto en el conservatorio por su fervor patriótico, a Paul se le prohibía ahora enseñar en instituciones municipales y ofrecer conciertos en el Reich. Muy pronto los nazis dirigieron el punto de mira hacia el Instituto Profesional para Jóvenes de Hermine. Una compañía de hombres sin uniforme que hacían ondear esvásticas se presentó allí mientras ella daba clase y le ordenó evacuar el local antes de las cuatro de la tarde, pues necesitaban el edificio como centro de formación de las Juventudes Hitlerianas. Tampoco tardaron los nazis en descubrir a Hilde Schania y a sus dos hijas, ocultas en el piso del número 30 de la Gersthoferstrasse, y en relacionarlas con Paul. Las niñas eran por sí solas prueba suficiente de que un judío, el padre de Elizabeth y Johanna, era culpable de *Rassenschande* («envilecimiento de la raza»), definido en el artículo segundo de las Leyes de Nuremberg para la

Protección de la Sangre y el Honor Alemanes: «Queda prohibido el comercio carnal extramatrimonial entre judíos y ciudadanos de sangre alemana o asimilada».

Pero antes de que se cernieran sobre ellos estas graves amenazas Hermine y Paul hubieron de hacer frente a una acusación distinta, ya que estaban contraviniendo el decreto del Führer del 12 de marzo en relación con la *Reichsflaggengesetz*, o Ley de Banderas del Reich, que prohibía a los judíos exhibir el símbolo de la esvástica. Así, por una de esas ironías de la vida, se les ordenó retirar la detestada bandera que la Gestapo había obligado a Paul a izar en su *palais* bajo amenaza de detenerlo, con el argumento de que sus ocupantes eran judíos y no tenían derecho a enarbolarla.

Primeros planes

Cuando retaron a Karl Lueger, el alcalde antisemita de Viena que vivió a caballo de los siglos XIX y XX, a que ofreciera un criterio para definir quién era judío, dijo: *Wer ein Jud' ist, bestimme Ich* («Yo decido quién es judío»). Hitler se reservaba este privilegio especial y de vez en cuando (si bien en contadas ocasiones) concedía un certificado de arianización a los judíos que le inspiraban simpatía. Sin embargo, se arrogaba el derecho a analizar personalmente todas las solicitudes, escrutando las fotografías y cartas de recomendación. En la mayor parte de los casos todo dependía de si un antepasado varón judío era el padre auténtico o, por el contrario, un marido cornudo al que su esposa engañaba con un ario. En semejantes

circunstancias se necesitaba una declaración jurada, como sucedió en el caso del mariscal de campo Erhard Milch, leal aliado de Hitler, quien al descubrir por la Gestapo que su padre, Anton Milch, era judío pidió a su madre que firmara una declaración en la que juraba que su verdadero padre había sido el ario Karl Bauer, tío de la mujer.

Para ser ciudadano de pleno derecho en este nuevo régimen había que tener un Certificado de Ciudadanía del Reich, que solo podía obtenerse aportando pruebas de que se era de ascendencia aria. Sin embargo, esto solía comportar problemas. ¿Se consideraba judío a un judío por nacimiento o por credo? ¿Qué sucedía si uno de los progenitores era medio judío por nacimiento pero cristiano por educación? Se suponía que este lío quedaría resuelto con las Leyes de Nuremberg de 1935, que estipulaban que un judío debía definirse como alguien con al menos tres abuelos judíos, o con dos abuelos judíos si, a fecha de 15 de septiembre de 1935 o posterior, estaban casados con un judío o eran miembros de la comunidad judía. Se establecía además que la conversión al cristianismo de un abuelo judío no alteraba la condición racial de dicho antepasado, que legalmente seguía siendo judío; pero ni siquiera esto estaba claro en todos los casos, y en marzo de 1936 la Asociación de Cristianos no Arios del Reich editó un folleto de preguntas y respuestas para aclarar la cuestión: «¿Qué se puede decir del matrimonio de un medio ario con una joven que tiene un padre ario, pero cuya madre aria se convirtió al judaísmo, de modo que la joven se educó como judía? ¿Qué puede decirse, además, de los hijos de dicho matrimonio?».[6]

En medio de aquella monumental confusión, el sistema arrojaba millares de sorpresas y anomalías. Muchas personas ignoraban la ascendencia o la religión de sus abuelos. Además, las investigaciones revelaron que había mucha más sangre judía de la que los nazis imaginaban o esperaban encontrar. Cuando descubrieron que Johann Strauss, el Rey del Vals, tenía

sangre judía, eliminaron su expediente del registro. Se plantearon problemas similares con los antepasados de Lorenzo da Ponte, el libretista de Mozart, y de la esposa de Richard Wagner, de modo que fue preciso adoptar medidas especiales con el fin de no tener que prohibir las representaciones de *Las bodas de Fígaro*, *Don Giovanni* o el vals «El Danubio Azul», y así fue como Hitler pudo seguir disfrutando del Festival Wagner de Bayreuth en compañía de la nieta del compositor.

Muchos miembros activos del partido nazi se llevaron un chasco cuando descubrieron que a ellos mismos se les clasificaba como judíos según las Leyes de Nuremberg. Unity Mitford, la insulsa amiga inglesa de Hitler, escribió a su hermana Diana una carta en la que le hablaba de una mujer llamada Eva Baum: «Se descubrió que era medio *jüdin*. Es *increíble* […] Lo lamento muchísimo por ella, puesto que el *Partei* y su odio hacia los judíos era lo único que tenía».[7] En otra carta la señorita Mitford explicaba lo que le había ocurrido a su amigo Heinz, un miembro de las SS y un «auténtico nazi *aus Überzeugung*» (convencido), que de repente se enteró de que también era medio judío y cuya esposa recabó la ayuda de la señorita Mitford para que planteara el caso a Hitler: «Como es lógico, cuando lo descubrió el pobre Heinz se quedó *erledigt* [destrozado] y quería pegarse un tiro al instante, lo cual me parece que habría sido la mejor solución […] Es espantoso para ellos, los pobres. Debo decir que me produjo una terrible conmoción cuando me lo contó».[8]

A primera vista el caso de los Wittgenstein parecía bastante claro. Todos los hermanos se habían educado en la fe cristiana, al igual que sus dos progenitores (Karl y Leopoldine). La abuela materna, Marie Kalmus (de soltera, Stallner; 1825-1911), no tenía sangre judía y se educó en la fe cristiana, pero su marido —el abuelo materno de los hermanos Wittgenstein—, Jacob Kalmus (18141870), era de sangre y religión judías. En 1832 él y

su madre se convirtieron al catolicismo. En la familia paterna, la abuela Franziska Figdor (1814-1890) también era judía, aunque recibió bautismo cristiano en la edad adulta; su marido, Hermann Christian Wittgenstein (1802-1878), se había educado, según constaba en su certificado de bautismo de 1839, «en la fe judía». Por consiguiente, tres de los cuatro abuelos de los hermanos Wittgenstein eran judíos, lo cual los convertía a ellos en *Volljuden* (completamente judíos) de acuerdo con la legislación de Nuremberg.

Según Hermine, «nuestra familia más cercana jamás se había considerado judía».[9] La afirmación puede ser cierta, pero se basaba en la idea de que no eran judíos porque sus antepasados se habían convertido, no porque creyeran que no tenían sangre judía. Poco tiempo antes de la muerte de su padre Paul se interesó mucho por la ascendencia familiar y elaboró árboles genealógicos que demostraban que era descendiente de varios judíos distinguidos de Viena y que tenía parentesco directo con el financiero, cortesano y gran rabino Samson Wertheimer (1678-1724) y con el famoso banquero, proveedor de la corte imperial y comerciante de armas, Samuel Oppenheimer (1635-1703). Mediante estos vínculos los árboles genealógicos también revelan su parentesco con los dos compositores judíos más importantes del siglo XIX: Giacomo Meyerbeer y Felix Mendelssohn. En su juventud Ludwig y él habían presentado una solicitud para inscribirse en un club deportivo de Viena. Cuando descubrieron que la admisión estaba restringida a los arios, Ludwig propuso falsificar el impreso de solicitud, a lo que Paul se negó. Cuando se preguntaba a su tío Louis por la condición judía de los Wittgenstein, respondía con una sonrisa afectada: ¡*Pur sang*![10] Él, por supuesto, era un fervoroso cristiano evangelista. Cuando el antisemitismo nazi pasó a ser tema de conversación en Inglaterra, Ludwig, presa de los remordimientos, se dedicó a despertar a

sus amigos a horas intempestivas para confesarse ante ellos. Le parecía que de algún modo les había permitido formarse la idea de que procedía de una familia de aristócratas arios, cuando desde el primer momento debería haberles dicho que era judío.

Así pues, parece que los Wittgenstein conocían desde el principio sus raíces judías y en algunos aspectos se enorgullecían de ellas pero, como familia de cristianos practicantes durante tres generaciones, en 1938 (si no mucho antes) se encontraban en condiciones de negarlo cuando se planteaba la pregunta decisiva de «¿es usted judío?».

Ludwig se sorprendió al enterarse de la noticia del *Anschluss*, pues no había creído que sucediera jamás. En aquel momento se encontraba en Irlanda y regresó inmediatamente a Cambridge, desde donde escribió a Paul y a Hermine para decirles que, si era necesario, viajaría a Viena sin más dilación. Al mismo tiempo, pidió consejo a un amigo, el economista Piero Sraffa. Este le dijo que no corriera el riesgo de viajar a Austria, ya que era poco probable que las autoridades le permitieran volver a salir; que debía cambiar su pasaporte austríaco por uno alemán, y que, si descubrían que sus antepasados eran judíos, tal vez incluso se lo negaran. Ante la fastidiosa alternativa de convertirse en ciudadano alemán («al margen incluso de todas las desagradables consecuencias, me resulta espantoso»)[11] o solicitar el pasaporte británico («algo que siempre he rechazado sobre la base de que no deseo convertirme en un falso caballero inglés»),[12] Ludwig se decantó por esta última opción, y un año después (el 14 de abril de 1939) se le concedió la ciudadanía británica.

En marzo de 1938 no había recibido todavía ninguna noticia de su familia desde Viena, pero había averiguado por cuenta propia que, «mediante la anexión de Austria por parte de Alemania, me he convertido en ciudadano alemán y, según la legislación alemana, en judío alemán (pues

tres de mis abuelos se bautizaron siendo ya adultos)».[13] Por lo que se refería al resto de su familia, como «casi todos ellos están ya jubilándose y son personas muy honorables que siempre se han sentido y comportado con patriotismo, en general, es poco probable que se encuentren en situación de riesgo en la actualidad».[14]

En Viena, Paul y Hermine eran más o menos de la misma opinión. No se habían molestado en estudiar las Leyes de Nuremberg, pero suponían alegremente que, aunque el nuevo régimen esgrimiera contra ellos su sangre judía, seguramente estarían protegidos en virtud de la alta posición social de que gozaba su familia en la vida pública austríaca. Solo tenían que explicar lo buenos, dignos y patriotas que habían sido siempre los Wittgenstein, y eso bastaría para proporcionarles los *Deutschblütigkeitserklärungen* o Certificados de Sangre Alemana. Por supuesto, no iba a ser tan fácil. Paul acudió primero en solitario a una oficina de la Minoritenplatz y cuando llegó su turno, después de guardar cola durante varias horas en el vestíbulo, le dijeron que las normas eran las normas y que se denegaba su solicitud de trato especial.

El 30 de abril Gretl regresó de Estados Unidos. Había hecho una breve escala en París para mantener una reunión con Ludwig y visitar a Jerome. Cuando llegó a Viena, tenía muchísimas ideas brillantes acerca de lo que había que hacer. Durante toda su vida adulta había sido anfitriona de diplomáticos, políticos y personas que ocupaban cargos relevantes, y ahora, en ese momento de crisis nacional y familiar, le pareció ver la esperadísima ocasión de desplegar toda su energía y capacidad. En primer lugar, insistió en que Paul había perdido el tiempo con las autoridades de Viena, que eran unos puntillosos obsesos del poder, y que ella conocía a gente mucho más importante en las altas esferas del NSDAP (el partido nazi) de Berlín. Esas eran las personas a las que deberían dirigirse con un expediente bien

redactado en el que se enumeraran todos los actos honorables y patrióticos de la familia.

Hermine fue la encargada de recopilar la información. Escribió a Ludwig para preguntarle si podían utilizar su notoriedad en la solicitud que iban a presentar incluyendo la lista de sus condecoraciones, hazañas bélicas y obras benéficas. Ludwig, temeroso tal vez de que eso perjudicara la tramitación de su solicitud de ciudadanía británica, escribió a Paul a vuelta de correo:

> Aunque no me uniré a vosotros en la presentación de la solicitud, estoy convencido de que está plenamente justificado en vuestro caso. Por supuesto que podéis citar mi hoja de servicios, etcétera; pero esto no debe llevar al error de que, en consecuencia, yo quedo automáticamente incluido en vuestra solicitud. Con mucho cariño y los mejores deseos, Ludwig.[15]

La intención expresa del informe de Hermine era «demostrar el carácter alemán y cristiano de la familia Wittgenstein, así como los numerosos servicios prestados a su patria por los miembros de la familia». Sobre un árbol genealógico se indicaba también que los Wittgenstein deseaban seguir realizando donativos en el futuro y «hacer todo cuanto esté en nuestra mano para demostrar que continuamos manteniendo una actitud similar hacia el bien común del nuevo régimen, aun cuando las propiedades de la familia se hayan visto muy mermadas a causa de la Gran Guerra y de la inflación».[16] Fue fácil elaborar una relación de las hazañas militares de Paul y de algunas de sus donaciones menos secretas, pero Hermine tuvo que escribir a algunos amigos de Ludwig del ejército para preguntarles qué sabían —si es que sabían algo— acerca de sus condecoraciones. Por lo que se refería a la hoja de servicios de Kurt, se decidió no mencionar el hecho de que sus hombres se habían negado a obedecer sus órdenes y hacer constar en el

informe tan solo que había combatido con valentía y al final se había pegado un tiro para evitar que los italianos lo apresaran.

En cuanto a las donaciones benéficas de la familia, resultó ser un asunto peliagudo, ya que al estudiar con detenimiento su destino, Hermine descubrió que gran cantidad del dinero se había malgastado: el millón de coronas que Ludwig había donado para la fabricación de un mortero, por ejemplo, se había desaprovechado; el millón que Kurt había dejado para obras benéficas había desaparecido y las seiscientas mil que el doctor Von Eiselsberg había aceptado para la investigación sobre el cáncer nunca se habían destinado a tal fin. Hermine encontró infinidad de ejemplos de este tipo, y cada nuevo descubrimiento la apenaba. Cuando las autoridades descubrieron la donación de cuarenta mil florines que había hecho su padre para sufragar en 1898 los gastos de edificación del conocido como Repollo Dorado (sala de exposición de la Secesión vienesa), exigieron que se retirara la placa que conmemoraba este acto de generosidad judía. «Cuando es un judío el que [actúa como filántropo], el asunto se convierte en noticia, pues ya se sabe que son unos perros asquerosos [dijo Hitler en una conversación]. Normalmente es el más pícaro de ellos quien hace algo así. Luego oirán cómo esos pobres arios bobalicones dicen: “¡Ves, sí que hay judíos buenos!”.»[17]

A principios de junio Paul y Gretl viajaron a Berlín, la dinámica y cosmopolita capital del Reich de Hitler, con el «bonito» informe de Hermine. Allí, en la guarida de los leones, el lugar donde el partido nazi tenía su sede, los judíos se sentían más seguros que en Viena. Tan pronto como se bajaron del tren en la Anhalter Bahnhof, Paul y Gretl repararon en que no todo el mundo llevaba insignias y brazaletes con la esvástica, como sí ocurría en Viena, y que los comercios judíos no estaban embadurnados de pintura roja. En Berlín todavía se permitía a los judíos ir al cine y al teatro,

comer en restaurantes y entrar en los cafés, ser propietario y regentar comercios que seguían atendiendo a clientes arios. En la Kurfürstendamm, la principal calle comercial de Berlín, solo una tienda exhibía el cartel que en Viena se veía por doquier: «No se admiten clientes judíos». En comparación con la capital alemana, Viena parecía un lugar provinciano, atrasado y violento.

Gretl había conseguido concertar una reunión con el capitán Fritz Wiedemann, el edecán de Hitler, en la cancillería, situada en el distrito W8 de Berlín. Es posible que se lo hubieran presentado los Dodd. William Dodd, el embajador estadounidense en Berlín, conocía a Jerome y a Gretl, y su hija, Martha Dodd, acudía en Washington a las mismas fiestas que Ji. No obstante, el embajador Dodd detestaba a los nazis, con la excepción de Hermann Göring, y en cualquier caso había abandonado Berlín en diciembre de 1937. A Martha, su hija, también le desagradaba Wiedemann, a quien en su libro *Through Embassy Eyes* describía como un hombre que «irradiaba erotismo, de rostro tosco, cejas pobladas, mirada cordial, frente muy estrecha, [y] bastante atractivo […] pero tuve la clara impresión de que era una mente sin cultivar, primitiva, con la astucia y la malicia de un animal, y carente de toda delicadeza o sutileza».[18]

Es más probable que Gretl conociera a Wiedemann gracias a la amante de este, la prepotente princesa Stephanie von Hohenlohe-Waldenburg-Schillingfürst, que a principios de abril estaba en Washington divirtiéndose en las mismas fiestas de la diplomacia que Gretl. Con anterioridad las dos mujeres habían coincidido en Viena y en París. En cierto sentido, eran rivales: como anfitrionas vienesas, ambas pestañeaban ante el mismo reducido círculo de diplomáticos y se dedicaban activamente a utilizar sus contactos para sus propios fines. La princesa (que había tenido un hijo ilegítimo con Franz Salvator de Austria-Toscana, miembro de la misma

familia que primero había alquilado y luego vendido a los Stonborough la Villa Toscana de Gmunden) se había convertido en amante de Fritz Wiedemann para estar en estrecho contacto con Hitler, al que conoció cuando ejerció de representante de lord Rothermere, el decano de la prensa británica.

Hitler estuvo enamorado de la princesa Stephanie durante un breve período de tiempo, pero, cuando Paul y Gretl acudieron a visitar a Fritz Wiedemann, ya había descubierto que era judía y la amante de su ayudante, y que, según sus asesores, podía ser una agente doble. En sus conversaciones la llamaba «espantajo», y decía: «¡Prefiero mil veces a una obtusa cocinera a una mujer de mundo que se mezcle en política!».[19] Wiedemann explicó a Paul y a Gretl que debido a ello el Führer le estaba haciendo el vacío, y que seguramente no conseguiría concertar una audiencia, pues creía que iban a cesarlo en cualquier momento. En cambio, logró que les recibiera el SS-*Obersturmbannführer* Kurt Mayer, que era director de la Agencia de Investigación Genealógica del Reich, situada en la Schiffbauerdamm, a unas pocas manzanas. Poco después de la reunión, con Paul y Gretl, Hitler destituyó a Wiedemann, que fue destinado al extranjero como cónsul alemán en San Francisco. Gretl reconocería después que el hombre le había causado una muy buena impresión, pese a que les hubiera servido de tan poca ayuda.

En la Agencia de Investigación Genealógica Paul y Gretl conocieron a Kurt Mayer, que era doctor en historia y dirigía una plantilla de ochenta y un hombres y cuarenta y dos mujeres, la mayoría de los cuales rondaban la treintena y se esforzaban por dar curso a la avalancha de solicitudes de arianización procedentes de familias judías angustiadas. Al final de la guerra Mayer y su personal habían examinado un total de cincuenta y dos

mil expedientes, de los que menos del diez por ciento se tradujo en algún cambio en la consideración de la condición del solicitante.

Sentado a su escritorio, Mayer miró cortésmente los documentos de Paul y Gretl y escuchó sus argumentos, pero concluyó que las glorias pasadas de la familia Wittgenstein no venían al caso: tenían tres abuelos judíos y, por consiguiente, debían aceptar la clasificación oficial de *Volljuden*. Su única esperanza residía en descubrir que uno de esos abuelos era hijo o hija ilegítimo de un ario, en cuyo caso podrían solicitar la condición de *Mischling*, o mestizo, lo cual, aunque fuera desagradable, los eximiría al menos de que se les aplicara la legislación de los *Volljuden*, que era más opresiva: «Es esencial tener un segundo abuelo ario», les dijo.[20]

Entre los tíos y primos de la familia había circulado durante mucho tiempo el rumor de que Hermann Christian Wittgenstein, abuelo de Paul y Gretl, era hijo bastardo de un aristócrata alemán, que se creía que podía ser el príncipe Georg de Waldeck y Pyrmont, un descendiente de la familia Sayn-Wittgenstein-Berleburg. Según la noticia, una hermosa criada judía llamada Breindel Brendel o Bernardine Simon, que trabajaba en la casa del príncipe Georg en Laasphe, quedó encinta de este (o de su hermano); para ocultar el escándalo, la obligaron a casarse con Moses Meyer, el administrador patrimonial y factótum del príncipe, y a vivir con él en otra propiedad de los Wittgenstein. Fue allí, en Korbach, donde el día 12 de septiembre de 1802 se supone que nació Hermann Christian Wittgenstein. Sin embargo, no le llamaron Hermann Christian Wittgenstein, sino probablemente Hirsch (o Herz) Moses Meyer. Tras el decreto napoleónico de 1808 por el que se ordenaba a los judíos adoptar determinados apellidos, la familia tomó el de Wittgenstein, y en 1839 Hirsch, el hijo de Moses Meyer, se convirtió al cristianismo y adoptó el nombre de Hermann Christian Wittgenstein.

En la Schiffbauerdamm, Kurt Mayer aseguró con suma educación a Paul y Gretl que la mejor opción era seguir esa línea de investigación y contratar a un genealogista profesional para que indagara en los archivos de Korbach y Laasphe. Ni a Paul ni a Gretl les gustó el plan (su padre, Karl, solía negar con tono humorístico toda relación con la familia Sayn-Wittgenstein refiriéndose a su apellido como «mein Wittgenstein», que diferenciaba de «sein Wittgenstein»,[*] pero parecía que esa era su única posibilidad. Era un síntoma característico de la locura que regía la política del partido nazi que en junio de 1938 la futura seguridad de un hombre, de sus hijas, hermanos y hermanas, sobrinos, sobrinas y primos pendiera de un hilo y dependiera de quién se había acostado con quién en enero de 1802.

Contraataque

En cierta ocasión Gretl comentó a su primo Karl Menger: «Quiero que se me recuerde por ser hija de mi padre, hermana de mis hermanos y madre de mis hijos».[21] Llama la atención que no manifestara el menor deseo de que se la recordara como esposa de su marido. En junio de 1938 se divorció de Jerome, pero lo que no hizo fue desentenderse de él. Siguió siéndole fiel y permitía que la visitara en Gmunden o en Viena. También le entregó dinero. Cuando se produjo el *Anschluss*, Jerome se encontraba en la capital austríaca. Enseguida comprendió que no podría sacar del Reich ni dinero ni objetos de valor, y que su espléndido estilo de vida parisino tendría que llegar a su fin. Regresó a Francia para vender sus muebles y cuadros. Desde París podría haber viajado directamente a Estados Unidos, pero no le

agradaba la idea y volvió a Viena. Allí fue presa de la depresión y el nerviosismo, temiendo la miseria y la inminencia de la guerra. Hay quien dice que padecía una «grave enfermedad cancerosa» que agudizó su desesperación, pero no todo el mundo está de acuerdo. En cualquier caso, estaba muy angustiado y el 15 de junio perdió los nervios y se disparó en la cabeza con una escopeta de caza mientras estaba en la Villa Toscana de Gmunden.

Gretl se dirigió enseguida allí para impedir que la noticia del suicidio llegara a la prensa y, en consecuencia, el director del periódico local, el *Salzkammergut Beobachter*, cuyas oficinas se encontraban en la plaza de Adolf Hitler de Gmunden, pasó por alto la muerte repentina y violenta del propietario de la gran mansión local y publicó varios breves sobre la muerte natural de dos ancianitas y el intento de suicidio de una lechera aquejada de mal de amores.

Ni en vida ni tras su muerte, se honró demasiado a Jerome. Había utilizado una parte del dinero de su esposa para fundar un instituto científico, pero perdió una suma mucho mayor en inversiones desacertadas. Había fracasado como esposo de Gretl y había sido un padre ausente y malhumorado para sus hijos. No inspiraba mucha simpatía a sus parientes políticos y después de su fallecimiento había muy poco que decir de él. Había dedicado su vida a buscar el conocimiento científico, a derrochar el dinero de los demás y a darles quebraderos de cabeza con sus ataques de paranoia y neurosis. Su muerte, que llegó para Gretl en un momento inoportuno, debió de liberarles a ella y sus hijos de una fastidiosa carga. Fue enterrado discretamente en el cementerio municipal de Gmunden.

El gran amor de Gretl, la persona en quien cifraba sus más elevadas aspiraciones, era su hijo menor, Ji, su ojito derecho. Tommy, el pobre tartamudo, la había defraudado. Arrogante y perezoso, depresivo y no muy

espabilado con el dinero, los coches y las mujeres, era un irresponsable y un imprudente, y Gretl tenía que sacarle de apuros constantemente. Ji, por su parte, lo hacía todo bien, según ella. A muchos les parecía que era «igual que su mamá». De joven era un poco afeminado y tenía un tono de voz muy agudo. Tardó en madurar: fue el niño mimado de mamá hasta bien entrado en la treintena. Gretl había anhelado tener una hija, pero, cuando se resignó a la idea de que nunca la tendría, fomentó las facetas más dulces de Ji, al tiempo que lo impulsaba a superarse. «Quiero que mis hijos se conviertan en reformadores —decía—. Esa es la única profesión apropiada para nuestra familia.»[22] Con ese objetivo se ocupó de que Ji pensara en cuestiones sociales desde muy temprana edad. Una vez que hubo acabado sus estudios (no era muy inteligente y no se distinguió ni en el internado de clase alta de Baden-Württemberg ni en la elegante academia de Viena, la Theresianum), le animó a asistir a clases de ciencias políticas en las universidades de Friburgo y Viena. Después se hizo voluntario de la Sociedad de Salvación de Viena y trabajó durante un breve período en una fábrica suiza de queso y en otra de cerveza en Checoslovaquia. En 1933 acudió a la Conferencia Económica Mundial como periodista del *Brooklyn Times-Union*, y durante algún tiempo alimentó la idea de convertirse en periodista político o económico, pero su madre tenía aspiraciones más altas para él. Según su primo Karl Menger, «pese a toda la conciencia social de la señora Stonborough, me parecía que pertenecía a esa clase de europeos muy ricos que consideran que, para que sus hijos destaquen, un cargo relevante es mucho más importante que la riqueza».[23] En 1935 Gretl utilizó sus contactos políticos y diplomáticos para conseguir a Ji, que contaba entonces veintitrés años, un empleo en el Departamento de Trabajo estadounidense, en Washington, donde estuvo adscrito a la oficina de Frances Perkins, la

secretaria de Trabajo de Roosevelt y primera mujer que ocupó un cargo en el gobierno de Estados Unidos.

El amor materno y el éxito prematuro dieron un aire arrogante a los andares de Ji. Era irascible, dogmático y presuntuoso. Aunque su actitud no fuera en modo alguno aristocrática, sí era un tanto despectiva o, como dirían los vieneses, *hoppertatschig*. Tal vez el mejor término para describirlo sería «altanero». Tachaba de «vulgares» y «proletarios» a aquellos que no le caían bien, o los reprendía por su «maldita insolencia proletaria» con un acento que no era ni estadounidense ni alemán, sino aún más británico que el de los ingleses. Su lema debía de ser *Odi profanum vulgus*: «Detesto a la chusma vulgar».

En 1937 Max Salzer, el marido de Helene, que había gestionado la fortuna de los Wittgenstein en el extranjero desde 1925, padecía demencia senil, de manera que, con un empujoncito de Gretl, se decidió que fuera el joven Ji quien, a sus veinticinco años, lo relevara. Era una elección extraña, puesto que Ji era joven y voluble, apenas sabía nada de negocios y no tenía cabeza para los números («calcular lo poco que hay en mi talonario es una tarea que me supera», reconoció bromeando en una ocasión),[24] pero, cuando Gretl decidía algo, no había más que hacer. En el paraíso fiscal del cantón de Zug, en Suiza, se constituyó una empresa con el nombre de Wistag AG & Cie. Las acciones o capital social de un millón de francos suizos estarían controlados por Ji, y los intereses de esa suma debían utilizarse para sufragar los gastos de gestión de un fondo subsidiario con las inversiones extranjeras de los Wittgenstein. En 1939, dichos intereses se valoraron en 9,6 millones de francos suizos. Según la legislación suiza, el prorrateo exacto de las acciones del fondo podía mantenerse en secreto, salvo para los propios beneficiarios. La escritura de constitución establecía que todos y cada uno de los accionistas recibirían una pequeña proporción

de los intereses del fondo, pero que el capital inicial debía permanecer en la empresa (Wistag) durante diez años. Dicho de otro modo: el fondo no podía cancelarse, y tampoco se podía extraer el capital hasta 1947.

Mientras tanto, el plan cuatrienal de Hitler, un carísimo programa de reconstrucción y rearme nacionales, dejó sediento de ingresos al dirigente, quien en abril de 1938 promulgó una ley por la que se obligaba a todos los ciudadanos, con independencia de su origen racial, a declarar sus activos en el extranjero. Todo dinero en efectivo depositado en el exterior debía traerse de inmediato al Reich y ser canjeado por marcos del Reich a una tasa de cambio favorable al gobierno. El formulario que se remitió a la población judía a principios de mayo era una versión ampliada del que se había enviado a la población aria, y exigía a los judíos que informaran de todos sus bienes, incluidos los que se encontraban en el territorio del Reich: cuadros, vajillas, créditos bancarios, inmuebles, negocios, fotografías, etcétera. De esta forma se les podía cobrar el *Judenvermögensabgabe* (gravamen sobre el capital judío), que ascendía a un veinte por ciento del valor total de los bienes. Si luego querían emigrar, tendrían que pagar otro veinticinco por ciento en concepto de impuesto de emigración, y un sesenta y cinco por ciento más de los ahorros que les quedaran. Una vez satisfechos todos estos impuestos, era muy improbable que un judío pudiera abandonar el Reich con algo más del diez por ciento de su patrimonio original. En la parte superior del formulario que llevaba el título de «Registro de Bienes de los Judíos», aparecía impresa la siguiente advertencia:

> El presente inventario debe entregarse antes del 30 de junio de 1938. Quien esté obligado a declarar sus bienes y mandarlos tasar pero no cumpla con esta obligación, o lo haga fuera de plazo o de forma deficiente, podrá ser objeto de un severo castigo (multa, prisión, condena de encarcelación o confiscación de sus bienes).[25]

Se procedió al registro de los inmuebles de Paul, Hermine y Helene, y el doctor Otto Reich, historiador del arte, agente de la Gestapo y tasador, examinó todos los objetos de valor que se encontraron. Como Gretl era judía, también estaba obligada a rellenar un formulario, pese a ser ciudadana estadounidense. Cuando el doctor Reich llegó a su casa de la Kundmanngasse, ella no se encontraba en el domicilio, pero un criado avispado sacó algunas baratijas de interés y, mientras al doctor Reich se le hacía la boca agua examinándolas, corrió al jardín con los brazos llenos de valiosos manuscritos y los escondió en el cobertizo. El formulario que rellenó Gretl parece reflejar un poco a la baja el valor de sus propiedades. Sus obras de arte y su colección de porcelana se valoraban conjuntamente en solo 11.235 marcos del Reich; la plata y las joyas, en nueve mil, mientras que su inestimable colección de manuscritos musicales no figuraba en la declaración. Tampoco está claro si las obras de arte que había embalado para transportar al extranjero en marzo se incluyeron en esta valoración. Como estadounidense, Gretl no tenía la obligación de declarar sus bienes en el extranjero y, aunque ella y sus hijos todavía podían salir y entrar libremente del Reich, le resultaba muy favorable enterrar u ocultar todo lo posible y tratar de sacarlo del país poco a poco de forma clandestina.

En la declaración de Paul constan unos ingresos de cincuenta y siete mil marcos del Reich hasta el mes de abril de ese año, y unos bienes por valor de 4.368.625. El formulario resulta muy interesante porque permite vislumbrar sus asuntos económicos particulares. Por ejemplo, revela que su hermana Hermine le debía 107.512 marcos del Reich (cabe suponer que eran préstamos para satisfacer deudas que había contraído con su escuela) y que entre sus propiedades había un tapiz gobelino del siglo XVI valorado en quince mil marcos del Reich, un violín Stradivarius de 1716 valorado en

treinta mil y una viola de Antonius y Hieronymus Amati por valor de diez mil; este último instrumento fue tasado el 15 de abril de 2002 por Machold Rare Violins en 1,8 millones de dólares. Entre sus cuadros, cuyo valor total se fijaba en 70.080 marcos del Reich, figuraban el retrato al óleo de Eugenie Graff, obra de Monet (*Madame Paul*, actualmente en el Museo de Arte Fogg de Harvard) y *Die Quelle des Übels* (*La Vanidad* o *La fuente del mal*), de Giovanni Segantini, adquirido por Karl en la Exposición de la Secesión de 1898, que tuvo un éxito extraordinario, y valorado en 1938 en veintiséis mil marcos del Reich. Al final de la declaración, en un espacio reservado para observaciones, Paul había escrito:

> Este formulario ha sido rellenado mientras se encuentra en proceso de tramitación la solicitud que mis hermanas, Hermine y Helene Salzer (de soltera, Wittgenstein), y yo mismo hemos presentado para que se nos exima de estas obligaciones. Mis hermanas y yo estamos convencidos de que nuestro abuelo, Hermann Christian Wittgenstein, no era al cien por cien de sangre judía. Sus rasgos físicos y su forma de vida, así como los rasgos de sus descendientes directos, demuestran este extremo, y el Departamento de Investigación Genealógica [de Viena] ha abierto una investigación para determinar si esta certeza nuestra es correcta. De ser así, nosotros solo seríamos judíos mestizos, y quisiera señalar que todos los miembros de la familia Wittgenstein han nacido y se han educado como cristianos desde hace cien años. La familia procede de Alemania y se trasladó a Austria en 1850.[26]

Fuga

Paul estaba convencido de que la única decisión sensata era abandonar Austria, y apenas podía pensar o hablar de otra cosa. Como patriota que era, le descorazonaba que el noventa y nueve por ciento del pueblo austríaco se hubiera vendido a los alemanes con tanto entusiasmo y perfidia en el

referéndum de Hitler de abril de 1938. Aun cuando la Agencia de Investigación Genealógica del Reich le garantizara su condición de *Mischling*, seguiría teniendo prohibido dar clase y actuar en público. Hermine, por su parte, era capaz de distanciarse de los asuntos mundanales y se alegraba de poder ir tirando, pues imaginaba que lo peor que podía sucederle era que unos cuantos amigos suyos no volvieran a saludarla por la calle. Paul tenía mucho más que perder. Según escribió Hermine:

> Durante sus largos paseos e ires y venires diarios Paul sufría indescriptiblemente a causa de las abominables prohibiciones que, del modo más tosco, amenazaban a cada paso y herían su autoestima. Actuaba como un hombre cuyos mismísimos cimientos vitales hubieran quedado destruidos.[27]

Mientras tuviera dinero en el extranjero, las autoridades no iban a permitirle salir del país. En primer lugar, exigían que retornara al Reich toda su fortuna en el extranjero, tras lo cual tendría que pagar el veinticinco por ciento correspondiente al *Reichsfluchtsteuer* (impuesto de emigración) y todas las demás tarifas que el régimen había establecido para robar a los judíos que emigraran. Solo entonces estudiarían la posibilidad de dejarle salir del país. Sin embargo, aun cuando hubiera deseado cumplir con las directrices del gobierno, no podría haberlo hecho, pues sus bienes en el extranjero estaban bloqueados en un fondo suizo hasta 1947. La única esperanza de Paul era huir del país y tratar de acceder a sus fondos suizos una vez que estuviera a salvo en el extranjero. Su pasaporte llevaba el sello de un visado suizo que no había expirado, pero además necesitaba un permiso de salida para abandonar Ostmark.

Cuando visitaba a Marga en Inglaterra, por la noche solía participar en juegos de salón que consistían en preguntas de música clásica. Fue durante uno de estos juegos cuando Marga y Paul descubrieron que ambos se sabían

de memoria los libretos de varias óperas de Mozart, de modo que utilizando alusiones a ellos eran capaces ahora de comunicarse sin despertar las sospechas de los censores. Por ejemplo, Paul anunció su intención de viajar a Londres con la frase *Due parole*. Estas son las palabras que el conde de Almaviva, en el breve recitativo de la sexta escena del primer acto de *Las bodas de Fígaro*, de Mozart, utiliza como preámbulo del anuncio de que van a enviarlo a Londres. Marga, que en sus vacaciones junto al mar había dedicado muchas horas con Paul a los crípticos juegos musicales, supo exactamente lo que significaban. De este modo se urdió un plan para crear un motivo convincente que llevara a las autoridades de Viena a autorizar a Paul una breve visita a Inglaterra. Marga envió varias cartas con el falso membrete de la Agencia de Conciertos Gunfield en las que presentaba a Paul unas fechas para una serie de recitales y conferencias en que también estaba programada la intervención de los musicólogos Ernest Walker y Donald Francis Tovey. Estas actuaciones inexistentes estaban previstas en un principio para el mes de mayo, pero Paul no pudo obtener el visado, de modo que Marga cambió las fechas y le envió otro contrato para mediados de junio. Una vez más, los funcionarios desbarataron los planes de Paul, quien tuvo que telegrafiar a Marga para decirle que era imposible. El 17 de junio Gretl viajaría a Londres, donde tenía previsto alojarse en un hotel de Ebury Street. Paul envió un cable a Marga: «LE GUSTARÍA VERTE OXFORD O LONDRES. DEJA MENSAJE EN GORING».[28] Dos días más tarde se vio obligado a mandar otro: «MI CUÑADO STONBOROUGH MUERTO REPENTINAMENTE ESTA NOCHE STOP MI HERMANA IRÁ MÁS ADELANTE STOP ABRAZOS Y DISCULPAS. PAUL».[29]

Gretl llegó a Inglaterra unos cuantos días después del funeral de Jerome y se reunió brevemente con Marga en Londres antes de viajar a Cambridge, donde entregó a Ludwig dos paquetes que había sacado de contrabando de su país. Contenían joyas y manuscritos musicales pertenecientes a

diferentes miembros de la familia: la *Sonata para piano en mi mayor, op. 109* de Beethoven; la *Sinfonía número 90 en do* de Haydn; el *Concierto para violín en la mayor* de Mozart; una de las primeras cantatas de Bach («Meine Seele»), y dos conciertos para piano de Mozart (K 238 y K 467). Pidió a Ludwig que los custodiara en nombre de sus hermanos, que estaban en Austria, pues tal vez algún día los necesitaran. Ludwig los depositó en sendas cajas de seguridad del Barclay's Bank de Bennett Street y autorizó a otras dos personas (John Maynard Keynes y Piero Sraffa) a retirarlos en caso de que él faltara.

Mientras tanto, Marga buscaba información sobre cómo conseguir un pasaporte británico para Paul. En una de sus cartas en clave este le había pedido que hablara con Ludwig, quien, según pensaba él, podría estar en condiciones de mover algunos hilos. Concertaron en un hotel de Londres una reunión que, para estupefacción de Marga, concluyó al cabo de diez minutos. Se produjo un largo silencio, que al final rompió Ludwig: «"Ya está todo acordado". "Pero he venido desde Southwold hasta Charing Cross para ocuparme de los asuntos de su hermano; creo que al menos podría invitarme a comer." "Bueno, si es eso lo que quiere, está bien —concedió Ludwig a regañadientes—, pero ¿qué desea decirme ahora?" "No lo sé —contestó Marga—, pero espero que se me ocurra algo pronto"».

De modo que fueron al restaurante Lyons Corner House, donde hablaron de las personas que ambos conocían en Viena, mientras Ludwig asentía o disentía siempre con una preocupante animadversión. Al cabo de un rato se levantó de pronto y afirmó: «Ha dicho usted cosas que hacen que quiera seguir hablando. Vayamos al zoo».[30] Se divirtieron viendo a los animales enjaulados y después se sentaron a tomar un té. «Le ofrecí un poco de mi mermelada, puesto que él había acabado la suya —recordaba Marga—. La rechazó diciendo que, aunque era parte de la porción que el camarero me

había traído, no era mía y tampoco era suya la que él se había comido, era “solo mermelada”.» Luego Ludwig la acompañó en un vagón de tercera clase del metro hasta Liverpool Street diciendo que ya había hablado bastante y que solo la acompañaba para llevarle el abrigo, pues en el zoo había descubierto que era demasiado pesado para que ella cargara con él y hacía demasiado calor para que lo llevara puesto. Cuando se separaron, Marga lo invitó a quedarse con ella en Southwold. «Suena bien —respondió él—, pero no me conviene. Sé que a usted no le gustaría.»[31]

De regreso en Viena, Gretl había concertado una reunión con Arthur Seyss-Inquart, el nuevo gobernador de Ostmark, gracias a la relación que la unía al hermano de este, Richard. Richard SeyssInquart, a quien Ji Stonborough describía como «un hombre agradable, honrado y respetable», [32] se había afiliado al partido nazi en 1938, poco antes de que su hermano mayor se convirtiera en canciller. Según una fuente, Richard era «un nazi convencido»,[33] al que se había encomendado la tarea de convencer a la Iglesia católica de que apoyara el *Anschluss* de Hitler. Había sido sacerdote católico durante la Primera Guerra Mundial y desde entonces era capellán y profesor en varias escuelas para sordomudos, orfanatos y hospitales del ejército. En 1920 abandonó el sacerdocio para casarse y escribió varios libros de poemas deprimentes que nadie compraba. Richard había conocido a Gretl cuando era director de una institución para menores delincuentes de Langenzerdorf, de cuyo consejo de administración ella formaba parte. En 1928, desesperado por su divorcio, sufrió una crisis nerviosa y Gretl lo hospedó y alimentó en la denominada Villita de Gmunden durante las semanas que tardó en recuperarse.

En agradecimiento a estas atenciones, el hermano de Richard, Arthur Seyss-Inquart, nuevo jefe o *Reichsstatthalter* de Ostmark, aceptó recibir a Gretl. Seyss-Inquart, un *Gruppenführer* de las SS, germanófilo apasionado

y antisemita, ha pasado a los anales de la historia como un hombre malvado. Como ministro de Interior del gabinete de Schuschnigg, actuó en la sombra para abrir las puertas a Hitler. Dos años después del *Anschluss* se le destinó a los Países Bajos en calidad de *Reichskommissar* y en 1946 fue ahorcado en Nuremberg al ser declarado culpable de la muerte de cien mil judíos. A Gretl no le inspiraba mucha simpatía pero al menos durante un mes tuvo acceso a él y abogó en favor de varios amigos que pasaban grandes apuros, incluido Paul. Le contó que su hermano padecía de los nervios, que ella había cuidado de Richard cuando sufrió un problema similar y que ahora necesitaba su ayuda para salvar a Paul de un posible suicidio. Gretl admitió que emigrar era impensable, pero sostuvo que, como la condición racial de Paul todavía no estaba determinada, sería razonable concederle un breve respiro para que ofreciera unos cuantos conciertos en Inglaterra. Seyss-Inquart le dijo que prepararía el visado de Paul con la condición de que ella le prometiera que él regresaría al Reich. Eso hizo Gretl, con la autorización de Paul, quien el 23 de agosto recibió un permiso de salida de tres semanas y abandonó el Reich al día siguiente.

Pasó quince días en Inglaterra, donde visitó a Marga en Oxford y a Ludwig en Cambridge. Expuso a ambos su angustiosa necesidad de emigrar. Como no podía acceder a la parte de capital que le correspondía del fondo Wistag y tenía prohibido abandonar el Reich con dinero u objetos de valor, estaba preocupado por sus ingresos. Marga lo invitó a vivir con ella y con su hermana en Oxford, asegurándole que le proporcionaría todo el dinero que necesitara. Cuando regresó a Austria, Paul, que sentía una aversión patológica a aceptar la ayuda de los demás, le escribió:

> Una cosa puedo decir: que tú, querida Marga, eres una de las pocas personas de las que, sin pensármelo dos veces y sin la menor amargura, aceptaría ayuda, incluida ayuda material, con la

misma sinceridad con que me la ofreciste. No obstante, ¡confío en que no llegue a ese extremo ni en el peor de los casos![34]

Marga trató de convencerlo de que Inglaterra era su destino natural. Paul hablaba el idioma con fluidez, conocía su literatura, había viajado allí todos los años en los últimos tres lustros, tenía un hermano que vivía en el país, era una estrella en las salas de concierto y, a través de ella, tenía muchos amigos ingleses. Sin embargo, su hermano menor le disuadió de la idea en Cambridge. Como Piero Sraffa había advertido a Ludwig, «respecto a la posibilidad de que haya guerra, no sé qué decir: puede suceder en cualquier momento, o tal vez dispongamos de un par de años más de "paz". En realidad no tengo la menor idea. Pero no apostaría por la posibilidad de que haya seis meses de paz».[35] Se tardaba un par de años en obtener la nacionalidad británica, y si entretanto estallaba la guerra entre Inglaterra y Alemania, Paul debería hacer frente a la deportación o la cárcel por ser un extranjero residente en el país.

Cinco días antes de que expirara su visado de salida del Reich regresó a Viena, donde una vez más se encontró en graves apuros con las autoridades. Sobre su escritorio le esperaba una carta amenazadora, formal y burocrática del comisario de Estado de la Sección de Bienes Personales de la Agencia de Gestión de Activos, del Ministerio de Economía y Trabajo:

Herr Paul Wittgenstein

Re: III Jews 29/38 g.

Por la presente, en el ejercicio de la autoridad a mí otorgada por el comisario del Plan Cuatrienal, y de acuerdo con el artículo 7 de la Ordenanza de fecha 26 de abril de 1938 en relación con el Registro de Bienes de los Judíos (Reich Legal Gazetteer I, p. 414), se le insta a poner a la venta los valores de inversión extranjeros de que es titular, siguiendo la antedicha ordenanza, en la sucursal del Reichsbank correspondiente a su domicilio habitual en Viena y, si así se le solicita, a vendérselos. Debe presentar su oferta en el plazo máximo de una semana a partir de la recepción de esta notificación.[36]

Mucho peor aún que esta angustiosa exigencia fue la noticia de que las autoridades habían descubierto a Hilde y a las niñas. Se hizo entrega a Paul de una citación judicial con la acusación de *Rassenschande* o envilecimiento de la raza, y se le retiró la custodia de Elizabeth y Johanna. Según el apartado 5 del artículo 2 de las Leyes de Nuremberg para la Protección de la Sangre y el Honor Alemanes, todo judío que tuviera relaciones extraconyugales con un súbdito de sangre alemana sería «castigado con pena de cárcel o trabajos forzados». En 1939, la condena que por lo general se imponía a un varón judío sorprendido con una mujer aria era de cuatro o cinco años de prisión. Más adelante la *Rassenschande* se penaría con mayor severidad y en 1945 llegó a ser uno de los cuarenta y tres delitos castigados con la muerte. Por una curiosa anomalía, entre las muchas definiciones de lo que confería la condición de judío, se establecía que se consideraría plenamente judíos «a los descendientes de una relación extraconyugal con una persona plenamente judía nacidos fuera del matrimonio a partir del 31 de julio de 1936». Esto significaba que, según los nazis Johanna, la hija menor de Paul (nacida en marzo de 1937) era judía, mientras que su hermana Elizabeth (nacida en mayo de 1935), no.

La reacción de Paul ante todas estas presiones fue inmediata. Hizo su equipaje cogiendo tantos objetos de valor como pudo meterse en los bolsillos y embutir entre la ropa de la maleta. Era la primera vez en su vida que preparaba él mismo su equipaje, pues no quería que ni los criados ni nadie del *palais* supieran qué hacía. Abandonó el edificio sin despedirse, llamó a un taxi para ir a la estación y subió a un tren con destino a la frontera austro-suiza. Para su sorpresa y alivio, ni los guardias alemanes ni los suizos trataron de detenerlo. Tan pronto como atravesó el puesto de control fronterizo y estuvo a salvo al otro lado, envió un mensaje a Hilde para indicarle que preparara las maletas y sacara a las niñas de Austria

inmediatamente. Hilde tendría que viajar primero a Italia y esperar en la frontera italo-suiza mientras él trataba de obtener sus visados de entrada. Karoline Rolly, la criada de Hilde, de cincuenta y tres años y nacida en Nymphenberg, Baviera, había viajado mucho. Había trabajado en Inglaterra y en julio de 1933 había visitado la Exposición Universal de Chicago. No tenía ataduras, le disgustaban los nazis y adoraba a las niñas, que la llamaban *tante* («tía» en francés). Sin pensárselo dos veces aceptó acompañarlas al exilio. Era fundamental que partieran de inmediato y que no dijeran a nadie adónde iban, pues, tan pronto como la policía descubriera que Paul estaba en el extranjero, todos correrían el peligro de que los detuvieran.

Más importante aún era que Hilde no informara a su padre. Franz Schania era uno de los millones de austríacos que habían aceptado el nuevo régimen.[37] Siempre había sido una persona voluble, que cambiaba de opinión en función de dónde le daban una rebanada de pan con más mantequilla. En 1932 era miembro del Partido Socialdemócrata rojo, pero después del levantamiento fallido de 1934 se había unido al Frente Vaterländische, de ideología fascista. Tras los pogromos de la *Kristallnacht* de noviembre de 1938 se trasladó a un apartamento de la Kandlgasse (que hacía poco se había expropiado a una familia judía), se incorporó a la organización de bienestar social nazi conocida como Nazionalsozialistische Volkswohlfahrt y ejerció de *Blockhelfer*, responsable de difundir propaganda nazi entre los residentes de su bloque de apartamentos y de transmitir al *Partei Blokleiter* información sobre ellos y sus ideas políticas. En la década de 1940 se deportó a diez judíos del número 32 de la Kandlgasse. Franz Schania siguió viviendo en el apartamento 19 de esa dirección hasta que murió en febrero de 1970.

Paul había desobedecido la prohibición de impartir clases escribiendo a

todos sus alumnos del conservatorio para ofrecerse a darles gratis clases particulares en el *palais* Wittgenstein, «porque —decía— no quiero que sufran ustedes ninguna interrupción a causa de cambios políticos radicales». [38] Algunos rechazaron la oferta aduciendo que era judío, pero muchos sí acudieron. Así pues, cuando a finales de agosto de 1938 fueron al *palais* para recibir su clase, encontraron a un criado que les dijo: «¡No está aquí!». Así fue como muy pronto se propagó el rumor de que Paul se había suicidado; el cuarto de los hermanos Wittgenstein —eso creían ellos— que se quitaba la vida.

Arresto

En Viena se seguía trabajando para determinar si Hermann Christian Wittgenstein era hijo bastardo del príncipe Georg de Waldeck y Pyrmont o hijo legítimo de Moses Meyer, de la población de Korbach. Para complicar las cosas, en los Archivos Municipales de Viena se descubrió un árbol genealógico familiar, elaborado al parecer en 1935 por alguien ajeno a la familia, según el cual era hijo de Hirsch Wittgenstein, un judío de Bielefeld. Se enviaron genealogistas a ambas localidades y en ninguna de las dos se encontró ningún documento relativo al nacimiento de Hermann Christian. La familia lo consideró una pequeña victoria, pues sostenía que, si no aparecía recogido en los registros judíos, entonces no estaba probado que fuera judío.

Los funcionarios de la Agencia de Investigación Genealógica del Reich en Berlín no estaban del todo satisfechos con este argumento, de modo que

a finales de septiembre una prima, Brigitte Zwiauer (nieta de Millie, la hermana de Karl), envió un puñado de fotografías con una copia de las partidas de bautismo y los árboles genealógicos para otorgar más fuerza a su defensa. Sostenía que ni Hermann Christian ni ninguno de sus once hijos tenían los rasgos físicos propios de los judíos (tal vez pareciera un argumento frívolo, pero los expertos de la agencia se tomaban muy en serio el asunto del aspecto físico), e insistía en que Hermann había sido un antisemita furibundo. Afirmaba que la anterior generación Wittgenstein se abochornaba de su ilegitimidad, razón por la cual nunca la mencionó, pero ahora que todo eso importaba tanto estaban dispuestos incluso a reconocerla como cierta. Gran parte de los argumentos de Zwiauer hacen pensar que actuaba a la desesperada, pero quizá el más convincente era el que se basaba en su análisis de la partida de bautismo de Hermann Christian de 1839: era el único documento que obraba en poder de la familia y corroboraba su fecha y lugar de nacimiento en Korbach, con lo cual desacreditaba la línea de investigación en torno a Bielefeld y Hirsch.

> Reviste particular interés que en la partida de bautismo de Hermann Christian (de la que se adjunta copia) se califique a su esposa de hija legítima (en el seno del matrimonio), mientras que en el caso de Hermann Christian se emplea la fórmula de «educado en la fe judía», la cual no es sin duda habitual e induce a pensar que se escogió deliberadamente con el fin de poner de manifiesto que en realidad no formaba parte de la comunidad judía, sino que solo se había criado en ella.[39]

Los argumentos de frau Zwiauer cayeron en saco roto. En la orgía de violencia antisemita que se desató en todo el Reich, conocida como *Kristallnacht*, que tuvo lugar la noche del 9 al 10 de noviembre, la sinagoga de Korbach, con todos los archivos donde se recogía quién era hijo de quién, ardió hasta los cimientos. Kurt Mayer de la Agencia de Berlín, dictaminó que los Wittgenstein eran *Volljuden* y que no había más que

hablar; o, en todo caso, Kurt Mayer creyó que no había más que hablar. En realidad, la situación había dado un nuevo giro y el asunto se estudiaba ahora en departamentos oficiales mucho más poderosos que el suyo.

Este cambio de rumbo se produjo al descubrirse en el Reichsbank que Paul había abandonado Ostmark; que el fondo Wistag, bloqueado por su escritura de constitución hasta 1947, podía liberarse por acuerdo de todos sus beneficiarios, y que, además de varios millones de francos suizos en divisas, con el fondo también se guardaban en las cámaras acorazadas del Kreditanstalt y Bankverein de Zurich doscientos quince kilos de lingotes de oro puro. Tal vez no parezca demasiado, pero el ansia de oro (cualquier cantidad) por parte de los nazis está bien documentada. La Reserva Nacional Austríaca de Oro, valorada en noventa y nueve millones de dólares, se trasladó a Berlín inmediatamente después del *Anschluss*, y el tesoro de los Wittgenstein, valorado en 1938 en doscientos treinta y cinco mil dólares, equivalía a más de la décima parte de las reservas de oro checas de las que los alemanes se adueñaron un año después. En todo caso, sin la firma de Paul los alemanes no conseguirían nada. Les gustara o no, tendrían que negociar con él, ya fuera en Viena o en Suiza. Sin embargo, antes de que a principios de noviembre de 1938 se celebrara el primero de estos enfrentamientos entre el Reichsbank y los Wittgenstein, la familia sufrió una nueva catástrofe.

Como ciudadana estadounidense, Gretl gozaba de mucha más libertad que el resto de sus hermanos. Podía entrar y salir del Reich como una mariposa de vistosos colores sin que le molestaran demasiado las autoridades. Poco después de la huida de Paul, fue a verlo a Suiza, donde le echó uno de sus famosos rapapolvos por haber incumplido su promesa y haberla dejado en mal lugar ante Arthur Seyss-Inquart. Le dijo además que estaba muy disgustada al haberse enterado de que Paul había ocultado a la

familia la existencia de su joven amante y sus dos hijas ilegítimas; pero ese no era el motivo de su visita. Paul le había enviado un cable para pedirle que acudiera a Suiza con urgencia. Le explicó que Hermine y Helene no tenían la menor idea del grave peligro que corrían debido a que la censura informativa de Viena no les permitía enterarse de lo que en verdad estaba sucediendo, mientras que en el extranjero todo el mundo sabía que la guerra era inminente y que pronto se recluiría a los judíos en campos de concentración, donde serían maltratados, privados del alimento necesario y, posiblemente, exterminados. Insistió en que Gretl les transmitiera esta información y en que hicieran todo lo posible por emigrar.

Gretl regresó a Viena despavorida, habló con Hermine y le dijo que visitara a cierto abogado del Kohlmarkt que, según ella, podía obtener la nacionalidad yugoslava para los tres: Hermine, Paul y Helene. Hermine obedeció, pero acongojada. No sentía el menor deseo de abandonar el Reich y no tenía suficiente imaginación para temer un campo de concentración. Cuando Anton Groller, el gestor y factótum de la familia, se enteró del plan, quedó espantado y se opuso rotundamente, pero, como no tenía ningún plan alternativo, Gretl consiguió invalidar con facilidad sus objeciones.

En su lujoso despacho de Kohlmarkt, el abogado garantizó a Hermine que no gestionaba pasaportes falsos, sino auténticos ejemplares yugoslavos que el gobierno de ese país vendía a los judíos austríacos que deseaban emigrar. Hermine se tragó el cuento y le pagó una considerable suma, al tiempo que en su interior sentía ira contra Paul, a quien culpaba de coaccionarla desde el extranjero con historias tenebrosas para que emprendiera una acción que no quería realizar.

Gretl también encargó a Hermine que contara el plan a Helene. No era ni mucho menos la tarea fácil que parecía, pues Helene era muy nerviosa y contraria a correr riesgos. Max, su marido, que sufría demencia, estaba

ahora además enfermo de cáncer. Toda situación tensa podía repercutir negativamente en su salud. Gretl, por su parte, se ofreció a ir en coche hasta Zagreb para recoger los pasaportes, pero cuando llegó el momento se sintió demasiado indispuesta y envió a Arvid Sjörgren, yerno de Helene. En cuanto Arvid vio el lugar, comprendió que no era una oficina del gobierno yugoslavo, sino el mugriento feudo de un falsificador en un suburbio; de todos modos recogió los pasaportes y, corriendo un gran riesgo, se los entregó a Hermine en Viena. Ella se dio cuenta de inmediato de que las fechas que llevaban estampadas no se correspondían con la fecha prevista para su fabulosa fuga, de manera que se los llevó al abogado de Kohlmarkt, quien le garantizó que en el plazo de un par de días llegaría un agente para enmendar el error. Estaban a mediados de octubre de 1938.

Pasaron dos días y el agente no apareció. Aterrorizadas, las mujeres cambiaron de plan. Hermine viajaría a Munich, donde confiaban en que nadie reconocería a un Wittgenstein, y pediría que estamparan en los pasaportes los visados suizos. Durante el trayecto descubrió que no estaban firmados y, presa del pánico, telefoneó a Gretl, que le dijo que regresara de inmediato a Viena. En la casa de Gretl, las dos maquinadoras hermanas firmaron todos los pasaportes, en los que, a excepción de los suyos propios, falsificaron las firmas. Hermine estaba muerta de miedo. Le aterrorizaba la idea de que los guardias de fronteras los reconocieran y Max, su cuñado senil, echara todo a perder, pero Gretl, la más temeraria, la instó a mantener la calma. En esta ocasión ella entregaría los pasaportes a Hedwig, su secretaria, para que los llevara a Munich, pues se podía confiar en que esta mantuviera la cabeza más fría que Hermine. Aquella noche Gretl se acostó temblando a causa de la fiebre, pero pronto la despertó Arvid, su sobrino político, que le informó muy nervioso de que la policía yugoslava había desmantelado la presunta oficina de pasaportes de Zagreb, la cual había

entregado a la Gestapo una relación de todos aquellos a cuyo nombre se habían expedido los documentos falsos. Un delincuente más avispado se habría apresurado a destruir los pasaportes falsos antes de que llegara la policía, pero Gretl, demasiado angustiada para pensar en ello, se limitó a decir a los demás que se proponía asumir toda la responsabilidad. Al fin y al cabo, era ella quien había falsificado la mayor parte de las firmas. Afirmaría que los había firmado todos, incluso el de Hermine; que todo había sido idea suya desde el primer momento; que había comprado los pasaportes para sus hermanos sin que ellos lo supieran, y que lo había hecho por simple precaución, para que los guardaran en un cajón por si llegaban a necesitarlos. Como era una ciudadana estadounidense bien relacionada, estaba segura de que saldría bien librada. Tan pronto como Hermine y Arvid aceptaron este disparatado plan, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

La policía registró toda la casa durante varias horas y, tras un primer interrogatorio en el que todos expusieron la versión acordada, se marcharon. La familia respiró aliviada y Helene, pensando que el peligro había pasado, decidió ir al campo con su marido para descansar. Sin embargo, al día siguiente se presentó en la casa un gran número de policías y detuvieron a Hermine, Gretl y Arvid. El abogado que había aceptado el pago por los pasaportes también fue detenido. A Gretl, que en ese momento padecía una auténtica neumonía, la sacaron de la cama por la fuerza, la empujaron con su hermana al interior de un furgón y la trasladaron a toda velocidad a la comisaría central de policía, en Rossauerlaende. Allí se interrogó uno por uno a todos los acusados, que se aferraron a la versión de los hechos acordada. Pero la familia no había advertido al abogado y, en cuanto se supo que Hermine había acudido tres veces a su despacho en el

Kohlmarkt, ella, Gretl y Arvid empezaron a venirse abajo. Ese mismo día también detuvieron a Helene mientras hacía unas compras en Gmunden.

En su comparecencia ante el juez, los tres reconocieron que habían mentido en su declaración inicial y, después de que pasaran dos noches en la comisaría, se les trasladó a la prisión nacional. No consta en ninguna parte cuál fue el destino del abogado del Kohlmarkt. Entre bastidores, Anton Groller y varios sobrinos y sobrinas, entre ellos Clara, la esposa de Arvid, se esforzaban denodadamente para que los pusieran en libertad bajo fianza. Se les pidió una suma desorbitada, y a los seis días Hermine y Arvid quedaron en libertad.

Sin su esposa, Max Salzer se volvió ingobernable. Su hermano, su hija y los criados hacían todo cuanto podían para distraerlo con juegos, entretenimientos y la pésima excusa de que Helene estaba enferma y se había marchado durante una temporada para no contagiarle. Lo que más temían era que se enterara del escándalo por los periódicos y diera rienda suelta a la ira y la vergüenza. Helene quedó en libertad en cuanto llegó a la comisaría de Gmunden la noticia de que Hermine y Arvid habían salido de la cárcel de Viena. Solo Gretl permaneció entre rejas. Hermine estaba convencida de que era culpa suya, por haber gritado una noche por la ventana de su celda «¡Gretl!» y haber despertado las sospechas de los guardias. Pero no tenía nada que ver con eso.

No se sabe por qué la mantuvieron más tiempo en prisión y en condiciones más deplorables. Cuando Gretl salió, se encontraba en un estado lamentable, pues había recibido un trato brutal. Había pedido en reiteradas ocasiones ver a su amigo John Hayes Lord, un diplomático del consulado de Estados Unidos. Lord y su esposa Marjorie, una aristócrata inglesa que jugaba al tenis, eran amigos de los Stonborough desde 1920, año en que Lord estaba destinado en el consulado de Estados Unidos en

Basilea y había apoyado la operación de Gretl con la leche condensada. También eran amigos de Ji, que vivía en Washington, lo que podría explicar en cierto modo la carta que en aquella época envió al *Washington Post* elogiando las actividades del consulado general de Viena:

> Señor:
>
> Tras haber regresado de un viaje al extranjero, apelo a la hospitalidad de sus páginas para dejar constancia de mi admiración por la labor que realizan nuestros representantes diplomáticos y consulares en Alemania.
>
> Me refiero en particular al consulado general de Viena […] Creo que los funcionarios y su personal, con su empeño, simpatía y tolerancia, hacen gala con sus actos de auténticos ideales democráticos y son abanderados de las costumbres estadounidenses en un laberinto de mentiras y sadismo científico.
>
> J. J. STONBOROUGH[40]

Cuando John Lord llegó a la cárcel, expresó su indignación por las brutales condiciones en que estaba recluida Gretl y pidió que llamaran de inmediato al médico personal de su amiga. Finalmente consiguió que la dejaran en libertad, pero tanto su pasaporte estadounidense auténtico como el yugoslavo falso quedaron confiscados y se le ordenó permanecer en Viena hasta que se la juzgara. Cuando Hermine (de sesenta y tres años), Helene (de cincuenta y nueve) y Gretl (de cincuenta y seis) quedaron por fin en libertad bajo fianza, tenían los nervios destrozados. La inquietud de Helene era inenarrable. En la cárcel se había negado a comer y ahora estaba pálida y demacrada; Gretl, que seguía enferma de neumonía, quedó sumida en la depresión, y Hermine no hacía más que preocuparse por su destino de la mañana a la noche. Aquel año la Navidad fue deprimente para Gretl: era la primera vez desde 1925 que la pasaba sin Paul y Ludwig, Jerome estaba muerto, sus dos hijos vivían en Estados Unidos y uno de sus hijos adoptivos se encontraba en Berlín. Solo tenía a su secretaria y al otro de los hermanos Von Zastrow para compartir el chocolate y el pan de jengibre e intentar no

pensar en la sombría perspectiva de una inminente citación judicial. «Corren muy malos tiempos para la familia —escribió Hermine a Ludwig—; un momento para valorar y poner a prueba todas nuestras relaciones, por no hablar de los peligros procedentes de otros lugares. A veces veo todo con claridad y pienso: no quedará en pie ni una sola piedra.»[41]

La buena noticia fue que, cuando llegó por fin la citación, no aparecía en ella el nombre de Helene. Todos se alegraron, pues ella no había participado en el fraude inicial y ahora podría cuidar en paz de su marido enfermo. El juicio se celebraría a principios de abril de 1939. Siguiendo las instrucciones de su abogado, el letrado Kornish, Hermine y Gretl se aprendieron de memoria lo que iban a declarar, pero cuando el proceso estaba a punto de comenzar y las dos señoras y su sobrino político estaban sentados en el banquillo retorciéndose las manos, se anunció de improviso que, debido a un nuevo decreto antijudío, el doctor Kornish tenía prohibido representarlas. Arvid había buscado los servicios de un abogado de clase alta, de elevada estatura y pelo cano, buen orador, y un tanto siniestro, que se llamaba Alfred Indra.

El juez ofreció a Gretl y Hermine la posibilidad de posponer el juicio hasta que encontraran un abogado ario, pero ellas decidieron seguir adelante haciéndose cargo de su propia defensa. Hermine recordaría después que aquello supuso un giro inesperado, pues «nuestro aspecto y nuestra forma de hablar constituyeron nuestra mejor defensa, mucho mejor que todo lo que un abogado defensor judío pudiera haber alegado en nuestro favor».[42] Subieron al estrado por turno y Gretl, una vez más, asumió la responsabilidad de lo sucedido. Arvid y Hermine reconocieron también su culpa. Sí, habían comprado pasaportes falsos con la intención de engañar a la policía de fronteras; sí, habían planeado marcharse sin pagar el *Reichsfluchtsteuer*, el impuesto de emigración, y con el propósito de no

ingresar todas sus divisas en el Reichsbank; sí, habían falsificado las firmas de sus hermanos, y sí, habían mentido a la policía la primera vez que los interrogaron.

El juez Standhartinger exhaló un profundo suspiro y recapituló el caso ante el jurado. «Una firma falsa en un pasaporte falso —dijo— es como si alguien tratara de asesinar a un cadáver ya rígido. Así pues, ¿en qué sentido puede decirse que se ha cometido un delito?» Dicho esto, juez y jurado se retiraron para emitir su veredicto y, tras una larga espera, reaparecieron para anunciar la absolución de los tres. La familia siempre había creído que sus contactos en las altas esferas podían servir para sacarlos de infinidad de problemas. «Estamos protegidos», solían decir. Quedaron absueltos de todos los cargos en virtud de un tecnicismo jurídico que solo afectaba a uno de ellos. Hermine, Gretl y Arvid se sintieron desbordantes de gozo y alivio, pues parecía demasiado bueno para ser cierto.

Y, tristemente para ellos, en efecto era demasiado bueno para ser cierto, ya que dos días más tarde Hermine, Gretl y Arvid recibieron un «golpe terrible» que les afectaría «más profundamente que todos los que le habían precedido».[43] El fiscal general de Viena, al que no convenció el estrafalario veredicto del juez Standhartinger, recurrió la decisión y ordenó reabrir el caso.

Una segunda emigración

A Paul no le resultó nada placentera su estancia en Suiza. No tenía conciertos en los que tocar, alumnos a los que enseñar ni ningún sirviente

que le ayudara con las tareas cotidianas. Estaba angustiado por Hilde y sus hijas, que todavía esperaban en la frontera italosuiza sin visado, y preocupado, por primera vez en la vida por su situación económica. Por la mañana daba extenuantes paseos por las orillas del Limmat o nadaba en las gélidas aguas del Zürichsee o lago de Zurich. Por la tarde practicaba en el piano de la sala de exposición de la compañía musical Hug, en Füsslistrasse, leía clásicos latinos y franceses y escribía cartas con unos garabatos desaforados; pero ninguna de estas actividades conseguía aliviar su agitación.

Sobre todo estaba angustiado por la situación de sus hermanas en Austria y era consciente —mucho más que ellas— del terrible riesgo que corrían. Antes de marcharse les había suplicado que emigraran, pero Max, el marido de Helene, jamás aceptaría abandonar su patria, y Hermine se negaba rotundamente a separarse de sus cosas. Paul había argumentado con vehemencia que, dada su condición de judías, en Viena estaban condenadas. Deberían cortar por lo sano, pagar el *Reichsfluchtsteuer* y vivir en el extranjero del fondo familiar suizo. Le había dicho que, si insistían en quedarse, los alemanes les reclamarían su fortuna en el extranjero con amenazas e intimidación y, una vez que la familia hubiera entregado sus posesiones en el extranjero, todo estaría perdido para siempre. Los hermanos Wittgenstein intercambiaban con frecuencia palabras amargas, histéricas y poco corteses. «Os comportáis como el ganado al que no se puede sacar del establo cuando está en llamas», dijo Paul. «¡Y tú eres un egoísta redomado!», replicó Hermine.[44]

En las habitaciones del lujoso hotel Savoy Baur en Vill de Zurich donde se alojaba, Paul reflexionaba sobre estos asuntos. Sabía que si regresaba al Reich, donde tenía prohibido actuar y dar clases y donde le habían retirado la custodia de sus hijas, lo detendrían y encarcelarían. No tenía sentido

tratar de reclamar la fortuna y las propiedades que había dejado allí. Así pues, debía centrar su atención en los bienes que se encontraban fuera del alcance del Reich, en Suiza. Pero, como sabía muy bien, no podían desembolsarle su parte del fondo Wistag sin el consentimiento de todos sus beneficiarios y administradores. Entre ellos se encontraban sus hermanas, su hermano, que estaba en Inglaterra, algunos sobrinos y sobrinas (sobre todo, Ji Stonborough, que vivía en Estados Unidos), su cuñado Max Salzer y el gestor económico de la familia, Anton Groller. Un problema añadido y más grave era que los funcionarios de Berlín conocían la existencia del fondo y exigían que se ingresara en el Reichsbank.

Se tardaría bastante tiempo en conseguir el consentimiento de todas las partes y, mientras tanto, Paul tenía que encontrar algún modo de pagar la creciente factura de su hotel y mantener a Hilde y las niñas en Italia. Con la connivencia del doctor Heinz Fischer, un promotor suizo de conciertos, se invitó a tocar en Zurich a un cuarteto de cuerda alemán, que llevó desde Viena los valiosos instrumentos de Paul: dos violines, uno del taller de Stradivari y otro de Guadagnini; una viola de Amati, y un chelo de Rugieri. Cuando los músicos cruzaran la frontera en Haslach, nadie repararía en que los instrumentos que llevaban en la funda no eran los suyos. Cuando regresaran al Reich, tampoco nadie se daría cuenta de que portaban bajo el brazo instrumentos más baratos que aquellos con los que habían salido. Se desconoce qué pago recibieron los músicos y el doctor Fischer por llevar a cabo esta arriesgada empresa, así como el destino de los dos violines (tal vez fueran la recompensa de los contrabandistas), pero en octubre de 1938 Paul acudió con la viola y el chelo al fabricante de violines suizo Stübinger, quien los valoró en dieciocho mil francos suizos cada uno. Su venta le proporcionó cierto desahogo económico por un tiempo.

Con o sin dinero, no tenía intención de quedarse mucho tiempo en Suiza.

En todo caso, es poco probable que las autoridades suizas hubieran seguido renovándole el visado indefinidamente. En Zurich, como en todo el país, la población estaba nerviosa y era xenófoba. El miedo a la invasión alemana y el resentimiento por la creciente afluencia de refugiados procedentes del Reich habían llevado a las autoridades a reforzar la seguridad en las fronteras y a establecer, en octubre de 1938, que en los pasaportes de los judíos debía estamparse una J roja. Al cabo de un año, los soldados de las SS, cumpliendo órdenes de librar a la *Vaterland* (la madre patria) de los judíos que aún quedaban, los empujaban literalmente hacia las fronteras. Por su parte, los agentes suizos volvían a empujarlos de mala manera hacia el Reich.

Para Paul, quien creía que tenía más aspecto de judío que cualquiera de sus hermanos, el creciente antisemitismo de Suiza lo excluía como refugio seguro y, a principios de agosto, ya había puesto la mirada en Estados Unidos. Sabía que no sería fácil llegar allí. Al igual que todos los gobiernos extranjeros (con excepción de Santo Domingo), el estadounidense se negaba a incrementar su cuota de inmigrantes procedentes de Alemania pese a la crisis internacional. Paul tuvo que mover todos los hilos, como reconoció en una carta dirigida a Marga Deneke una vez que sus planes de viaje estuvieron finalmente confirmados: «Aunque tengo billete para el barco que va a Nueva York, no lo habría conseguido sin una influencia especial».[45]

La influencia a la que se refería llegó en forma de dos invitaciones profesionales procedentes de Estados Unidos: la primera, de la Orquesta de Cleveland, para interpretar bajo la batuta de su director principal, Artur Rodzinski, y la segunda, para trabajar como profesor no remunerado en la Westchester Affiliation de la Escuela de Música David Mannes de New Rochelle. Ambas instituciones hacían todo lo posible por ayudar a los

músicos abandonados a su suerte en Europa a obtener un visado de entrada en Estados Unidos, y en aquella época la Escuela de Música David Mannes envió ofertas de empleo no remunerado a muchos otros, entre ellos el hijo de Helene, el musicólogo Felix Salzer. Tras el éxito atronador que habían obtenido con su concierto de 1936 en el Festival de Salzburgo, Rodzinski llevaba dos años prometiendo invitar a Paul a Cleveland. En Estados Unidos, el director se encontraba en la cúspide de su fama, y su invitación, que llegó a Zurich a mediados de septiembre, fue esencial para que Paul consiguiera su pasaje transatlántico.

En noviembre de 1938 Hilde, fräulein Rolly y las niñas entraron por fin en Suiza con un visado temporal. Paul las recibió en Zurich con la noticia de que se marcharía a Estados Unidos al cabo de una semana. Hilde, que contaba veintisiete años, estaba medio ciega y se había alejado mucho de sus humildes raíces en la Stankagasse de Rannersdorf, quedaría al cuidado de un abogado suizo que tenía instrucciones de proporcionarle dinero e instalarla en un piso alquilado de la ciudad francófona de Montreux, en la orilla oriental del lago Ginebra. Fue allí, el 28 de noviembre, donde Paul se despidió de ella y las niñas sin saber que no volvería a verlas hasta al cabo de un año y medio.

Su barco zarpó del puerto de Le Havre el 1 de diciembre y recaló en Southampton y en Cobh, en el sur de la República de Irlanda, antes de llegar a Nueva York el día 9. Marga le había escrito a Zurich para preguntarle si podía verlo en Inglaterra camino de Estados Unidos. «¡Por desgracia, es imposible», contestó él, pero:

> Con toda seguridad, regresaré, ¡quizá antes de lo que imagino! Mi plan, con la ayuda de mi fama y de mis amigos en Estados Unidos, es obtener paulatinamente —pues es impensable conseguirlo de inmediato— un permiso de residencia y docencia cada vez más largo. Cuando lo tenga y las circunstancias me lo permitan, podré cruzar el mar todos los años, ¡pero de momento solo son

castillos en el aire! Mientras tanto, esperemos que todo vaya bien […] Con toda seguridad volveremos a vernos.

Tu viejo amigo, P. W.[46]

En efecto, volvieron a verse, y tan solo una semana después, el 3 de diciembre. Paul telegrafió a Marga para decirle que no le permitirían desembarcar en Southampton, y le pidió que subiera a bordo y hablara con él antes de que el barco zarpara hacia Irlanda. Marga dejó en la cocina una nota, escrita en una bolsa de papel marrón, para su hermana:

Queridísima Lena.

Paul Wittgenstein me ha pedido que vaya a verlo. Está a bordo del SS *Washington*, anclado en Southampton, camino de Estados Unidos. Quizá quieras ir a verlo también (ahora es un buen hombre). Hazlo si te apetece. Con cariño, Marge.[47]

Lena no fue, pues todavía consideraba a Paul un hombre sin educación y con muy mal carácter, y no le perdonaba sus repentinos arranques de ira contra sus amigos. Así pues, Marga fue sola a Southampton, donde encontró a su viejo amigo caminando nerviosamente arriba y abajo.

Di con él un largo paseo por la cubierta. Me explicó por qué emigraba a Estados Unidos y, muy emocionado, me enseñó una foto de una alumna ciega a la que se había unido y con la que tenía previsto fundar un hogar. Me alegré del futuro que se desplegaba ante él y se lo hice saber sin reservas. Luego me dio más noticias citando a *Alicia* o el *Fausto* de Goethe y reiteró cuán contento estaba de que hubiera acudido a verlo. Desde el muelle vi cómo el buque se alejaba hasta que el pañuelo que él agitaba desapareció de la vista.[48]

Cambio de bando

Paul no pudo hacer nada para ayudar a sus hermanas cuando las juzgaron por la falsificación de los pasaportes en abril de 1939, y Hermine bullía de indignación porque él no estaba allí cuando más lo necesitaban. «Nuestra familia está descabezada —se quejaba a Ludwig—. Max es anciano y, por desgracia, está muy enfermo; Paul es un inútil […] De qué sirve que Gretl tenga un gran corazón y trate de cuidar de todos; los problemas son irresolubles.»[49]

A su llegada a Nueva York, Paul permaneció veinticuatro horas retenido por los funcionarios de inmigración, que lo clasificaron directamente como «hebreo alemán» y alimentaron sospechas de que su pasaporte presentaba irregularidades. Cuando por fin le franquearon el paso, reservó una suite en el hotel Webster de la calle Cuarenta y cinco Oeste, donde pasó muchas horas sentado ejercitando los dedos sobre la mesa y leyendo en voz alta cartas de Tácito y Cicerón en latín. La Escuela David Mannes no era lo bastante grande para ofrecerle sus aulas, de modo que durante una temporada dio clases en el piano-bar del hotel. La vida en la gran ciudad lo aturdía y estaba irritado por el continuo bombardeo de directrices acerca de su condición de inmigrante. «Encuentro obstáculos por todas partes y solo puedo confiar en que conseguiré superarlos», escribió a Viena al doctor Hänsel, el viejo amigo de Ludwig.[50]

Su sobrino Ji Stonborough, que tenía entonces veintiséis años, lo invitó a almorzar en su club de Washington, el Metropolitan, con el fin de presentarle a Gerald D. Reilly, el responsable de los visados, y a James Houghteling, comisario de Inmigración y Nacionalización. Después del almuerzo estos dos hombres influyentes realizaron algunas llamadas y se expidió a Paul un visado de turista. Desde entonces Ji se mostraría siempre resentido con su tío porque no pareció especialmente agradecido.

De regreso a Nueva York, Paul, que era demasiado poco práctico para

sobrevivir solo, puso un anuncio para buscar una secretaria y ayudante personal bilingüe. Cuando Marianne Jarosy Blumen acudió a la entrevista para el trabajo, lo encontró en pijama, envuelto en una sábana blanca y abatido. Había dejado los trajes y las camisas en la puerta para que el personal del hotel los lavara, los planchara y se los devolviera a la mañana siguiente, pero le habían robado el paquete. Frau Blumen le aconsejó que comprara ropa nueva en la ciudad (una idea que no se le había ocurrido), de lo que se encargó ella misma, y cuando regresó con todo un vestuario nuevo para Paul este quedó tan encantado que le dio el empleo. Frau Blumen era una refugiada judía procedente de Viena, que había llegado a Nueva York en septiembre de 1938 con su esposo, Erwin. Tenía cuarenta y seis años y, aunque había nacido en Praga y era de origen húngaro, hablaba y escribía inglés y alemán perfectamente. Poco después de llegar a Estados Unidos su marido se había marchado a Pittsburgh y la había dejado en una situación económica muy apurada. En cuanto pudo, Paul alquiló dos apartamentos contiguos en el piso diecinueve del Edificio Masters de Riverside Drive (uno para él y otro para ella), donde ambos vivieron, dependiendo el uno del otro, durante los dieciséis años siguientes, hasta que ella murió. Paul estaba desolado. «¿Cómo voy a arreglármelas sin ella?», le preguntó a un amigo. «Bueno, siempre podrás encontrar otra ayudante.» «Sí, sí, pero ¿qué pasa mañana?»[51]

En Viena, en abril de 1939, Gretl y Hermine estaban preocupadas por la renovada amenaza de juicio por el fraude de los pasaportes. Gretl todavía tenía algunos amigos en puestos relevantes, pero en el seno de la jerarquía nazi su situación se volvía por momentos más incierta. La habían detenido por un delito de falsificación de pasaportes y ahora, en un registro ordinario de su casa en la Kundmanngasse, se había descubierto que no había declarado determinados objetos de valor en su relación de bienes. Las

autoridades confiscaron un tesoro de manuscritos musicales autógrafos de Brahms, Beethoven, Mozart, Schubert, Wagner y Bruckner. En julio Gretl había dado su palabra a Arthur Seyss-Inquart de que su hermano regresaría a Viena tras su breve visita a Inglaterra, de modo que, cuando Paul huyó a Suiza, su situación ante el *Reichsstatthalter* se vio gravemente comprometida.

Gretl condenaba sin reservas la decisión de Paul de abandonar el país y lo acusaba de conducta deshonrosa. Nada podía irritar más a su hermano que un ataque contra su honor. Angustiado ante la posibilidad de que los detalles de esta rencilla llegaran más adelante a oídos de sus hijas, Paul encargó un informe independiente sobre la ruptura de su relación con Gretl y dio instrucciones a un abogado para que todos sus herederos recibieran una copia cuando él muriera. Al principio del informe, basado en cartas y documentos guardados en los archivos de los abogados Wachtell, Manheim y Grouf, se afirma:

> Este memorándum no será visto por el profesor Wittgenstein. Ha pedido de forma expresa que no se le muestre ni una sola parte de él, pues está particularmente interesado en que se presente como un documento histórico elaborado de forma objetiva, no como una apología. Insiste en que el redactor no debe sentir más obligación que la de escribir la verdad.[52]

Con relación a los acuerdos de Gretl con Arthur Seyss-Inquart, el informe concluye:

> En 1938 y 1939 la señora Stonborough pensó por lo visto que existía algo que podía considerarse una obligación de honor hacia un nazi, que los nazis eran personas con las que se podía negociar algo basándose en el honor. Si la tratamos con condescendencia, lo mejor que podemos decir de ella es que era una mujer muy imbécil.[53]

El veredicto del primer juicio sobre el fraude de los pasaportes se había establecido de antemano. No se sabe cómo pero, según parece, Gretl y Hermine declinaron la oferta de suspensión provisional cuando se recusó a su abogado defensor judío porque estaban seguras de haber «negociado su resultado»,[54] de modo que sabían desde el primer momento que el juez Standhartinger estaba advertido y dispuesto a absolverlas. Sin embargo, era probable que el juicio de apelación fuera mucho más espinoso. En esta ocasión temían que juzgara el caso una autoridad superior de Berlín, personas que estuvieran fuera de su ámbito de influencia y que tal vez «no nos trataran como a las respetables damas Stonborough y Wittgenstein que se habían fiado de un sinvergüenza, sino como a dos ancianas judías que amañaban pasaportes falsos». Una vez más, según reveló Hermine, los contactos de Gretl acudieron al rescate: «Gretl y algunos buenos amigos volvieron a encontrar el medio de impedir el nuevo proceso judicial. Se dio con un hombre adecuado cuyo cometido era modificar la actitud del ministerio fiscal, y lo consiguió. Se retiró el recurso y quedamos liberadas de esta tremenda angustia».[55]

Ese «hombre adecuado» probablemente fuera Alfred Indra, el abogado y agente vienés que había representado a Arvid Sjögren, el yerno de Helene, en el primer juicio por fraude. Poco después Gretl le pidió que la defendiera en diferentes pleitos con las autoridades acerca de sus bienes. Ji lo describía como «un caballero que tenía muy buena relación con miles de personas. Un apañador».[56] El señor Indra, cuyo padre y tío eran veteranos ministros del gobierno, fue uno de los tres abogados que durante el nazismo asumieron la defensa tanto de las autoridades nazis como de los judíos acaudalados a quienes se amenazaba con confiscar sus propiedades. En un estado totalitario como la Alemania de Hitler, contratar a un abogado para enfrentarse al gobierno no era una opción seria. Las autoridades ofrecían a

todo demandante que deseara llevar su caso a los tribunales la opción de escoger entre tres abogados autorizados para representarlo: Hans Frank, Erich Zeiner y Alfred Indra. Si alguno de estos defendía a sus clientes con demasiada brillantez, sin duda se vería apartado de su puesto. El cliente más famoso de Indra en 1938 fue Sigmund Freud. Después de la guerra llevó la defensa de los herederos de Freud cuando intentaron recuperar parte de la herencia confiscada al psicoanalista, pero todos sus archivos (según afirmaba él en 1961) fueron saqueados, primero por las SS y después por los rusos.

Indra, a quien Freud había conocido a través de la princesa Marie Bonaparte (amiga de Gretl desde su estancia en Lucerna), fue quien dispuso todo lo necesario para que el psicoanalista emigrara a Londres y redactó una espeluznante y mendaz declaración que el octogenario debía firmar antes de marcharse:

> Por la presente confirmo por voluntad propia que a fecha de hoy, 4 de junio de 1938, ni yo ni ninguno de quienes me rodean hemos sido hostigados. Las autoridades y los representantes del NSDAP siempre se han comportado correctamente y con la debida compostura conmigo y con quienes me rodean. Profesor Sigm. Freud.[57]

El señor Indra, que en 1938 tenía cuarenta y cuatro años, medía un metro ochenta y ocho, tenía los ojos oscuros, mucha labia y era un embustero. Había estudiado en el Theresianum, la misma escuela vienesa elegante a la que asistió Ji dieciocho años más tarde, y el joven lo miraba como un novato impresionable mira al héroe de mandíbula angulosa del último curso. «Indra era un hombre muy apuesto —recordaría años después—. Un abogado fabuloso […] Alguien que sabía cómo servir a Dios y al diablo […] ¡Una gran ayuda! […] Como es natural, nos tratábamos como antiguos alumnos del Theresianum, de tú.»[58] El truco del doctor Indra consistía en

dar a sus clientes la impresión de que él consideraba idiotas e ignorantes a las autoridades nazis, y que él estaba de su lado y en contra de estas. Los Stonborough se lo tragaron con facilidad, lo cual resulta lógico si en verdad el señor Indra había conseguido disuadir al ministerio fiscal de recurrir la absolución de Hermine y Gretl.

Al fin y al cabo, para los alemanes las ancianas damas eran más valiosas fuera de la cárcel que dentro de ella, pues tenían la llave de la inmensa fortuna en oro y divisas que la familia atesoraba en Suiza, fortuna que el Reichsbank estaba impaciente de que llegara a sus manos. Por lo general, si un ciudadano alemán se negaba a canjear sus ahorros en el extranjero por marcos del Reich, la Gestapo registraba su casa y encarcelaba a sus ocupantes, pero el caso de los Wittgenstein era complicado. Los activos del fondo, que se suponía que estarían bloqueados hasta 1947 en virtud de las cláusulas de su escritura de constitución, pertenecían a muchas personas, de las cuales algunas eran ciudadanos estadounidenses (Ji y Gretl) y otra se hallaba fuera del ámbito de jurisdicción alemán (Paul). Entre los administradores se encontraban Ludwig (que pronto sería ciudadano británico) y Otto Preyer, un empresario suizo, ninguno de los cuales tenía el menor reparo en desobedecer la legislación alemana. Si los nazis querían meter la mano en la fortuna de los Wittgenstein, tenían que convencer a todas las partes, pero difícilmente lo lograrían si Gretl y Hermine se pudrían en la cárcel por ciertas irregularidades con unos pasaportes, y las autoridades comprendieron enseguida que todas sus esperanzas residían en utilizar a las dos ancianas para persuadir a los demás de que desbloquearan los fondos.

A principios de noviembre de 1938, el señor Indra había pedido a Ji que acudiera a Zurich para convencer a Paul de que, antes de partir hacia América, regresara a Viena en un acto de buena voluntad hacia las

autoridades. Tío y sobrino se citaron en el hotel Savoy Baur en Ville para desayunar juntos. Ludwig también estuvo presente. Había viajado a Suiza para ayudar a solucionar la liquidación del fondo y, como había donado todos sus activos, se le consideraba un asesor valioso e imparcial para determinar cuál sería el mejor modo de hacerlo. Unos cuantos días antes habían tenido lugar en todo el Reich los pogromos antisemitas de la *Kristallnacht*, durante los cuales se destruyeron más de mil sinagogas y comercios judíos y se detuvo a cien mil judíos, de manera que la prensa internacional estaba llena de noticias sobre estos hechos. Para Paul, los riesgos de regresar eran demasiado grandes. Durante la reunión Ji contó un chiste subido de tono que a sus dos tíos les pareció de mal gusto.

Cuando el Reichsbank comprendió que Paul no iba a regresar a Viena, intensificó su presión con respecto a la fortuna del fondo Wistag. Max Salzer y Anton Groller recibieron amenazas de cárcel. Se convocó una reunión urgente en el *palais*, a la que asistieron el factótum Groller, Max Salzer, Hermine y Gretl. Solo esta acudió acompañada de su abogado (el siniestro señor Indra), pues al parecer tenía su propio plan.

La finalidad de la reunión era analizar con el señor Johannes Schoene, representante legal del Reichsbank llegado de Berlín, los medios para que la fortuna de los Wittgenstein se ingresara en su banco. El señor Schoene era un abogado ambicioso de poco más de treinta años, estaba afiliado al NSDAP, era muy bajito y muy rubio y tenía unos llamativos ojos azules; una especie de nazi arquetípico de Hollywood. «Mire —dijo a Hermine—, en Berlín hay quien queda consternado cuando se entera de que su familia todavía conserva una fortuna inmensa en el extranjero. Uno de ellos me dijo hace poco: “¿Y dice usted que esa gente todavía va y viene libremente?”.»[59] En todas las palabras del señor Schoene parecía

subyacer una amenaza, pero debía de tener cierto encanto, ya que después Hermine calificaría la reunión de «muy cordial».

Gretl se había enterado por su hijo Thomas de que, cuando una familia tenía activos en el extranjero, se podían hacer concesiones si la familia en cuestión estaba dispuesta a disolver el fondo en un período de tiempo breve. Esta posibilidad, que parece tan obvia, llenó de optimismo a Gretl, quien tomó la palabra con una energía que impresionó a su hermana mayor porque la consideró «comparable a la de nuestro padre». Su propuesta era sencilla: «Si desean ustedes que liquidemos el fondo, deben pagarnos para que lo hagamos, y el precio que exigimos es la plenitud de derechos de ciudadanía para Hermine y Helene». El doctor Schoene señaló que tal vez fuera posible, pero advirtió que sería necesario que lo aceptara en Berlín el jefe del Departamento de Divisas del Reichsbank, el señor Görlich.

A la reunión de Berlín, que tuvo lugar el 2 de mayo en las oficinas del banco situadas en Victoriastrasse, acudieron muchos de quienes habían asistido a la celebrada en Viena. El señor Görlich expuso la situación a Gretl y Hermine sin rodeos:

> Pueden ustedes emigrar, en cuyo caso les permitiremos conservar una pequeña parte de su fortuna en el extranjero, o permanecer en el Reich y, como ha hecho todo el mundo, canjear sus divisas por marcos del Reich. Doy por supuesto que escogerán la primera de estas dos opciones, porque no concibo que deseen quedarse en este país como judíos de excepción, en contra de la voluntad manifiesta del Führer.[60]

Hermine no dijo nada, pero, con su silencio, confiaba en que el señor Görlich comprendiera que su intención era precisamente quedarse en el Reich alemán.

En cuanto a la petición de que se tratara a las hermanas como arias, eso era impensable, afirmó el señor Görlich. Eran judías y no había más que hablar. Sin embargo, cuando Anton Groller mencionó que una parte de la

familia Wittgenstein estaba convencida de que Hermann Wittgenstein era hijo ilegítimo de un príncipe ario, los señores Görlich y Schoene se apresuraron a contemplar esta información como una posible solución, con lo cual dieron la clara impresión de que harían cualquier cosa por ayudar a que la familia tomara esa dirección. En realidad estaban interpretando hábilmente un viejo juego: por una parte, fingían compadecerse por la difícil situación que vivía la familia; por otra, las amenazaban diciendo que, si las cosas se complicaban demasiado, tendrían que pasar el expediente de los Wittgenstein a la Gestapo. Parece que Gretl se tragó el anzuelo: «Nuestra amistad con el Reichsbank comenzó en ese momento», dijo a Hermine.[61] Después de la reunión le devolvieron el pasaporte y, tres días más tarde, embarcó en Southampton rumbo a Nueva York en el SS *Washington*.

Los nazis llegan a Estados Unidos

Anton Groller había trabajado para los Wittgenstein durante la mayor parte de su vida laboral. Aunque se sentía consternado porque de repente se les considerara judíos, estaba bastante a favor del *Anschluss* y había sido un entusiasta partidario del NSDAP. Inmediatamente después de la reunión de Berlín se puso en contacto con Paul.

> Los alemanes han sido muy generosos. Les han hecho una oferta definitiva. De su cartera de 3,4 millones de francos suizos van a permitirles conservar 2,1 millones, lo cual representa, soy consciente, un gran sacrificio, pero espero que lo haga. Además, le permitirá entrar y salir libremente de Austria. Sin embargo, no le garantizan ninguna concesión respecto a la petición de

que sus hermanas sean tratadas como arias. A cambio, exigen que la familia realice de inmediato un gesto de buena voluntad. Les aconsejamos que les entreguen todo el oro de inmediato.[62]

La reacción de Paul no fue muy entusiasta. La oferta de recibir permiso para entrar y salir de Austria no significaba nada para él, puesto que las acusaciones que pesaban en su contra habían sido retiradas y, en cualquier caso, seguía siendo un judío despojado de los derechos de ciudadanía. Si regresaba a Viena, le detendría la Gestapo y le obligarían a entregar hasta sus 2,1 millones de francos suizos. Tampoco le hacía muy feliz la idea de entregar las reservas de oro al Reichsbank sin tener ninguna garantía del trato que iban a recibir sus hermanas. Ji, que también se oponía con vehemencia a dar semejante paso, recordó muy agitado a Paul la promesa que le había hecho de ayudar a proteger la fortuna de su tío frente a lo que él denominaba «la plebe nazi»; su decisión de entregar lo menos posible y de enfrentarse a los alemanes siempre que fuera necesario. Tío y sobrino estaban de acuerdo en que, si al final debían hacer alguna concesión, sería con el único propósito de obtener el máximo beneficio posible para Hermine y Helene.

Gretl llegó a Nueva York el 12 de mayo de 1939, justo una semana antes que el buque alemán SS *Columbus*, que llevaba a bordo a los señores Schoene e Indra. Konrad Bloch, un abogado suizo que representaba el fondo Wistag, también había viajado a Estados Unidos, pero, como hablaba inglés muy mal, buscó a un abogado neoyorquino bilingüe para que se ocupara con él del caso. Se trataba de Samuel Wachtell, un abogado escrupuloso, trabajador y honrado, cuyo despacho había dedicado miles de horas a obtener, sin cargo alguno, los documentos de inmigración de clientes judíos que habían huido del Reich.

Las partes se reunieron por primera vez el 19 de mayo en el hotel Gladston, en la esquina de la calle Cincuenta y dos con Park Avenue. En los

días anteriores la inquebrantable determinación de Ji de impedir que los alemanes se llevaran todo el oro se había desmoronado. Gretl le había insistido en que cediera (entregando los dos millones y medio de francos suizos), y era una mujer formidable, «una luchadora que no toleraba oposición alguna».[63] Mientras tanto Anton Groller dijo a Paul que los alemanes no le permitirían quedarse ni un céntimo de su fortuna si no se avenía a entregarles el oro, lo que Paul hizo a regañadientes. «¡Qué sorpresa! —exclamó con sarcasmo el señor Schoene al enterarse de que se había realizado semejante avance—. El Reichsbank se habría dado por satisfecho con bastante menos.»

Gretl se incorporó majestuosamente a la reunión sin saludar al señor Bloch ni al señor Wachtell. La acompañaba Abraham Bienstock, su abogado neoyorquino. El señor Indra, que solo una semana antes parecía defender sus intereses frente a la depredación del Reichsbank en Viena, representaba ahora al Reichsbank. Paul, que no tenía la menor idea de quién era Indra, señaló que «jamás abrió la boca en mi presencia, de manera que no estaba en absoluto claro a quién representaba».[64] Al comenzar la reunión Paul afirmó que estaba dispuesto a hacer sacrificios por sus hermanas en Viena, pero subrayó también el riesgo que él mismo corría:

> Como he llegado demasiado tarde a Estados Unidos, todos los puestos remunerados de los conservatorios están ocupados. No sé trabajar de otra cosa que no sea profesor de piano, pues no se me da bien nada más; ¿quién sería tan imbécil de contratar a un hombre manco, tan poco útil, cuando hay centenares de hombres mejor cualificados que tienen los dos brazos y vagan por ahí sin empleo? Por otro lado, aun cuando me ofrecieran un trabajo bien retribuido, no podría aceptarlo porque dada mi condición de «turista» en Estados Unidos, estoy obligado a no ganar dinero.[65]

La respuesta del señor Schoene fue glacial. Pese a la entrega del oro por parte de la familia como muestra de buena voluntad, ahora había decidido

que 2,1 millones de francos suizos eran demasiado para Paul. El Reichsbank, decía, podía aceptar que se quedara con cincuenta mil o tal vez menos. Como era de esperar, Paul perdió los nervios y la reunión quedó aplazada.

Gretl y Ji se marcharon de inmediato a Washington. El señor Bloch llevó aparte a Paul para decirle que desconfiaba de su hermana porque en más de una ocasión parecía ponerse del lado de los nazis y en contra de Paul. Este rechazó tal posibilidad. «Solo lo parece —repuso—. Mi hermana no tiene el menor motivo para beneficiar al Reichsbank antes que a mí. No nos llevamos bien, pero no es capaz de actuar de forma deshonrosa.»[66] Sin embargo, en la siguiente reunión cambió de opinión.

Era fundamental que todas las partes del bando de los Wittgenstein concertaran una estrategia común frente al Reichsbank, pero Gretl y Ji no permitieron que durante su estancia en Washington se pusieran en contacto con ellos. El señor Bloch llamó al abogado de ambos y lo único que este le dijo fue que había recibido instrucciones de no hablar con nadie. El día de la reunión Gretl telefoneó para anunciar que ella y su hijo no podrían llegar con antelación, sino que se presentarían a la misma hora que Indra y Schoene. El señor Bloch le dio una sorpresa: cuando ella entró en la sala y preguntó con brusquedad: «¿Dónde están los alemanes?», él respondió: «Los hemos excluido de esta reunión para que primero podamos decidir qué vamos a decirles».[67] Gretl, que estaba claramente consternada, tomó asiento mientras el señor Wachtell daba comienzo a la reunión con una recapitulación de los hechos. Una vez que hubo terminado, Ji, adoptando un tono muy formal dijo: «“He escuchado con notable interés su exposición, un tanto extensa, pero deseo decir que hay aquí personas que no comprenden nada y no deseo que estén presentes”. “Si se refiere usted a mí —repuso el señor Wachtell—, se equivoca. Ya he librado disputas similares

con los alemanes y sé cómo enfocar el asunto.” “No me refiero a usted.” “Entonces, ¿a quién?”, preguntó Paul, molesto por lo que luego describiría como “la grosera insolencia del asqueroso canalla de mi sobrino”. “Me refiero a mi tío Paul y al señor Bloch —respondió Ji—. No tengo tiempo de escucharlos y, de cualquier modo, todo debe quedar acordado antes de treinta minutos porque he de coger un tren.” “¡Me importa un carajo tu tren! —gritó Paul, furioso ante la idea de que se negociara una fortuna de un millón de dólares en función del horario de los trenes.” “¡Y a mí me importa un carajo tu dinero!”, exclamó Ji dando un puñetazo en la mesa.»

Gretl pidió a su hermano que fuera con ella a una habitación contigua, donde le dijo: «No tienes derecho a defender tu dinero. No estarías aquí si no fuera por mí».[68]

En cuanto regresaron, los ánimos volvieron a encenderse y, cuando Paul, en un arranque de furia, estaba a punto de otorgar toda su fortuna a los nazis, un grito ensordecedor hizo callar a los presentes. «¡Alto!» Samuel Wachtell, el abogado de Wistag, al ver el peligro que se cernía sobre Paul solicitó un aplazamiento. Ji y Gretl partieron muy enfadados hacia la estación. Al día siguiente, Paul recibió una carta de su sobrino, en la que le adjuntaba la factura por los gastos del viaje a Washington de él y su madre. «Habría sido mejor —le escribía— que hubiéramos llegado a algún acuerdo.»[69] Paul le envió un telegrama a vuelta de correo: «NO PARTICIPARÉ PERSONALMENTE EN NINGUNA REUNIÓN MÁS. ACONSEJO TE PONGAS EN CONTACTO CON MI ABOGADO EL SEÑOR WACHTELL».[70]

«En aquel momento —reconocería Paul más tarde—, Wachtell me salvó literalmente de morir de hambre. Si él no hubiera gritado “alto”, yo habría salido de aquella reunión convertido en un mendigo; ¡en un mendigo que ni siquiera sabe en qué país se le permite mendigar!»[71] Paul no volvió a dirigir la palabra a Gretl ni tuvo más tratos con el «canalla» de su sobrino.

Los motivos de los Stonborough

¿Por qué estaban Gretl y Ji aparentemente tan deseosos de que Paul entregara la totalidad de su fortuna al Reichsbank? Konrad Bloch creía que el motivo guardaba relación con la futura herencia de Ji, puesto que era heredero de Hermine y esta recibiría la fortuna de Paul, que incluso con la tasa de cambio del Reichsbank tendría algún valor en los años posteriores. Paul sospechaba otra cosa. Creía que los Stonborough trataban de conseguir que sus tesoros artísticos de Gmunden y la Kundmanngasse quedaran libres. «Es solo una sospecha; lo recalco explícitamente —escribió—. Sin embargo, creo que es bastante probable que Schoene, para quien, como representante del Reichsbank, ningún medio resultaría demasiado innoble, se lo propusiera.»[72]

Hay una tercera posibilidad. Según ciertas pruebas, los alemanes amenazaron con encarcelar a Hermine y confiscar todos sus bienes en Austria a fin de presionar a la familia (y en particular a Paul) para que cediera todos sus intereses en el fondo Wistag al Reichsbank para su conversión en marcos alemanes. Mientras Gretl se encontrara en Estados Unidos, estaría a salvo de cualquier proceso judicial, pero sus numerosas propiedades austríacas continuaban en peligro. Tal vez amenazaran a Gretl y a Hermine con que, si Paul no se avenía a entregar al Reichsbank la suma total del fondo Wistag, los alemanes las perseguirían, confiscarían todas las propiedades de ambas y encarcelarían a Hermine por incumplir la legislación sobre divisas. Esto podría explicar un comentario incidental que aparece en las memorias de Hermine. En referencia a la reunión con el Reichsbank celebrada en Berlín a principios de 1939, escribió: «Al final se decidió conceder a Paul una suma de divisas que a mí me parecía bastante

alta».[73] Entonces, si la participación de Paul en el fondo ascendía a tres millones y medio de francos suizos, ¿por qué consideraba Hermine que 2,1 millones era una cantidad «bastante alta»? ¿Qué más le daba a ella qué parte de su fortuna se le permitía conservar a su hermano? A menos, claro está, que creyera que tanto Gretl como ella podían sacar algo.

Cabe preguntarse qué papel desempeñó en Nueva York el señor Indra, «el apañador». Cuando llegó a Estados Unidos, según parece como representante legal del Reichsbank, actuaba al mismo tiempo, sin que Paul lo supiera, como abogado de Gretl en las negociaciones con el Reichsbank en Austria. Así pues, ¿a qué intereses servía en Nueva York? ¿A los del Reichsbank? ¿A los de Gretl? ¿O a ambos? Cuando el abogado de Paul descubrió que el señor Indra había obtenido información secreta acerca del fondo Wistag, se dio por supuesto que el culpable de la filtración era el señor Groller.[74]

En Nueva York Indra estaba decidido a conseguir que Paul volviera a Alemania y, como la política germana era no negociar en territorio extranjero, propuso que se desplazara desde Berlín un funcionario de alto nivel para dirigir las reuniones con él a bordo de un buque alemán. Los abogados de Paul le advirtieron de que eso sería «extremadamente peligroso».[75] En esa misma reunión, Gretl exclamó: «Es una vileza e incomprensible que Paul no entregue su dinero al Reichsbank. Todo cuanto mi hermano posee se lo debe a su familia […] ¡No tiene ningún derecho a defender su fortuna, pues está aquí solo gracias a mí!».[76] Al oír estas palabras el señor Schoene no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción y el señor Wachtell preguntó con ironía: «¿Quiere usted cobrar por eso, señora?». Fueron comentarios como este los que llevaron a Ji a calificar a Wachtell de «un auténtico mierda».[77]

En un informe dirigido a sus jefes de Berlín que fue interceptado, el

señor Schoene exponía que había visto frustrados sus esfuerzos de conseguir la fortuna del fondo Wistag para Alemania «por culpa de los abogados judíos Wachtell y Bloch, que manifiestan una mala predisposición hacia el Reich». Schoene se quejaba de que Wachtell «basa su argumentación en un fundamento legal inexpugnable», y añadía que en cambio John Stonborough hacía gala de «una actitud noble hacia los intereses de Alemania».[78] Parte de esta «actitud noble» consistía en que Ji hacía exactamente lo que los alemanes le pedían. «Alfred Indra me dictó una carta en plena Wall Street —reconocería años más tarde— y el señor Schoene también me dijo lo que tenía que decir, escribir y sostener […] al final acepté firmar tal o cual abstruso documento.»[79] Su explicación (de todo punto inverosímil) era que Schoene e Indra eran «agentes dobles» que trabajaban secretamente en favor de los Stonborough y en contra del Reichsbank con el fin de que se concediera la condición de *Mischling* a Hermine y Helene.

En julio de 1939 el asunto todavía estaba sin resolver y el Reichsbank recurría a una táctica más contundente para obligar a Paul a capitular. En Viena se advirtió a Hermine, herr Groller y todos los Salzer de que serían objeto de un severo castigo si el dinero no llegaba en un plazo breve, y que la causa era el retraso en las negociaciones de la condición de *Mischling* en Nueva York. Todos juntos enviaron un telegrama: «NO INSISTIR EN LA CONDICIÓN DE MESTIZOS. DE LO CONTRARIO LOS ABAJO FIRMANTES CORREMOS GRAVE PELIGRO INMINENTE».[80] Infundiendo el pánico en los parientes de Austria, el señor Schoene confiaba en obligar a Paul a actuar, pero Gretl, que sabía muy bien que era un farol y que en Austria nadie sufriría ningún daño mientras las negociaciones de Nueva York siguieran en curso, continuó exigiendo que se les otorgara la condición de *Mischling*, al tiempo que insistía en que Paul entregara toda su fortuna.

El 12 de julio, Ludwig, Anton Groller y Freda Marie Schoene (la esposa

del señor Schoene) embarcaron en el *Queen Mary* rumbo a Nueva York. Ji puso un cable a su tío Ludwig: «No cedas o encarcelarán a la tía».[81] El señor Wachtell, consciente de la creciente responsabilidad que recaía sobre Paul, ya había adoptado medidas para evitarle la nueva oleada de presión. «Me gustaría que se tomara un descanso —le dijo—. Márchese de vacaciones sin dejar a nadie su dirección. Aprecio su presencia en todo momento, pero en esta negociación podría arreglármelas muy bien sin ella.» A Ludwig, que iba a bordo del *Queen Mary*, le envió la siguiente carta:

> Estimado profesor Wittgenstein:
>
> […] El anuncio de su viaje a Estados Unidos ha sido el último de una serie de esfuerzos encaminados a presionar a su hermano para que ceda a las exigencias del Reichsbank. Como consecuencia sin duda de las amenazas y la intimidación, sus hermanas en Viena no se han limitado a respaldar pasivamente estas exigencias, sino que, a través del señor Schoene, han enviado cartas y cables en que urgen a su hermano a claudicar e insinúan graves e inminentes peligros en caso contrario. No tengo modo alguno de calibrar el grado de presión ejercida contra sus hermanas en Viena y, a través de ellas, transmitida a usted y la señora Stonborough, pero estoy en condiciones de calibrar la presión ejercida desde todas direcciones sobre Paul Wittgenstein.
>
> Esa presión ha sido incesante, pese al hecho de que Paul ha realizado ofertas equilibradas que son más que justas, y que sin duda habrían sido aceptables para el Reichsbank si a este último no le hubiera resultado tan fácil inducir a sus hermanas de Viena a dejarse utilizar como instrumentos para ejercer una presión que se ha visto frustrada por su propia falta de moderación y sensata compostura.[82]

A continuación explicaba que Paul se alegraría de ver a su hermano en Nueva York, pero únicamente si Ludwig aceptaba ver primero al señor Wachtell para que, «cuando usted y Paul se encuentren, ambos puedan ahorrarse cualquier posible enfado e ingratas diferencias debido a la falta de conocimiento por su parte de los hechos acaecidos».

Como se le aconsejaba, Ludwig fue primero a ver a Samuel Wachtell y, aunque en su agenda de bolsillo había señalado el día 22 como la fecha en que se proponía ver a Paul, llegado el momento no vio a su hermano ni

habló con él en toda la semana que duró su estancia en Estados Unidos. Sin embargo, sí le envió una carta (en la actualidad desaparecida) de la que más adelante Paul citaría unas palabras: «La conducta de los Stonborough era ciertamente imprudente y estúpida».[83]

Ludwig regresó a Cambridge con el ánimo abatido, agotado por su estancia en Estados Unidos, donde había conseguido muy poco. Al parecer también él presionó a Paul, aunque sin demasiado entusiasmo, para que renunciara a su fortuna, y muchos años después lo reconoció con tristeza y amargura: «Si entonces me hubiera dado cuenta de lo loco que estaba Paul, jamás le habría tratado con tanta aspereza».[84] El encuentro que Paul y Ludwig tuvieron en Zurich ocho meses antes, en noviembre de 1938, sería el último. Los dos hermanos no volvieron a verse, hablarse ni escribirse.

La amenaza de la guerra

La codiciosa política exterior de Hitler continuó despertando indignación en el extranjero, pero lo último que él quería era una guerra contra Rusia, Francia, Inglaterra o Italia. Su plan declarado era unificar, del modo más pacífico posible, toda la Europa germanohablante en un Reich alemán bajo su mando, pero, basándose en el principio de que el fin justifica los medios, mintió, faltó a su palabra, fue más allá de sus intenciones expresas y con demasiada frecuencia demostró su desprecio por las convenciones de la diplomacia internacional. Él mismo había quedado sorprendido por la facilidad con que se había desarrollado el *Anschluss* con Austria en marzo de 1938. Los demás países habían expresado su desaprobación, pero en

última instancia encontraron el modo de reconocer la nueva expansión del Reich sin desprestigiarse. La anexión de los Sudetes checos en octubre había sido bastante más arriesgada para Hitler, que consiguió evitar la guerra por muy poco gracias a sus reiteradas garantías de que no tenía más reivindicaciones territoriales en Europa y a que había solicitado previamente el consentimiento de Neville Chamberlain, Édouard Daladier y Benito Mussolini. Cuando el 15 de marzo de 1939 ordenó a la Wehrmacht entrar en la Praga de habla checa, la comunidad internacional condenó de forma unánime la acción. Chamberlain, el primer ministro británico, respondió con más de un centenar de medidas que indicaban que Gran Bretaña estaba dispuesta a entrar en guerra y, cuatro meses después, cuando los alemanes se disponían a apropiarse del puerto franco de Danzig, juró que acudiría con el ejército en ayuda de Polonia en caso de que esta entrara en conflicto con Alemania.

Hitler realizó denodados esfuerzos por convencer a todos los países de que no le declararan la guerra, incluso mientras sus tropas se anexionaban violentamente Estados vecinos. Para no enojar al gobierno estadounidense, en Alemania se decidió (entre otras muchas cosas) que se tratara a Ji Stonborough con cuidado. Los diplomáticos nazis destinados en Estados Unidos habían informado de que era una personalidad relevante. En Berlín se creía que su cargo —comisario de Conciliación, dependiente del Departamento de Trabajo— era bastante más importante de lo que en realidad era. De hecho, la actividad diaria de Ji consistía en poco más que redactar aburridos informes sobre conflictos industriales estadounidenses. En Berlín se sabía que estaba bien relacionado en los círculos políticos de Washington. Su nombre solía aparecer en las páginas de cotilleos de la prensa de Washington como invitado de las fiestas y cócteles de la alta sociedad. Su amigo James Houghteling estaba casado con un primo del

presidente Roosevelt y los alemanes creían (erróneamente) que Ji podía tener cierta influencia sobre el presidente. En Berlín se daba incluso por supuesto que la administración estadounidense aprovechaba sus frecuentes viajes entre Viena y Washington para obtener información acerca de la Alemania nazi, y fue principalmente esta la razón por la que los alemanes deseaban que el joven Ji tuviera una impresión favorable del dinamismo del nuevo Reich. Los Stonborough tenían conocimiento de esta protección no oficial y Gretl la utilizó en sus negociaciones con el Reichsbank acerca del reparto de los fondos Wistag.

En agosto de 1939 la disputa sobre el fondo Wistag todavía no había acabado. Paul ya no asistía a las reuniones y dejaba que su abogado defendiera sus intereses. Se decidió que el siguiente asalto se celebrara en Suiza. Paul se quedó en Estados Unidos y envió instrucciones por escrito al señor Wachtell:

> Tiene usted toda mi confianza para actuar y pactar en Zurich en mi nombre […] Está en juego mi honor (que será objeto de todo tipo de calumnias en caso de que suceda algo en Viena), al igual que mi conciencia y mi serenidad […] Haga lo que considere más adecuado, pero recuerde: nunca se puede renunciar a un derecho moral.[85]

Las negociaciones de Zurich no fueron más fáciles que las que se habían desarrollado en Nueva York el mes anterior. Ludwig acudió y se marchó pronto sin conseguir nada. Gretl y Ji se negaron a dirigir la palabra a Samuel Wachtell porque, por lo que a ellos se refería, todavía era el enemigo. El señor Indra trató sin éxito de que Wachtell firmara una escritura falsa, y Anton Groller intentó apelar a su conciencia. Dijo al señor Wachtell que conocía a Paul mucho mejor que él; que aunque Paul hubiera dicho que no tenía intención de regresar a Viena, su corazón seguía en esa

ciudad, y que, si no pagaba, el *palais*, al que tan unido se sentía, sería confiscado y jamás sería devuelto.

Durante todo ese tiempo los reunidos esperaban con impaciencia que llegaran noticias oficiales desde Berlín acerca de la condición de *Mischling*. Kurt Mayer, con quien Paul y Gretl habían hablado en la Agencia de Investigación Genealógica del Reich, se había negado a aceptar la inconsistente prueba de que Hermann Christian Wittgenstein era hijo de un príncipe ario, pero el jefe del Reichsbank había conseguido marginar a Mayer y depositar el expediente de los Wittgenstein en manos de una autoridad superior. La familia ya no esperaba pruebas genealógicas de su origen ario, sino una especie de perdón. Esto requeriría la autorización del Führer. El señor Wachtell se enteró de la posible intervención de Hitler por el señor Indra. En una reunión celebrada en el hotel Dolder de Zurich, Wachtell había manifestado su preocupación acerca de que los alemanes, una vez otorgada la condición de *Mischling*, la revocaran con el fin de obligar a Paul a pagar más. El informe de la reunión elaborado por el señor Wachtell prosigue:

> El señor Indra dijo que nadie se atrevería a hacerlo, dado el alto rango del cargo que iba a firmar el decreto de *Mischling*. Yo seguía sin estar convencido. Pero el señor Indra insistió en que era así, puesto que el único que podría firmar semejante decreto, si se autorizaba, sería el propio Führer. A mí me pareció una posibilidad demasiado fantasiosa, y así se lo transmití a Indra, pero él me aseguró que era del todo probable.[86]

Hitler estaba a punto de invadir Polonia y, por consiguiente, si había que creer en la palabra de Chamberlain, también al borde de la guerra. Sin embargo, parece que encontró tiempo para firmar la orden que permitía otorgar a los Wittgenstein la condición de mestizo. Su resolución de que se considerara a Hermann Christian de origen ario pasó a Wilhelm Frick, ministro del Interior, quien el 29 de agosto dictó instrucciones a Kurt

Mayer, de la Agencia de Investigación Genealógica de Berlín. Al día siguiente Mayer se vio obligado a expedir certificados de *Mischling* a todos los descendientes implicados. Este cambio radical de actitud despertó sospechas en la Oficina Provincial de Investigación Genealógica de Viena, cuyo director escribió a Berlín para exigir una explicación. La respuesta de Kurt Mayer se conserva en los archivos de Viena:

> En relación con los orígenes de la familia Wittgenstein y sus descendientes, he tomado la decisión de acuerdo con la instrucción emitida el 29 de agosto del 39 por el ministro del Interior, la cual, a su vez, se funda en una orden dictada por el Führer. Dados dichos antecedentes, esta oficina no ha examinado con mayor detenimiento los orígenes y circunstancias de la familia. La decisión del Führer es de aplicación inmediata y sin restricciones para Hermann Wittgenstein (nacido en Korbach el 12/9/1802), al que deberá considerarse antepasado de sangre alemana de todos sus descendientes […] Entretanto se han expedido certificados de origen familiar a los numerosos descendientes de Hermann Wittgenstein, de tal modo que su clasificación racial en el marco de lo expuesto en la Ley de Ciudadanía del Reich no plantee más dificultades. Si es necesario, en caso de duda pueden solicitarse los pertinentes certificados de origen familiar a la Agencia de Investigación Genealógica del Reich. Firmado, el señor Kurt Mayer.[87]

Por supuesto, nada de esto habría llegado a suceder si al final no se hubiera persuadido a Paul de que renunciara a sus derechos sobre una parte sustancial de su fortuna. Con su perseverancia el señor Wachtell consiguió convencer al Reichsbank de que Paul conservara 1,8 millones de francos suizos. Se pagaron a los abogados Bloch, Wachtell y Bienstock trescientos mil francos suizos procedentes de la participación de Paul, quien se reembolsó otros doscientos mil de Ji y trescientos mil más, que en conjunto era un poco menos de su participación en el capital de la sociedad de cartera Wistag. Así pues, en total Paul consiguió conservar 2,3 millones de francos suizos de sus activos en el extranjero con un coste de solo 1,2 millones de francos suizos. Todo su dinero en efectivo y sus propiedades en Alemania, incluida su mitad del gran palacio y su tercera parte de la finca de

Neuwaldegg, pasaron, por considerarse intrascendentes, a sus hermanas Hermine y Helene. En un impreso fiscal de la agencia tributaria estadounidense de agosto de 1945, Paul estimaba que el valor de sus bienes en Estados Unidos, a fecha de 31 de diciembre de 1944, ascendía a 924.821 dólares. Realizando los cálculos necesarios según el índice de precios al consumo, podría decirse que esta suma de 1944 equivaldría en el año 2000 a 9.066.875 dólares; una cantidad de dinero sustancial para la mayor parte de la gente, pero nada comparado con la riqueza real de Paul si no hubieran intervenido los nazis.

Tan pronto como el dinero de Paul quedó en manos de los alemanes, todos los departamentos se abalanzaron sobre él como una manada de hienas hambrientas y se desencadenó una monumental confusión burocrática entre el Reichsbank, la Oficina Central para la Protección del Patrimonio Histórico, la Oficina de Control de Bienes, la Oficina Fiscal de Emigración del Reich y la Gestapo. El Reichsbank había firmado con Paul un acuerdo por el cual este podía retirar todos sus activos mobiliarios, al menos aquellos que no estaban sujetos al control de exportaciones. Todo estaba ya embalado y listo para partir cuando la Oficina Central para la Protección del Patrimonio Histórico tomó cartas en el asunto e invalidó la decisión del Reichsbank. En su declaración fiscal de 1944, Paul había afirmado: «Ignoro si mis propiedades personales en Austria continúan intactas, y en cuánto se valoran. En su momento incluían al menos obras de arte, manuscritos y muebles muy valiosos».[88]

Parte del acuerdo con sus hermanas establecía que el impuesto de emigración de Paul debía pagarse con el dinero efectivo que él les había transferido, y cuando la Oficina de Control de Bienes volvió a valorar la fortuna de Paul en el país en 6,4 millones de marcos del Reich, la Oficina Fiscal de Emigración del Reich exigió inmediatamente el veinticinco por

ciento, 1,6 millones de marcos del Reich. Hermine y Helene contrataron los servicios del señor Indra, que tanto éxito había cosechado recientemente luchando por el dinero de Paul, para que protegiera del fisco su recién descubierta fortuna.

Valiosos manuscritos

Dos días después de que la familia Wittgenstein recibiera el certificado de su condición de *Mischling*, a las 5.35 de la madrugada del 1 de septiembre de 1939, aproximadamente 1,25 millones de oficiales y soldados desplegados a lo largo de las fronteras de Alemania y Prusia Oriental con Polonia recibieron la orden de avanzar. *Achtung! Panzer, marsch*![89] El fragor de los aviones, las motocicletas, los coches acorazados, los tanques y los camiones de abastecimiento rompió el silencio del aire limpio de la mañana y, al cabo de unos minutos, se sumó al estruendo el ruido de las detonaciones y el fuego de artillería. Aquella descomunal caravana avanzaba a una velocidad extraordinaria hacia Varsovia, y al cabo de ocho días la guerra relámpago alemana había concluido. Polonia se transformó en otra provincia más del imparable Reich de Hitler. El 3 de septiembre, antes de que finalizaran los combates, los primeros ministros británico y francés declararon la guerra a Alemania.

Ji se encontraba en Viena cuando se enteró de la noticia. Como ciudadano estadounidense no corría peligro inmediato, pero él y su madre deseaban sacar del país de forma clandestina todos los objetos de valor posibles antes de que las cosas empeoraran. El 10 de septiembre hizo su

maleta con la intención de regresar a Washington y bajo un montón de ropa interior escondió un número importante de manuscritos musicales originales: el scherzo del *Cuarteto de cuerda op. 130* y la canción «Lied aus der Ferne» de Beethoven, así como otras diecinueve cartas autógrafas suyas; las *Variaciones Handel* y dos versiones del *Concierto para piano en re menor* de Brahms; la Serenata (K 361) y el *Quinteto de cuerda en do* (K 515) de Mozart; seis canciones de Schubert, entre las que se encontraba la famosa «Die Forelle» (La Trucha); una sonata para dos pianos, y una colección de estudios de Wagner para *Las Walkirias*.

Karl y Leopoldine habían sido ávidos coleccionistas de manuscritos musicales. Gretl heredó algunos y, tras la muerte de su padre, amplió la colección con nuevas adquisiciones. En la década de 1920, antes de que Jerome se hubiera desacreditado en la quiebra de Wall Street, su esposa le había encomendado la tarea de comprar manuscritos musicales, así como cuadros franceses y arte oriental y egipcio, que se consideraban inversiones a largo plazo realizadas con el dinero de ella, pero utilizando el buen olfato de Jerome. Así fue como este reunió varias colecciones importantes. Muchos de los manuscritos que se encontraban en Viena en junio de 1938 se habían ocultado a los inspectores nazis y no aparecen reflejados en la declaración de bienes de Gretl. Durante el juicio por el fraude de los pasaportes, las autoridades descubrieron algunos y los depositaron en los sótanos de la Biblioteca Nacional de Austria, pero otros permanecieron ocultos. Fueron estos los que Ji escondió en su maleta con la esperanza de sacarlos clandestinamente de Austria.

Su plan era cruzar en tren la frontera por Buchs para entrar en Liechtenstein y Suiza. Desde Zurich enviaría los manuscritos por valija diplomática a Washington antes de continuar viaje, pasando por París, hasta el puerto de Le Verdon, en el oeste de Francia, donde embarcaría en el SS

Manhattan rumbo a Nueva York. Sin embargo, en el lado austríaco de la frontera, en Vorarlberg, su tren fue detenido. Unos entusiastas miembros de la Gestapo y la Grepo (policía de fronteras) recorrieron los vagones registrando las bolsas de los viajeros. Cuando encontraron los manuscritos en el fondo de la maleta de Ji, lo obligaron a apearse, y todavía seguían interrogándolo cuando el tren abandonó la estación sin él. En una narración de esta proeza redactada muchos años después, Ji recordaba:

> Tuve la brillante idea de declarar en voz alta y clara que solo un idiota trataría de sacar del Reich unos manuscritos tan valiosos y que todos ellos eran hermosas y esmeradas copias modernas. Los dioses del Olimpo se apiadaron de mí y esos imbéciles me creyeron y de mala gana me permitieron, como estadounidense de cierto relieve, tomar seis horas después el siguiente tren a Zurich.[90]

Si hemos de creer esta versión, los funcionarios de aduanas y los policías fronterizos eran ciertamente unos imbéciles redomados, puesto que su función era impedir que se sacaran clandestinamente del Reich objetos de valor. Debían de haber oído miles de veces la excusa de «solo son copias», y es de suponer que, en caso de duda, podrían recurrir a expertos. Cuesta creer que tres o más de ellos examinaran los manuscritos de Ji y coincidieran en que no eran más que «hermosas copias modernas»; resulta más verosímil que la policía de fronteras realizara alguna indagación rápida y descubriera que en Berlín se consideraba a Ji Stonborough «un ciudadano estadounidense de cierto relieve».

Permaneció seis horas retenido en la frontera, y durante ese tiempo un hombre al que habían hecho bajar del mismo tren y que decía ser panadero de St. Gallen lo invitó a dar un paseo; Ji sospechaba que era un agente del servicio de espionaje suizo. Durante su largo paseo Ji, al parecer, no le dijo nada, sino que se limitó a hablar del tiempo. Al menos esta era su versión de los hechos. De ser cierta, sorprende la actitud de Ji, pues en general le

costaba reprimir sus deseos de alardear. En cuanto llegó sano y salvo a Estados Unidos, el columnista de sociedad Dudley Harmon informó en su periódico, *The Washington Post*, de que «a bordo del buque de pasajeros *Manhattan*, que atracó en Nueva York el sábado abarrotado de pasajeros, viajaban varios ciudadanos de Washington, entre ellos John Stonborough, que en las fiestas está dejando fascinados a sus amigos con la narración de las dificultades que encontró para salir de Europa».[91]

Desconocemos si Ji reveló algo al panadero suizo. No obstante, la Grepo resultó ser menos imbécil de lo que parecía, porque, en cuanto él atravesó la frontera con su preciado cargamento, su madre, que continuaba todavía en Viena, recibió una visita de la Gestapo. En esta ocasión miraron con lupa el inventario de bienes y, sabiendo que en junio de 1938 Gretl había transportado clandestinamente a Inglaterra seis manuscritos para que Ludwig los custodiara, la amenazaron de inmediato con llevarla a los tribunales por exportación ilegal de tesoros del patrimonio nacional. Con la ayuda, una vez más, del señor Indra, consiguió negociar para salir del aprieto. Indra le recomendó que vendiera al Estado tanto sus manuscritos como los de Ji por un precio «razonable» a cambio de recibir inmunidad frente a acciones legales. Se trataba de los manuscritos que habían sido confiscados en su casa y depositados en la Biblioteca Nacional cuando la detuvieron. Entre ellos había sinfonías hológrafas de Bruckner y Wagner que eran propiedad de Gretl, así como manuscritos del *Quinteto para piano* de Brahms y de un quinteto de Weber, otras obras de Brahms y Schubert, y una carta autógrafa de Beethoven, que pertenecían a Ji. El señor Indra solicitó que, a cambio de vender a la biblioteca estos preciados bienes a precio de ganga, se permitiera a Gretl sacar del país sin tener que pagar impuestos uno de ellos: el manuscrito de la *Sinfonía número 3* de Brahms (que en el pasado había pertenecido al director de orquesta Hans von Bülow

y en ese momento era propiedad de Thomas, el disoluto primogénito de Gretl).

Fue esta última propuesta la que indujo a Friedrich Plattner, el funcionario austríaco responsable del caso (jefe del Departamento de Educación, Cultura e Instrucción Nacional, del Ministerio de Asuntos Internos y Culturales), a recabar el consejo de una autoridad superior en Berlín. El 9 de enero de 1940 escribió al infame jefe de la cancillería del Reich, Hans Heinrich Lammers, para explicarle que la «amenaza de una acción judicial» había animado a la viuda Stonborough a ofrecer a la Biblioteca Nacional, por solo cincuenta mil marcos del Reich, los manuscritos que ella y sus hijos poseían. La carta prosigue:

> Con el fin de otorgar más peso a esta oferta, la familia Stonborough llama la atención sobre el hecho de que, durante las negociaciones que en breve tendrán lugar sobre el reparto de los activos de aproximadamente un millón de francos suizos que todavía quedan en Zurich, podrá favorecer o impedir el traspaso de esta suma al Reich alemán; hecho que recientemente ha cobrado mayor importancia al haber intercedido un representante del Reichsbank en favor de la familia Stonborough en nombre de la Agencia Central de Protección del Patrimonio de Viena.
>
> También es preciso señalar la posibilidad de que la familia Stonborough (el señor John Stonborough ocupa un cargo supuestamente influyente en el Departamento de Trabajo de Washington) ejerza cierta presión, tal vez mediante cauces diplomáticos, para sacar del país la sinfonía de Brahms sin entregar nada a cambio.[92]

Como es natural, Lammers denegó el permiso de exportación para la última partitura autógrafa de una sinfonía de Brahms que quedaba en el Reich, y ordenó a Plattner que forzara la venta de los manuscritos a la biblioteca y exigiera el millón de francos suizos a cambio de la inmunidad de Gretl ante los tribunales. Ese millón de francos suizos era el que Ji había prometido a Paul reservar para Hermine y Helene en caso de que tuvieran que emigrar. Ahora habría que buscar el dinero en algún otro lugar.

Guerra fría

En Suiza, Paul se había ocupado del caso de Daniel Goldberg, un médico vienés que había atendido a Hilde y a las niñas en Viena. En agosto él y su esposa aria habían huido a París, donde vivían en un sórdido hotel de las afueras. Cuando Paul se enteró, le envió grandes sumas de dinero y se puso en contacto con sus amistades de Inglaterra y Estados Unidos para encontrarle un trabajo. Gretl también hizo enérgicos esfuerzos para salvar del antisemitismo nazi a viejos amigos de la familia y consiguió llevar a dos de ellos primero a Cuba y después a Estados Unidos, pero en 1940 ya había jugado todas sus bazas y para las autoridades alemanas era abiertamente una *persona non grata*. En cuanto estuvo cerrado el trato con la Biblioteca Nacional, se le exigió que abandonara el país. De sus dos propiedades inmobiliarias en Gmunden, los nacionalsocialistas requisaron la mayor, y muy pronto ocuparían también su mansión vienesa. Antes de la marcha de Gretl, el señor Indra ayudó a enterrar en el jardín de la Kundmanngasse algunos de sus valiosos tesoros. Ella le concedió plenos poderes durante su ausencia y partió apesadumbrada hacia el puerto de Génova. El 8 de febrero de 1940 llegó a Nueva York a bordo del SS *Washington*. Era la segunda vez que se veía obligada a abandonar Austria y, de nuevo, se sentía apática y deprimida. Escribió a Ludwig: «No encuentro lugar donde pueda descansar y no soy de utilidad para nadie. De modo que, si Dios quiere, encontraré una ocupación que tenga sentido».[93]

Al final dedicó esos meses baldíos a liquidar sus posesiones. En octubre se celebraron en las galerías Parke-Bernet de la calle Cincuenta y siete dos grandes ventas de mobiliario, cuadros y objetos orientales que se describían como «los bienes de la herencia del difunto Jerome Stonborough». Había

cuadros de Picasso, Corot, Gauguin y Matisse; un biombo pequinés de seis metros, lacado y con incrustaciones de oro; estatuas romanas antiguas; vasijas atenienses, y caballos, jarrones y joyeros de las dinastías Tang, Ming, Yuan y Sung. Estos tesoros no podían proceder de Nueva York, puesto que Gretl no tenía allí domicilio estable. En las listas de pasajeros que se conservan, como dirección estadounidense de Jerome en febrero de 1937 consta el hotel Waldorf Astoria. Un año después, Gretl daba como dirección suya el número 44 de Wall Street: el despacho del agente de Bolsa de su hijo. En el catálogo de venta se afirma que todos los artículos formaban parte de la colección que Jerome había reunido en París. No se sabe si consiguió negociar una licencia de exportación para alguna de las obras de arte que tenía en Viena. El director de las galerías Parke-Bernet estimó el precio de los cuadros entre 50.015 y 91.615 dólares. Sin embargo, el resultado de la venta fue decepcionante. La suma más alta de las pagadas por un único artículo correspondió al lote 71, *Naturaleza muerta* de Henri Matisse, que se vendió por diez mil cuatrocientos dólares. Por el adusto retrato de Toulouse-Lautrec *La femme au noeud rose* no se pagaron más que cinco mil doscientos dólares; *Le violoncelliste* de Gauguin se adquirió por cuatro mil cien, y *Le chien* de Picasso, de 1921, por tres mil ochocientos. Casi todo lo demás se vendió por menos de dos mil dólares, incluido un espléndido retrato de Modigliani, *La femme au collier*, por el que se pagaron cuatrocientos y cuya pintura gemela, *La femme au collier vert*, la galería Christie's de Nueva York valoró en mayo de 2007 entre doce y dieciséis millones de dólares. La venta de cuadros reportó una suma total de 56.705 dólares. Era un mal momento para vender.

Varios meses después, Ji vendió muy baratos a la Colección Clarke-Whittall, de la Biblioteca del Congreso de Washington, todos los manuscritos que había sacado clandestinamente por la frontera de Buchs.

Depositó una parte del dinero en cuentas de paraísos fiscales como Bermudas, y otra en un fondo de inversión conjunto a nombre de John Stonborough y Abraham Bienstock.

Como el llamado fondo de emigración de Hermine y Helene se había entregado a los nazis, Gretl y Ji decidieron crear otro, de modo que escribieron a Ludwig para pedirle que recuperara los manuscritos depositados en el Barclay's Bank de Cambridge con el fin de ponerlos a la venta en Washington. Al menos uno (el *Concierto para piano* K 467 de Mozart) pertenecía en realidad a Paul. Ludwig escribió a Ji para disuadirle de vender en un momento en que el mercado estaba muy bajo, a lo que su sobrino respondió con una carta «muy agresiva» en la que acusaba a su tío de ser un «frustrado». «He administrado bastante bien dos fortunas y media desde aproximadamente el año treinta y nueve —escribió—, y mis opiniones y decisiones en cuestiones económicas merecen más respeto del que me has demostrado.»[94]

Un reencuentro familiar

En Suiza, la vida de la joven Hilde distaba mucho de ser fácil, pues al tener visados temporales las niñas, fräulein Rolly y ella estaban expuestas a la amenaza inminente de extradición. A principios de marzo de 1939 el abogado de Paul le indicó que preparara el equipaje y viajara a Génova en un expreso nocturno. Tenían unos pasajes reservados en el buque italiano *Rex*, con rumbo a Nueva York. Cuando llegaron allí, se encontraron con una marea de personas desesperadas que trataban de subir a bordo. Cargaron su

equipaje y poco después tuvieron que descargarlo cuando se descubrió que sus documentos de inmigración no estaban en regla.

Permanecieron dos semanas y media en Génova hasta obtener pasajes en un barco más pequeño con destino a Panamá y Valparaíso. En el *Virgilio*, con una capacidad no superior a seiscientos cuarenta pasajeros, viajaban más de mil cien desposeídos y necesitados que huían de la Europa de Hitler. Hilde, que nunca había subido a bordo de un barco, ya añoraba Austria cuando llegaron al estrecho de Gibraltar. La travesía los llevó a través de las islas Canarias, Venezuela, el istmo de Panamá y las ciudades gemelas de Cristóbal y Colón (donde presenciaron un espectacular incendio que arrasó la mitad de la ciudad) hasta La Habana, donde compraron visados cubanos, alquilaron una casa junto al mar y esperaron durante un año y medio a que Paul fuera a rescatarlas.

Paul no pudo hacer nada de inmediato, pues si abandonaba Estados Unidos corría el riesgo de que no se le permitiera regresar. Solo cuando su visado de turista expiró en agosto de 1940 pudo tomar un avión con destino a La Habana. Durante siete meses se alojó en el hotel Nacional de Cuba, situado en la caleta de San Lázaro, y visitó a su amante y sus hijas los fines de semana. Todos sus intentos de conseguir para él y su familia el visado permanente de Estados Unidos se vieron frustrados, y durante un tiempo pensó en la posibilidad de trasladarse a Argentina.

Hilde era una persona religiosa. Se había educado en la fe católica y deseaba formalizar su relación con el padre de sus hijas mediante el matrimonio. Durante los últimos años había sufrido y sacrificado mucho, y afrontado todas las adversidades con valentía y entereza. Pese a la antipatía que Paul sentía por la Iglesia católica, lo había convencido de que permitiera que sus hijas recibieran el bautismo en Viena. En La Habana, el

20 de agosto de 1940, se convirtieron en marido y mujer en una ceremonia católica íntima y formal.

En Nueva York, Gretl y Paul no habían hecho ningún intento de verse, pero ella sabía de su hermano gracias a una amistad común. «Iría a verlo con gusto si sirviera de algo —escribió a Ludwig—, pero sé que soy la última persona a la que podría soportar. Lo entiendo muy bien.»[95] Durante la guerra Gretl escribía a su hermano menor en inglés para no despertar las sospechas de los censores. Le resultaba incómodo, pero era el único modo que tenía Ludwig de recibir noticias de su hermano: «La amiga de Paul (con sus hijas) está ahora en Cuba y él piensa traerla aquí y casarse con ella en cuanto consiga el permiso. En los viejos tiempos yo pensaba que esa posibilidad era la mayor desgracia que podía sucederle, ¡pero ahora! Te miro y decimos: “Naturalmente”. Que su alma descanse en paz».[96]

Benjamin Britten

En abril de 1934 Paul había interpretado el concierto de Ravel bajo la batuta de Hermann Scherchen en el Festival ISCM de Florencia. Entre el público se encontraba el compositor inglés Benjamin Britten, que tenía entonces veinte años y había viajado a la ciudad italiana para oír el *Phantasy Quartet*, compuesto por él mismo, que debía interpretarse la noche siguiente. El crítico del *Times* consideró que la interpretación de Paul había sido la mejor de todo el festival, pero Britten estaba tan encandilado por Wulff, de trece años e hijo de Scherchen (que más adelante le serviría de inspiración para el *Joven Apolo*), que tal vez no estaba demasiado

concentrado. Cuando era un colegial en Norfolk había oído en la radio el *Parergon* de Strauss y había anotado en su diario: «Por la tarde, después de acostarme un rato, escucho la radio, un concierto, la orquesta y Paul Wittenstein (creo que es así como se llama, el pianista manco). Bastante bueno, aunque el programa no me gustó demasiado».[97]

En 1940 Britten vivía en Estados Unidos, adonde había llegado poco antes del estallido de la guerra para huir de sus intrincados enredos amorosos con Wulff. Paul, que no estaba seguro de si le gustaba su música, abordó con cautela la posibilidad de encargarle una composición. Peter Pears, el novio de Britten, escribió: «Fuimos y dimos un largo paseo con él [Wittgenstein]. Era bastante idiota, no entendía la música de Ben (!), y Ben casi se enfada muchísimo, pero consiguió contenerse».[98] Pocos días después, Paul invitó al joven compositor y a su editor, Hans Heinsheimer, a su apartamento de Riverside Drive para seguir estudiando la posibilidad de hacerle un encargo. Cuando concluyó la reunión, todavía no se había decidido nada. Impaciente por llegar a un acuerdo en firme (el precio fijado era de setecientos dólares), Heinsheimer le telefoneó al día siguiente e informó a Britten:

> He llamado al señor Wittgenstein una vez más esta mañana y le he pedido por favor que tome una decisión clara y sincera. Ha dicho que eso fue lo que hizo ayer y que, aunque a veces no lo pareciera, la razón era que quería ser lo más sincero posible. No entendía que esa reunión fuera la ocasión adecuada ni el momento para prodigar cumplidos, sino más bien una especie de cita entre un médico y un paciente en la que debería manifestarse la máxima sinceridad. Se disculpa si ha dado la impresión de ser demasiado insistente y en realidad cree que tu música sería idónea para él. Aprecia enormemente tu oferta de mostrarle algunas partes de la obra antes de cerrar el trato […] Creo que debo animarte a que lo intentes.[99]

En cuestión de pocos días Britten terminó los primeros borradores y se los llevó a Paul para que diera su aprobación. Después de una buena cena

austríaca, estuvo en condiciones de decir: «He arrancado un acuerdo a Wittgenstein. Cené con él, que estuvo mucho más amable de lo que sospechaba. ¡Es mucho más fácil tratar con él a solas! Incluso he empezado la pieza, que creo que será bastante bonita».[100] Y a su hermana le escribió: «Un hombre que se apellida Wittgenstein me ha hecho un encargo […] Paga una fortuna, así que lo haré».[101]

Durante un tiempo la relación entre el compositor y su cliente discurrió sin problemas. Britten terminó el borrador de la obra el 12 de agosto, justo una semana después de que Paul hubiera llegado a La Habana. En octubre, Paul tocaba de memoria la partitura del piano y parecía complacido con ella, pero los dos hombres estaban separados: Paul no podía entrar en Estados Unidos y Britten tenía miedo de viajar a Cuba por si luego se le denegaba el permiso para regresar a Estados Unidos. Esta situación resultó más frustrante para el pianista que para el compositor. Britten organizó una interpretación privada con dos pianos para Eugene Goossens, el distinguido director de la Orquesta Sinfónica de Cincinnati, que quedó tan impresionado que escribió de inmediato a Hensheimer: «Es una obra extraordinaria y vuelve a confirmar que Britten es en la actualidad el joven más sobresaliente en el mundo de la creación musical».[102]

Paul, que tenía entonces cincuenta y tres años, viajó en avión desde La Habana hasta Florida el 10 de febrero de 1941. Hilde (de veinticinco), sus hijas Elizabeth (de cinco) y Johanna (de tres), y fräulein Rolly (de cincuenta y cinco) lo siguieron en barco tres días más tarde. En los documentos de desembarco, junto al nombre de Hilde, aparece garabateado con la tosca caligrafía de un funcionario de inmigración: «El marido presenta una declaración de que dispone de 200.000 dólares, pero ella tiene una notable pérdida de visión que es casi una ceguera absoluta». Hilde y las niñas se instalaron en una cómoda casa de Huntington, en Long Island. «Un lugar

muy bonito —explicó Paul—, con vistas a la bahía y un jardín precioso en el que plantaré fresas y grosellas. Lo más importante es que solo está a diez minutos de la playa.»[103] Durante el resto de su vida conyugal Hilde vivió con las niñas en Long Island, donde Paul, que continuó residiendo en su apartamento de Riverside Drive de Manhattan, las visitaba los fines de semana y parte de las vacaciones escolares.

En Huntington Hilde anunció orgullosa que estaba otra vez embarazada y Paul, que quería tener un hijo varón, quedó encantado con la noticia. Sin embargo, su relación con Britten empezaba a tensarse. Como había sucedido con Strauss, Korngold, Ravel y Schmidt, Paul acusaba al compositor de hacer que la orquesta sonara demasiado fuerte. Decía que Britten era el típico compositor moderno que «se siente mal» si no se le permite destacar; «tocar contra el ruido de tu orquesta es una lucha desesperada —escribió—, el rugido de un león […] un ruido ensordecedor […] No hay fuerza humana al piano que pueda igualar a cuatro trompas, tres trompetas, tres trombones y el doble de instrumentos de viento-madera atronando al mismo tiempo».[104] Al principio el joven compositor no dio su brazo a torcer y se negó a hacer cambios. El estreno de la obra, que finalmente se titularía *Diversiones*, se fijó para el mes de enero con la Orquesta de Filadelfia bajo la batuta del director húngaro Eugene Ormandy. Britten escribió a su editor inglés: «Estoy teniendo un ligero altercado con herr Von Wittgenstein a causa de mi orquestación; si hay algo de lo que sé, es de orquestación, de modo que me estoy defendiendo. Ese hombre es un verdadero aguafiestas».[105] Como era de esperar, Peter Pears coincidía con él: «Wittgenstein se muestra estúpido y contumaz con respecto a la orquestación de *Diversiones* y ha tratado de poner a Ormandy de su lado. Esto requiere una serie de cartas diplomáticas pero contundentes de Ben».[106]

«Nuestra batalla», como Paul se refería a sus diferencias con el compositor, se prolongó por carta durante varias semanas sin que ninguna de las dos partes realizara la menor concesión. Dolido por el punto muerto en que se encontraba la situación, Paul volvió a escribir a Britten:

> En el museo de Viena he visto un arma espantosa que se utilizaba en la Edad Media: parece un sillón pero, cuando alguien se sienta, los dos costados se cierran sobre su cuerpo y le impiden escapar. En alemán se llama *Fangstuhl*. Se me ha ocurrido la idea de encargar que me fabriquen una especie de *Fangstuhl*, para después invitarle a tomar asiento en él y no permitirle salir de esa prisión hasta que haya aceptado las modificaciones que voy a proponerle que haga en su concierto.[107]

Al final el compositor aceptó realizar pequeños cambios, pero después sentiría siempre una extrema amargura por haberlo hecho. La obra se estrenó en Filadelfia el 16 de enero de 1942. Britten aceptó asistir, aunque solo fuera «para oír cómo Wittgenstein destroza *Diversiones*»,[108] y dejó claro que estaba molesto por los cambios que el pianista había impuesto a su partitura. Todas las críticas, menos una, fueron favorables; la más influyente fue la del crítico Linton Martin, publicada en *The Philadelphia Inquirer*:

> Un pianista manco, cuya manga derecha cuelga vacía a un costado mientras la mano izquierda recorre el teclado con una maestría auténticamente mágica, emocionó ayer al público de la Orquesta de Filadelfia en la Academia de la Música con una interpretación de una brillantez propia de un virtuoso, que habría significado un triunfo para un artista con mucho talento que utilizara los diez dedos.[109]

Dos meses después, el 13 de marzo de 1942, *Diversiones* se estrenó en Nueva York en un concierto retransmitido desde el ayuntamiento, con Charles Lichter a la dirección de la Columbia Concert Orchestra. Britten no asistió y Peter Pears escribió a un amigo: «Wittgenstein interpreta su pieza

el viernes de 3.30 a 4.30 en la CBS. Escúchalo si puedes, aunque supongo que será malo».[110] Gretl, en cambio, sí acudió para ver a su hermano por primera vez desde mayo de 1939. Paul no vio cómo ella y un amigo se deslizaban hasta sus asientos en las últimas filas del auditorio. Gretl escribió lo siguiente a Ludwig:

> Pensé que quería verlo (sin que él me viera) y también escucharlo. Tiene buen aspecto y parece asombrosamente joven, y tan conmovedor en el estrado como siempre. Pero su interpretación ha empeorado mucho. Supongo que era de esperar, porque se empeña en tratar de hacer lo que en realidad no se puede hacer. Es *eine Vergewaltigung* [una violación]. Sí, está enfermo…[111]

La guerra de los Wittgenstein

A principios de 1938, abochornado por su constante interés sensual por Francis Skinner, Ludwig garabateó en su diario: «Pensé: sería bueno y correcto que hubiera muerto, llevándose así mi “locura” […] Aunque, de nuevo, solo lo digo *medio* en serio».[112] Ludwig y Francis fueron inseparables durante años, hasta que el 11 de octubre de 1941 el jardinero y mecánico de veintinueve años murió de un grave y repentino ataque de poliomielitis; la misma enfermedad que había arrebatado la vida a Fritz Salzer, el sobrino de Ludwig, después de la Primera Guerra Mundial. Ludwig quedó muy abatido. Habiéndose ganado el sustento con la enseñanza de la filosofía en una época de crisis internacional, buscó trabajo y encontró un empleo remunerado con veintiocho chelines semanales como vigilante de sala en el Guy’s Hospital de Londres. Cuando un médico del centro lo reconoció como el distinguido filósofo de Cambridge y se levantó

para saludarlo, Ludwig «se puso blanco como el papel y dijo: “¡Ay, Dios!, no diga a nadie quien soy”».[113]

«Mi alma está muy cansada. No está en absoluto en buen estado.»[114] Su tarea consistía en llevar pastillas desde la farmacia del hospital hasta las salas, donde al parecer aconsejaba a los pacientes que no las tomaran. En Guy’s el vacío emocional que le había dejado la muerte de Francis Skinner se llenó hasta cierto punto con un hombre de veintiún años, origen humilde e inteligencia mediocre del East End que trabajaba en la farmacia. Se llamaba Roy Fouracre y se refería a Ludwig con el apelativo cariñoso de Sinvergüenza. Fueron amigos íntimos hasta la muerte de Ludwig en 1951. El filósofo dejó a Roy una pequeña suma de dinero en su testamento. Desde el puesto de modesto vigilante ascendió enseguida a «elaborador de ungüentos» y sorprendió a su jefe al proponer mejoras en los métodos de preparación que hasta entonces nadie se había planteado. Cuando Roy se alistó en el ejército, Ludwig abandonó el Guy’s y se mudó a Newcastle para trabajar como ayudante de laboratorio de dos médicos que estudiaban un trastorno respiratorio conocido como *pulsus paradoxus*, o pulso paradójico. Una vez más, demostró su originalidad al concebir un método nuevo para medir el pulso de un paciente: «Una ingeniosa novedad respecto a la práctica habitual que funcionaba muy bien», según recordaba uno de los médicos.[115]

Esa fue la guerra inglesa de Ludwig. Entretanto en Viena el entusiasmo de la población por el nacionalsocialismo, por la contienda e incluso por el propio Hitler había empezado a decaer con la noticia de la derrota en la batalla de Stalingrado. De los cincuenta mil soldados austríacos del Sexto Ejército alemán que habían quedado cercados por las tropas rusas, solo habían sobrevivido mil doscientos. En agosto de 1943 los estadounidenses bombardearon Wiener Neustadt, y cuando en septiembre de 1944 comenzó

el aún más intenso bombardeo del centro de Viena, por primera vez cundió un funesto espíritu derrotista en el corazón y la mente de la población vienesa.

Los nazis habían cumplido su palabra con respecto a Hermine y Helene, que vivieron sin que las autoridades las molestaran durante todo el tiempo que duró la guerra. Max Salzer, el marido de Helene, falleció en abril de 1941. Su delicado estado mental había hecho mella en los nervios de su esposa, al igual que la marcha a Estados Unidos de su hijo Felix, el único que le quedaba con vida. Tres de sus nietos combatieron en la Wehrmacht, y dos de ellos desaparecieron al final de la contienda, de modo que fueron años muy duros para Helene. Hermine, siempre tímida y ahora convertida en una persona solitaria, hacía mucho tiempo que había dejado de dibujar y de dar clases. Animada por su familia, se dispuso a escribir sus memorias: una recopilación selectiva de recuerdos familiares de carácter sentimental y a veces maliciosos. Al principio vivió en Hochreit (el chalet en las montañas que había heredado de su padre). En octubre de 1944, temiendo una invasión rusa por el este, huyó a Viena, y cuando la capital parecía a punto de convertirse en un sangriento campo de batalla, se trasladó a una casa de la finca que Gretl tenía en Gmunden. El *palais* de los Wittgenstein, que ahora era enteramente de su propiedad, se había convertido en un hospital para oficiales heridos.

De los dos hijos adoptivos de Gretl, el mayor, Wedigo, combatió en el bando alemán y murió. «Está muy cerca de mí —escribió Gretl a Ludwig—. Le tenía mucho cariño, pese a todas sus debilidades, y nada de lo que hubiera hecho habría cambiado ese sentimiento. En realidad, era muy inocente; estaba hecho de una pasta diferente de la nuestra y creado para un entorno distinto del nuestro, y siempre me sorprendía y preocupaba la efusión de sus sentimientos…»[116] Jochen, el menor, luchó en el bando

aliado y fue apresado por los alemanes, que lo torturaron por traidor. Sin embargo, sobrevivió a la terrible experiencia. Cuando en diciembre de 1941 Hitler declaró la guerra a Estados Unidos, la casa de Gretl en la Kundmanngasse fue expropiada y puesta al servicio de los nazis. Muchos de los objetos que había en ella fueron robados.

En Washington, Ji se enamoró de una mujer nada corriente, Veronica Morrison-Bell, con muy buena cabeza para la mecánica y entusiasta de las judías enlatadas Heinz y de los coches veloces. Era la tercera hija de un desconocido baronet de Northumberland y tenía veintinueve años cuando llegó por primera vez a Estados Unidos. Como mujer de espíritu independiente, estaba de vacaciones en Tokio justo antes de que estallara la guerra, cuando descubrió que no podía regresar a Europa debido a que el camino estaba plagado de buques de guerra y minas. Así pues, decidió dirigirse hacia el este, atravesó el Pacífico y llegó a California el 2 de octubre de 1940. Una amiga de sus padres, la rica mecenas Dorothea Merriman, le buscó un trabajo de secretaria en la oficina del Estado Mayor Conjunto de los Aliados en Washington, donde se trazaban planes supersecretos para un posible gobierno de Churchill en el exilio. Veronica, cuyo hermano era capitán del Séptimo de Lanceros, era una patriota fervorosa, y se rumoreaba que su consentimiento para casarse con Ji dependía de que este abandonara su trabajo burocrático y se alistara en el ejército para combatir a los nazis. Así pues, en la primavera de 1941 Ji se enroló como alférez cadete en los Reales Húsares Canadienses del Duque de York, y el 17 de julio de 1942 la pareja se casó en un campamento de instrucción de oficiales en Brockville, Ontario, donde un taxista actuó de testigo. Gretl lloró la pérdida de su «niño mimado» pero aceptó la situación lo mejor que pudo. «Me agrada Veronica —escribió a Ludwig—. Me gusta

mucho, aunque soy consciente de que bajo su aspecto tierno hay un hueso duro y amargo.»[117]

Ji, o Stoney, como lo conocían sus compañeros oficiales, se entrenó a conciencia y se le consideró un militar muy competente, aun cuando blasfemaba demasiado y denigraba al ejército canadiense describiéndolo como «un maldito hatajo de imbéciles inútiles».[118] Cuando su destacamento llegó a Francia en 1944, conoció la acción en el campo de batalla contra las divisiones Panzer especialmente formadas por miembros de las Juventudes Hitlerianas. Como hablaba bien alemán, se convirtió en un valioso interrogador, traductor y oficial destinado a tareas de información, pero jamás superó el grado de mayor porque «algún general canadiense mal nacido» le impidió el ascenso. El problema llegó al final de la guerra, cuando participó en el juicio del *Brigadeführer* de las SS Kurt «Panzer» Meyer, un militar alemán con muchísimas condecoraciones, al que se acusaba erróneamente de haber ordenado el asesinato de prisioneros de guerra canadienses en Normandía en 1944. Ji trabajaba para la acusación y, antes de que el juicio comenzara, dijo que el veredicto de culpabilidad era inevitable y que se le condenaría a muerte. Durante el proceso, en el que ejerció de intérprete, se descubrió que había tratado de influir en la declaración de un testigo gritándole e intimidándolo, de modo que «un general mal nacido»,[119] es decir, el juez militar, lo expulsó de la sala e hizo llamar a otro intérprete para que lo sustituyera. Meyer fue condenado a muerte, pero después de una enérgica campaña llevada a cabo tanto por los alemanes como por los canadienses quedó en libertad en septiembre de 1954.

Las batallas de la guerra de Paul fueron muy distintas. En Nueva York se unió a un grupo de exiliados denominado Acción Austríaca y dirigido por el conde Ferdinand Czernin, hijo de quien fuera ministro de Asuntos

Exteriores austríaco durante la Primera Guerra Mundial. El grupo, que estaba compuesto por personas de toda índole y de muy diversas orientaciones políticas, se había constituido para defender el derrocamiento del régimen nazi de Austria. Paul invirtió su dinero y tiempo en apoyar al grupo y actuó en varios importantes conciertos organizados en Nueva York por Acción Austríaca para recaudar fondos. Debido a ello, el gobierno estadounidense, que creía que todos los miembros de Acción Austríaca eran comunistas, comenzó a recelar de él. Durante el conflicto bélico Paul también ofreció conciertos para levantar la moral de las tropas estadounidenses; tocó para los soldados de Oakland, Camp Shanks y Gulfport Fiel un arreglo del concierto de Ravel con acompañamiento de banda militar de metal. En abril de 1944 dio un concierto en Nueva York en apoyo de la Sociedad de Ayuda al Inmigrante Hebreo. Todas las semanas enviaba paquetes de comida y dinero a viejos amigos y antiguos criados de Austria, Francia e Inglaterra.

Como no podía influir de ningún modo en lo que sucedía en Europa desde el punto de vista musical, empezó a sospechar que le estaban arrebatando el magnífico repertorio de piezas para la mano izquierda que había encargado con su fortuna y que tanto éxito le habían proporcionado. Había dos tipos de robos: uno consistía en arreglar las composiciones originales para la mano izquierda con el fin de que pudieran tocarse con ambas, y el otro, en que cualquier otro pianista, manco o no, interpretara las que él consideraba sus obras. Ya antes de la guerra Ravel, indignado por las libertades que Paul se había tomado con su concierto, había defendido que el pianista francés Jacques Février interpretara su obra tan pronto como venciera el contrato con Wittgenstein. Para irritación de Paul, Février grabó el concierto de Ravel en 1943. Al mismo tiempo, Richard Strauss, en una iniciativa que sabía que enfurecería a Paul, dedicó su *Panathanäenzug* al

joven pianista alemán Kurt Leimer, que acto seguido realizó la primera grabación de la obra.

En Austria, debido al éxodo de compositores judíos, Franz Schmidt se convirtió en la nueva encarnación del genio musical de pura sangre alemana. Ya era un hombre enfermo cuando se produjo el *Anschluss*, y el tan esperado reconocimiento oficial se le subió a la cabeza. En el estreno de su oratorio *Das Buch mit sieben Siegeln* (El libro de los siete sellos), realizó el saludo nazi desde su butaca de la platea en el Musikverein y se comprometió a componer otra obra titulada *Die deutsche Auferstehung* (La resurrección alemana) para ensalzar al partido nazi. Murió antes de concluirla, pero todos estos acontecimientos limitaron en gran medida su prestigio internacional póstumo.

Paul, que lo veneraba casi como a un padre, quedó desconsolado al descubrir, poco después del fallecimiento del compositor en 1939, que un joven pianista de ideología fascista llamado Friedrich Wührer estaba componiendo e interpretando arreglos para las dos manos de las seis obras concebidas originalmente para la mano izquierda. Wührer era un ex alumno de Schmidt, del que años después Paul diría que «se había pasado diez años gritando "¡Heil Hitler!" y ahora solo toca música para borrar ese pasado».[120] Odiaba a Paul con la misma vehemencia que este le odiaba a él. «En Austria —escribió a un colega pianista—, no nos tomamos muy en serio a herr Wittgenstein. Es un neurasténico rico, presuntuoso y, como pianista, despreciable.»[121]

Wührer afirmaba haber visitado a Schmidt en el hospital, donde comentó al compositor, ya moribundo, que todavía no había escrito nada «adecuado» para el piano. Según parece, Schmidt repuso: «He compuesto un concierto para piano. ¡No tiene más que arreglarlo para las dos manos!». Wührer sostenía que esto le autorizaba a hacer arreglos para las dos manos de todas

las obras compuestas para una sola. Paul escribió desde Estados Unidos furibundas cartas de protesta a la viuda del compositor, pero las respuestas recibidas eran confusas y equívocas. La mujer estaba desequilibrada y más tarde se le daría muerte dentro del plan de eutanasia de los nazis. «Sé que Wührer miente, pero ¿cómo voy a demostrarlo?», escribió Paul, desesperado, a Koder.

Durante esos años Wührer interpretó todas las obras de Schmidt para la mano izquierda con los arreglos para dos manos realizados por él mismo, sin tener en cuenta que todavía estaban sujetas al contrato de exclusividad de Paul. Había aceptado escribir un breve aviso en los programas de los conciertos («Esta obra fue compuesta para Paul Wittgenstein y es un arreglo para dos manos de una composición concebida para la mano izquierda»), pero, como Paul era un judío exiliado (en la guía oficial nazi *Lexikon der Juden in der Musik* figuraba como concertista proscrito), en Viena nadie tenía por qué ceder a sus exigencias transatlánticas. En consecuencia, en los programas de Wührer no aparecía el aviso.

A finales de 1944 el apoyo a Hitler en Viena se había esfumado. Los aviones estadounidenses que llegaban para bombardear a los vieneses se llamaban Liberators. En las misiones de combate los pilotos machacaban la ciudad desde el aire convencidos de que estaban liberando a sus habitantes del pesado yugo de la opresión alemana. Y así es como lo vivían también muchos vieneses: no como un castigo por haber recibido con los brazos abiertos a un compatriota execrable, por haberle entregado su país, por haber implantado sus brutales proyectos con un brío y entusiasmo que el dictador demente jamás habría podido imaginar, ni por haber defendido durante cinco años el espantoso régimen con sus cañones, sus bombas y sus vidas… no, a los estadounidenses se les consideraba «libertadores» y, ahora que el ejército ruso, sediento de sangre, se aproximaba a toda velocidad por

el este, era fundamental para los vieneses que los benévolos estadounidenses llegaran primero a la ciudad.

Un día lluvioso de diciembre de 1945, un Liberator estadounidense en misión ordinaria arrojó una bomba de racimo sobre el otrora próspero barrio vienés de Wieden. Uno de los proyectiles cayó sobre el tejado del *palais* de los Wittgenstein. La explosión destrozó la parte posterior del edificio: hizo pedazos la fachada que daba al jardín y demolió la mitad de la pared trasera. La espléndida alcoba donde Karl había agonizado en 1913 quedó reducida a escombros; el techo del *Musiksaal*, donde otrora se habían deleitado oyendo música Brahms, Mahler y Hanslick, se vino abajo, y la magnífica bóveda de cristal que durante setenta años había permitido que la luz del sol iluminara la escalera de mármol se desplomó y quedó convertida en miles de fragmentos de metal retorcido y vidrio roto. Después de una explosión ensordecedora, el aire se llenó de polvo. A lo lejos el ruido de unas sirenas se sumó al monótono repiqueteo de la lluvia.

El final de los caminos

Tras la guerra Viena quedó dividida en sectores de ocupación francés, británico, soviético y estadounidense. Los desplazamientos entre estas cuatro zonas estaban restringidos. El *palais* se encontraba en el sector ruso. Durante un mes el magnífico edificio quedó expuesto a las inclemencias del tiempo y, durante casi un año más, estuvo cegado con tablones y abandonado. La reparación de los daños correspondió a Hermine, pero hasta la primavera de 1947 no pudo vivir en él. Envió a Paul a Estados

Unidos los cuadros, muebles, manuscritos y una colección de porcelana que le pertenecían, pero no hubo ninguna reconciliación ni ningún contacto entre ambos, salvo a través de sus respectivos abogados. Si Hermine estaba eufórica por haber regresado a su antiguo hogar, aun cuando fuera sin la compañía de su hermano, la alegría le duró poco, pues al cabo de seis meses le diagnosticaron un cáncer ginecológico incurable.

Ludwig volvió a Viena por primera vez en nueve años para verla. Tampoco se encontraba demasiado bien. Había abandonado su cátedra en Cambridge con el fin de escribir y se había trasladado a Irlanda, donde cambiaba una y otra vez de domicilio en un estado muy próximo a la crisis nerviosa. En Viena encontró muy mal a su hermana, cuyo estado fue empeorando durante 1948. Después de realizarle una importante intervención quirúrgica a principios de 1949, le dijeron que le quedaba poco tiempo de vida: dos o tres años como máximo. Luego sufrió una leve embolia, a la que siguió otra más grave, tras lo cual todos comprendieron que su muerte era inminente. Gretl y Helene estuvieron al lado de Hermine, que en algunos momentos recuperaba la conciencia.

Ludwig quiso regresar a Viena en marzo, pero Gretl trató de impedir su visita argumentando que no serviría más que para alterar a Hermine, que ya no reconocía a nadie. Rudolf Koder contó a Ludwig una versión un tanto distinta en una carta, a la que este contestó enojado:

> Parece que mi hermana Gretl me da noticias falsas en las que indica que Hermine no reconoce a nadie. Es muy desagradable recibir información contradictoria. Por favor, no te dejes influir por nadie y sigue escribiendo la verdad tal como la ves. No confíes en el criterio de Gretl, es demasiado temperamental.[122]

En marzo de 1949 Paul, que llevaba más de once años sin pisar Viena, viajó a la ciudad, pues le habían invitado a actuar en dos conciertos para

conmemorar el décimo aniversario de la muerte de Franz Schmidt. Ludwig escribió a Marga Deneke para pedirle que le informara de que Hermine estaba muriéndose. Al parecer Marga así lo hizo, pero Paul, que tocó las *Variaciones Beethoven* de Schmidt con la Filarmónica de Viena el 13 de marzo y dos quintetos en el Brahmssaal el 19 del mismo mes, no fue a ver a su hermana enferma.

Viena ya no era la ciudad segura y magnífica que él recordaba de su primera juventud, y tampoco el centro cultural dinámico y cosmopolita de los años de entreguerras. El paisaje urbano de 1949 conservaba las cicatrices de la guerra, y la pasión de sus gentes, despojadas de la energía judía y debilitada por la vergüenza de la complicidad con el terror nazi, había quedado reducida a un trágico rescoldo. Hacía mucho tiempo que Paul había unido su suerte a la de los estadounidenses y, aunque en el fondo seguía siendo un patriota austríaco, cuando llegó a Viena en 1949 no lo hizo como un exiliado que añoraba su tierra natal, sino como un turista, como un huésped de hotel y como un concertista internacional. No visitó el *palais*, ni siquiera fue a verlo desde la calle. Su corazón estaba lleno de amargura.

De forma imprudente (pues su salud también flaqueaba), Ludwig aceptó la invitación que le hizo un antiguo alumno de filosofía, Norman Malcolm, de pasar una temporada en Ithaca, en el estado de Nueva York. En el mes de abril, antes de partir hacia Estados Unidos, viajó a Viena para ver a Hermine. Paul ya se había marchado de la ciudad y Ludwig comprendió que la vida de su hermana pendía de un hilo. Escribió al profesor Malcolm: «No he trabajado nada desde principios de marzo y no he tenido fuerza siquiera para intentarlo. Dios sabe cómo irán las cosas ahora».[123] El médico de Dublín le dijo que padecía una anemia perniciosa, que podía corregirse con pastillas de hierro y de extracto de hígado. Se le realizó una radiografía de estómago y en la zona donde se sospechaba que podía haber

un tumor no se apreció ninguna anomalía. El 21 de julio zarpó en el *Queen Mary*.

Estados Unidos le pareció a Ludwig un país muy caluroso y desconcertante. Los Malcolm le trataban con amabilidad, pero se sentía como «un viejo tullido» y «demasiado estúpido» para escribir cartas. Se presentó por sorpresa en la casa de Paul en Long Island, pero solo encontró allí una criada y se marchó sin dejar ninguna nota. Una vez más, se sentía enfermo, lo bastante mal para someterse a un examen médico, y una vez más no encontraron nada grave. El día anterior, en un ataque de desesperación, había dicho a Malcolm: «No quiero morirme en América. Soy europeo; quiero morir en Europa. ¡Qué tonto fui al venir!».[124]

Cuando regresó a Londres, volvió a hacerse un reconocimiento médico y por fin hallaron la causa de su malestar. Tenía un cáncer avanzado de próstata que era inoperable y que al extenderse a la médula ósea había originado una anemia. Se le prescribió un tratamiento: la administración oral de estrógenos —la hormona femenina— para frenar la producción de testosterona. Los efectos secundarios de este tratamiento son mareos, diarrea, sofocos, impotencia e hinchazón del pecho. Como era incapaz de trabajar y se sentía muy agitado, decidió pasar la Navidad en Austria, donde imaginaba que moriría en su vieja habitación del *palais*. «Estoy pensando en irme por un tiempo a Viena, tan pronto como sea posible. Allí no haré nada y dejaré que las hormonas realicen su labor.»[125] Pidió a sus amigos que no mencionaran su enfermedad a nadie, pues era «de la máxima importancia» que su familia no se enterara durante su estancia allí.

El día de Nochebuena, llegó al *palais* y se retiró a dormir. En la Navidad de hacía treinta y siete años Karl agonizaba de cáncer; ahora, en otras sombrías navidades y en el mismo entorno palaciego, les llegaba el turno a su hija mayor y su hijo menor. Ludwig se quedó dos meses en Viena y pasó

la mayor parte del tiempo postrado. Todos los días iba a ver a Hermine, pero ella apenas podía hablarle y, cuando lo hacía, era imposible entender lo que trataba de decir. Hermine falleció el 11 de febrero de 1950. Ludwig escribió a un amigo de Inglaterra: «Mi hermana mayor falleció plácidamente ayer por la noche. Durante los últimos tres días esperábamos que en cualquier momento llegara su fin. No ha sido una sorpresa».[126]

Hermine pasó la mayor parte de sus setenta y cinco años dedicada a atender a los demás, acomplejada por su sentimiento de inferioridad y de ineptitud en el trato social. Había pintado algunos cuadros de mediana calidad, el mejor de los cuales era el retrato de Josef Labor en el lecho de muerte. Sus amistades eran pocas, pero fieles. Por encima de todo había sido la guardiana de la llama familiar. Tras la muerte de su padre trabajó muchísimo para mantener sus propiedades, sus normas y sus valores, así como para honrar su memoria. Había conservado el *palais* vienés y realizado mejoras importantes en Hochreit y en el *palais* de Neuwaldegg. Sus memorias inéditas, escritas para sus sobrinos nietos, retratan a los Wittgenstein desde una perspectiva de cuento de hadas y revelan que sentía más cariño y estaba más orgullosa de sus tíos y tías que de la mayoría de sus hermanos, e incluso que de su madre. En ellas solo habla bien de Ludwig y Gretl, y despacha con unas pocas palabras a Hans, Rudi, Kurt, Helene y Paul. Pese a todos los defectos evidentes de Hermine, su muerte causó una honda impresión a Ludwig. «Una gran pérdida para mí y para todos nosotros —escribió en su diario—. Mayor de lo que habría imaginado.»[127]

Ludwig sabía que también moriría pronto, pero tras el fallecimiento de Hermine siguió escribiendo y viajando de un sitio a otro durante todo un año. En abril de 1950 fue a Cambridge; luego, tras una breve estancia en Londres, se trasladó a Oxford, disfrutó de unas vacaciones en Noruega en

agosto y, a su regreso, se instaló en la casa de su médico, Edward Bevan, y su esposa, en Cambridge. Para el mes de febrero su deterioro era tal que se decidió que todo tratamiento sería inútil. Espoleado por la noticia, Ludwig dijo a la señora Bevan: «Ahora voy a trabajar como nunca he trabajado en mi vida».[128] De inmediato se puso a escribir gran parte del libro que hoy conocemos como *Sobre la certeza*. Lo concluyó exactamente el día en que cumplía sesenta y dos años. «¡Que cumpla muchos más!», le dijo la señora Bevan. «No cumpliré ninguno más», respondió él.[129] A la mañana siguiente escribió su último pensamiento filosófico:

> Quien, soñando, dijera «Sueño», por mucho que hablara de un modo inteligible, no tendría más razón que si dijera en sueños «Llueve» cuando está lloviendo en realidad. Aunque su sueño estuviera en realidad relacionado con el ruido de la lluvia.[130]

Aquella noche, el estado de Ludwig empeoró considerablemente y, cuando el doctor Bevan le dijo que no era probable que viviera más de un par de días, repuso: «¡Bien!». Antes de perder el conocimiento por última vez susurró al señor Bevan: «¡Dígales que he tenido una vida maravillosa!». En sus últimos instantes de vida, inconsciente y ajeno por completo a todo, permanecieron junto a su lecho cuatro antiguos alumnos suyos y, a instancias de estos, un monje dominico. Fue enterrado al día siguiente (30 de abril de 1951), según el rito católico, en el cementerio de St. Giles de Cambridge. No estuvo presente ninguno de sus familiares ni de sus amigos de Viena.

Si alguna vez hubiera un juicio para demostrar que el cáncer es una enfermedad genética, el caso de la familia Wittgenstein debería presentarse como prueba concluyente. Dieciocho meses antes del fallecimiento de Hermine, Maria Salzer, hija de Helene, murió de cáncer. Las dos hijas de Helene, así como varias de sus nietas y bisnietas, padecieron esa

enfermedad. La propia Helene murió a causa de ella en 1956. No había visto a su hermano Paul desde 1938.

Por lo que se refiere a Gretl, sobrevivió a Helene un par de años, que sin embargo no fueron particularmente felices. Regresó a Viena, pero sin la alegría y la determinación de antaño. Su vida social no era la misma que en las décadas de 1920 y 1930, y estaba sola. Al pesar que sentía por las payasadas de su tarambana hijo mayor (que se casó cinco veces y gastaba todo el dinero que caía en sus manos) se sumó la decepción de ver la ociosidad y falta de ambición de su hijo menor una vez acabada la guerra. En 1945 Ji había vuelto la espalda a su prometedor futuro en Washington y había optado por llevar la vida indolente de un hacendado inglés en Dorset, donde él y Veronica crearon una familia.

Gretl no volvió a hablar jamás de Paul, pero lo mencionaba en las cartas que dirigía a Ludwig antes de que este muriera. «Durante un tiempo creí que Paul depondría su actitud —escribió—, pero ahora comprendo que lo hemos perdido para siempre. No olvida con facilidad y no creo que con la edad se vuelva más afable. Le entiendo mucho mejor ahora que en los viejos tiempos, cuando su autoritarismo me sacaba de quicio.»[131]

En 1958 su corazón, que le daba problemas desde su juventud, sucumbió finalmente. Gretl sufrió tres ataques sucesivos en poco tiempo y se recuperó lo suficiente para fingir ante su nieto que estaba llena de energía y se pondría bien, pero pasó los días que le quedaban luchando por mantener la conciencia en una cara clínica privada de la Billrothstrasse. Fue allí, en una pequeña habitación de la Rudolfinerhaus, donde murió el 27 de septiembre. De todos los hermanos Wittgenstein, Gretl era la más simpática, divertida y amable, pero también la más autoritaria, ambiciosa y mundana. Detestaba esos rasgos de su persona, pero carecía de la fortaleza para combatirlos. Aunque siempre se las arreglaba para irritar a los demás y entrometerse en

sus asuntos, sus muchos amigos y descendientes la recordaban con profundo afecto. Recibió sepultura el 1 de octubre de 1958 en el cementerio municipal de Gmunden, junto a su marido.

El final del trayecto

Paul Wittgenstein murió el 3 de marzo de 1961. Tenía setenta y tres años. Al igual que su hermano menor, sufría cáncer de próstata y la consiguiente anemia, pero al final fue una neumonía aguda lo que le arrebató la vida.

En apariencia sus últimos años en Estados Unidos habían sido felices. Su familia, a la que a finales de noviembre de 1941 se había sumado un hijo varón, Paul, se mudó desde Huntington a una confortable residencia de imitación del estilo Tudor en Great Neck, con algo de terreno y amplias vistas de Long Island Sound. Siguió pasando la mayor parte de su tiempo, salvo los fines de semana y las vacaciones más largas, en Manhattan, pero, a pesar de esta poco corriente organización familiar y de la diferencia de edad entre él y su esposa, el matrimonio fue, al menos según ciertas versiones, feliz. En 1946 él y su familia obtuvieron la plena ciudadanía estadounidense y Paul jamás se lamentó de ello. Durante un período de retiro parcial de las salas de concierto en 1958 publicó tres libros de música para piano para la mano izquierda, que incluían algunos de sus propios arreglos, de los que se sentía muy orgulloso. Ese mismo año, la Academia Musical de Filadelfia le galardonó con un doctorado honoris causa en reconocimiento a los servicios prestados a la música.

Tuvo muchos alumnos de piano, a todos los cuales enseñó gratuitamente,

y ese trabajo le brindó grandes satisfacciones. Uno de ellos, Leonard Kastle, magnífico compositor y, más tarde, galardonado director de cine, acabó siendo su mejor amigo. Sin embargo, su forma de interpretar empeoró de forma considerable durante ese período. En su época más brillante, entre 1928 y 1934, había sido un pianista de primera línea con una destreza técnica y una sensibilidad sobresalientes, que conseguía electrizar al público con su llamativa presencia en el escenario. No obstante, tras su muerte su prestigio como pianista es bajo. Esto se debe en parte a su costumbre de modificar la música original de compositores famosos, quienes luego se lo recriminaban. Ravel siguió echando pestes de él hasta que murió, Prokofiev lo insultó en su autobiografía y Britten revisó la partitura de sus *Diversiones* después de 1950 con el fin de crear una «versión oficial» que impidiera a Paul interpretar la suya, que de ese modo habría quedado obsoleta. También se da la circunstancia de que Paul hizo muy pocas grabaciones, y la mayoría de ellas son malas. Una interpretación al piano de los arreglos que hizo de la *Chacona en re mayor de Bach-Brahms* es impecable, pero las grabaciones del concierto de Ravel y del *Parergon* de Strauss no son tan buenas. Ciertos errores torpes, un fraseo descuidado y algunas modificaciones innecesarias de la música echan a perder estas tres interpretaciones.

Por otro lado, parece que la tensión nerviosa de actuar en público era demasiado fuerte para él. En los primeros años hizo interpretaciones de alta calidad, aunque de vez en cuando su ejecución era tosca y desmañada. Con el paso de los años, el esfuerzo físico y mental empezó a superarle, y cada vez ofrecía más de estas últimas interpretaciones y menos de las primeras. Las orquestas y los directores que lo invitaban una vez, en contadas ocasiones intentaban contratarle de nuevo. En Inglaterra, Marga siguió buscando trabajo para su viejo amigo, pero cada vez le costaba más. El

director Trevor Harvey, que en octubre de 1950 había interpretado *Diversiones* con Paul en Bournemouth, escribió una carta a Marga ocho años después:

> Creo que me resultará muy difícil conseguir algo para Paul. Estoy seguro de conocerte lo bastante para poder decir exactamente lo que pienso sin que te ofendas debido a tu vieja amistad con P. W. La pregunta es: ¿cómo toca ahora? Porque la última vez que estuvo aquí no causó buena impresión; francamente, la interpretación que hizo conmigo en Bournemouth de la obra de Britten tuvo muchos momentos brillantes, pero también hubo grandes dosis de ejecución basta y, como interpretación, a veces no se entendía la intención de Britten […] Es posible, claro está, que Paul toque ahora muchísimo mejor que la última vez, pero va a ser difícil convencer a la gente sin ninguna prueba de ello.[132]

Dos semanas después de aquella actuación en Bournemouth, Paul había vuelto a interpretar *Diversiones* en el Royal Albert Hall de Londres bajo la dirección de sir Malcolm Sargent. El crítico del *Times* reflejó en su reseña «una cálida acogida», pero a continuación decía: «Su familiaridad con estas obras ha alimentado en él cierto desprecio por la elegancia de los detalles, que podría subsanar perfectamente analizando de nuevo cada uno de ellos en la partitura».[133]

El pianista Siegfried Rapp, que había perdido el brazo derecho en una batalla de la Segunda Guerra Mundial, se mostró especialmente implacable. En una carta pidió permiso para interpretar algunas de las obras que Paul había encargado, y este se lo denegó con toda rotundidad:

> Nadie construye una casa para que otro viva en ella. Encargué y pagué las obras, la idea fue mía […] Construir esta casa me ha costado mucho dinero y esfuerzo; de todos modos, fui demasiado generoso con los contratos, como en el caso de Ravel, y ahora se me castiga por ello. Las obras sobre las que todavía tengo derechos de interpretación en exclusiva deben seguir siendo mías mientras continúe actuando en público; es justo y razonable. Cuando haya muerto o ya no dé conciertos, las obras quedarán a disposición de todo el mundo, pues no tengo el menor deseo de que acumulen polvo en las bibliotecas en detrimento de los compositores.[134]

Rapp estaba decidido a conseguir alguna obra del catálogo de encargos de Paul y, tras la muerte de Prokofiev, logró que la viuda del compositor le entregara una copia de su concierto para la mano izquierda. En 1956, para indignación de Paul, ofreció su primera interpretación mundial en Berlín. La actitud de Rapp hacia Paul fue de violenta aversión. En una carta dirigida al pianista checo Otakar Hollmann, señaló: «Me imaginaba que no habría nada especial en las interpretaciones de Wittgenstein, pero lo que he escuchado en los discos ha sido indescriptiblemente malo […] Estoy horrorizado y decepcionado. ¡No es en modo alguno un pianista! A mi juicio, Wittgenstein no es ahora más que un diletante rico».[135]

Paul debería haberse retirado antes, pero era un luchador y siguió contemplando cada actuación como una forma de poner a prueba su resistencia y su coraje. Abandonar habría supuesto, al menos para él, el inaceptable reconocimiento de un fracaso. Incluso enfermo, hasta un año antes de morir, continuó realizando giras y ofreciendo en público interpretaciones de una calidad cada vez menor. No era la vanidad lo que le impulsaba, pues en el fondo era un hombre modesto. «Me sobrestimas muchísimo —escribió a su alumno Leonard Kastle poco antes de fallecer—. Solo tengo unas pocas virtudes, el resto no vale gran cosa, y no lo digo para que me digas lo contrario, sino porque es la verdad.»[136]

Fue sin duda esa misma combinación de orgullo, honor y terquedad lo que obstaculizó cualquier posible reconciliación con sus hermanos, pero a este respecto todos los Wittgenstein se parecían y podía culpárseles por igual. Cuando Gretl y Paul fueron citados ante un tribunal de Nueva York para prestar juramento en el caso de un amigo que solicitaba la nacionalidad estadounidense, ambos enviaron a un representante legal para no tener que verse. O, como dijo Gretl, «yo estaba segura de que él no soportaría verme, así que mandé a mi abogado».[137] Cuando estaba en su lecho de muerte,

Hermine comentó que pensaba muchas veces en Paul, pero que no iba a llegar al extremo de pedir verlo; mientras ella agonizaba, Ludwig aventuró: «Creo que [Hermine] quiere hacer las paces, por así decirlo, y sofocar toda la amargura».[138] Pero nadie hizo nada al respecto.

Una situación similar se había planteado con el memorándum que Paul elaboró acerca de la monumental disputa por los fondos Wistag. Lo encargó «porque es posible que más adelante sea necesario para salvar mi honor», pero indicó a su abogado: «Quisiera pedirle que en un principio no envíe copia de él a mi hermano, sino que lo haga solo si él lo solicita expresamente».[139] Como es lógico, Ludwig no lo pidió y, por consiguiente, nunca lo leyó, pese a que, en su forma final, el informe estaba encabezado por el siguiente comentario: «Lo que a continuación se expone no se concebió originalmente como un apéndice de mi testamento ni fue redactado para mis hijos, sino que estaba pensado sobre todo para que lo leyera mi hermano, que vive en Inglaterra».[140]

Si Paul hubiera estado en casa cuando Ludwig fue a verlo en 1949, la amarga enemistad (al menos, en la forma que adoptó entre los dos hermanos) podría perfectamente haber concluido allí. Ambos lamentaban la ruptura pero, a excepción de aquella visita ad hoc, ninguno de los dos estaba dispuesto a dar el primer paso. Marga intentó reunirlos en varias ocasiones, pero sus esfuerzos fueron burdos y supusieron una gran ofensa:

> Paul está en Oxford con las hermanas Deneke [escribió Ludwig a Rudolf Koder en marzo de 1949] y hace poco recibí una curiosa invitación de la señorita Deneke que me disgustó mucho; en ella me pedía que fuera a visitarla mientras Paul estaba allí. Le contesté exponiendo las razones por las que no estaba dispuesto a aceptar la invitación […] Estoy seguro de que no la envió siguiendo instrucciones de Paul. Creo más bien que quería favorecer un encuentro y mi hermano le dio permiso para invitarme, lo que ella, como es estúpida, hizo del modo más estúpido.[141]

Un año más tarde, cuando Paul estaba en Inglaterra interpretando

Diversiones, Marga, sin dejarse desanimar por la respuesta anterior de Ludwig, volvió a intentarlo. Esta vez fue a visitarlo a la buhardilla de St. John Street donde se alojaba, en Oxford:

> Estaba sentado con una bata puesta junto al fuego. Su voz todavía tenía la aspereza musical de antaño, pero sonaba más débil, y él llevaba escrito el sufrimiento en su pálido rostro. Al cabo de un minuto me pidió que me marchara. Dijo que revivir viejos recuerdos le hacía estremecer y que verme le traía pensamientos de Viena y de su casa que eran demasiado abrumadores para él.[142]

Paul apenas habló a sus hijos de Ludwig y de sus hermanas. En 1953 escribió a Rudolf Koder: «No tengo contacto con mi hermano desde 1939; me escribió una o dos cartas cuando estuve en Inglaterra, en respuesta a la invitación de la señorita Deneke. No las respondí. No sé si habría hecho algo en caso de haber sabido que tenía una enfermedad terminal».[143] Para entonces Paul ya había conseguido dejar atrás su pasado. Ludwig y Gretl creían que tenía que distanciarse de su familia para llevar una existencia libre, plena y feliz.

Tras la muerte de Hermine se vendió el otrora majestuoso *palais* de los Wittgenstein para construir en el solar. Reducido a escombros por las grúas, las excavadoras y los martillos de demolición, su destrucción puso un simbólico final a la historia de los Wittgenstein. Paul y su hijo eran los únicos descendientes masculinos de Karl que seguían con vida y, como no tenían la menor esperanza de regresar al *palais* de Viena, trataron de forjarse una nueva identidad y de encontrar nuevas esperanzas en el desenvuelto y optimista modo de vida de Estados Unidos.

> Es muy triste que nuestra casa de la Alleegasse no solo se haya vendido, sino también demolido, aunque supongo que es inevitable [escribió Paul a Rudolf Koder]. Pero ¿quién puede hoy día vivir en un *palais* con semejantes derroche de espacio y grandiosidad y mantenerlo adecuadamente? Piense solo en la escalera y en los salones del primer piso. Incluso cuando mi difunta hermana y yo

vivíamos allí, los gastos de mantenimiento eran muy superiores a lo que podíamos permitirnos.[144]

El lunes 6 de marzo de 1961 se invitó a sus amigos a rendirle un último homenaje al estilo americano. El cuerpo de Paul había sido trasladado desde el North Shore Hospital, donde había fallecido, hasta el Fliedner Funeral Home de Middle Neck Road, donde, a las diez de la mañana del día siguiente, se ofició un funeral. No hubo discursos. Se reunió un pequeño grupo. En la parte delantera de la sala, un hombre se levantó y colocó la aguja de un gramófono sobre un disco, de treinta y tres revoluciones por minuto, de *Un réquiem alemán* de Brahms. Cuando acabó la primera cara, el hombre se adelantó y dio la vuelta al disco, hasta que la música llegó a su sinuosa conclusión:

Selig sind die Toten, die in dem Herrn sterben, von nun an. Ja der Geist spricht, daß sie ruhen von ihrer Arbeit; denn ihre Werke folgen ihnen nach.

Dichosos los muertos que mueren en el Señor, desde ahora. Sí dice el Espíritu, que descansen de sus fatigas porque sus obras los acompañan.[145]

Nadie subió al estrado para hablar, no se leyó ninguna elegía, no hubo oraciones. Alguien alzó el brazo del gramófono y lo devolvió a su posición de descanso y, cuando el plato hubo dejado de girar, todo el mundo se marchó.

El *New York Times* publicó un extenso obituario en el que se subrayaban los hitos más importantes de la carrera de Paul. En Londres, Trevor Harvey elogió su excepcional generosidad y puso fin a su necrológica en la revista *The Gramophone* con las siguientes palabras: «Como amigo, Paul Wittgenstein jamás será olvidado mientras vivan quienes lo conocieron; pero mucho después de que ya no queden amigos vivos, los melómanos

tendrán motivos para recordarlo con gratitud por la música que hizo que se compusiera».[146] El homenaje de Marga a su excéntrico viejo amigo apareció en el *Times* londinense once días después de su muerte: «La fidelidad a sus amigos fue parte de su fuerte personalidad. Paul Wittgenstein ha añadido ciertamente una distinguida página a la historia de la música».[147]

Epílogo

Hilde Wittgenstein vivió hasta marzo de 2001. Cuando murió estaba completamente ciega y demente a causa de la enfermedad de Alzheimer. Treinta años atrás se había mudado de Long Island, en Nueva York, a Terranova, en Pensilvania, donde vivía en una casa que ella misma había diseñado sirviéndose de bloques de plástico de Lego. El cuerpo de Paul fue exhumado de su tumba en Long Island y enterrado en el cercano cementerio de Pine Grove. Con el paso de los años, Hilde fue recelando cada vez más de todos cuantos la rodeaban y distanciándose de sus aliados más incondicionales: Karoline Rolly, Dorothy Lutz (la señora que la cuidaba), su hijo Paul y una de sus hijas. Pese a su naturaleza desconfiada, legó una gran parte de su fortuna a un grupo pseudorreligioso cristiano de Pensilvania. Durante años conservó celosamente en una habitación de la casa la biblioteca de valiosos manuscritos de Paul, a la que no permitía acceder a nadie. A su muerte se descubrió que contenía muchos tesoros, entre ellos el manuscrito de *Música para piano y orquesta* de Hindemith, que desde hacía tanto tiempo se creía desaparecido. Tras su fallecimiento la biblioteca de Paul, compuesta por tres toneladas y media de libros y manuscritos, se subastó en Sotheby's, en Londres. La adquirió un empresario chino llamado Ng, que había amasado su fortuna introduciendo la hamburguesa Big Mac entre la población de Hong Kong.

Elizabeth, Johanna y Paul (hijo) Wittgenstein se criaron en Long Island, donde recibieron una educación estricta por parte de sus padres. Recordaban a su padre como «una figura severa, incomprensible y un tanto

distante e imponente»,[1] a quien entusiasmaba sobremanera la Navidad. Los tres hablaban inglés en su casa de Long Island y no entendían a sus padres cuando hablaban entre sí en alemán. Aprendieron a tocar el piano con Erna Otten, una antigua alumna de Paul, pero ninguno de ellos tuvo particular inclinación por la música. Elizabeth no tuvo hijos. Al terminar sus estudios se sintió atraída por las profesiones asistenciales, pero tenía el mismo temperamento nervioso que su padre y en febrero de 1974 murió en un accidente en Flushing, Queens, cuyas circunstancias nunca se han aclarado del todo. Johanna, cuyo nombre se sustituyó por el de Joan cuando era niña, se casó con Dane y tiene cinco hijos, el mayor de los cuales nació en vida de Paul Wittgenstein. Fue librera, y en la actualidad está jubilada y vive sola en una casa aislada en los bosques de Virginia. Paul hijo tuvo muy mala salud desde la adolescencia. Fue un matemático con mucho talento y trabajó durante una temporada como programador informático. A principios de la década de 1960 aprendió a pintar en una clínica psiquiátrica y, poco después de recibir el alta, se estableció definitivamente en Austria, donde ha realizado varias exposiciones con el nombre de Louis Wittgenstein que han tenido mucho éxito.

Los hermanos Stonborough, Thomas y Ji, nunca se llevaron demasiado bien. Thomas murió en 1986 después de haber vendido la mayor parte de su herencia, incluida la vivienda de Gretl en la Kundmanngasse, el famoso retrato que Klimt pintó de su madre y varios manuscritos de Ludwig Wittgenstein de los que no era legalmente propietario. El *palais* de la Kundmanngase, amenazado de demolición durante años, consiguió salvarse gracias a unos cuantos entusiastas de la arquitectura y en la actualidad es sede del Instituto de Cultura de Bulgaria. El único hijo de Thomas que todavía vive, Pierre, trabaja en la banca privada y tiene dos hijas.

Ji Stonborough murió en 2002 en Glendon, Dorset. Durante un tiempo

tuvo problemas debido a sus compromisos con la compañía de seguros Lloyd's, y en sus últimos años de vida hubo que implantarle un marcapasos. Su esposa Veronica falleció poco antes que él. Tuvieron tres hijos, pero solo una nieta, que es poeta. La finca de Glendon se vendió en 2007.

La familia Salzer ha sido prolífica, pero muchos de sus miembros han sido víctimas del cáncer. La mayor parte de los descendientes de Helene sigue viviendo en Austria, donde comparten (en número cada vez menor) la propiedad de la casa de retiro estival de los Wittgenstein en Hochreit. El famoso musicólogo Felix Salzer, segundo hijo de Helen y Max, murió en 1986. Cuatro años después su viuda vendió por 1,85 millones de dólares su colección de manuscritos, que incluía el manuscrito original de la *Sonata para violonchelo en la mayor* de Beethoven, una carta de Schubert y un rondó de Mozart. En 1958 Felix había heredado el *palais* de Neuwaldegg. Nunca vivió en él. Durante un tiempo se convirtió en una clínica de reposo para doscientos desplazados de origen germano. Posteriormente la vendió por veintitrés millones de chelines austríacos. La parcela se dividió y en una parte de ella se construyeron viviendas particulares, mientras que la mayor porción de tierra pasó a ser propiedad del Estado. En 2006 los herederos de Paul consiguieron recuperar una pequeña parte de la propiedad de Neuwaldegg a través del Tribunal Constitucional para las Víctimas del Nacionalsocialismo.

Abreviaturas

AP Archivo Prokofiev
BB Biblioteca Bodleiana, Oxford
BNA Biblioteca Nacional de Austria, Viena
BR Bertrand Russell
cp colección particular
GBW Gesamtbriefwechsel, base de datos digitalizada
HW Hermine Wittgenstein
HW1 Hermine Wittgenstein, «Familienerinnerungen»
HW2 Hermine Wittgenstein, *Aufzeichnungen «Ludwig sagt…»*
JSt John Stonborough (Ji)
KW Karl Wittgenstein
LpW Leopoldine Wittgenstein (de soltera, Kalmus)
LW Ludwig Wittgenstein
MD Marga Deneke
MSt Margaret Stonborough (Gretl)
NYT The New York Times
PW Paul Wittgenstein
WMGA Wachtell, Manheim and Grouf Archive
WP The Washington Post

Bibliografía

Libros

Abrahamsen, David, *Otto Weininger: The Mind of a Genius*, Nueva York, 1946.

Alber, Martin, *Wittgenstein und die Musik*, Innsbruck, 2000.

Barchilon, John, *The Crown Prince*, Nueva York, 1984.

Barta, Erwin, *Die Großen Konzertdirektionen im Wiener Konzerthaus 1913-1945*, Frankfurt del Meno, 2001.

Bartley, William Warren III, *Wittgenstein*, Filadelfia, 1973. [Hay trad. cast.: *Wittgenstein*, trad. de Javier Sádaba, Cátedra, Madrid, 1982.]

Beaumont, Anthony, ed., *Alma Mahler-Werfel: Diaries 1898-1902*, Ithaca, 1999.

Beller, Steven, *Vienna and the Jews 1867-1938*, Cambridge, 1989.

—, *A Concise History of Austria*, Cambridge, 2006.

Bernhard, Thomas, *Wittgenstein's Nephew*, trad. al inglés de Ewald Osers, Londres, 1986. [Hay trad. cast.: *El sobrino de Wittgenstein*, trad. de Miguel Sáenz, Anagrama, Barcelona, 1999.]

Black, Max, *A Companion to Wittgenstein's Tractatus*, Cambridge, 1964.

Botstein, Leon, y Hanak, Werner, eds., *Vienna, Jews and the City of Music*, Annandale, 2004.

Brändström, Elsa, *Among Prisoners of War in Russia and Siberia*, Londres, 1929.

Bree, Malwine, *The Leschetizky Method*, Nueva York, 1913. [Hay trad. cast.: *La base del método Leschetizky*, México(?), 1903 o posterior.]

Brook, Donald, *Masters of the Keyboard*, Londres, 1946.

Brook-Shepherd, Gordon, *Anschluss: The Rape of Austria*, Londres, 1963.

Burghard, Frederic F., *Amputations*, Oxford, 1920.

Carroll, Brendan G., *The Last Prodigy: A Biography of E. W. Korngold*, Portland, 1997.

Clare, George, *Last Waltz in Vienna*, Londres, 1981.

Cornish, Kimberley, *The Jew of Linz*, Londres, 1998.

Corti, Egon, y Sokol, Hans, *Kaiser Franz Joseph*, Colonia, 1960.

Crankshaw, Edward, *The Fall of the House of Habsburg*, Londres, 1963.

Davis, John H., *The Guggenheims: An American Epic*, Nueva York, 1978.

Del Mar, Norman, *Richard Strauss: A Critical Commentary on his Life and Works* (3 vols.), Londres, 1978.

Deneke, Margaret, *Ernest Walker*, Oxford, 1951.

Duchen, Jessica, *Erich Wolfgang Korngold*, Londres, 1996.

Edel, Theodore, *Piano Music for the Left Hand*, Bloomington, 1994.

Edmonds, David, y Eidinow, John, *Wittgenstein's Poker*, Londres, 2001. [Hay trad cast.: *El atizador de Wittgenstein: una jugada incompleta*, trad. de María Morrás, Península, Barcelona, 2001.]

Engelmann, Paul, *Letters from Ludwig Wittgenstein, with a Memoir*, ed. de B. F. McGuinness, trad. al inglés de L. Furtmuller, Oxford, 1967.

Flowers, F. A. III, ed., *Portraits of Wittgenstein* (4 vols.), Bristol, 1999.

Fox, Winifred, *Douglas Fox: A Chronicle*, Bristol, 1976.

Friedländer, Saul, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1: *The Years of Persecution 1933-39*, Nueva York, 1997.

Griffin, Nicholas, ed., *The Selected Letters of Bertrand Russell: The Private Years, 1884-1914*, Londres, 1992.

Haider, Edgard, *Verlorenes Wien: Adelspaläste vergangener Tage*, Viena, 1984.

Häseler, Adolf, ed., *Lieder zur Gitarre oder Laute: Wandervogel - Album III*, Hamburgo, 1912.

Hitler, Adolf, *Mein Kampf*, trad. al inglés de James Murphy, Londres, 1939. [Hay trad. cast.: *Mi lucha*, trad. de C. E. Araluce, Época, México, 1982.]

Janik, Allan, *Wittgenstn's Vienna Revisited*, Londres, 2001.

Janik, Allan, y Toulmin, Stephen, *Wittgenstein's Vienna*, Nueva York, 1973. [Hay trad. cast.: *La Viena de Wittgenstein*, trad. de Ignacio Gómez de Liaño, Taurus, Madrid, 1987.]

Janik, Allan, y Veigl, Hans, *Wittgenstein in Vienna*, Nueva York, 1998.

Kaldori, Julia, *Jüdisches Wien*, Viena, 2004.

Kinflberg, U., *Einarmfibel*, Karlsruhe, 1917.

Klagge, James, *Wittgenstein: Biography and Philosophy*, Cambridge, 2001.

Knight, W. Stanley Macbean, *History of the Great European War*, vol. 4, Londres, 1924.

Koppensteiner, Susanne, ed., *Secession: Gustav Klimt Beethovenfries*, Viena, 2002.

—, *Secession: Die Architektur*, Viena, 2003.

Kross, Matthias, *Deutsche Brüder: Zwölf Doppelporträts*, Berlín, 1994.

Kupelwieser, Paul, *Aus den Erinnerungen eines alten Österreichers*, Viena, 1918.

Lansdale, Maria Hornor, *Vienna and the Viennese*, Filadelfia, 1902.

Levetus, A. S., *Imperial Vienna*, Nueva York, 1905.

Levy, Paul, y Marcus, Penelope, eds., *The Letters of Lytton Strachey*, Londres, 1989.

Liess, Andreas, *Franz Schmidt: Leben und Schaffen*, Graz, 1951.

Lillie, Sophie, *Was einmal war. Handbuch der enteigneten Kunstammlungen Wiens*, Viena, 2003.

Long, Marguerite, *At the Piano with Ravel*, trad. al inglés de Olive Senior-Ellis, Londres, 1973. [Hay trad. cast.: *En el piano con Maurice Ravel*, trad. de Fina Warschaver, Granica, Buenos Aires, 1976.]

MacCartney, C. A., *The Social Revolution in Austria*, Cambridge, 1926.

MacDonald, Mary, *The Republic of Austria 1918-1934*, Londres, 1946.

McGuinness, Brian, ed., *Wittgenstein and his Times*, Bristol, 1982.

—, *Wittgenstein: A Life: Young Wittgenstein (1889-1921)*, Londres, 1988. [Hay trad. cast.: *Wittgenstein: el joven Ludwig (1889-1921)*, trad. de Humberto Marraud González, Alianza, Madrid, 1991.]

—, *Approaches to Wittgenstein*, Oxford, 2002.

—, ed., *Wittgenstein in Cambridge. Letters and Documents*, Oxford, 2008.

McGuinness, Brian, Pfersmann, Otto, y Ascher, Maria Concetta, eds., *Wittgenstein Familienbriefe*, Viena, 1996.

Malcolm, Norman, *Ludwig Wittgenstein: A Memoir*, Oxford, 2001. [Hay trad. cast.: *Ludwig Wittgenstein*, trad. de Mario García Aldonate, Mondadori, Madrid, 1990.]

Mayer, Arno, J., *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*, Nueva York, 1988.

Meier-Graefe, Julius, *Der Tscheinik*, Berlín, 1918.

Meyer, Kurt, *Grenadiers*, Mechanicsburg, 2005.

Mitchell, Donald, y Reed, Philip, eds., *Letters from a Life: Selected Letters and Diaries of Benjamin Britten* (2 vols.), Londres, 1991.

Monk, Ray, *Ludwig Wittgenstein: The Duty of Genius*, Londres, 1990. [Hay trad. cast.: *Ludwig Wittgenstein: el deber de un genio*, trad. de Damián Alou, Anagrama, Barcelona, 2002.]

Mosley, Charlotte, ed., *The Mitfords: Letters Between Six Sisters*, Londres, 2007.

Natter, Tobias G., y Frodl, Gerbert, *Klimt's Women*, Viena, 2000.

Nedo, Michael, y Ranchetti, Michele, *Ludwig Wittgenstein: Sein Leben in Texten und Bildern*, Frankfurt del Meno, 1983.

Nemeth, Carl, *Franz Schmidt: Ein Meister nach Brahms und Bruckner*, Viena, 1957.

Neuman, H. J., *Arthur Seyss-Inquart*, Viena, 1970.

Nice, David, *Prokofiev: A Biography 1891-1935*, New Haven y Londres, 2003.

Nicholas, Jeremy, *Godowsky, the Pianists' Pianist*, Hexham, 1989.

Nietzsche, Friedrich, *Also Sprach Zarathustra*, Leipzig, 1886. [Hay trad. cast.: *Así habló Zaratustra*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1985, 12.ª ed.]

Orenstein, Arbie, *A Ravel Reader. Correspondence, Articles, Interviews*, Nueva York, 1990.

Prater, Donald, *Stefan Zweig: European of Yesterday*, Oxford, 1975.

Prokofiev, Sergei, *Autobiography, Articles, Reminiscences*, Nueva York, 2000.

—, *Diaries (1907-1933)* (edición impresa privada en ruso), París, 2002.

Prokop, Ursula, *Margaret Stonborough-Wittgenstein: Bauherrin, Intellecktuelle, Mäzenin*, Viena, 2003.

Rachaminov, Alon, *POWs and the Great War: Captivity on the Eastern Front*, Oxford, 2002.

Redpath, Theodore, *Ludwig Wittgenstein: A Student's Memoir*, Londres, 1990.

Rhees, Rush, ed., *Ludwig Wittgenstein: Personal Recollections*, Oxford, 1981. [Hay trad. cast.: *Recuerdos de Wittgenstein*, trad. de Rafael Vargas, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.]

Robinson, Harlow, *Sergei Prokofiev: A Biography*, Nueva York, 2002. [Hay trad. cast.: *Prokófiev*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1988.]

Russell, Bertrand, *Autobiography* (edición en un solo volumen), Londres, 2000. [Hay trad. cast.: *Autobiografía* (3 vols.), trad. de Juan García-Puente y Pedro del Carril, Edhasa, Madrid, 1990.]

Ryding, Erik, y Pachefsky, Rebecca, *Bruno Walter: A World Elsewhere*, New Haven y Londres, 2001.

Schad, Martha, *Hitler's Spy Princess*, trad. al inglés de Angus McGeoch, Stroud, 2002.

Schonberg, Harold C., *The Great Pianists*, Nueva York, 1964. [Hay trad. cast.: *Los grandes pianistas*, trad. de Clotilde Rezzano de Martini, Javier Vergara, Buenos Aires, 1990.]

Schorske, Carl E., *Fin-de-Siècle Vienna*, Nueva York, 1980. [Hay trad. cast.: *Viena Fin-de-Siècle: política y cultura*, trad. de Iris Menéndez, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.]

Schreiner, George Abel, *The Iron Ration: Three Years in Warring Central Europe*, Londres, 1918.

Schuschnigg, Kurt von, *The Brutal Takeover*, trad. al inglés de Richard Barry, Londres, 1971.

Seroff, Victor, *Maurice Ravel*, Nueva York, 1953.

Shirer, William, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Nueva York, 1959. [Hay trad. cast.: *Auge y caída del Tercer Reich*, trad. de Jesús López Pacheco y Mariano Orta Manzano, Caralt, Barcelona, 1962.]

Smith, Nigel J., *Lemberg: The Great Battle for Galicia*, Londres, 2002.

Somavilla, Ilse, ed., *Denkbewegungen: Tagebücher und Briefe, 19301932, 1936-1937*, edición electrónica, Innsbruck, 1997.

Somavilla, Ilse, Unterkircher Anton, y Berger, Paul, eds., *Ludwig Hänsel-Ludwig Wittgenstein: Eine Freundschaft*, Innsbruck, 1994.

Spitzy, Hans, *Unsere Kriegsinvaliden*, Viena, 1917.

Stone, Norman, *The Eastern Front 1914-1917*, Londres, 1975.

Suchy, Irene, Janik, Alan, y Predota, Georg, eds., *Empty Sleeve: Der Musiker un Mäzen Paul Wittgenstein*, Innsbruck, 2006.

Talalay, Kathryn, *Philippa Shuyler: Composition in Black and White*, Oxford, 1995.

Tolstói, conde León, *The Gospel in Brief*, Londres, 1896. [Hay trad. cast.: *El evangelio abreviado*, trad. de Iván García Sala, KRK, Oviedo, 2006.]

Tovey, Donald Francis, *Essays in Musical Analysis*, vol. 3: *Concertos*, Oxford, 1936.

Trevor-Roper, H. R., ed., *Hitler's Secret Conversations*, Nueva York, 1953. [Hay trad. cast.: *Las conversaciones privadas de Hitler*, traducción de Alfredo Nieto *et al*., Crítica, Barcelona, 2004.]

Unger, Irwin y Debi, *The Guggenheims: A Family History*, Nueva York, 2005.

Walter, Bruno, *Theme and Variations*, Londres, 1947.

Waters, Edward N., *The Letters of Franz Liszt to Olga von Meyendorff, 1871-1886*, trad. al inglés de William R. Tyler, Cambridge, Massachusetts, 1979.

Weiland, Hans, ed., *In Feindes Hand* (2 vols.), Viena, 1931.

Weininger, Otto, *Über die letzten Dinge*, trad. al inglés de Steven Burns, Lewiston, 2001.

Weissweiler, Eva, *Ausgemerzt! Das Lexikon der Juden in der Musik und seine mörderischen Folgen*, Colonia, 1999.

Williams, Gatenby [conocido como William Guggenheim), *William Guggenheim*, Nueva York, 1934.

Witt-Dörring, Christian, *Josef Hoffmann: Interiors 1902-1913*, Nueva York, 2006.

Wittgenstein, Hermine, *Die Aufzeichnungen «Ludwig Sagt»*, Berlín, 2006.

Wittgenstein, Karl, *Politico-Economic Writings*, edición de N. C. Nyiri, Amsterdam, 1984.

Wittgenstein, Ludwig, *Philosophical Investigations*, Oxford, 1953. [Hay trad. cast.: *Investigaciones filosóficas*, trad. de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2003.]

—, *The Blue and Brown Books*, Oxford, 1958. [Hay trad. cast.: *Los cuadernos azul y marrón*, Tecnos, Madrid, 1984.]

—, *Notebooks 1914-1916*, Oxford, 1961. [Hay trad. cast.: *Diario filosófico (1914-1916)*, trad. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Ariel, Barcelona, 1982.]

—, *Zettel*, Oxford, 1967. [Hay trad. cast.: *Zettel*, trad. de Octavio Castro y Carlos Ulises Moulines, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979.]

—, *On Certainty*, Oxford, 1969. [Hay trad. cast.: *Sobre la certeza*, trad. de Josep Lluís Prades y Vicent Raga, Gedisa, Barcelona, 1988.]

—, *Geheime Tagebücher 1914-1916*, Viena, 1992. [Hay trad. cast.: *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991.]

—, *Culture and Value*, Oxford, 1998. [Hay trad. cast.: *Aforismos, cultura y valor*, trad. de Elsa Cecilia Frost, Espasa-Calpe, Madrid, 1995.]

—, *Tractatus logico-philosophicus*, con introducción de Bertrand Russell, edición bilingüe con trad. al inglés de David Pears y Brian McGuinness, Londres, 2000. [Hay trad. cast.: *Tractatus logico-philosophicus*, trad. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Alianza, Madrid, 1999.]

Wright, G. H. von, ed., *Ludwig Wittgenstein: Letters to Russell, Keynes and Moore*, Oxford, 1974. [Hay trad. cast.: *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979.]

Zichy, Géza, conde, *Das Buch des Einarmigen*, Stuttgart, 1916.

Zweig, Stefan, *The World of Yesterday*, Londres, 1943. [Hay trad. cast.: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, trad. de J. Fontcuberta y A. Orzeszek, Acantilado, Barcelona, 2002.]

Artículos y otras obras

Abell, Arthur M., «Count Géza Zichy», *Musical Courier*, 17 de julio de 1915, p. 20.

Albrecht, Otto E., «The Adventures and Discoveries of a Manuscript Hunter», *Musical Quarterly*, vol. 31, n.º 4, octubre de 1945, pp. 492-503.

Anon, «Freiherr Prof. von Eiselsberg's Clinic at Vienna», *British Journal of Surgery*, n.º 6, 1914.

—, «L'Opera del S. P. Benedetto XV in favore dei prigioneri di Guerra», *La Civiltà Cattolica*, marzo de 1918, vol. 2, pp. 293-302.

—, «One-Armed Pianist Undaunted by Lot», entrevista a Paul Wittgenstein, *The New York Times*, 4 de noviembre de 1934, p. 7.

Attinello, Paul, «Single-Handed Success: Leon Fleisher's Keyboard Comeback», *Piano & Keyboard*, n.º 163, julio/agosto de 1993.

Bauman, Richard, «Paul Wittgenstein: His Music Touched Our Hearts», *Abilities Magazine*, n.º 50, primavera de 2002.

Bellamy, Olivier, «Concerto pour la main gauche: La Force du destin», *Le Monde de la Musique*, diciembre de 2004.

Boltzmann, Ludwig, «On Aeronautics», trad. al inglés de Marco Mertens e Inga Pollmann, en Susan Sterrett, *Wittgenstein Flies a Kite*, Londres, 2005, p. 255.

Bonham, catálogo de venta, *European Paintings from the Estate of Hilde Wittgenstein*, 6 de junio de 2006, Nueva York.

Bramann, Jorn K., y Moran, John, «Karl Wittgenstein: Business Tycoon and Art Patron». *Austrian History Yearbook*, vol. 15-16, 1979-1980.

Chinkevich, E. G., *Rapport sur la visite des camps des prisonniers AustroHongrois dans l'arrondissement militaire d'Omsk (Sibérie)*, Petrogrado, 1915.

Czernin, Hubertus, «Der wundersame Weg der Eugenie Graff», *Der Standard*, 27 de febrero de 1998, p. 34.

Davis, Gerald H., «National Red Cross Societies and Prisoners of War in Russia, 1914-1918», *Journal of Contemporary History*, vol. 28, n.º 1, enero de 1993, pp. 31-52.

De Cola, Felix, «The Elegant Art: Playing the Piano with the Left Hand Alone», *Clavier*, vol. 6, n.º 3, marzo de 1967.

Deneke, Margaret, «Memoirs» (texto mecanografiado inédito, 19621964, 2 vols.), Lady Margaret Hall, Oxford.

—, «Mr. Paul Wittgenstein. Devotion to Music», necrológica, *The Times*, 14 de marzo de 1961.

Fitzmaurice-Kelly, capitán M., «The Flapless Amputation», *British Journal of Surgery*, vol. 3, n.º 12, 1915.

Flindell, E. Fred, «Ursprung und Geschichte der Sammlung Wittgenstein in 19 Jahrhundert», *Musikforschung*, vol. 22, 1969.

—, «Dokumente aus der Sammlung Paul Wittgenstein», *Musikforschung*, vol. 24, 1971.

—, «Paul Wittgenstein (1887-1961): Patron and Pianist», *Music Review*, vol. 32, 1971.

Gaugusch, Georg, «Die Familien Wittgenstein und Salzer und ihr genealogisches Umfeld», *Adler: Zeitschrift für Genealogie und Heraldik*, 21 (XXXV), 2001, pp. 120-145.

Godowsky, Leopold, «Piano Music for the Left Hand», *Musical Quarterly*, vol. XXI, julio de 1935.

Harvey, Trevor, «Paul Wittgenstein: A Personal Reminiscence», *Gramophone*, junio de 1961.

Kennard, Daphne, «Music for One-handed Pianists», *Fontes Artis Musicae*, vol. 30, n.º 3, julio/septiembre de 1983.

Kim-Park, So Young, «Paul Wittgenstein und die für ihn komponierten Klavierkonzerte für die linke Hand» (tesis doctoral inédita), Aquisgrán, 1999.

Klein, Rudolf, «Paul Wittgenstein zum 70. Geburtstag», *Österreichische Musikzeitschrift*, n.º 12, diciembre de 1957.

Kong, Won-Young, «Paul Wittgenstein's Transcriptions for Left Hand: Pianistic Techniques and Performance Problems» (tesis doctoral inédita), Denton, Texas, 1999.

Kundi, L. P., «Josef Labor: Sein Leben und Wirken, sein Klavier- und Orgelwerk nebst thematischem Katalog sämtlicher Kompositionen» (tesis doctoral inédita), Viena, 1963.

Kupelwieser, Paul, «Karl Wittgenstein als Kunstfreund», *Neue Freie Presse*, n.º 17.390, 21 de enero de 1913.

Lau, Sandra Wing-Lee, «The Art of the Left Hand: A Study of Ravel's "Piano Concerto for the Left Hand" and a Bibliography of the Repertoire» (tesis doctoral inédita), Stanford, 1994.

McKeever, James, «Godowsky Studies on the Chopin Etudes», *Clavier*, vol. 19/3, marzo de 1980.

Malone, Norman, «The Technical and Aesthetical Advantages of Paul Wittgenstein's Three Volumes of Music "School for the Left Hand"» (tesis doctoral inédita), Chicago, 1973.

Parke-Bernet, galerías, catálogo de venta, *French & Other Period Furniture (Property of the Estate of the Late Jerome Stonborough)*, 18 de octubre de 1940.

Parke-Bernet, galerías, catálogo de venta, *Important Works by Celebrated Modern French Painters Collected in Paris by the Late Jerome Stonborough*, 17 de octubre de 1940.

Patterson, Donald L., *One Handed: A Guide to Piano Music for One Hand*, Westport, 1999.

Pegelow, Thomas, «Determining "People of German Blood", "Jews" and "Mischlinge": The Reich Kinship Office and the Competing Discourses and Powers of Nazism», *Contemporary European History*, n.º 1, vol. 15, pp. 43-65.

Pelton, Robert W., «The Indomitable Paul Wittgenstein», *Contemporary Keyboard*, vol. 3, agosto de 1977.

Penrose, J. F., «The Other Wittgenstein», *American Scholar*, vol. 64, n.º 3, verano de 1995.

Pickard, Bonni-Belle, «Repertoire for Left Handers», *Clavier*, vol. 25, n.º 9, noviembre de 1986.

Reich, Howard, «Rediscovered Score: Pianist's Last Legacy», *Chicago Tribune*, 11 de agosto de 2002.

Rhees, Rush, «Wittgenstein», *Human World*, febrero de 1974.

Ripley, Joan, «Empty Sleeve – The Biography of a Musician», Mary Baldwin College, Staunton, Virginia, 1987.

Ripley, Joan, «A Memory of my Father», 3 páginas, texto mecanografiado, cp.

Salehi, David, «Ludwig Wittgenstein als Schüler in Linz», *Wittgenstein Studies*, 15 de enero de 1997.

Sassmann, Albert, «Aspekte der Klaviermusik für die linke Hand am Beispiel des Leschetizky-Schülers Paul Wittgenstein» (tesis doctoral inédita), Viena, 1999.

—, «Ein Klavierschüler Paul Wittgensteins: Henry Selbin war Dirigent und Komponist», *Allgemeine Zeitung für Rumänien*, 16 de julio de 2004.

Seekircher, Monika, McGuinness, Brian, y Unterkircher, Anton, eds., *Ludwig Wittgenstein: Briefwechsel*, Innsbrucker elektronische Ausgabe, Charlottesville, 2004.

Sotheby's, catálogo de venta, *Music, Including the Paul Wittgenstein Archive*, 22 de mayo de 2003, Londres.

Stack, S., «Media Impacts on Suicide: A Quantitative Review of 293 Findings», *Social Science*

Quarterly, vol. 81, marzo de 2000, pp. 957981.
Stonborough, John J., «Germans Back Hitler – Now!», *Sign*, diciembre de 1939.
—, «The Totalitarian Threat», *Sign*, noviembre de 1940.
Thormeyer, F., y Ferrière, F., *Rapport sur leurs visites aux camps de prisonniers en Russie. 14. Omsk*, Ginebra, marzo de 1915.
Turner, J. Rigbie, «Infinite Riches in a Little Room: Music Collections in the Pierpont Morgan Library», *Notes*, 2.ª serie, vol. 55, n.º 2, diciembre de 1988.
Unger, Aryeh L., «Propaganda and Welfare in Nazi Germany». *Journal of Social History*, vol. 4, n.º 2, invierno de 1970, pp. 125-140.
Wechsberg, Joachim, «His Hand Touched Our Hearts», *Coronet*, vol. 25, n.º 8, junio de 1959.
Wittgenstein, Paul, «The Legacy of Leschetizky», *Musical Courier*, vol. 132, n.º 2, agosto de 1945.
—, «Preface», en su obra *School for the Left Hand*, Viena, Zurich y Londres, 1957.
—, *Über einarmiges Klavierspiel*, Instituto Austríaco, Nueva York, 1958.

Colecciones de cartas manuscritas

Hermine Wittgenstein y Margaret Stonborough a Ludwig Wittgenstein: manuscritos de la Biblioteca Nacional Austríaca, Viena (Colección Stonborough).
Margaret Stonborough a Hermine Wittgenstein y diarios de Margaret Stonborough, etc.: Pierre Stonborough, colección particular.
Ludwig Wittgenstein a Paul Wittgenstein: colección particular de manuscritos.
Ludwig Wittgenstein a sus hermanas y su madre: manuscritos de la Biblioteca Nacional Austríaca, Viena (Colección Stonborough).
Paul Wittgenstien a Benjamin Britten: manuscritos de la Biblioteca Britten-Pears, Aldeburgh.
Paul Wittgenstein a Marga Deneke: manuscritos de la Biblioteca Bodleiana, Oxford (Colección Deneke).
Paul Wittgenstein a Rudolf Koder: colección particular de manuscritos.
Paul Wittgenstein a Erich Korngold: manuscritos de la Biblioteca Nacional Austríaca, Viena; manuscritos del Archivo Erich Wolfgang Korngold, Hamburgo.
Paul Wittgenstein a Josef Labor: manuscritos de Wiener Stadt und Landesbibliothek, Viena.
Paul Wittgenstein a Donald Francis Tovey: manuscritos de la Biblioteca de Música Reid, Edimburgo.
Paul Wittgenstein a Ernest Walker: manuscritos de la Biblioteca del Balliol College, Oxford.
Paul Wittgenstein a Karl Weigl: manuscritos de la Biblioteca de la Universidad de Yale, New Haven.

Agradecimientos

Este libro no existiría sin la extraordinaria amabilidad, buena disposición y entusiasmo de centenares de personas de todo el mundo. Estoy muy agradecido a todos cuantos me han ayudado, y aliviado porque solo he recibido dos negativas. Sobre todo quisiera dar las gracias a Joan Ripley, la hija de Paul Wittgenstein, que puso a mi disposición todos sus documentos, me permitió entrevistarla durante infinidad de horas y jamás pretendió censurar nada. La Academia Británica me concedió una generosa beca sin la que no habría podido encontrar tanta información en tantísimos países.

Quiero expresar mi más sincera gratitud a las siguientes personas, así como a otras muchas cuyos nombres no aparecen más abajo: Gillon Aitken (agente literario), doctor Otto Biba (Gesellschaft der Musikfreunde, Viena), Richard Bidnick (por proporcionarme información sobre Paul Wittgenstein), Antonia von Boch (por las traducciones y las investigaciones), Tricia Boyd (Biblioteca de la Universidad de Edimburgo), Hans Brofeldt (experto en música para piano para la mano izquierda), Peter von Brücke (primo de los Wittgenstein), Paula Byrne (por su asesoramiento sobre ayudas para la investigación), Julie Courtenay (Archivo del Lady Margaret Hall), Martin Cullingford (revista *Gramophone*), Damian Dlaboha (por las traducciones y la investigación), Michael Fishwick (editor), Charles Fitzroy (por presentarme a personas en Viena), doctor Edwin Frederick Flindell (experto en Paul Wittgenstein), Alexander Fraser (traductor de ruso), Georg Gaugusch (por sus investigaciones en los archivos de Viena), Colin Harris (Biblioteca Bodleiana), Berkant Haydin (Sociedad Joseph

Marx), Monica Herren (Archivo Histórico Passionist, de Nueva Jersey), Thomas Höhne of Höhne, In der Maur und Partner Rechtsanwälte (asesor jurídico en Viena), Gerald Howard (editor estadounidense), Peter James (corrector), Peter Janus (Biblioteca del Congreso de Washington), Glyn Jones (traductora especializada), Leonard Kastle (alumno y amigo de Paul Wittgenstein), Johannes Koder (hijo de Rudolf Koder), Anne Marie Kollgaard (traductora de danés), Sandy McGinnis (nieta de Paul Wittgenstein), profesor Brian McGuinness (experto en Ludwig Wittgenstein), David McKitterick (Biblioteca del Trinity College) y catedráticos y profesores del Trinity College, en Cambridge, Fiona McKnight, Noëlle Mann y Archivo Prokofiev del Goldsmiths' College de Londres, doctora Deborah Mawer (experta en Ravel de la Universidad de Lancaster), James Miller (Sotheby's), doctor Hans Mohnl (Instituto Central de Meteorología y Geodinámica de Viena), Rosemary Moravec (Biblioteca Nacional de Austria, Viena), Michael Nedo (Archivo Wittgenstein, Cambridge), profesor Arbie Orenstein (Escuela de Música Julliard), Erna Otten (alumna de Paul Wittgenstein), Jesse Parker (alumna de Paul Wittgenstein), Catherine Payne (revista *Strad*), Wendy Perez (Biblioteca Pública de Nueva York), Peter Phillips (*Musical Times*), Stephen Portman (alumno de Paul Wittgenstein), Ursula Prokop (biógrafa de Margaret Wittgenstein), Sally Riley (derechos de traducción), Anna Sander (Archivo del Balliol College), Albert Sassmann (experto en Paul Wittgenstein y en repertorio de piano para la mano izquierda), Ed Scarcelle (Biblioteca de Música Scherman de Nueva York), profesor Carl Schachter (profesor de música, amigo de Felix Salzer), Erhard Schania (hermanastro de Hilde Wittgenstein), Tony Simpson y la Fundación para la Paz Bertrand Russell Ltd., Peter Stadlbauer (Fondo General de Indemnizaciones para las Víctimas del Nacionalsocialismo, Viena), Roberta Staples (Biblioteca del

Lady Margaret Hall), Glenn Stefanovics (experto en el frente oriental de 1914-1918), Maria Stracke (descendiente de Helene Wittgenstein), Alan Tadiello (Biblioteca del Balliol College), Bob Thompson (Universal Edition, Nueva York), Mark Thomsen (nieto de Paul Wittgenstein), Frits van der Waa (corrección del primer borrador), Stephen Walsh (profesor de música de la Universidad de Cardiff), Peter WardJones (Biblioteca de Música Bodleiana), Eliza Waugh (corrección de pruebas y traducción al italiano), Christopher Wentworth-Stanley (investigación de archivos en Viena) y Geoffrey Williams (Universidad de Albany).

Retrato de los abuelos paternos de Karl Wittgenstein: *(izquierda)* Moses Meyer Wittgenstein (padre putativo de Hermann Christian) y *(derecha)* su esposa, Breindel (a veces llamada Bernardine) Wittgenstein (de soltera, Simon), *c.* 1802.

Karl, con poco más de veinte años, *c.* 1868.

Hermann Christian Wittgenstein, padre de Karl, de joven, *c.* 1834.

Los hermanos Wittgenstein, *c.* 1890. *De izquierda a derecha*: Helene, Rudi, Hermine, Ludwig, Gretl, Paul, Hans y Kurt.

La celebración de las bodas de plata en Neuwaldegg, en el verano de 1899. Con trajes de marinero, Paul *(en el extremo derecho)* y Ludwig *(agarrado al brazo de su tía Clara)*. Hermine tiene una niña sentada en el regazo, tras cuyo sombrero de paja se encuentra Helene, de pie. Gretl está justo detrás de Ludwig. Entre los hombres con pajarita blanca que están de pie, se encuentran Hans *(en el extremo derecho, con un puro)*, Kurt *(en la parte superior de la fotografía, con una llamativa cicatriz en la mejilla izquierda)* y Rudi *(el cuarto por la izquierda, con el rostro entre los hombros de dos primos suyos)*.

Vestíbulo del *palais* de los Wittgenstein, Viena.

El *palais*, visto desde la Alleegasse (posteriormente se cambió el nombre por el de Argentinierstrasse), fue demolido en la década de 1950.

El *Musiksaal*, donde se dieron cita Brahms, Strauss y Mahler para asistir a las veladas musicales de la familia.

Gretl, Jerome y el hijo de ambos, Thomas Stonborough, con Aimée Guggenheim y Delia Steinberger (hermana y madre de Jerome, respectivamente), en Sankt Moritz, 1906.

Karl Wittgenstein, *c.* 1910.

Ludwig, Helene y Paul riéndose de un chiste en Hochreit, justo antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, en julio de 1914.

En Neuwaldegg, con motivo de un permiso durante la guerra, en el verano de 1917. *De izquierda a derecha*: Kurt, Paul y Hermine Wittgenstein, Max Salzer, Leopoldine Wittgenstein, Helene Salzer y Ludwig Wittgenstein.

Kurt Wittgenstein poco antes de su muerte, en 1918.

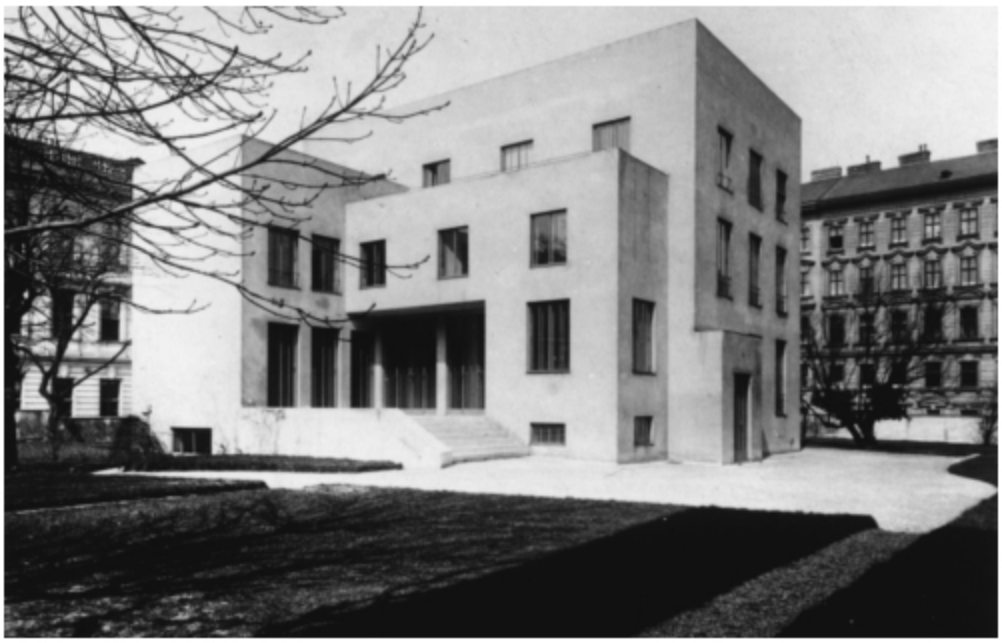
Josef Labor, mentor de los Wittgenstein y compositor ciego, al órgano.

Paul, pianista manco, *c.*, 1921.

Ludwig, maestro de escuela, *c.* 1922.

Villa Toscana, la fastuosa residencia veraniega de los Stonborough junto al lago Traunsee, en Gmunden.

Leopoldine Wittgenstein escucha en Hochreit la lectura de Marie Fillunger, la soprano retirada que fue su dama de compañía durante los últimos años de su vida, *c.* 1925.



La casa nueva de Gretl en la Kundmanngasse, en Viena, que fue diseñada parcialmente por Ludwig, primavera de 1929.

Navidad en la Kundmanngasse, *c.* 1929. *De izquierda a derecha*: Delia Steinberger (en ese momento, ya Stonborough), Jerome, Thomas, Gretl y Ji.

Marga Deneke, amiga de Paul, con su perro en su jardín de Oxford, *c.* 1928.

Gretl Stonborough, *c.* 1930.

Hermine Wittgenstein, *c.* 1934.

Picnic austríaco, *c.* 1930. *De izquierda a derecha*: John Stonborough, Arvid Sjögren y Marguerite Respinger. Ludwig propuso matrimonio a Marguerite (a quien Thomas Stonborough había conocido en Cambridge) con la condición de que no mantuvieran relaciones sexuales.

Navidad en el *palais*, 1934. Paul está sentado a la izquierda de Helene y Hermine se encuentra a la cabecera de la mesa.

Paul, en una fotografía realizada para su pasaporte cubano, en 1941.

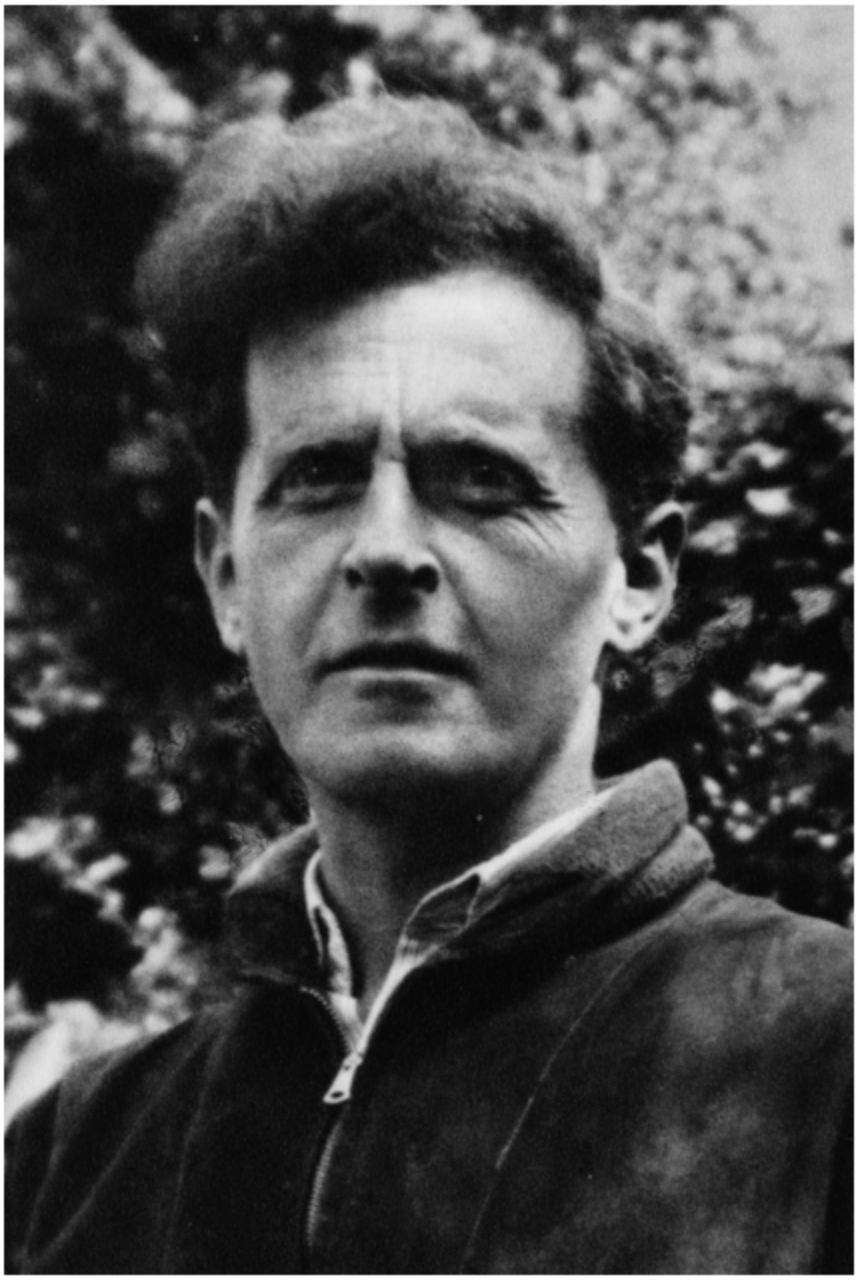
Paul, al piano en el estreno del *Concierto para piano* de Schmidt. El compositor (desenfocado) dirige a la Orquesta Filarmónica de Viena en el Grosser Musikvereinsaal, en Viena, el 9 de febrero de 1935.

Hilde Schania, *c.* 1936.

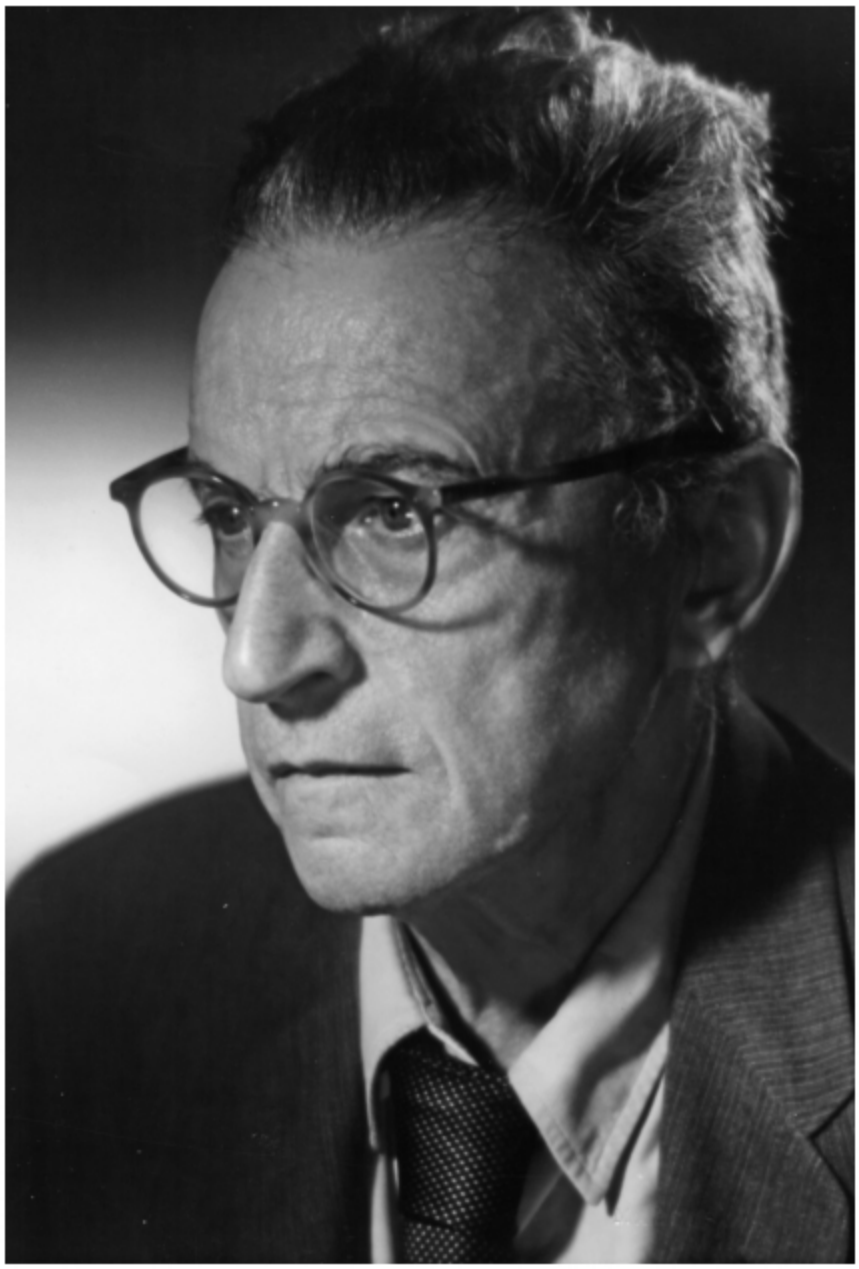
Hilde con sus hijas Elizabeth y Johanna, en Viena, 1938.

Paul con Johanna y Elizabeth en Cuba, 1941.

Paul con su hijo, también llamado Paul, *c.* 1950.



Ludwig en Cambridge, 1946.

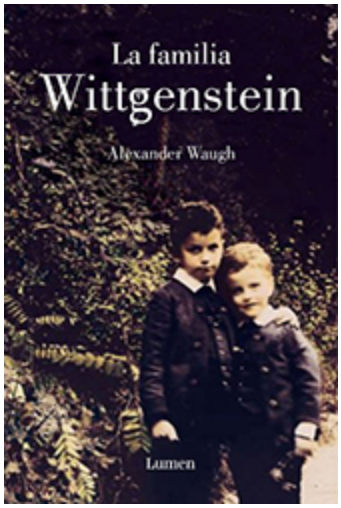


Uno de los últimos retratos de Paul, *c.* 1960.

Ludwig en el lecho de muerte, en la casa del doctor Bevan y su esposa, en Cambridge, abril de 1951.

Tumba de la familia Wittgenstein en el Zentralfriedhof de Viena. Aquí descansan los restos mortales de Karl, Leopoldine, Hermine y Rudolf Wittgenstein, así como los de su criada Rosalie Hermann.

La historia de una de las familias más excéntricas, geniales y revolucionarias del siglo xx.



La familia Wittgenstein es una de las más ricas, talentosas y excéntricas de la historia europea reciente.
El patriarca, Karl, fue un revolucionario en su juventud y un rico empresario en su madurez. De sus ocho hijos, tres cometieron suicidio por culpa de su carácter tiránico. El cuarto hijo, Paul, fue un pianista formidable. El menor, Ludwig, se convertiría en el filósofo más importante del siglo xx

La crítica ha dicho:
«Una historia que da voz a los que la perdieron y sentido a su emoción desde la literatura. Una novela muy especial.»
Julio Llamazares

«Aunque sea su primera novela, Montserrat Iglesias no es una debutante: se

nota que lleva toda la vida forjando las palabras para este libro preciso, lírico y poderoso.»

Jesús Carrasco

«Un viaje alucinado de vivos y muertos por una España ignorada, escrito como ya no se escribe en España.»

Sergio del Molino

El inglés **Alexander Waugh** (1963) es escritor, crítico, compositor y dibujante. Ha sido el crítico de ópera del Mail on Sunday y de The Evening Standard. Nieto del novelista Evelyn Waugh, escribió un espléndido libro sobre su familia: *Fathers and Sons* (2004).

Título original: *The House of Wittgenstein*

Edición en formato digital: octubre de 2021

© 2008, Alexander Waugh
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2009, Gerardo Páez Irrací, por la traducción

Adaptación del diseño original de portada de Bloomsbury: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: Paul y Ludwig Wittgenstein, Hochreit, 1894
© The Cambridge Wittgenstein Archive

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0642-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

I. Un trabajo sucio

[1] Lansdale, p. 19.

[2] Artículo sin firma, *Harper's Magazine*, marzo de 1898, citado en *ibid*., p. 11.

[3] Zweig, p. 19 [pp. 38-39 de la edición española citada].

[4] PW a MD, 30 de diciembre de 1936, BB.

[5] David Pinsent, Diario, 24 de septiembre de 1913, reimpreso en Flowers, vol. 1, p. 225.

[6] LW a BR, 20 de septiembre de 1913, GBW. [Publicado en Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 34.]

[7] Tanto Russell como Pinsent mencionan la aversión de LW hacia su hermana y su cuñado; véase Flowers, vol. 1, p. 226.

[8] LW a BR, sin fecha (diciembre de 1913), GBW. [Publicado en Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, pp. 47-48.]

[9] Citado en HW1, p. 37.

[10] *Ibid*.

[11] KW a su hermana Bertha, 29 de septiembre de 1865, citado en *ibid*., p. 39.

[12] KWa su hermano Louis, 30 de octubre de 1865, citado en *ibid*., p. 38.

[13] KW a su madre, 7 de febrero de 1866, citado íntegramente en *ibid*., p. 39.

[14] KW a su hermano Louis, 27 de enero de 1866, citado en HW1, p. 41.

[15] Fanny Wittgenstein a LpW, sin fecha (septiembre de 1873), citado íntegramente en *ibid*., p. 52.

[16] Citado en *ibid*., p. 53.

[17] Hermann Wittgenstein a LpW, 16 de septiembre de 1873, citado íntegramente en *ibid*., p. 54.

[18] Citado en *ibid*., p. 55.

[19] KW, «Die Ursachen der Entwicklung der Industrie in Amerika», 1898; reimpreso en KW, *Politico-Economic Writings*, p. 59. El entusiasmo de KW por el riesgo se recoge en *The Daily North Western*, «The American Way – C. M. Schwab Gives Austrians Some Lessons», 28 de enero de 1902, y en *American Heritage Magazine*, «When the Headlines Said: Charlie Schwab Breaks the Bank», abril de 1958, vol. 8, n.º 3, en el que se refieren a él erróneamente como «doctor Griez Wittgenstein».

[20] Karl Menger, *Reminiscences of the Wittgenstein Family*, reimpreso en Flowers, vol. 1, p. 111.

[21] Puede seguirse el hilo de la historia de Herman y Jacob Steinberger, de M. J. Steinberger & Sons y de Maurice Wertheimer & Co., así como la muerte de la señora Wertheimer, a través de las listas de pasajeros llegados a Nueva York, los datos del censo estadounidense de los años 1860, 1880 y 1900, los directorios de la ciudad de Nueva York y las noticias aparecidas en el *New York Times*,

entre estas últimas: «Important Business Failures», 13 de junio de 1877; «Disappearance of Lady», 27 de junio de 1878; «The Wertheimer Mystery», 28 de junio de 1878; «Body Not Yet Discovered», 30 de junio de 1878; «Mrs Wertheimer Found Drowned», 2 de julio de 1878; «Hebrew Fair», 13 de diciembre de 1895; «Home for Aged Hebrews», 4 de junio de 1897; «Failure of Glove Firm», 18 de enero de 1898, p. 12; «Affairs of Wertheimer & Co.», 19 de enero de 1898; «New Corporations», 22 de enero de 1898; «Legal Notices», 17 de febrero de 1898; «Legal Notices», 7 de abril de 1898; «In the Real Estate Field», 31 de marzo de 1900; «Bankruptcy Notices», 11 de julio de 1900; «Deaths Reported; Manhattan and Bronx», 27 de diciembre de 1900.

[22] «Weddings of the Day – Guggenheim-Steinberger», *NYT*, 18 de octubre de 1904. Tras la boda de Aimée Steinberger con William Guggenheim, una esposa anterior de este lo denunció por bigamia. Véase «Says Her Divorce Isn't a Valid One», *NYT*, 19 de enero de 1909, p. 5; la recapitulación del juez se cita en Davis, *The Guggenheims*, p. 281.

[23] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 78.

[24] Magnus Hirschfeld, en *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*, vol. VI (1904), p. 724, citado en Bartley, 3.ª ed., p. 35, nota 16 [p. 46 de la edición española de la obra de Bartley].

[25] *Verlassen bin ich*. Traducido al inglés por Glyn Jones a partir de una versión alemana publicada en Häseler, p. 6.

[26] HW1, p. 96.

[27] *Ibid*., p. 102.

[28] *Neues Wiener Tagblatt*, 6 de mayo de 1902, citado en Gaugusch, p. 14, nota 65.

[29] *Die oft glühende Lustigkeit meines Vaters schien mir nicht lustig, sondern nur gefährlich*. MSt, Diario, citado en Prokop, p. 14.

[30] Véase Bartley, *Wittgenstein*, 3.ª ed., p. 36 [p. 46 de la edición española].

[31] Monk, p. 12 [p. 28 de la edición española].

[32] JSt a Brian McGuinness, 18 de junio de 1989, cp.

[33] Otto Weininger, *Taschenbuch*, citado en Abrahamsen, p. 97.

[34] Erna Otten a E. Fred Flindell, 20 de junio de 1867, cp.

[35] HW1, p. 79.

[36] Anécdota que PW refirió, a finales de la década de 1940, a su alumno Steve Portman, quien la transmitió al autor en mayo de 2007.

[37] Eduard Hanslick a LpW, 11 de abril de 1904, BNA.

[38] Marquesa de Fontenoy, «Buys Archduke's Palace», *WP*, 8 de enero de 1914, p. 6.

[39] Referido al autor por Joan Ripley, hija de PW, en septiembre de 2006.

[40] *Meinem lieben Bruder Paul zu Weihnachten 1922. Möge dieses Buch, wenn es wertlos ist, bald spurlos verschwinden*. Dedicatoria, cp.

[41] Estos y otros comentarios desdeñosos de Hitler con respecto a sus profesores pueden encontrarse en Trevor-Roper, 3 de marzo de 1942, p. 288; 12 de abril de 1942, pp. 347-349; 29 de agosto de 1942, pp. 547-548, y 7 de septiembre de 1942, pp. 566-568 [pp. 279-281, 338341, 537-542, 559-561, respectivamente, de la edición española].

[42] Otto Weininger a Moriz Rappaport, sin fecha (agosto de 1903), en Weininger, p. 157.

[43] *Ich weiss dass der Selbstmord immer eine Schweinerei ist*. LW a Paul Engelmann, 21 de junio de 1920, GBW.

[44] Somavilla, p. 73. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Movimientos del pensar. Diarios 1930-1932, 1936-1937*, ed. de Ilse Somavilla, trad. de Isidoro Reguera, Pre-Textos, Valencia, 2000, pp. 100-101.]

[45] *Man muss das Piano ja nicht so bearbeiten*. Citado en Kross, p. 7.

[46] *Wir standen ihr eigentlich verständnislos gegenüber, aber auch sie hatte kein wirkliches Verständnis für die acht sonderbaren Kinder, die sie geboren hatte, ja bei aller ihrer Menschenliebe hatte sie merkwürdigerweise kein wirkliches Verständnis für Menschen überhaupt*. HW1, p. 95.

[47] *Die Pflichttreue meiner Mutter war mir zu unbequem und ihr erregtes Wesen war mir unerträglich. Meine Mutter litt an einer unaufhörlichen überlastung der Nerven*. MSt, Diario, citado en Prokop, p. 19.

[48] *Was wir Kinder von Jugend auf stark empfanden, war eine merkwürdige Erregtheit in unserem Elternhaus, ein Mangel an Entspannheit, der nicht allein von der Aufgeregtheit meines Vaters herrührte. Auch meine Mutter war sehr erregbar, wenn sie auch ihrem Mann und ihrer Mutter gegenüber die freundliche Ruhe nie verlor*. HW1, p. 94.

[49] *Ich glaube, dass meine Mutter, wie wir sie kannten, nicht völlig mehr sie selbst war […] Wir begriffen unter anderem nicht, dass sie so wenig eigenen Willen und Bewusstsein hatte, und bedachten nicht, wie unmöglich es war, neben meinem Vater eigene Meinung und Willen zu bewahren*. *Ibid*.

[50] *Ibid*., p. 91.

[51] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 76.

[52] Véase la página web de Stahl Judenberg en http://www.stahljudenburg.com/englisch/index.html

[53] *Tiefe darf man bei ihm nicht suchen, aber wenn sie nicht gebraucht wird, vermisst man sie ja auch nicht*. HW a LW, mayo-junio de 1917, GBW.

[54] Zweig, p. 81 [p. 115 de la edición española].

[55] *Ibid*., p. 34 [p. 58 de la edición española].

[56] PW, «The Legacy of Leschetizky».

[57] LW a PW, sin fecha (¿1928?), cp.

[58] Beaumont, 15 de octubre de 1901.

[59] *Ibid*., 28 de febrero de 1899.

[60] JSt a Brian McGuinness, 7 de octubre de 1993, cp.

[61] *Ich nie genug hören konnte und bei dessen Spiel ich oft meinen Tränen freien Lauf liess, da er sie ja nicht sah*. HW1, p. 78.

[62] David Pinsent, Diario, 7 de febrero de 1913, reimpreso en Flowers, vol. 1, p. 201.

[63] Véase *Wittgenstein Studies*, 25 de febrero de 1995, que puede consultarse en internet en http://sammelpunkt.philo.at:8080/archive/00000487/01/25-2-95.TXT.

[64] David Pinsent, Diario, 7 de febrero de 1913, reimpreso en Flowers, vol. 1, p. 201.

[65] LW a George Edward Moore, 23 de agosto de 1931, GBW.

[66] LW, en conversación con Heinrich Postl, citado en Monk, p. 213 [p. 207 de la edición española].

[67] BR, *Autobiography*, p. 329 [p. 139 del vol. II de la edición española].

[68] *Ibid*., p. 213 [pp. 297-298 del vol. I de la edición española].

[69] BR a Ottoline Morrell, en Griffin, 18 de octubre de 1911. [Publicado en McGuinness, *Wittgenstein. El joven Ludwig (1889-1921)*, p. 129.]

[70] BR a Ottoline Morrell, en *ibid*., 19 de octubre de 1911. [Citado parcialmente en McGuinness, *Wittgenstein. El joven Ludwig (18891921)*, p. 129.]

[71] BR a Ottoline Morrell, en *ibid*., 16 de noviembre de 1911. [Citado parcialmente en McGuinness, *Wittgenstein. El joven Ludwig (1889-1921)*, p. 130.]

[72] BR a Ottoline Morrell, en *ibid*., 29 de noviembre de 1911.

[73] BR, «Philosophers and Idiots», en Flowers, vol. 1, p. 147. [Citado parcialmente en McGuinness, *Wittgenstein. El joven Ludwig (1889-1921)*, pp. 130-131.]

[74] BR a Ottoline Morrell, en Griffin, 16 de marzo de 1912.

[75] Lytton Strachey a Saxon Sydney-Turner, 20 de noviembre de 1912, cp.

[76] MSt a HW, 26 de febrero de 1905, citado en Prokop, p. 53.

[77] *Der Abschied war doch furchtbar schwer*. MSt a HW, 8 de enero de 1905, citado en *ibid*., p. 52.

[78] MSt a LpW, 1 de febrero de 1905, citado en *ibid*., p. 53.

[79] MSt a HW, 12 de mayo de 1905, citado en *ibid*., p. 58.

[80] MSt a HW, 27 de octubre de 1910, citado en *ibid*., p. 70.

[81] LW a BR, 26 de diciembre de 1912, GBW. [Publicado en Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 23.]

[82] LW a BR, 6 de enero de 1913, GBW. [Publicado en Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 24.]

[83] LW a Walter Morley Fletcher, 10 de enero de 1913, GBW.

[84] LW a BR, 10-20 de enero de 1913, GBW. [Publicado en Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 25.]

[85] LW a BR, 21 de enero de 1913, GBW. [Publicado en Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 27.]

[86] Kupelwieser, «Karl Wittgenstein als Kunstfreund», p. 10.

[87] *Ibid*.

[88] *Ibid*.

[89] Albert Figdor a PW, diciembre de 1913, Colección Paul Wittgenstein, Biblioteca Pública de Nueva York.

[90] LW a PW, sin fecha (¿1928?), cp.

[91] *Ibid*.

[92] PW a MD, su agente inglés, 30 de enero de 1928, BB.

[93] Crítica de Max Kalbeck en *Neues Wiener Tagblatt*, 6 de diciembre de 1913.

[94] *Ibid*.

[95] Reseña sin firma, *Fremdenblatt*, 22 de diciembre de 1913, reproducida en Suchy, Janik y Predota, p. 161, nota 15.

[96] *Srbobran*, 3 de diciembre de 1913, citado en Corti y Sokol, p. 408.

II. Una gran porquería

[1] *Die anderen Briefe hätte ich als Belege nicht gebraucht; als Dank waren sie mir – offen gestanden – grösstenteils höchst unsympathisch. Ein gewisser unedler fast schwindelhafter Ton*. LW a Ludwig von Ficker, 13 de febrero de 1915, GBW.

[2] Las ideas de HW sobre el *ethisches Geld* frente al *bürgerliches Geld* aparecen en HW2, p. 97.

[3] MSt, *Tagebucheintragung*, 11 de octubre de 1917, citado en Prokop, p. 96.

[4] Beaumont, 28 de febrero de 1899.

[5] *Labor und Mendelssohn und ganz besonders den Letzten soll er sehr schön gespielt haben*. HW a LW, 20 de enero de 1914, GBW.

[6] Zweig, p. 216 [pp. 277-278 de la edición española].

[7] Thomas Mann en *Gedanken im Kriege*, 1915, citado en Clare, p. 56.

[8] *Mein Leben war bisher eine grosse Schweinerei – aber soll es immer so weitergehen*? LW a BR, 3 de marzo de 1914, GBW. [Publicado en Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, pp. 54-55.]

[9] LW a BR, diciembre de 1913, citado en McGuinness, *Wittgenstein: A Life*, p. 192 [p. 257 de la edición española].

[10] *Es war ihm, wie ich genau weiss, nicht nur darum zu tun, sein Vaterland zu verteidigen, sondern er hatte den intensiven Wunsch, etwas Schweres auf sich zu nehmen und irgendetwas Anderes zu leisten als rein geistige Arbeit*. HW1, p. 103.

[11] LW, Diario, 20 de octubre de 1914, texto mecanografiado, cp. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, p. 77.]

[12] David Pinsent, Diario, agosto de 1914, reimpreso en Flowers, vol. 1, p. 232.

[13] Comentario del emperador Francisco José a Conrad von Hötzendorf, citado en Beller, *Austria*, p. 185.

[14] MSt a HW, 22 de agosto de 1914, citado en Prokop, p. 78.

[15] Citado en Janik y Veigl, p. 218.

[16] PW a LpW, 2 de febrero de 1915, GBW.

[17] Bruno Prochaska, «Tjeploschka», en Weiland, vol. 1, p. 101.

[18] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 24.

[19] Zichy, p. 15.

[20] Brändström, p. 87.

[21] Citado en Rachaminov, p. 73.

[22] LpW a LW, 7 de octubre de 1914, GBW.

[23] LpW a LW, 13 de octubre de 1914, GBW.

[24] LW, Diario en clave, 28 de octubre de 1914, texto mecanografiado, cp. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, pp. 79-81.]

[25] *Ibid*., 29 de octubre de 1914. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, p. 81.]

[26] Alfred von Rettich a LpW, citado en Flindell, «Dokumente», con correcciones del autor.

[27] *Fast am leidesten tut mir jetzt Kurt, er wird eine böse Zeit haben, wenn jeder geleisted und gelitten hat nur er nicht! Er wird sich fortwährend zurückgesetzt vorkommen*! HW a LW, 26 de abril de 1915, GBW.

[28] *Immer muss ich and den armen Kurt denken und wie schrecklich es ist dass er diese Zeit nicht miterlebt, man kann das jetzt gar nicht leben nennen was er in Amerika tut*. HW a LW, 5 de junio de 1915, GBW.

[29] «Has Faith in German Allies», artículo sin firma, *WP*, 18 de enero de 1915, p. 6.

[30] Los datos de Delia Steinberger en el censo estadounidense de 1920, que pueden consultarse a través de internet, contienen varias falsedades. Delia miente respecto a su edad y declara que sus padres nacieron y se criaron en Inglaterra. Su padre nació en Alemania y su madre en París.

[31] Citado en el artículo sin firma «Has Faith in German Allies», *WP*, 18 de enero de 1915, p. 6.

[32] Citado en el artículo sin firma «Austrian Propaganda Costs Forty Millions», *NYT*, 15 de septiembre de 1915.

[33] *Soeben Rotterdam gesund angekommen Mittwoch Wien Kurt*. Kurt Wittgenstein a LpW, 21 de mayo de 1917, GBW.

[34] HW a LW, 21 de mayo de 1917, GBW.

[35] Citado en Abell, p. 10. Liszt, en una carta dirigida a la baronesa Meyendorff, calificaba la mano izquierda de Zichy de «asombrosamente diestra, hasta el punto de que los mejores pianistas se verán impulsados a emularlo». Waters, p. 421.

[36] Zichy, p. 21.

[37] Barón Von Eiselsberg, *Vorwort*, citado en Zichy, p. 7.

[38] Leopold Godowsky a Maurice Aronson, 6 de febrero de 1904, citado en Nicholas, p. 63.

[39] *Paul seit zweiter Hälfte Jänner kleines Hôtel Omsk übersiedelt. Bewegungsfreiheit innerhalb der Stadt, dreimal wöchentl sich melden*. Otto Franz a LpW, 20 de febrero de 1915, BNA.

[40] PW a LpW, 2 de febrero de 1915, BNA.

[41] LpW a LW, 15 de abril de 1915, GBW.

[42] HW a LW, 26 de abril de 1915, GBW.

[43] LpW a LW, 24 de mayo de 1915, GBW.

[44] Brändström, p. 109.

[45] Meier-Graefe, p. 48.

[46] *Bien portant, inscrit sur listes préliminaires des prisonniers à être échangés, commission finale bientôt, bonne chance*. Cable del consulado danés a LpW, copiado por esta en una carta dirigida a LW, 16 de marzo de 1915, GBW.

[47] LpW a LW, 16 de marzo de 1915, GBW.

[48] LpW a LW, 20 de mayo de 1915, GBW.

[49] HW a LW, 8 de julio de 1915, GBW.

[50] Hans Weiland, «Stilles Heldentum», en Weiland, vol. 1, p. 192.

[51] *Der bewunderungswürdige Mensch ist sehr heiter, trotzdem er sich hier jetzt zum Zwecke der Prothesen allen Möglichen Operationen unterziehen muss*. LpW a LW, 20 de septiembre de 1914, GBW.

[52] *Ausserordentlich gefreut hat es mich dass beide ausgetauschten Offiziere mit grosser Achtung und Liebe von Paul sprechen und seine Güte Anständigkeit u. Idealismus rühmen*. HW a LW, 5 de octubre de 1915, GBW.

[53] *Denn wenn das wirklich ein Hindernir für Pauls Freigabe wäre, würde man doch irgendeine Anordnung herbeiführen müssen*. HW a LW, 6 de octubre de 1915, GBW.

[54] *Vielleicht wird man noch dafür dankbar sein müssen, momentan aber da wir uns doch schon etwas Hoffnung machten dass er bald zum Austausch kommen könnte, bedeutet das eine furchtbare Enttäuschung! Ibid*.

[55] LpW a LW, 29 de octubre de 1915, GBW.

[56] *Ob Paul ausgetauscht wird? Ich habe eigentlich wenig Hoffnung und der Gedanke an eine mögliche Enttäuschung von ihm und Mama ist mir schrecklich*. HW a LpW, 3 de noviembre de 1915, GBW.

[57] Brändström, p. 184.

[58] LpW a LW, 12 de noviembre de 1915, GBW.

[59] *Es war ganz anders als ich dachte, denn Paul ist so unverändert in seinem Aussehen u. Wesen (abgesehen natürlich von seinem Arm) dass auch das Wiedersehen nicht viel anders als das nach einer sehr langen Reise war wo man sich alle Neuigkeiten erzählt und gar nicht aufhören kann damit*. HW a LW, 16 de noviembre de 1915.

[60] *Die Ersten erhielt ich am 21, am Tag von Paul's Ankunft und konnte mich in Folge dessen ruhigeren Gemüts der Freude hingeben*. LpW a LW, 25 de noviembre de 1915, GBW.

[61] *Er spricht so natürlich von seinem Unglück dass man nie das Gefühl hat vorsichtig reden zu müssen weil ihm dies oder jenes weh tun könnte und das macht es riesig leicht*. HW a LW, 16 de noviembre de 1915.

[62] *Ich fürchte mich nicht davor erschossen zu werden aber davor meine Pflicht nicht ordentlich zu erfüllen. Gott gebe mir Kraft. Amen. Amen. Amen*. LW, Diarios en clave, 12 de septiembre de 1914, texto mecanografiado, cp. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, p. 53.]

[63] *Die Bemannung ist eine Saubande. Keine Begeisterung, unglaubliche Roheit, Dummheit und Bosheit*. *Ibid*., 15 de agosto de 1914. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, p. 41.]

[64] *Habe furchtbare Szenen erlebt … fühle mich sehr schwach and sehe keine äussere Hoffnung. Wenn es mir jetzt zu Ende geht, so möge ich einen guten Tod sterben eingedenk meiner selbst. Möge ich mich nie selbst verlieren*. LW, Diario, 13 de septiembre de 1914, citado en Rush Rhees, «Postcript», en Flowers, vol. 3, p. 269. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, p. 53.]

[65] *Wir sind in unmittelbarer Nähe des Feindes […] Jetzt war mir die Gelegenheit gegeben, ein anständiger Mensch zu sein, denn ich stehe vor dem Tod, Auge in Auge. Möge der Geist mir erleuchten*. *Ibid*., 15 de septiembre de 1914. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, pp. 53-55.]

[66] Meier-Graefe, p. 56.

[67] *Die Religion ist ein Meisterstück in der Kunst der Tierdresseur, denn es bringt den Menschen bei, wie sie denken sollen*. Arthur Schopenhauer (atribuido).

[68] *Dieses Buch hat mich seinerzeit geradezu am Leben erhalten*. LW a Ludwig Ficker, 24 de julio de 1915, GBW.

[69] Tolstói, p. 8 [pp. 37-38 de la edición española].

[70] *Ich werde von Zeit zu Zeit zum Tier. Dann kann ich an nichts denken als an essen, trinken, schlafen. Furchtbar! Und dann leide ich auch wie ein Tier, ohne die Möglichkeit innerer Rettung. Ich bin dann meinen Gelüsten und Abneigungen preisgegeben. Dann ist an einwahres Leben nicht zu denken*. LW, Diario, 29 de julio de 1916, citado en Monk, p. 602 [p. 147 de la edición española y publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, p. 155].

[71] *Ja, was ich hier geschrieben habe, macht im Einzelnen überhaupt nicht den Anspruch auf Neuheit; und darum gebe ich auch keine Quellen an, weil es mir gleichgültig ist, ob das was ich gedacht habe, vor mir schon ein anderer gedacht hat*. LW, *Tractatus logico-philosophicus*, prólogo.

[72] *Worüber man nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen*. *Ibid*., punto 7.

[73] Tolstói, p. 158 [pp. 60-61 de la edición española. Como indica Iván García Sala en la introducción a la edición española que citamos, Tolstói reescribió y reordenó varias veces esta obra abreviada, que se basaba en una compilación más extensa de los Evangelios elaborada por él mismo. A ello se debe que la paginación de la edición inglesa que cita el autor y la que nosotros damos para la edición española disponible presente tantas divergencias. *(N. del T.)*].

[74] *Die Welt is die Gesamtheit der Tatsachen, nicht der Dinge. Die Welt ist durch die Tatsachen bestimmt und dadurch, dass es alle Tatsachen sind. Denn, die Gesamtheit der Tatsachen bestimmt, was der Fall ist und auch, was alles nicht der Fall ist. Die tatsachen im logischen Raum ist die Welt*. LW, *Tractatus logico-philosophicus*, puntos 1-1.13.

[75] Tolstói, p. 3 [p. 29 de la edición española].

[76] *Wenn man unter Ewigkeit nicht unendliche Zeitdauer, sondern Unzeitlichkeit versteht, dann*

lebt der ewig, der in der Gegenwart lebt. Unser Leben ist ebenso endlos, wie unser Gesichtsfeld grenzenlos ist. LW, *Tractatus logico-philosophicus*, punto 6.4311.

[77] MSt a HW, citado en HW2, p. 72, nota 41.

[78] *Es gibt zei Gottheiten: die Welt und mein unabhängiges Ich*. LW, *Notebooks 1914-1916*, 8 de julio de 1916, p. 74. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diario filosófico (1914-1916)*, trad. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Ariel, Barcelona, 1982, pp. 128-129.]

[79] Max Bieler a la hermana Mary McHale, citado en Monk, p. 132 [p. 136 de la edición española].

[80] *Die Lösung des Problems des Lebens merkt man am Verschwinden dieses Problems. (Ist nicht dies der Grund, warum Menschen, denen der Sinn des Lebens nach langem Zweifeln klar wurde, warum diese dann nicht sagen konnten, worin dieser Sinn bestand?)* LW, *Tractatus logicophilosophicus*, punto 6.521.

[81] *Mit allen meinen Kräften beteiligen. Körperlich & geistig mein Äusserstes tun*. MSt a HW, 22 de agosto de 1914, citado en Prokop, p. 78.

[82] *Genauso wie Dir geht es mir mit diesem Krieg; nichts aber auch gar nichts kann ich realisieren. Aber ich gäbe etwas darum, wenn ich etwas leisten könnte in diesem Feldzug. Es kommt mir so schrecklich vor, dass man so etwas miterlebt hat & doch eigentlich nicht miterlebt*. MSt a HW, 22 de agosto de 1914, citado en *ibid*., p. 79.

[83] *Wie ich sie libe u. bewundere kann ich gar nicht sagen! Warum hat sie doch solche Eigentümlichkeiten die Anlass zu schärferem Tadel geben als manchem zu Teil wird der nicht in grossen Dingen so gut u. gross handelt wie sie! Das tut mir immer bodenlos leid*! HW a LW, 31 de agosto de 1916, GBW.

[84] *Man kann von seinem äußeren und seinem inneren Leben schreiben… Das innerer Leben war früher klar und ist jetzt verworren und das äußere Leben spielt sich jetzt nicht mehr wie in den vergangenen Jahren nur unter Dingen ab, sondern unter Menschen*. MSt a HW, citado en Prokop, p. 82.

[85] *Paul spielte es auch sehr schön, mit grosser Wärme u. Feuer*. HW a LW, 29 de octubre de 1916, GBW.

[86] *Denn natürlich geht der Fall «Paul» mir doch sehr nahe u. so wie ich wegen mancher Rohheiten ihm das Recht absprechen möchte Musik zu betreiben, so freudig spreche ich ihm das Recht zu, um eines empfundenen Stückes willen*. *Ibid*.

[87] Wechsberg, p. 25.

[88] *Gestern waren es allerdings nur alte und schieche, aber er könnte auch junge hübsche haben, so nett u. liebenswürdig ist er gegen Damen (fast so conciliant als er gegen Männer schroff und arrogant sein kann)*. HW a LW, 29 de octubre de 1916, GBW.

[89] *Er ist wieder Feuer und Flamme für Paul*. LpW a LW, 10 de enero de 1917, GBW.

[90] Crítica de Julius Korngold, *Neue Freie Presse*, 19 de diciembre de 1916.

[91] *Und ich bin innerlich hasserfüllt und kann den Geist nicht in mich einlassen. Gott ist die*

Liebe. LW, Diario, marzo de 1916, citado en Rush Rhees, «Postscript», en Flowers, vol. 3, p. 272 [p. 307 de la edición española].

[92] *So bin ich jetzt fast immer umgeben von Leuten, die mich hassen. Und dies ist das einzige, womit ich mich noch nicht abfinden kann. Hier sind böse, herzlose Menschen. Es ist mir fast unmöglich eine Spur von Menschlichkeit in ihnen zu finden*. *Ibid*. [pp. 307-308 de la edición española].

[93] HW a LW, 16 de abril de 1916, GBW.

[94] *Ibid*.

[95] *Vielleich bringt mir die Nähe des Todes das Licht des Lebens*. LW, Diario, 4 de mayo de 1916, citado en Monk, p. 600 [pp. 307-308 de la edición española y publicado en Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1991, p. 147.]

[96] *Oh Gott, das ist der Anfang & sterbe so die tausend unnötigen Tode, die der Feige stirbt*. MSt, *Tagebucheintragung*, 22 de agosto de 1918, citado en Prokop, p. 106.

[97] *Immer denke ich an meinen Tod & muss ihn mir immer ausmalen. Ich traue mich gar nicht mehr an eine Heimkehr zu glauben: so sicher scheint mir, das ich früher sterben werde*. *Ibid*.

[98] *Ich bin guter Dinge, ganz unabhängig von meiner Gesundheit, weil ich ein gutes Gewissen habe. Wie es beim Toltoj heißt: gebunden durch das Fleisch, aber frei durch den Geist*. MSt a HW, abril de 1917, en Prokop, p. 86.

[99] MSt a HW, 15 de junio de 1917, en Prokop, p. 89.

[100] *Kurt ist als der Kindskopf heimgekehrt als der er vor 3 Jahren auszog aber das macht momentan nichts; er ist bei der Abrichtung in Stockerau, kommt Sonntags nach Hause, hetzt mit den Kindern wie ein Kind und das steht ihm immer sehr gut*. HW a LW, junio de 1917.

[101] *Gottseidank dass es so etwas gibt, das ist in jeder Lebenslage ein Segen*! HW a LW, 10 de julio de 1917, GBW.

[102] *Im Bedarfsfall wird man dann eben das Kopfwaschen wiederholen und, wie er selbst schon vorher gebeten hat, in eventuell verstärktem Mass*. HW a LW, 7 de abril de 1917, GBW.

[103] *Pauls Kopfwaschung durch Gretl kann ich mir gar nicht recht vostellen. Aber es gibt eben Sachen die man sich nicht vorstellen kann*. LW a HW, 12 de abril de 1917, GBW.

[104] *Auch sonst kommt durch Paul ab und zu jemand ins Haus während es doch, wenn nur ich zu Hause wäre, recht tot wäre. Kontakt ohne Reibung gibt es bei uns und Mama nicht*. HW a LW, 12 de enero de 1917, GBW.

[105] *Die Stunden der Gemütlichkeit und Anregung durch eine kleine Szene (und selbst durch mehrere) nicht um ihren Wert gebracht werden*. HW a LW, 20 de enero de 1917, GBW.

[106] *Leider, wirklich zu meinem grossen Leidwesen, kommt sie in seinem Klavierspiel zum Vorschein, ach nicht ein Takt ist nach meinem Sinn und Gefühl wenn ich ihn oben spielen höre und das ist eine momentane Qual und ein nachhaltiger Kummer*. HW a LW, 11 de julio de 1918, GBW.

[107] PW, «Notes on Two Russian Tours», ¿1935?, cp.

[108] *Er spricht gar nicht darüber, freuen tut es ihn aber doch sehr, denn das ist wirklich etwas*. HW a LW, 20 de marzo de 1917, GBW.

[109] *Da weiss man auch nicht was man ihm wünschen soll, denn was eine Verwundung jetzt, da er doch nur mehr ein halber Mensch ist, bedeuten würde, kann man gar nicht aussprechen wenn man bedenkt wie leidenschaftlich er das Klavierspielen liebt*. HW a LW, 18 de febrero de 1918, GBW.

[110] *Da ist es gut dass Dein feiner Apparat nicht zugegen war, der sicherlich eine leise Spannung herausgefühlt hätte (die Brüder sind ja auch zu verschieden) und sie dadurch verstärkt hätte*. *Ibid*.

[111] *Sehr tüchtiger, energischer General, sehr lebhaft, ein Meister treuer Pflichterfüllung. Entspricht als Abschnittskmdt. In jeder Hinsicht vorzüglich. Ein sehr willensstarker General, der zweifellos die volle Eignung zum Kommandanten einer Infanteriedivision besitzt*. Disponible en: www.weltkriege.at/Generalitaet/04%20Feldmarschalleutnant/Schiesser/schiesser.htm.

[112] Bob Dorman, «Germany for Germans, says New Leader who Drills his Troops to Enforce his Idea: Picturesque New Figure», entrevista a Adolf Hitler, NEA News Service, reproducida en *Modesto Evening News*, 15 de abril de 1923, p. 26.

[113] LpW a LW, 27 de diciembre de 1918, GBW.

[114] HW a LW, 30 de diciembre de 1918, GBW.

[115] *Kurt fiel am 27.IX, es ist sehr traurig*! HW a LW, 10 de enero de 1919, GBW.

[116] HW1, p. 102.

[117] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 45.

[118] *[Ludwig scheint mir] des interessanteste und wertvollste Brüder*. HW1, p. 106.

[119] *Ibid*., p. 103.

[120] *Viele sterben zu spät, und Einige sterben zu früh. Noch klingt fremd die Lehre: «stirb zur rechten Zeit!»*. Friedrich Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, primeras líneas de la sección XXI de la Primera Parte, «Vom freien Tode» («De la muerte libre»).

III. El nuevo desorden

[1] Theodore Redpath, «A Student's Memoir», reimpreso en Flowers, vol. 3, p. 32.

[2] *Der gute Paul führt ein hirnverrücktes Stückerl nach dem anderen auf, mit Papas Allüren aber ohne jeden Kopf, bringt er mich in die scheusslichsten Lagen*. MSt a HW, 25 de marzo de 1919, citado en Prokop, p. 117.

[3] *Ibid*.

[4] *Ibid*.

[5] *In der Alleegasse alles wie sonst […] Abends grosser Streit mit Paul über Politik*. MSt, *Tagebuchreintragung*, 29 de junio de 1919, citado en Prokop, p. 118.

[6] *Die Österreicher sind verzweifelt. Die alte Schlamperei war ihnen lieber als die neue Unordnung & doch enthält die Letztere zum Unterschied von der Ersteren Keime zu neuem Leben*. *Ibid*., 5 de enero de 1919, citado en Prokop, p. 108.

[7] *Ich, die immer schon rote Tendenzen hatte, nun noch viel röter geworden bin*. MSt a HW, 29 de abril de 1919, citado en Prokop, p. 117.

[8] LW a HW, noviembre de 1929, GBW.

[9] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 16.

[10] *Es geht mir nicht sehr gut (nämlich geistig)*. LW a Paul Engelmann, 25 de agosto de 1919, GBW.

[11] *Wenn ich mir ihn mit seinem philosophisch geschulten Verstand als Volksschullehrer vorstellte, so schien es mir, als wollte jemand ein Präzisionsinstrument dazu benützen, um Kisten zu öffnen. Darauf antwortete mir Ludwig: «Du errinerst mich an einen Menschen, der aus dem geschlossenen Fenster schaut und sich die sonderbaren Bewegungen eines Passanten nicht erklären kann; er weiss nicht welcher Sturm draussen wütet und dass dieser Mensch sich vielleicht nur mit Mühe auf den Beinen hält»*. HW1, p. 110. [Publicado en W. W. Bartley III, *Wittgenstein*, trad. de Javier Sádaba, Cátedra, Madrid, 1982, p. 48.]

[12] Tolstói, p. 57 [p. 120 de la edición española].

[13] Mateo, 19:21.

[14] *Ich habe alles getan, um bis ins Kleinste Ludwigs Wünsche zu erfüllen*. HW1, p. 110.

[15] PW, Apuntes de Rusia, p. 5, cp.

[16] Hitler, p. 42. [Versión española disponible en: http://milucha.org/download/milucha.pdf, p. 39.]

[17] *Ibid*., p. 43 [p. 39 de la versión española disponible en internet].

[18] *Ibid*., p. 46 [p. 43 de la versión española disponible en internet].

[19] Citado en McGuinness, *Wittgenstein: A Life*, p. 2 [pp. 20-21 de la edición española].

[20] *Die Frau ist besonders sympatisch, obwohl natürlich jüdisch*. HW a LW, 1939, GBW.

[21] *Ich glaube dass die arische und die jüdische Rasse in Vorzügen und Mängeln diametral entgegengesetzt sind und sich offen oder verstreckt bekämpfen müssen*. HW2, p. 97.

[22] *Paul verficht mit grösster Heftigkeit dass auf dem Grund jedes Juden die Unehrlichkeit liegt*. *Ibid*.

[23] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 32.

[24] *Ludwig sieht nur Wirtschauspfründner mit denen er ebenso wenig zu haben will als mit den kommunistischen Juden*. HW2, p. 113.

[25] *Ludwig machte mich darauf aufmerksam dass die Juden durch das Leben in fremden Staaten unter fremden Gesetzen und Lebensbedingungen und Zwängen unnatürliche Wesen geworden sind*. *Ibid*., p. 97.

[26] *Ich denke: muss denn hinter jeder Unanständigkeit eine Jude stecken*? Sueño de LW, 1 de diciembre de 1929, citado en Monk, p. 612 [p. 264 de la edición española].

[27] LW compara a la raza judía con un *Beule* en *Culture and Value*, p. 18 [p. 35 de la edición española de *Aforismos, cultura y valor*]. Puede encontrarse un extenso análisis acerca de qué quería decir con *Beule* en David Stern, «Was Wittgenstein a Jew?», reimpreso en Klagge, pp. 259260.

[28] JSt a Brian McGuinness, 19 de agosto de 1993, cp.

[29] *Was die Biographie meines Bruders betrifft: ich glaube wohl, dass mein Bruder Ludwig sich gegen jede Biographie gewehrt hätte. Denn Biographie heisst: Indiskretion. Eine Biographie die keine Indiskretion enthält, ist so gut wie keine. Da nun aber einmal alle bedeutenden Männer sich gefallen lassen müssen, dass man ihre Biographie schreibt, wird das sohl mein Bruder nach seinem Tode auch Über sich ergehen lassen müssen; und da ist es jedenfalls besser, es stehen richtige Daten in dieser Biographie als falsche, von unsinnigen Gerüchten ganz abgesehen*. PW a Friedrich Hayek, citado en PW a Rudolf Koder, 7 de octubre de 1953, cp.

[30] Landsdale, p. 11.

[31] JSt a Brian McGuinness, 19 de agosto de 1993, cp.

[32] JSt a Brian McGuinness, 2 de febrero de 1989, cp.

[33] Zweig, p. 83 [p. 117 de la edición española].

[34] *Ibid*., pp. 88-89 [p. 124 de la edición española].

[35] Tolstói, p. 55 [pp. 113-114 de la edición española].

[36] G. E. M. Anscombe, citado en Engelmann, p. XIV.

[37] Bartley, p. 40 [p. 51 de la edición española].

[38] JSt, texto sin título incluido al final de Rhees, «Wittgenstein», p. 80.

[39] *Zwei oder dreimal mit ihm gelegen. Immer zuerst mit dem Gefühl, es sei nichts Schlechtes, dann mit Scham*. LW, Diario, 22 de septiembre de 1937, citado en Monk, p. 620 [p. 348 de la edición española].

[40] MSt a HW, 12 de febrero de 1920, citado en Prokop, p. 128.

[41] PW a LW, 17 de noviembre de 1920, cp.

[42] PW a LW, 20 de noviembre de 1920, cp.

[43] Tolstói, p. 57 [p. 121 de la edición española].

[44] *Ibid*., p. 51 [p. 113 de la edición española].

[45] *Täglich denke ich an Pinsent. Er hat mein halbes Leben mit sich genommen. Die andere Hälfte wird der Teufel holen*. LW a BR, 6 de agosto de 1920, GBW. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 84.]

[46] *Ich habe fortwährend daran gedacht, mir das Leben zu nehmen und auch jetzt spukt dieser Gedanke noch in mir herum. Ich bin ganz & gar gesunken*. LW a Paul Engelmann, 30 de mayo de 1920, GBW.

[47] *Ich bin nämlich in einem Zustand, der mir sehr furchtbar ist*. LW a Paul Engelmann, 26 de junio de 1920, GBW.

[48] *Die Arbeit in der Schule macht mir Freude und ich brauche sie notwendig; sonst sind bei mir gleich alle Teufel los*. LW a Paul Engelmann, 11 de octubre de 1920, GBW.

[49] LW a BR, 23 de octubre de 1921, GBW: *hier sind sie viel mehr als anderswo nichtsnutzig und unverantwortlich*. En las cartas a Engelmann, LW describía a los habitantes de Otterthal como «*Unmenschen*» y a los de Hassbach como «*ekelhafte Larven*».

[50] Engelmann, p. 82.

[51] *Sie sehen: ich verfange mich gleich anfangs in Zweifel über das, was Sie sagen wollen, und komme so nicht recht vorwärts.…* Gottlob Frege a LW, 28 de junio de 1919, GBW.

[52] LW a BR, 19 de agosto de 1919, GBW. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 68.]

[53] *Oberflächlichkeit und Mißverständnis*. LW a BR, 6 de mayo de 1920, GBW. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 81.]

[54] LW, *Tractatus logico-philosophicus*, proposición 6.54, p. 74 [p. 183 de la edición española citada].

[55] *Mein Werk bestehe aus zwei Teilen: aus dem, der hier vorliegt, und aus alledem, was ich nicht geschrieben habe. Und gerade dieser zweite Teil ist der Wichtige*. LW a Ludwig von Ficker, septiembre-octubre de 1919, reproducido en Engelmann, p. 144. [Publicado en la introducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera de la edición del *Tractatus logico-philosophicus* citada, p. IX.]

[56] Frank Ramsey a su madre, Agnes Ramsey, 20 de septiembre de 1923, reproducido en McGuinness, *Wittgenstein in Cambridge*, p. 139.

[57] Frank Ramsey a su madre, Agnes Ramsey, 22 de julio de 1924, cp.

[58] Bernhard, p. 75 [p. 92 de la edición española].

[59] HW a Ludwig Hänsel, 13 de diciembre de 1920, en Somavilla, Unterkircher y Berger, p. 40. El proverbio «inglés» que cita HW procede, en realidad, del Eclesiastés 9:4: «Pues vale más perro vivo que león muerto».

[60] PW a Rudolf Koder, 13 de noviembre de 1923, cp.

[61] Cita sin atribución de Luise Hausmann y Eugene C. Hargrove, *Wittgenstein in Austria as an Elementary School Teacher*, reimpreso en Flowers, vol. 2, p. 102.

[62] *Ich bin übrigens neugierig, was der Psychiater zu mir sagen wird. Ich bin von Ekel vor der Untersuchung, wie vor der ganzen schweinischen Angelegenheit erfüllt*. LW a Rudolf Koder, otoño de 1926, GBW.

[63] HW habla de la propensión al suicidio tanto de PW como de LW: *Paul und Ludwig waren so nahe daran, dasselbe zu tun, dass es vielleicht nur einem Zufall zu danken ist, wenn sie in dieser Welt geblieben und später mit dem Leben fertig geworden sind*. HW2, p. 102.

[64] *Ist besonders schwer zu verstehen. Es ist in gewissem Sinne subtiler als alles andere…* LW, *Culture and Value* (MS 107 184), *c*. 7 de noviembre de 1929, p. 5 [pp. 33-34 de la edición española de *Aforismos, cultura y valor*].

[65] *Labor geht es wieder gut*! HW a LW, 15 de mayo de 1922, GBW.

[66] *Das Wunder das in diesem Falle dem Homöopathen gelungen ist kann man nicht genug preisen. Die vollständig veränderte Ernährung hat sofort das physische und moralische Befinden gehoben und Labor ist wieder der Alte, der jugendliche Musiker geworden*. LpW a LW, 23 de mayo de 1922, GBW.

[67] PW a Josef Labor, 1 de junio de 1922, Wiener Stadt und Landesbibliothek.

[68] *Alle Dirigenten in Deutschland ein neues Stück von mir automatisch aufführen*. Erich

Korngold a PW, 19 de junio de 1923, reimpreso en Flindell, «Dokumente», p. 425.

[69] *Ich glaube, dass ich bis zum Ende der nächsten Woche alles fertig habe. Es würde mir Leid tun, wenn Ihnen das Stück keine Freude machen würde – vielleicht ist es Ihnen anfänglich ein wenig ungewohnt zu hören – ich habe es mit grosser Liebe geschrieben und habe es sehr gern*. Paul Hindemith a PW, 4 de mayo de 1923, reimpreso en *ibid*., p. 425.

[70] *Ich hoffe, dass sich nach Durchsicht der Partitur Ihr Schrecken wieder legen wird. Es ist ein einfaches, vollkommen unproblematisches Stück und ich glaube sicher, dass es Ihnen nach einiger Zeit Freude machen wird. (Vielleicht sind Sie am Anfang ein wenig entsetzt, aber das macht nichts.) Verstehen werden Sie das Stück auf jeden Fall*. Paul Hindemith a PW, junio de 1923, reimpreso en *ibid*., p. 426.

[71] PW a Leonard Kastle, 13 de junio de 1960, colección especial, Biblioteca de la Universidad de Albany.

[72] PW a Erich Korngold, 18 de mayo de 1926, BNA.

[73] Crítica firmada por «e.d.», *Neues Wiener Tagblatt*, 4 de febrero de 1924.

[74] Crítica firmada por «r.», *Neue Freie Presse*, 27 de septiembre de 1924.

[75] Crítica sin firma, *Neues Wiener Tagblatt*, 30 de septiembre de 1924.

[76] PW a MD, 30 de enero de 1928, BB.

[77] PW a MD, 25 de marzo de 1927, BB.

[78] Citado en MD, «Memoirs», vol. 2, p. 45.

[79] Adolf Weissmann, citado en un artículo sin firma, «A Radio Opera Premiere», *NYT*, 19 de febrero de 1928, p. 116.

[80] PW a MD, 21 de marzo de 1928, BB.

[81] *Es tut mir sehr leid, dass die Presse von Posuwitz Berlin Ihnen mein Stück so zerrissen hat. Ich weiss, dass der Panathenaenzug nicht schlecht ist, aber für so gut, dass er die Ehre einer einstimmigen Ablehnung erfährt, habe ich ihn nicht gehalten*. Richard Strauss a PW, 8 de febrero de 1928, impreso en Flindell, «Dokumente», p. 426.

[82] Crítica de Julius Korngold, *Neue Freie Presse*, 15 de marzo de 1928.

[83] Artículo sin firma, «One Armed Pianist to Play», *NYT*, 2 de agosto de 1928, p. 25.

[84] PW a MD, 21 de septiembre de 1927, BB.

[85] HW1, p. 104.

[86] HW1, p. 94.

[87] MSt a Thomas Stonborough, 8 de junio de 1926, citado en Prokop, p. 161.

[88] *Lieber Freund! Heute früh ist meine Mutter gestorben. Es war ein sanfter Tod*. LW a Rudolf Koder, 3 de junio de 1926, GBW.

[89] *Es war eine sehr schöne Nacht*. MSt a Thomas Stonborough, 8 de junio de 1926, citado en Prokop, p. 161.

[90] *Ja, meine Mutter hatte in vielen Stücken fast etwas von einer Heiligen an sich und sie wurde auch so geliebt, verehrt und betrauert von unzähligen Menschen! Und doch wäre dieses Bild nicht vollständig und nicht einmal ganz ähnlich, wenn nicht noch einige sonderbare Eigentümlichkeiten*

erwähnt würden, die meiner Mutter das Leben schwer machten, und die es auch für uns Kinder oft schwer machten, ihr gerecht zu werden. HW1, p. 94.

[91] Marie Baumayer a HW, 21 de septiembre de 1926, BNA.

[92] Jacques Groag a su hermano, Emo Groag, *c*. febrero de 1927, citado en Paul Wijdeveld, *Ludwig Wittgenstein: Architect*, reimpreso en Flowers, vol. 2, p. 146.

[93] *Zwei grosse Menschen waren da als Architekt und Bauherr zusammengekommen und so konnte bei diesem etwas in seiner Art Vollendetes geschaffen werden*. HW1, p. 114.

[94] MSt a Thomas Stonborough, 29 de diciembre de 1928, citado en Prokop, p. 184.

[95] *Er ist mein Mann und ich kann nicht um Geld das Menschliche zerstören*. MSt a Thomas Stonborough, 12 de noviembre de 1929, citado en *ibid*., p. 195.

[96] Carta sin fecha del doctor R. T. Grant a Georg von Wright, cp.

[97] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 27.

[98] Erna Otten-Atterman a Fred Flindell, 20 de junio de 1967, cp.

[99] Leonard Kastle al autor, 23 de febrero de 2007.

[100] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 29.

[101] *Ibid*., p. 37.

[102] Steve Portman al autor, octubre de 2006.

[103] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 38.

[104] Donald Francis Tovey a Stuart Deas, enero de 1930, Biblioteca de la Universidad de Edimburgo.

[105] Leonard Kastle, «Paul Wittgenstein; Teacher and Friend», reimpreso en Suchy, Janik y Predota, p. 68.

[106] Philippa Shuyler, álbum de recortes, 10 de julio de 1941, citado en Talalay, p. 91.

[107] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 58.

[108] Leopold Godowsky a Frieda Godowsky, 6 de mayo de 1928, citado en Nicholas, p. 135.

[109] PW a Joachim Wechsberg, 5 de febrero de 1958, cp.

[110] *Als Gleichheit brüstet sich der dunkle Neid. Gilt jeder nur als Mensch, Mensch sind sie alle Krieg jedem Vorzug heisst das Loesungswort*. Franz Grillparzer, *Libussa*, acto V.

[111] PW, Apuntes de Rusia, *c*. 1935, p. 7, cp.

[112] *Ibid*.

[113] JSt a Brian McGuinness, 18 de enero de 1996, cp.

[114] PW, Russian Notes, *c*. 1935, p. 11, cp.

[115] Georg Kügel a Michel Astroff, 25 de junio de 1930, AP.

[116] PW a Sergei Prokofiev, 27 de agosto de 1930, AP.

[117] Citado en Prokofiev, *Autobiography*, p. 293.

[118] Wechsberg, p. 28.

[119] PW a Sergei Prokofiev, 29 de septiembre de 1930, AP.

[120] *Paul Wittgensteins virtuose Leistung entfesselte stürmischen Beifall*. Crítica firmada por «r», *Neue Freie Presse*, 18 de enero de 1932.

[121] Long, p. 40 [p. 64 de la edición española].

[122] *Ich habe gedacht mein öffentliches Spielen langsam aufzugeben*. PW a Karl Weigl, 22 de febrero de 1932, Biblioteca de la Universidad de Yale.

[123] PW a MD, 2 de abril de 1932, BB.

[124] PW a Maurice Ravel, 17 de marzo de 1932, citado en Orenstein, p. 594.

[125] Seroff, p. 262.

[126] PW a Donald Francis Tovey, 22 de junio de 1932, Biblioteca de la Universidad de Edimburgo.

[127] Entrevista a PW, sin firma, «One-Armed Pianist Undaunted by Lot», *NYT*, 4 de noviembre de 1934, p. N7.

[128] Prokofiev, *Diaries*, 2 de septiembre de 1930.

[129] *Ibid*.

[130] *Ibid*.

[131] *Ibid*.

[132] *Ibid*.

[133] *Ibid*.

[134] PW a Sergei Prokofiev, 20 de marzo de 1931, AP.

[135] PW a Sergei Prokofiev, 22 de octubre de 1930, AP.

[136] Sergei Prokofiev a PW, 11 de septiembre de 1931, AP.

[137] Prokofiev, *Autobiography*, p. 293.

[138] Sergei Prokofiev a PW, 8 de octubre de 1934, AP.

[139] PW a Sergei Prokofiev, 11 de octubre de 1931, AP.

[140] Sergei Prokofiev a PW, 16 de septiembre de 1931, impreso en Flindell, «Dokumente», p. 429.

[141] Prokofiev, *Autobiography*, p. 293.

[142] Es difícil encontrar información precisa acerca de Bassia Moscovici. Su *Verlassenschaftsakt* en los Archivos de la Ciudad de Viena, BG Landstrasse 6A 414/1932, ofrece el nombre de sus padres y sus respectivas profesiones, así como los bienes de que ella era titular en el momento de su muerte. La Comunidad Judía *Austrittsbücher* simplemente recoge: IKG *Austrittsbuch No. 108/1931; 25.II.1931: Bassia MOSCOVICI, geb. 23* [*sic*]. *XII.1910 Bukarest, ledig, XIX., Vegagasse 14. Im Verzeichnis der Verstorbenen in Wien* (Hrsg. vom Magistrat der Stadt-Wen). En Viena, en 1936, aparece registrada como: *MOSKOWICI, Bassia (Pauline), Juwelierstochter, 22 J. (geb. 22.XII.1910), gest. Sa., 23. April 1932 in Wien, 3. Bezirk, Kundmanngasse 19, Sarkom des Oberrarms, röm.-kath; begr. Mo., 25 April 1932 Zentralfriedhof Wien, Gruppe 30b, Reihe 7, Grab Nr. 14*.

[143] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 55.

[144] *Die Bassia liegt seit gestern Abend in Agonie. Sie wird bald sterben müssen. Ich denke oft an den Paul*. Marguerite Respinger a LW, 22 de abril de 1932, GBW.

[145] *Es hat mir einen grossen Eindruck gemacht. Nicht weil der Anblick eines Toten etwas*

erschreckendes für mich hat – aber um einmal friedlich so daliegen zu können, wie muss man da gewesen sein! Gut. Marguerite Respinger a LW, 23 de abril de 1932, GBW.

[146] *Er hat viel verloren und gibt es auch zu, obwohl ich nicht ganz sicher bin, dass er dasselbe denkt wie ich, wenn er es zugibt*! HW a LW, 26 de abril de 1932, GBW.

[147] *Verlieren kann dabei natürlich nur der Paul aber zu ändern ist nichts*! HW a LW, 7 de mayo de 1932, GBW.

[148] P. Rytel, «Z Filharmonii: XII Koncert Symfoniczny», *Gazeta Warszawska*, 1932, n.º 378, trad. al inglés de Krystyna Klejn.

[149] F. Szopski, «Georg Heoberg, Pawel Wittgenstein», *Kurier Warszawski*, 1932, n.º 341.

[150] Crítica firmada por «W. F.», *Polska Zbrojna*, 1932, n.º 343.

[151] Crítica firmada por «H. D.», «Z Filharmonii», *Robotnik*, 1932, n.º 421.

[152] Crítica aparecida en el *New York Herald Tribune*, 18 de noviembre de 1934, p. 16.

[153] Crítica de Ernest Newman aparecida en el *Sunday Times*, 21 de agosto de 1932.

[154] *Es scheint mir immer, als könne man ad infinitum so fortreden wie diese Art der Kompositionen jetzt sind. Schade für Paul dass er in dieser Zeit nichts wirklich Gutes mehr bekommen kann*! HW a LW, 7 de febrero de 1935, GBW.

[155] PW a Donald Francis Tovey, 14 de enero de 1935, Biblioteca de la Universidad de Edimburgo.

[156] JSt a Brian McGuinness, 19 de agosto de 1993, cp. Franz Schania señala en diversos formularios y directorios vieneses que su empleo era el de *Strassenbahnbeamter* (Directorio Lehmann, 1935-1937), *Strassenbahn-Vizeinspektor* (Lehmann, 1940), *Obersekretär der Städtische Strassenbahn* (Wiener Stadt und Landesarchiv: Politische Beurteilung, PB 265247, 1942), *Wiener Verkehrsbetriebe Beamter* (Lehmann, 1950) y *Kanzleioberkommissar* (en su testamento).

[157] PW, solicitud para un puesto docente en la Hochschule für Musik, 11 de octubre de 1930, reproducido en Suchy, Janik y Predota, p. 122.

[158] Las actas del claustro de la junta de profesores de la Hochschule de 1930 se encuentran en el Archiv der Universität für Musik und darstellende Kunst, en Viena. Reproducido en *ibid*., p. 121.

[159] Artículo firmado por «G. N.», «Teaching Field in the United States Gains Adherent in Viennese Pianist», *Musical Courier*, enero de 1939.

[160] Entrevista de Erna Otten-Attermann a Albert Sassmann, en Suchy, Janik y Predota, p. 37.

[161] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 66.

[162] J. N. Findlay, «My Encounters with Wittgenstein», *Philosophical Forum*, vol. 4, 1972-1973, p. 171.

[163] LW a BR, otoño de 1935, GBW. [Publicado en Ludwig Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, trad. de Néstor Míguez, Taurus, Madrid, 1979, p. 92.]

[164] LW a frau Oberleitner, con copia a PW, antes de abril de 1932, cp.

[165] Rhees, *Ludwig Wittgenstein*, p. 226 [p. 318 de la edición española].

[166] Referido por George Sacks en la obra *A Thinking Man as Hero*, emisión de la BBC2, abril de 1973, citado en Monk, p. 351 [p. 327 de la edición española].

[167] Fania Pascal, «Wittgenstein: A Personal Memoir», reimpreso en Flowers, vol. 2, p. 222.

[168] Citado en Monk, p. 343 [p. 319 de la edición española].

[169] *Der neuste Witz über ihn ist, dass er einen Unfall gehabt hat. Er ist beim Ribisel Pflücken von der Leiter gefallen*. MSt a Thomas Stonborough, sin fecha, citado en Prokop, p. 213.

[170] HW1, p. 155.

[171] Artículo sin firma, «Heimwehr Leader in Offer to Hitler», *NYT*, 29 de enero de 1934.

[172] Perfil de Ernst Rüdiger von Starhemberg, sin firma, «New Chancellor Foe of Anschluss», *NYT*, 27 de julio de 1934.

[173] *Aber eigentlich weiss doch niemand wie es weitergehen wird. Wir haben ja doch die eine feindliche Partei nur zum Schweigen gebracht, die andere – die Nationalsozialisten – ist bissiger und feindlicher denn je. Was wird man mit dieser machen? Kann man einen Kampf aufs Messer ausfechten mit gutem Ausgang*? HW a LW, febrero de 1934, GBW.

[174] PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 *(sic)*, p. 10, WMGA, cp.

[175] Primera página, *NYT*, 18 de marzo de 1938.

[176] *Ibid*.

IV. Contacto y fusión

[1] Erna Otten-Attermann, entrevista con Albert Sassmann, en Suchy, Janik y Predota, p. 43.

[2] Josef Reitler, carta de recomendación para Paul Wittgenstein como profesor de piano, 11 de marzo de 1938, copia de la traducción jurada al inglés, 19 de marzo de 1938, cp.

[3] En Michael Wildt, *Die Juden Politik des SD*, citado en Friedländer, p. 242.

[4] *Der Jude muss aus Europa heraus. Wir kriegen sonst keine europäische Verständigung. Er hetzt am meisten überall. Letzten Endes: Ich weiss nicht, ich bin kolossal human. Zur Zeit der päpstlichen Herrschaft in Rom sind die Juden misshandelt worden. Bis 1830 wurden acht Juden jedes Jahr durch die Stadt getrieben, mit Eseln. Ich sage nur, er muss weg. Wenn er dabei kaputtgeht, da kann ich nicht helfen. Ich sehe nur eines: die absolute Ausrottung, wenn sie nicht freiwillig gehen*. Trevor-Roper, 23 de enero de 1942, p. 193 [p. 187 de la edición española].

[5] HW1, p. 156.

[6] Tomado de *Mitteilungsblatt des Reichsverbandes der Nichtarischen Christen*, marzo de 1936, citado en Friedländer, p. 158.

[7] Unity Mitford a su hermana Diana Guinness, 23 de diciembre de 1935, en Mosley, p. 68.

[8] Unity Mitford a su hermana Diana Guinness, 18 de julio de 1938, en *ibid*., p. 125.

[9] HW1, p. 155.

[10] Citado en McGuinness, *Wittgenstein: A Life*, p. 1 [p. 20 de la edición española].

[11] LW a John Maynard Keynes, 18 de marzo de 1938, GBW.

[12] *Ibid*.

[13] *Ibid*.

[14] *Ibid*.

[15] LW a PW, 30 de mayo de 1938, cp.

[16] *Durch die beigefügten Daten und Legenden die deutsch-christliche Einstellung der Familie W. und ihre zahlreichen Verdienste um ihr Vaterland beweisen […] diese Einstellung zum Gemeinwohl auch unter dem neuen Regime nach Kräften zu beweisen, obwohl das Familienvermögen durch die Einwirkungen des Weltkrieges und insbesondere der Inflation sehr bedeutend geschmälert wurde*. Citado en *Schiedsinstanz für Naturalrestitution*, 206/2006, 12 de julio de 2006, artículo 53.

[17] Trevor-Roper, 23 de enero de 1942, p. 193 [p. 187 de la edición española].

[18] Tomado de Martha Dodd, *Through Embassy Eyes*, citado en Schad, p. 44.

[19] Trevor-Roper, 2 de septiembre de 1942, p. 556 [p. 549 de la edición española].

[20] *Ein zweiter arischer Grosselternteil sei nötig*. HW1, p. 157.

[21] Karl Menger, *Reminiscences of the Wittgenstein Family*, reimpreso en Flowers, vol. 1, p. 115.

[22] *Ibid*.

[23] *Ibid*.

[24] JSt a Joan Ripley, 2 de enero de 2000, cp.

[25] Formulario rellenado de PW: «Verzeichnis über das Vermögen von Jüden», n.º 19710, firmado el 15 de julio de 1938, copia, cp.

[26] *Ibid*.

[27] HW1, p. 157.

[28] PW a MD, 13 de junio de 1938, BB.

[29] *Mein Schwager Stonborough ist heute Nacht plötzlich vershieden. Meine Schwester wird später kommen. Herzliche Grüsse und Bedauern*. Telegrama de PW a MD, 15 de junio de 1938, BB.

[30] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 60.

[31] *Ibid*.

[32] JSt a Brian McGuinness, 22 de enero de 1989, cp.

[33] *Ein offenherziger Nazi*. Viktor Matejka, *Anregung ist alles*, citado por Herbert Exenberger en *Gefängnis statt Erziehung Jugendgefängnis Kaiser-Ebersdorf 1940-1943*, en la página web de Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes: www.doew.at/thema/kaiserbersdorf/jugendgef.html.

[34] PW a MD, 15 de octubre de 1938, BB.

[35] Piero Sraffa a LW, 14 de marzo de 1938, GBW.

[36] *Staatskommissar in der Privatwirtschaft* Franz Roitner a PW, 5 de agosto de 1938, copia, cp.

[37] Los detalles de la afiliación de Franz Schania al partido nazi pueden encontrarse en el *Gauakt* de Franz (archivo de distrito del NSDAP), que obra en poder del Wiener Stadt-und-Landesarchiv. El *Gauakt* se define como una *Politische Beurteilung* (declaración política), archivo n.º PB 265247, compilado para el NSDAP Gauleitung de Viena a finales de 1942 a petición del Wiener Städtische

Strassenbahnen. La información del Meldeamtsarchiv indica que el apartamento 19 del n.º 32 de la Kandlgasse al que se mudó Schania después de los pogromos de la *Kristallnacht* de noviembre de 1938 había estado ocupado anteriormente por la familia judía Wulwek, cuyo hijo, el músico Leo Wulwek, huyó a Palestina a través de Checoslovaquia para ponerse a salvo. Los padres de Leo, Benjamin y Scheindel Wulwek, se trasladaron a un apartamento cercano de menor categoría y el 28 de octubre de 1941 fueron deportados al gueto de Lotz (Litzmannstadt), o *Sammelhaus*, en Schottenfeldgasse 53/7. Sus nombres figuran en una lista de víctimas del Holocausto que puede consultarse en http://www.avotaynu.com/holocaustlist/w.mt.htm. Los nombres de los judíos deportados que vivían en el n.º 32 de la Kandlgasse donde Schania ejercía de *Blockhelfer*, o informante de los nazis, pueden encontrarse en la página web http://www.lettertothestars.at/liste_opfer.php?searchterm=kandlgasse +32&action=search&x= 31 &y=8. En el testamento de Franz Schania (de 1 de marzo de 1964), que se encuentra en su *Verlassenschaftsakt* (copia autenticada), EstLA, Verl. Abh. BG Innere Stadt I, Franz Schania, A4/9A238/70, no deja nada a Hilde ni a Käthe (hijas de su primer matrimonio), porque «no me han prestado más que la mínima atención» (*um mich ja nur allerwenigsten kümmerten*). En los impresos oficiales que rellenó durante la guerra negaba la existencia de Hilde. La villa del n.º 30 de la Gersthoferstrasse, en uno de cuyos pisos vivieron ocultas Hilde y sus hijas desde 1934 hasta 1938, pertenecía a la famosa cantante Ruzena Herlinger, y que era amiga de PW. El piso se registró a nombre de Franz Schania para mantener el anonimato de PW, Hilde y sus dos hijas ilegítimas. La señora Herlinger, que era judía, huyó a Inglaterra en 1938. Franz Schania trató de recabar la ayuda de PW para comprar la villa, pero este se la denegó. Al final la adquirió un dentista ario llamado Anton Haller y fue demolida en 2005.

[38] *Denn ich wünsche nicht, dass der Unterricht meiner Schüler durch die politische Umwälzung eine Unterbrechung erleidet*. PW a Ernst Schlesinger «Henry Selbing», 16 de agosto de 1938, citado en Suchy, Janik y Predota, p. 22.

[39] *An diesem Taufschein, dessen beglaubigte Abschrift ich beifüge, ist bemerkenswert, dass wohl seine Frau, nicht aber er als ehelich geboren bezeichnet wird. Ebenso ist die Formel «im judischen Glauben erzogen» nicht gewöhnlich; sie ist wohl bewusst gewählt worden um auszudrücken, dass er eigentlich der judischen Kultegemeinde nicht angehörte, sondern nur in ihr erzogen wurde*. Brigitte Zwiauer a Reichsstelle für Sippenforschung, Viena, 29 de septiembre de 1938, copia, Archivo Wittgenstein, Cambridge.

[40] JSt a *WP*, 6 de septiembre de 1938, publicado el 8 de septiembre de 1938.

[41] *Jetzt sind ernste Zeiten für die Familie, ein grosses Abrechnen und Prüfen aller Verhältnisse, abgesehen von den äusseren Gefahren. Manchmal sehe ich alles deutlich vor mir und ich denke mir: Kein Stein wird auf dem anderen bleiben*. HW a LW, 15 de octubre de 1938, GBW.

[42] HW1, p. 173.

[43] *Ibid*., p. 174.

[44] PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 12, n. 10, WMGA, cp.

[45] PW a MD, noviembre de 1938, BB.

[46] *Ibid*.

[47] MD a su hermana Helen Deneke, en Documentos de Denek, BB.

[48] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 64.

[49] *Es fehlt unserer Familie der leitende Mann. Max ist alt und leider sehr krank Paul versagt, Fritz fehlt es an Tiefe und Gewicht. Was hilft es da, dass Greti ein grosses Herz hat und sich um alle bekümmert; die Probleme sind zu unlösbar*. HW a LW, 15 de octubre de 1938, GBW.

[50] *Man stösst überall auf Schwierigkeiten, kann nur hoffen, dass es gelingen wird sie zu überwinden*, PW a Ludwig Hänsel, 9 de enero de 1939, en Somavilla, Unterkircher y Berger, p. 154.

[51] Anécdota referida al autor por Leonard Kastle, mayo de 2007.

[52] Harold Manheim, «Memorandum with Regard to Paul Wittgenstein's Relations with his Sister in Vienna», 17 de febrero de 1944, WMGA, cp.

[53] *Ibid*., p. 6.

[54] *Der Krieg ist abgewendet und mit ihm auch die imminenteste andere Gefahr, aus der heraus wir gehandelt haben*. HW a LW, 22 de octubre de 1938, GBW.

[55] HW1, p. 175.

[56] JSt a Brian McGuinness, 13 de enero de 1989, cp.

[57] *Erklärung. Ich bestätige gerne, dass bis heute den 4. Juni 1938, keinerlei Behelligung meiner Person oder meiner Hausgenossen vorgekommen ist. Behörden und Funktionäre der Partei sind mir und meinem Hausegenossen ständig korrekt und rücksichstvoll entgegengetreten. Wien, den 4. Juni 1938. Prof. Dr. Sigm. Freud*. Declaración de Sigmund Freud del 4 de junio de 1938, en «A Sale in Vienna», publicado en *Journal de l'Association Internationale d'Histoire de la Psychanalyse*, vol. 8, 1989.

[58] JSt a Brian McGuinness, 8 de febrero de 1989, cp.

[59] HW1, p. 176.

[60] *Ibid*.

[61] HW1, p. 178. En una carta dirigida a Brian McGuinness (del 13 de enero de 1989) JSt dice: «En Berlín, el Reichsbank fue honrado y respetuoso», y describe a Hans Schoene como «joven y amable».

[62] PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 7, WMGA, cp.

[63] JSt a Brian McGuinness, 22 de enero de 1989, cp.

[64] PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 2, WMGA, cp.

[65] *Ibid*., p. 7.

[66] *Ibid*., p. 6.

[67] *Ibid*., p. 5.

[68] *Ibid*.

[69] *Ibid*., p. 9.

[70] PW a JSt, citado en *Ibid*., p. 14.

[71] *Ibid*., p. 9.

[72] PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 15, n.º 12, WMGA, cp.

[73] HW1, p. 178.

[74] Del memorándum de Samuel Wachtell, de 17 de agosto de 1939: «El señor Bloch me dijo que tiene la impresión de que el señor Indra está al tanto del hecho de que el capital de Wistag Corporation está a nombre de los participantes en la Kommandit Gesellschaft [sociedad comanditaria] y en idénticas proporciones. Conjeturamos cuál podía ser la fuente de información del señor Indra y concluimos que lo más probable era que el señor Groller hubiera hecho la revelación», cp.

[75] Konrad Bloch a Samuel Wachtell, 20 de junio de 1939, WMGA, cp.

[76] PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 15, WMGA, cp.

[77] JSt a Brian McGuinness, 2 de febrero de 1989, cp.

[78] Hans Schoene al Reichsbank, citado en PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 17, WMGA, cp.

[79] JSt a Brian McGuinness, 13 de enero de 1989, cp.

[80] Citado en PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 11, WMGA, cp.

[81] *Ji – nicht nachgeben oder Tante eingesperrt*. Recogido en el diario de LW, 24 de julio de 1939, Biblioteca del Trinity College, Cambridge. *Tante* en singular se refiere a Hermine.

[82] Samuel Wachtell a LW, 14 de julio de 1939, WMGA, cp.

[83] PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 10, WMGA, cp.

[84] JSt a Brian McGuinness, 19 de agosto de 1993, cp.

[85] PW a Samuel Wachtell, 24 de julio de 1939, WMGA, cp.

[86] Samuel Wachtell, informe interno, 17 de agosto de 1939, WMGA, cp.

[87] Kurt Mayer a Gaumt für Sippenforschung der NSDAP, Viena, 10 de febrero de 1940, copia, cp.

[88] Formulario rellenado por PW: Impreso para Extranjeros, p. 3, Declaración de Bienes y Obligaciones a fecha de 31 de diciembre de 1944, firmado el 17 de agosto de 1945, cp.

[89] Kurt Meyer, p. 1.

[90] JSt a Brian McGuinness, John y Jerome Stonborough, 12 de marzo de 1999, cp.

[91] Dudley Harmon, «About the Town», *WP*, 3 de octubre de 1939, p. 12.

[92] Friedrich Plattner, *Schnellbrief* a Hans Heinrich Lammers, 9 de enero de 1940, copia, cp.

[93] *Es gibt auch hier keine Oase in der man sich ausruhen könnte & ich kann auch niemandem in meiner Umgebung wirklich nützlich sein. So Gott will finde ich, wenn ich hier bleiben muss, irgendeine nützliche Beschäftigung*. MSt a LW, 1940, GBW.

[94] JSt a LW, 2 de diciembre de 1944, GBW.

[95] MSt a LW, septiembre de 1940, GBW.

[96] *Ibid*.

[97] Benjamin Britten, Diario, 14 de febrero de 1929, citado en Mitchell y Reed, vol. 2, p. 828, nota 1.

[98] Peter Pears a Elizabeth Mayer, 4 de julio de 1940, citado en *ibid*., p. 826.

[99] Hans Heinsheimer a Benjamin Britten, 2 de julio de 1940, citado en *ibid*., p. 826.

[100] Benjamin Britten a Elizabeth Mayer, 29 de julio de 1940, citado en *ibid*., p. 834.

[101] Benjamin Britten a Beth Welford, 26 de junio de 1940, citado en *ibid*., p. 831.

[102] Eugene Goossens a Hans Heinsheimer, 27 de septiembre de 1940, citado en *ibid*., p. 874, nota 5.

[103] *Das Haus ist schön gelegen mit der Aussicht auf eine Meeresbucht, hat einen hübschen Garten, in dem ich im nächsten Jahr Erdbeeren und Ribisel zu ziehen gedenke, und, was das Wichtigste ist, bis zum Badestrand sind es nur 10 Minuten zu gehen*! PW a Rudolf Koder, 31 de julio de 1941, cp.

[104] PW a Benjamin Britten, 31 de julio de 1941, Archivo BrittenPears.

[105] Benjamin Britten a Ralph Hawkes, 23 de julio de 1941, citado en Mitchell y Reed, vol. 2, p. 956.

[106] Peter Pears a Elizabeth Mayer, 23 de agosto de 1940, citado en *ibid*., p. 957, nota 6.

[107] PW a Benjamin Britten, 31 de julio de 1941, Archivo Britten-Pears.

[108] Benjamin Britten a Albert Goldberg, 20 de enero de 1942, citado en Mitchell y Reed, vol. 2, p. 1014.

[109] Crítica de Linton Martin, *The Philadelphia Inquirer*, 17 de enero de 1942.

[110] Peter Pears y Benjamin Britten a Antonio y Peggy Brosa, 10 de marzo de 1942, citado en Mitchell y Reed, vol. 2, p. 1024.

[111] MSt a LW, marzo-abril de 1942, GBW.

[112] LW, MS 120, 4 de enero de 1938, citado en Monk, p. 387 [p. 357 de la edición española].

[113] Doctor R. Grant a Georg von Wright, sin fecha, cp.

[114] LW a Rowland Hutt, 27 de noviembre de 1941, GBW.

[115] Doctor R. Grant a Georg von Wright, sin fecha, cp.

[116] MSt a LW, *c*. finales de septiembre de 1944, GBW.

[117] MSt a LW, 14 de marzo de 1944, GBW.

[118] JSt a Joan Ripley, 13 de septiembre de 1999, cp.

[119] Brian McGuinness, necrológica de John Stonborough, *The Independent*, 4 de junio de 2002.

[120] *Zehn Jahre lang hat er Heil Hitler gerufen*. PW a Rudolf Koder, 6 de enero de 1957, cp.

[121] *Wir in Oesterreich nehmen Herrn W. nicht ernst. Ein cholerischer Neurastheniker, reich, anmassend und als Pianist miserabel*. Friedrich Wührer a Siegfried Rapp, 26 de diciembre de 1949, citado en Siegfried Rapp a Ottakar Hollmann, 1 de diciembre de 1956, citado en Suchy, Janik y Predota, p. 119.

[122] *Aus ihr geht hervor, dass mir meine Schwester Gretl wieder eine falsche Nachricht gegeben hat, als sie sagte, Mining erkenne niemand mehr. Es ist schrecklich für mich, widersprechende Nachrichten zu erhalten. Bitte lass Dich durch niemand beeinflussen & schreib mir nach wie vor die Wahrheit, so wie Du sie weisst. Bitte verlass Dich nicht auf das Urteil meiner Schwester Gretl, es ist viel zu temperamentvoll*. LW a Rudolf Koder, 2 de marzo de 1949, GBW.

[123] LW a Norman Malcolm, 17 de mayo de 1949, GBW.

[124] Malcolm, p. 77 [p. 93 de la edición española].

[125] LW a Jean Rhees, 28 de noviembre de 1949, GBW.

[126] LW a Georg Henrik von Wright, 12 de febrero de 1950, GBW.

[127] *Grosser Verlust für mich und alle. Grösser als ich geglaubt hätte*. LW, MS 138, 10 de febrero de 1949, citado en HW2, p. 38.

[128] Entrevista de Ray Monk a Joan Bevan, citado en Monk, p. 577 [p. 520 de la edición española].

[129] *Ibid*. [p. 521 de la edición española].

[130] LW, *On Certainty*, punto 676, p. 90 [p. 90c. de la edición española].

[131] MSt a LW, mayo de 1942, GBW.

[132] Trevor Harvey a MD, 19 de agosto de 1959, BB.

[133] *The Times*, 31 de octubre de 1950.

[134] PW a Siegfried Rapp, 5 de junio de 1950, citado en Suchy, Janik y Predota, p. 172.

[135] Siegfried Rapp a Ottakar Hollmann, 1 de diciembre de 1959, citado en *ibid*., p. 118.

[136] PW a Leonard Kastle, 13 de junio de 1960, Universidad de Albany, colecciones especiales.

[137] MSt a LW, junio de 1942, GBW.

[138] *Ich glaube, sie will gleichsam von ihrer Seite Friede machen & in sich alle Bitterkeit, die doch existiert haben muss, auslöschen*. LW a Rudolf Koder, 23 de agosto de 1949, GBW.

[139] PW a Konrad Bloch, 26 de junio de 1939, WMGA, cp.

[140] PW, Apéndice del testamento, 31 de enero de 1945 (*sic*), p. 1, WMGA, cp.

[141] *Paul ist jetzt mit den Denekes in Oxford, & ich erhielt neulich eine sehr seltsame mir ekelerregende Einladung von Miss Deneke, sie dort während Pauls Anwesenheit zu besuchen. Dass, & warum, ich diese Einladung weder annehmen kann, noch will, habe ich ihr geschrieben. Ich bin sicher, dass die Einladung der Miss Deneke nicht in Pauls Auftrag geschrieben war. Ich glaube vielmehr, dass sie eine Zusammenkunft herbeiführen wollte, & mein Bruder ihr die Erlaubnis gab, mich einzuladen, was sie, ihrer Dummheit entsprechend, in der dümmsten Form getan hat*. LW a Rudolf Koder, 22 de febrero de 1949, GBW.

[142] MD, «Memoirs», vol. 2, p. 80.

[143] PW a Rudolf Koder, 7 de octubre de 1953, cp.

[144] PW a Rudolf Koder, 21 de mayo de 1955, cp.

[145] Letra del coro final de *Un réquiem alemán* de Brahms, tomada de Apocalipsis 14:13.

[146] Harvey, «Paul Wittgenstein: A Personal Reminiscence», en *The Gramophone*, junio de 1961, p. 2.

[147] MD, «Mr. Paul Wittgenstein. Devotion to Music».

Epílogo

[1] Ripley, «A Memory of my Father», cp.

[*] Abreviatura por la que se conoce a los *Promenade Concerts*, un ciclo de conciertos anual establecido por el director de orquesta sir Henry J. Wood en 1895 y que todavía se sigue celebrando. *(N. del T.)*

[*] Juego de palabras que alude a la pequeña estatura de Dollfuss y al canciller del imperio austro-húngaro Metternich. *(N. del T.)*

[*] Juego de palabras que se sirve de la homofonía entre «Sayn-Wittgenstein», el apellido familiar del príncipe, y «sein Wittgenstein», que en alemán significa «su Wittgenstein» (a diferencia de «mein Wittgenstein», que significa «mi Wittgenstein»). *(N. del T.)*

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La familia Wittgenstein

I. Un trabajo sucio

II. Una gran porquería

III. El nuevo desorden

IV. Contacto y fusión

Epílogo

Abreviaturas

Bibliografía

Agradecimientos

Imágenes

Sobre el libro

Sobre Alexander Waugh

Créditos

Notas